

SENSUAL, DIVERTIDA, APASIONADA
DE LA AUTORA DE SI TAN SOLO FUERA SEXO

Gr.
MOORE

Myriam Ojeda

D.J.57

Gr.
MOORE

Myriam Ojeda

© 2019 Miriam Ojeda

© 2019 de la presente edición en castellano para todo el mundo.

Primera edición: octubre de 2019

Portada: Amparo Tárraga

Maquetación: Olga RB

Corrección: Teresa Ruiz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Estaré hasta cuando ya no me tengas,
Y te tendré aunque no te posea.
Federico Moccia

Prólogo

En algún lugar del mundo.

Día uno.

Me enfrento a un dilema: no sé si puedo presentarme allí sin más. Hace mucho tiempo de todo... aquello, probablemente la relación con ese chico le vaya bien y tengan planes de futuro... Presentarme ahora sería una locura, ¡no puedo hacerle esto!

Día dos.

¿Y si sigue soltera? Puede que, con un poco de suerte, haya sido una infeliz absoluta en el amor: ¡como yo!

Día tres.

Que esté soltera no quiere decir que quiera saber nada de mí, formo parte de su pasado, seguro que ya no recuerda nada de lo que fue nuestra relación; además, seguro que ya no es la misma, seguro que es distinta a como la recuerdo: ya no tendrá los mismos gustos: pensará diferente en tantas cosas...

Día cuatro.

No me voy a comer más la cabeza con esto. Cara... ¡voy!, cruz: ¡me olvido de todo!

Capítulo 1

—¡Joder!

Levanté la vista de mi cubículo deseando que nadie me hubiera escuchado, por suerte parecía que mi salida de tono había quedado oculta. Era habitual que solo se escucharan leves murmullos: nada lo suficientemente alto para llamar la atención y tener que levantar la cabeza; no es que no fuéramos cotillas, que sí que lo éramos, sino que preferíamos dejar los cotilleos para la sala del café. Siempre era reconfortante evadirse hablando de otros temas, sobre todo si se trataba de amoríos entre compañeros; así era más fácil volver a la rutina.

Estaba a punto de volver a bajar la vista y centrarme en lo mío, que en aquel momento no era nada relacionado con mi trabajo, cuando, de pronto, me topé con los ávidos ojos azules de mi querida compañera de trabajo y mi mejor amiga: Carlota, que me miraba sorprendida. Después de unos segundos de duro escrutinio, decidió levantarse. Llevaba un dossier en las manos y al verlo resopló; lo último que esperaba es que viniera a preguntarme algo. Yo no solía ser muy mal hablada, exceptuando cuando me enfadaba mucho o estaba resentida, algo un poco habitual en mí; en esos casos, las perlas que salen por mi boca son genuinas. No me enorgullezco de ello, pero es algo que nunca he podido evitar.

Tengo un humor cambiante: tan pronto estoy feliz, como me siento en la más mísera desgracia. Mucha gente diría que sufro de una enfermedad mental —que no digo yo que en algún momento de mi vida no haya sido así—, aunque en línea generales prefiero pensar que es porque soy géminis; me resulta más confortante y menos preocupante, la verdad.

Por suerte, después de las vacaciones de Navidad estábamos hasta los topes de trabajo; el día de los enamorados estaba más cerca que lejos y había que pulir bastantes libros para mandarlos a la imprenta, así que, mi querida amiga no se movió de su zona. Le entregó el dossier a su compañera y devolvió la vista a su mesa. Suspiré aliviada mientras escuchaba música celestial, y al rato recibí un mensaje en mi ordenador:

*Te has librado por muy poco. Luego me cuentas. Y ¡controla esa boca!
¡Putita loca!*

Se me escapó una risita que intenté ocultar con un estornudo, me atusé el pelo y devolví la vista a mi escritorio; estaba nerviosa, aun así, me froté la cara y volví a lo mío, tenía mucho trabajo por hacer. Yo solo me encargaba del sello romántico-erótico, y aunque parezca que últimamente está de moda, mis compañeros encargados del sello de thriller y misterios estaban aún más desbordados, por no mencionar el puñado de manuscritos que me estaban esperando ansiosos.

Dudé si aquella música era real o producto de mi subconsciente, que había encontrado la forma de avisarme que tenía mucho que hacer. El caso es que, de una manera algo perturbadora, cada vez que apartaba los ojos de ellos podía escuchar una música de tambor insistente. ¡Vamos!, el mismo sonido que hace el juego de Jumanji. Me encanta esa película, pero la versión antigua, la de Robin Williams, no la mierda de remake que han querido hacer; deberían matarlos a todos por convertir esa película tan chula, en una vergonzosa «ida de olla». Bueno, quizá matarlos no, Joe Black me cae bien: con unos azotes me conformaba.

Mi amigo Izan, que aparte de ser mi amigo fue mi psicólogo, se echó a reír cuando le pregunté si eso confirmaba mi teoría de que estaba como una auténtica regadera, pero él no dijo nada. ¿El que calla otorga?

Me recosté en la silla resoplando, miré la pantalla de mi ordenador, en la que ahora lucía un salvapantallas con distintas fotos molonas que había seleccionado un día que estaba de muy buen humor, me miré los dedos y, con un suave roce de mi índice sobre el ratón, la pantalla volvió a mostrarme ese mail que me había dejado con la boca abierta.

Pero ahora tenía mucho trabajo, tenía que concentrarme en leer varios capítulos de distintos manuscritos, hacer anotaciones y entregárselos a mi jefe esa misma tarde. No solía retrasarme con las tareas, pero había estado con una gripe «postvacacional» que casi acaba conmigo. Cuando levanté la vista de la lectura, todo el mundo empezaba a moverse por la estancia de arriba abajo. Era la hora de comer, pero yo no podía permitirme ese lujo si quería salir a tiempo: debía quedarme y seguir leyendo; tenía que hacer anotaciones que luego repasaría mi ser superior, y enviar varios libros, ya casi perfectos, a falta de un último repaso para la imprenta; aunque en ese momento hasta una simple mota de polvo me pareciera toda una maravilla. Entré a trabajar en la editorial como becario unos años atrás. Conseguí el puesto por pura suerte, ya

que era una editorial muy importante, en plena expansión, y conseguir que admitieran un currículum, era una locura. Trabajé muy duro para mantener mi puesto y, si era posible, poder ascender. Y lo conseguí. No es porque me llevara a las mil maravillas con mi jefe, que también, sino porque siempre solía ser muy concienzuda y eficaz. Menos hoy. —Nadia, ¿no piensas comer hoy? —Levanté la vista y me encontré con los ojos de Carlota, que me escudriñaban intentando adivinar, sin éxito, mi salida de tono anterior—. Tengo que adelantar esto, Carlota. Mira mi mesa... Me está dando una ansiedad de cojones—. ¿Ya estás en pleno siroco? —Fruncí el ceño y negué con la cabeza—. ¿Quieres que te traiga algo cuando suba?—Pues si me trajeras un café... no podría negarme—. Pero ¡si ya tienes uno casi lleno! —dijo señalando mi enorme taza—. Ya, pero necesitaré otro. Me he tomado un antigripal y estoy en modo zombi.

Sonrió con ganas y salió de aquella sala acompañada por otra de nuestras compañeras. Las observé de la misma forma que se observa a alguien que va a hacer algo divertido y tienes que quedarte en casa, haciendo nada y sintiéndote una basura sin reciclar. Pegué un sorbo al café, ahora helado, y empecé a leer varios capítulos. Conseguí concentrarme más de diez minutos seguidos y eso me animó a seguir; ya había conseguido despejar un cuarenta por cien de la mesa: eso me puso de muy buen humor.

—¿Nadia? —Levanté la cabeza ensimismada por la historia que estaba leyendo, y casi me caigo de culo—. ¡Jacqueline! —Pegué un bote y salí disparada hacia ella, que me acogió en un abrazo típico de la señorita Amorós—. ¿Qué haces aquí? ¿Tenías cita con Alejo?—No —Sonrió—. Sé que está en Madrid.

Jacqueline Amorós es una de las escritoras estrella de los últimos años. Acababa de entrar a trabajar en la editorial cuando me topé con su manuscrito. Me entusiasmó al instante, y no fue porque a esa edad me entusiasmara con facilidad, sino porque, en realidad, era un proyecto increíble. Hice tal resumen de él, que mi jefe —por aquel entonces, desconocido— no pudo hacer otra cosa que leérselo de cabo a rabo. Gracias a su manuscrito ascendí—. Sí, ayer tuvo la presentación de Aníbal, pero esta tarde sobre las siete estará aquí. ¿Quieres que le diga algo?—No, he venido a verte a ti.

Me quedé de piedra. ¿A mí? ¿Por qué? La miré detenidamente: estaba radiante; todo lo radiante que se puede estar criando tres hijos de la misma edad y escribiendo bestsellers a la vez. Pero aun así estaba muy guapa. Me

pregunté dónde estaría aquel adonis que tenía como marido. Luego deseché el pensamiento, ya que, creo que las pupilas se me habían dilatado un poco al pensar en ese mastodonte de testosterona que nos saludaba todas las mañanas desde la valla publicitaria situada cerca de nuestro edificio. Los primeros meses, todas nos tomábamos el café frente a la ventana del cuarto piso. Organizábamos un encuentro especial cuando cambiaban la foto según la temporada. Los encuentros los seguimos haciendo, ¡y que no falten!—Nadia, no quiero ser inoportuna, pero necesito un café más que respirar, estoy que me duermo por las esquinas—. No lo eres —Sonreí—. Yo también estoy algo zombi, aunque creo que lo mío es genético.

—Lo mío también. Aunque tener tres Pitbull como hijos, creo que también influye —Se llevó las manos a la cabeza—. ¿Cómo pueden no cansarse? Me gustaría saber exactamente qué narices le ponen a la leche de bebés, creo que los inflan a LSD o algo. Ayer hicieron llorar a Klaus —La miré sorprendida—. Hablo en serio, se echó a llorar, literal.

Nos echamos a reír y nos pusimos en camino a una de mis salas preferidas de la editorial. Era una sala espaciosa con grandes ventanales. Al entrar allí parecía que se viajara a otro lugar. Las paredes estaban pintadas de un blanco impoluto y había varios cuadros colgados, la mayoría correspondía a los libros con más éxito de la editorial. Jacqui, así la llamábamos cariñosamente los que más confianza teníamos con ella, se quedó prendada mirando todas aquellas portadas. Las había visto millones de veces, pero siempre las miraba como si fuera la primera vez que las veía. Yo, mientras, me dispuse a preparar el café: personalmente prefería el café de cafetera, pero la Nespresso era demasiado tentadora, y todo lo que consistiera en ahorrar tiempo me parecía perfecto. Siempre tenía prisa, siempre.

Coloqué las tazas sobre la mesa redonda y cogí el bol de galletas. No tenía hambre, pero aun así cogí una galleta. Jacqui me miraba divertida observando todas mis expresiones; le sonreí intentando ignorar la incipiente vergüenza que estaba empezando a apoderarse de mí.

—Dime, Jacqui, ¿en qué puedo ayudarte?

Parpadeó varias veces con sus pequeños ojos verdes y sonrió después de torcer su cabeza en un gesto que me hizo sonreír.

—Quiero que leas esto —Abrió su bolso y sacó un dossier con muchas páginas. La miré sorprendida: sus manuscritos pasan directamente a Alejo. A veces echo alguna ojeada, pero nada relevante—. Es un manuscrito, me gustaría que lo leyeras.

—Pero, Jacqui..., esto es cosa de Alejo.

—No es mío —Abrí los ojos de par en par—. Sé que este no es el método habitual, pero te agradecería que me hicieras el favor de leerlo. Luego toma la decisión que consideres.

—¡Madre mía! —Suspiré con el manuscrito en mis manos—. Jacqueline, tienes mucho talento, reconoces un buen libro en cuanto lo lees, ¿para qué me necesitas? Sabes que Alejo lo publicaría si eres tú quien se lo recomienda.

—Eso lo sé, pero tú eres muy buena. Sabes ver el ángel de las historias, sabrás hacerle una buena recomendación a Alejo, y el destino hará el resto.

—Jacqueline, yo...

—Nadia, tú fuiste la primera en leer mi primer borrador, hiciste un resumen de los capítulos magnifico, puede que si otra hubiera topado con la historia jamás se habría publicado. Fuiste capaz de ver algo en *Si tan solo fuera sexo* que solo creía ver yo. Léete esto, me lo tomaré como un favor personal.

Asentí agachando la cabeza y mirando con atención aquel manuscrito. ¡Como si no tuviera ya trabajo! Bueno, lo leería fuera del horario laboral. Me alagaba que Jacqueline me confiara aquel manuscrito; si a ella le parecía bueno, a mí me gustaría mucho, estaba completamente segura. Miré con atención el título impreso en letra gruesa y negra: IDEM. Fruncí el ceño y miré a Jacqui que estaba haciendo una mueca.

—De acuerdo, estaré encantada de... —La observé detenidamente—. Jacqui, ¿estás bien?

—Sí, sí tranquila, tan solo me ha dado un leve vahído.

—Te has quedado blanca. ¿Necesitas algo?

—No, tranquila —Se pasó las manos por la cara—. Es normal en mi estado.

Bajé la vista al manuscrito y pasé mis dedos por el plástico que cubría la primera página, de repente caí.

—¿En tu estado? —Ella me sonrió—. ¡Oh! ¡Por Dios! ¿No estarás...?

—Sí —Se echó a reír, y a mí me entró el pánico—. De dos meses. Nadia, estoy embarazada, no me voy a morir, quita ya esa cara de terror.

Me avergoncé al instante.

—Lo siento, Jacqui. Tengo dos sobrinos de la edad de tus hijos, y cuando mi hermana los deja a mi cargo algún fin de semana, acabo pensando en el suicidio. No quiero imaginar lo que será para ti. Tienes tres terremotos de cuatro años, pensaba que no te habrían quedado ganas.

—Supongo que sigo subestimando la puntería de Klaus. ¡Mea culpa!
Sonreí como una tonta.

—¡Jacqui! —Dio un brinco—. El café no es bueno en tu estado, no deberías tomarlo.

—Bobadas, si no fuera por el café caería muerta varias veces al día — Estaba riéndome cuando sentí sus manos sobre las mías—. Te agradezco de corazón que leas esto, de veras.

—¡Cállate, mujer! Será todo un placer. Por cierto, ¿tienes la carta de presentación del escritor?

—No, escribe bajo un seudónimo, solo sé que es un hombre, ¡y qué hombre! —Levanté una ceja—. Cuando hayas leído dos líneas, me entenderás. —Sonreí—. Encontré su novela en un foro y me puse en contacto con él. Me facilitó el manuscrito hace apenas unos días, en la última página hay una dirección de correo electrónico de contacto.

—¿Él sabe lo que estás haciendo?

—Le comenté que se lo enseñaría a mis editores, pero no le aseguré nada.

—¿Y te confió una obra suya, así sin más?

—Supongo que tengo cara de ser una persona de la que se puede confiar. Además, está registrada.

—De acuerdo, Jacqui, te diré algo cuando la empiece a leer.

Estuvimos un rato más hablando, poco después se marchó y me dejó con un manuscrito de al menos cuatrocientas páginas. Lo metí en mi bolso y me dispuse a seguir con mi tarea, que ese día parecía no tener fin.

Capítulo 2

Apuntaban las siete y media de la tarde cuando dejé los manuscritos con sus respectivos comentarios en la mesa vacía de Alejo. Resoplé al sentirme por fin libre. Agarré el bolso para irme, cuando caí en que tenía el ordenador encendido. Deshice mis pasos y volví a mi cubículo, que estaba hasta las narices de verme aquel día; siempre he pensado que si los objetos hablaran, acabarían con nuestra autoestima. Cuando moví el sensor, la pantalla se iluminó mostrándome el motivo por el cual hoy había estado tan dispersa.

*Y sale de un salto, volando del agua sueña con ser un ser vivo con alma,
Necesitaría equilibrar,
Fuerzas que hay entre el bien y el mal.
Y viene mi hada y me caigo de la cama
Me miro al espejo y ya no soy una rana
Me vuelven a desequilibrar, fuerzas que se han vuelto,
Que se han vuelto a desatar.*

*¿Recuerdas? Más abajo te dejo mi número. Avísame cuando leas esto.
Atentamente,
Alan.*

—¡La leche!

—Sí, lo sé. —Me recosté en el cómodo asiento del coche de Carlota.

—Joder, ¡la leche!, ha usado tú canción preferida de Extremoduro...
¡Joder!

—Bueno, vale ya. Céntrate, que al final nos chocaremos con alguien — comenté refunfuñando mientras miraba por la ventanilla.

Mi reflejo era un espanto: mi pelo avellana, que esa mañana lucía recogido en una perfecta coleta, ahora estaba hecho una maraña de «pelajos» sueltos. Mis ojos miel parecían cansados junto a sus fieles acompañantes, mis

amadas ojeras... En definitiva: ¡mi cara era un poema! Al menos estaba feliz porque aquella mañana había conseguido meterme la falda que me había motivado a hacer dieta durante tres meses; rezaba por no recuperar los kilos en solo quince días.

—¿Cuánto hace que no habláis?

—Unos cuatro años, hasta que la tarada de su novia le puso un ultimátum.

—Nunca me contaste la historia de Alan del todo. Cuando te conocí me hablabas de él como un amigo —Sabía que me estaba mirando, pero yo seguía con los ojos puestos en la ventanilla, viendo la calle pasar.

—No hay mucho que contar —Resoplé—. Salimos juntos cuando éramos unos críos. Él era un friki, algo gordito y encantador: me enamoré al instante. Le encantaba la lectura, los poemas y Extremoduro; creo que eso tuvo bastante que ver en que me pillara tanto de él. Era unos años mayor que yo y... ¡bueno!, lo experimenté todo con él —La miré y vi que sonreía—. No recuerdo exactamente por qué lo dejamos, hace unos siete años de aquello.

—¿Y os hicisteis amigos? Yo te escuchaba hablar con él a menudo.

—Amigos no, solo que él siempre fue especial, pero el momento no era el adecuado. Yo era más joven y tenía menos paciencia que ahora, y... ¡Yo que sé! Al tiempo de dejarlo empezamos a mandarnos mails y a llamarnos; era una relación algo rara, la verdad, pero nunca más volvimos a quedar.

—¿Cómo? —Volvió la vista a mí—. ¿No lo has visto en siete años?

—No.

—¿Por qué?

—Primero, porque era mejor así. Y segundo, porque se fue a estudiar fuera. En esa época fue cuando te conocí, por eso me llamaba tanto, se sentía bastante solo en otro país.

—Y ahora, hace cuatro años que no hablabais...

—Sí.

—Porque su novia se puso celosa...

—Imagino.

—¿Y ahora te habla? ¿Así sin más?

—Sí.

—¿Cuántos años tiene ahora?

—Treinta y dos años, creo —Fijé la mirada en el techo del coche en actitud pensativa e hice un cálculo rápido—. Sí, creo que treinta y dos o por ahí: es cinco años mayor que yo.

—Vaya, debes tener mucha curiosidad por verle otra vez.

—No ha dicho que quiera verme, solo quiere hablar conmigo —Me miró, pero no añadió nada más.

Me despedí de Carlota y entré en mi casa con la energía de una pulga. Al menos, Carlos había tenido la decencia de dejar el piso. Había malgastado tres años de mi vida confiando en un capullo mentiroso, ¡qué menos que ser algo bondadoso! Me había dejado todos mis ahorros en comprarle su mitad de la casa, pero podía sentir aquel lugar como mi propia casa. Me arrastré por la amplia y silenciosa estancia, solo el sonido de mis pies rompía el silencio del lugar. Fui directa al baño, solo un baño relajante podría ayudarme a pensar.

Estaba hirviéndome viva en el agua, aunque también abrumada por el aroma a vainilla de las sales de baño, y... pensé en Alan. Lo cierto es que sí que sentía bastante curiosidad por saber qué tal estaba. Mi vena cotilla y detectivesca había estado buscándolo por la red, pero por más que busqué nunca encontré nada. Alan no tenía Facebook ni ningún otro perfil público en internet. La verdad es que me moría por ver cómo estaba, saber si le habría cambiado la cara de niño a hombre, ver si se le había caído el pelo o lucía una melena heavy, ¡no sé...! Me moría por saber detalles. A mí, todo, me gustaba con detalles: no podía evitarlo. Sonreí al recordar cómo, durante nuestros primeros meses, nunca se quitó la camiseta, ni siquiera para hacer el amor. Le costó sentirse cómodo con su físico. Lo recordaba también como alguien muy tranquilo y vulnerable. Seguramente se habría casado, tendría algún hijo, estaría medio calvo y con algo de barriga.

No tardó ni diez minutos en responder a mi mensaje, me sorprendió que no me llamara, pero de todas formas sonreí. Debía reconocer que me ponía algo nerviosa la situación. Al final quedamos en vernos al día siguiente, sobre las ocho de la tarde en la cafetería cerca de la editorial. No pude evitar corretear como una gallina por todos los armarios buscando algo que ponerme, pero terminé enfadándome: ¡necesitaba ropa! Y muchos millones de euros; por pedir, que no quede.

Sobre las tres de la madrugada estaba en la cama tapada hasta las orejas y los ojos abiertos como los búhos, no había manera de conciliar el sueño. Llevaba días así: la ruptura con Carlos había tenido mucho ver el último mes con mi insomnio. Pero aquella noche había otro motivo añadido, mi próxima cita con Alan.

Después de dar más vueltas de las que podía contar, me di por vencida, me levanté pesarosa de la cama y arrastré los pies hasta la cocina, donde me

preparé un té con miel.

Me dirigía de nuevo a la cama, cuando reparé en el sillón que había junto al balcón; tenía claro que iba a pasar la noche dando vueltas, sin poder dormir, así que decidí sentarme y esperar allí para ver amanecer. Me dediqué a mirar cielo, que estaba lleno de estrellas.

Vivía en el último piso de una finca altísima y tenía unas vistas bastante llamativas, incluso se podía ver el mar. Si por algo no había renunciado al piso, había sido por las vistas y los enormes ventanales que tenía. Después de resoplar tres veces y quemarme la lengua con el té otras dos veces más, reparé en el manuscrito que había sobre la mesa de la entrada. Como tampoco tenía nada que hacer, decidí echarle una ojeada por encima:

Me arrastro ávido por tu cuerpo pulido con la mayor de las delicadezas, absorbo y lamo tu piel que se estremece a mi tacto. Eres mía, solo mía, y ni siquiera lo sabes. Me miras con esos tiernos ojos que expresan más que las palabras que callas en tus labios, que ahora abarcan todo mi ser. Créeme, querida, que tu cuerpo es mi templo, mi refugio, al cual acudo perdido y ansioso, aferro mis dedos sobre tu cara y te obligo a mirarme, deseando ser el centro de tu mundo.

—¿Se puede saber qué te pasa hoy? —Levante los ojos, y frente a mí, con los brazos en jarra, se encontraba Carlota.

—¿A mí? —La miré extrañada—. Nada.

—¿Nada? —Frunció el ceño—. Llevas pegada a ese manuscrito todo el día, ¿piensas dejarlo en algún momento?

Dejé el manuscrito sobre mi escritorio y me recosté sintiendo las cervicales resentidas a causa de las malas posturas que había adquirido en las últimas ocho horas.

—Carlota, acabo de encontrar el próximo bestseller del año.

Su cara cambió en un instante y se sentó encima de mi escritorio. Era una auténtica profesional, se tomaba el trabajo como pocos en aquella editorial. Era realmente buena; una de las editoras de Aníbal Luna, otro maravilloso escritor líder con cada libro que publicaba.

—¡Cuéntame más!

—Ayer vino Jacqueline y me pidió el favor de leer esto. Me dijo que era de un chico que usaba un seudónimo. Ella ha leído la historia y me ha pedido que le eche un ojo, y ¡joder Carlota!: ¡es una auténtica pasada!

—¿De qué trata? —preguntó contagiada por mi entusiasmo.

—Cuenta la historia de un hombre que se ha acostado con más de mil mujeres, y habla de su experiencia al haber amado a cada una de ellas. Describe cada sentimiento que sentía con ellas: emociones perdidas, anhelos, cosas tan reales, que te erizan la piel; en serio, Carlota, es una auténtica pasada.

—¿No es algo arrogante? —Me miró extrañada—. No sé, Nadia...

—No está escrita de esa forma, no hay matices machistas. Es un hombre al que las mujeres desean por su físico, y él busca en cada mujer el amor que perdió. Él ama a las mujeres con una delicadeza que... ¡Joder! Es tremendamente impresionante. Cualquier cosa que te cuente se queda corta, tienes que leértelo.

—¿Qué harás? ¿Se lo darás a Alejo?

—Sí, cuando termine se lo haré llegar, esto...—dije levantando el manuscrito— es oro líquido, nena.

Se alejó de mi mesa contoneándose y riéndose mientras yo la observaba marcharse. Odiaba lo bien que le quedaba su melena rizada, y que fuera de esas pelirrojas naturales tan guapas; la odiaba, pero con amor. Si yo tuviera la mitad de su sexualidad me iría de otra manera. Miré de nuevo el manuscrito y decidí dejarlo para tomarme un descanso. Mi cabeza iba a mil revoluciones. Había dejado el mail de aquel escritor anónimo apuntado en uno de mis posits, por si tenía la necesidad de entablar una relación profesional con él. Pensé que no lo necesitaría, pero después de llevar más de la mitad de libro, necesitaba saber algo más de él.

CC: Sr.Moore

Asunto: Editora Impresionada

Queridísimo Sr. Moore:

Me dirijo a usted de esa forma porque no conozco su nombre, solo su seudónimo.

Mi nombre es Nadia Sánchez, soy editora de Millennial books.

Me pongo en contacto con usted porque Jacqueline Amorós me hizo llegar su manuscrito. Puede que esto no sea demasiado profesional, pero soy una amante de historias maravillosas, como la suya. Todavía no la he terminado, pero me encuentro justo en el ecuador de esta increíble aventura y necesitaba hacerle saber que me tiene entusiasmada. Y si no es demasiado indiscreto, me gustaría saber más de usted, no puedo evitar sentir curiosidad

por alguien capaz de escribir semejante obra.

Atentamente y con mucho afecto,

Nadia.

Esta es mi cuenta personal.

Gracias.

Capítulo 3

Llevaba diez minutos en aquella cafetería: estaba muy nerviosa. Había llegado antes de tiempo para poder habituarme al lugar y sentir que, al menos, controlaba algo de la situación que estaba a punto de acontecer. El lugar estaba repleto, debido a que era viernes por la tarde, casi por la noche. Muchos compañeros estaban allí tomando una cerveza antes de volver a sus respectivas vidas. Yo me había sentado en un apartado rincón para pasar desapercibida y no tener que interactuar con nadie. Miré mi atuendo una última vez, dudaba de si habría acertado o no. «¡Nadia, relájate!», me dije. No había quedado con el ministro francés, había quedado con un antiguo conocido que con certeza tendría el aspecto de un padre de familia descuidado.

Volví del baño lo más rápido que pude. Pensé que con la suerte que tenía últimamente, habría llegado y, al no ver a nadie, se habría marchado; por lo que me quedaría con la duda eternamente. Estaba embelesada en mis melodramas personales, cuando me volví a mirar a través de la ventana de aquella cafetería, siempre me entretenía observar a la gente. Me pregunté qué tipo de vida tendrían, si serían felices o estarían tristes, y me pregunté cuántas de aquellas personas se sentirían como yo: absolutamente vacías. Sin esperar, partes de aquel manuscrito que había estado a punto de causarme ceguera, me vino a la cabeza; sonreí cuando me di cuenta de hacia dónde se dirigían mis pensamientos. Cuando devolví la vista al cristal para seguir observando, me fijé en un hombre tremendamente atractivo que se encontraba al otro lado de la calle; estaba esperando que el semáforo se pusiera en verde para poder pasar. Recuerdo que me recorrió un escalofrío por la columna, el mismo escalofrío que sentí la primera vez que vi el anuncio del perfume Invictus, de Paco Rabanne.

El semáforo debió ponerse en verde. Mientras aquella gente cruzaba en masa la calle, aquel hombre impresionante, caminaba distraído. Vestía unos vaqueros, unas botas estilo militar, un abrigo tres cuartos abrochado hasta arriba y un gorro de lana; yo debía de tener la boca abierta, creyendo que

estaba en medio de un sueño; lo sé porque sentí cómo se me resecaba la lengua por segundos. Intenté recordar cuándo había sido la última vez que había visto un hombre así, y lo tuve claro: nunca.

Cruzó la calle y siguió caminando concentrado solo en sus pensamientos. En aquel momento hubiera pagado con años de mi vida para saber qué podía estar pensando. Lo más probable es que pensara en la afortunada dueña de ese cuerpo de marfil que ocultaba debajo de ese ceñido y elegante abrigo negro... «¡Dios!, me he muerto y estoy en el cielo». Me puse erguida y tensa; mi lenguaje corporal era un fiasco. Era inevitable, intentaba no mirar, pero algo me hacía no despegar la vista; sin más, se paró en seco y se volvió dándome la espalda. Me entristecí unos segundos, luego empecé a infartarme por momentos al visualizar aquella espalda enorme casi pegada al cristal, tan cerca de mí: solo nos separaba aquel material...

Mi móvil sonó. No es que escuchara la música que produjo, porque, a decir verdad, me había quedado sorda, sino porque tenía el móvil tan apretado que la vibración me hizo dar un salto. Me llevé la mano al pecho y tuve que tragar saliva, miré la pantalla y el nombre de Alan hizo que tuviera que apartar la mirada de aquel portento de masculinidad que seguía de espaldas a mí. Aparté la mirada hacia otro lado, necesitaba concentrarme para hablar con Alan, de lo contrario diría incoherencias, de eso estaba segura.

—Nadia, ¿has llegado ya?

Temblé al escuchar su voz, en aquel instante me di cuenta de que la había olvidado casi por completo, no la recordaba tan áspera y varonil, tan... electrizante. «¡Joder!».

—Sí... estoy dentro, en la mesa del fondo.

—Vale, ahora te veo.

Me temblaron las piernas, el corazón me latía a mil por hora, y recé para que no me sudaran las manos. Cuando miré de nuevo hacia el cristal, aquel chico ya no estaba y sentí una leve arritmia: me había enamorado de un desconocido. Debía ser la quinta vez que me pasaba eso en ese mes. Aunque debo reconocer que aquel hombre había sido el más atractivo que había visto en muchísimo tiempo. Me puse en pie y pasé las palmas de las manos por el vaquero pitillo que me había puesto. Al acabar mi jornada laboral, me había cambiado la camiseta de cuello alto, por una camisa negra con transparencias, nada vulgar, al contrario, bastante elegante. Había metido la camisa por dentro del vaquero, me había puesto mis zapatos preferidos y me había perfumado: me había dejado la coleta alta porque, gracias al cielo, no se me

había deshecho. Miré al frente para poder ver mejor a quien estaba a punto de encontrarme, volvió a vibrar mi móvil y vi que era un mensaje: Alan.

Espero que quien creo que eres tú, estés sonriendo ahora mismo mientras lees este mensaje, si no... realmente lo siento.

Me eché a reír mientras miraba aquel mensaje. Él estaba observándome desde alguna parte de aquella cafetería, levanté la cabeza y empecé a buscar, nadie parecía mirarme y sonreí de nuevo. Mi móvil volvió a sonar: Alan.

¡Oh sí!, eres tú.

Sonreí de nuevo mientras negaba con la cabeza; en esas cosas seguía siendo el mismo, no sabía que le había echado tanto de menos hasta aquel instante. Miré de nuevo y seguí sin ver a nadie que estuviera observándome. Ya iba a mandarle un mensaje para que se dejara de juegos, cuando sentí una presencia a mi espalda.

—¡Buh! —Pegué tal brinco que me lleve la mano al pecho, empecé a reírme antes de incluso girarme. Cuando me volví, dejé de sonreír al instante, creo que abrí la boca, no lo sé, solo sé que me fallaron las piernas a la vez que los ojos se me salían de las orbitas. Y cuando digo que me fallaron las piernas es porque, si no llega a ser por sus increíbles reflejos, me hubiera caído de culo. Sentir sus manos sujetándome los codos me hizo sentir un increíble calambrazo. Aquel chico del exterior, del que me había enamorado era, era... Alan—. Nadia... —Me miró con esos ojos marrones que dejaban de hielo a cualquiera—. Oye, ¿estás bien?

¡Genial!, había tenido un cortocircuito en el peor momento posible, ya sabía yo que mi mala suerte tenía que hacer acto de presencia, pero... ¿Qué coño había podido hacer yo para que la suerte me odiara tanto? Daba gracias a Dios por no dedicarme a bailar en una barra americana, si no ya me hubiera partido la crisma. Le sonreí mientras me recomponía un poco, no quería ser demasiado descarada, pero supe que había fracasado en mi intento, cuando se ruborizó al ver cómo lo estaba mirando. Aquella cara, aquella perfecta fuerte e inmaculada cara, no era la que yo recordaba del antiguo Alan; esa mandíbula fuerte y definida, que ahora se tensaba, no era la suya, pero... ¿Qué coño...?

—Sí, estoy bien, yo... es que me has pillado por sorpresa.

—¡Ven aquí, anda! —dijo tirando de mí y apretándome a su cuerpo en un abrazo enorme. Estaba duro como una piedra —su cuerpo quiero decir—, tenía el torso duro como un muro de hormigón.

Cuando me rodeó con sus fuertes brazos fue cuando pude reaccionar, le devolví el abrazo y cerré los ojos, aspirando su olor; ya no era el mismo, debo decir que, el perfume que usaba ahora debía contener una gran cantidad de feromonas, porque algo estaba empezando a poseerme. Era Alan, pero no era el Alan de hacía siete años. La gente cambia, pero... ¡joder!, parecía un primo lejano de aquel muchacho regordete del que me había enamorado en mi adolescencia. Cuando nos apartamos, le miré otra vez, lucía el pelo en una especie de tupe rollo Adam Levine, el cantante de Marron 5 en el video Misery. Me preguntaba cómo había podido no despeinarse después de quitarse el gorro. Perfecto hasta en eso. «¡Mierda!»

Tenía el pelo oscuro, no era negro, pero sí castaño oscuro. Se había dejado una ligera barba de dos días. Y esos ojos... profundos, penetrantes y... ¡Dios! Parecía una estatua de mármol tallada a mano. No era increíblemente guapo, era más bien impresionantemente atractivo. Desprendía aire de potencia, y algo más que no conseguía definir del todo, pero tenía una fuerza de atracción que me hacía tambalear.

—¿Estás buscando los siete errores? —preguntó levantando una ceja, mientras se desabrochaba el abrigo con un hábil movimiento.

—No seas presuntuoso —contesté al fin—. ¿Desde cuándo pareces un modelo de portada?

Se echó hacia atrás en una carcajada contagiosa. En aquel instante le reconocí y pude relajarme un poco. «¡Jolín que dientes!»

—Ya sabes lo que pasa con el buen vino... —Se sentó en la silla y me miró desde abajo, tragué saliva y me senté bajo su atenta mirada.

—Sí, que mejora con los años. Pero tú no has mejorado, ¡eres otro!

—Tomaré eso como un cumplido —Nos quedamos en silencio sonriendo. Iba a decirme algo cuando vino la camarera, miró a Alan sin poder evitarlo, aunque él ni siquiera levantó la mirada. La tenía clavada en mí—. Yo quiero una cerveza, gracias —pronunció con esa voz tan jodidamente sexy.

—Yo... —Dudé un instante, en otro momento me hubiera pedido un café, un refresco o cualquier otra cosa, pero en ese momento necesitaba algo más fuerte—. Yo tomaré otra, gracias.

Nos quedamos mirándonos, en silencio, hasta que la camarera volvió con nuestras respectivas cervezas. Ambos le dimos un trago y dejamos la botella a la vez; tras ello, nos echamos a reír.

—¿Soy yo, o es todo un poco raro? —preguntó torciendo la cabeza hacia un lado. Se recostó en la silla y yo casi me ahogo. Todo por ese orden.

—Es un poco raro, sí. —Sonreí—. Hace muchísimo que no nos veíamos, y como tampoco hablábamos, pues es extraño.

Me miró con dulzura y se me aceleró el corazón. Hacía cuatro años que no hablábamos, pero no me había podido olvidar del todo de él. Es del tipo de persona que, aunque se aprende a vivir sin ellas, no se puede evitar echarla de menos cuando se recuerda.

—¿A qué te dedicas ahora, Nadia?

—Sigo en la editorial —Me miró sorprendido—. No me mires así, me ascendieron poco después de empezar como becaria. Ahora soy editora, cobro más y mi jefe cuenta con mi opinión para prácticamente todo, no me puedo quejar.

—¿Crees que te volverá a ascender? He leído que tu editorial está en expansión de nuevo.

—¿A editora jefe? No lo sé, pero tampoco me importa; así como estoy, estoy bien.

—Eres conformista, siempre lo has sido. —Fruncí el ceño.

—No soy conformista, es solo que acepto las cosas como vienen.

—Ya veo —Bajó levemente la mirada y la detuvo en mi pecho y luego la desvió a mis ojos. Intenté por todos los medios que no se hubiera dado cuenta de que lo había visto—. ¿Sigues saliendo con ese tío?

—¿Cuándo dices «ese tío» te refieres a Carlos? —Asintió con la cabeza—. Nos fuimos a vivir juntos hace unos años, pero no funcionó.

Desvié un momento la mirada y vi que la noche había caído del todo. Toda la calle estaba iluminada por las farolas y las luces de las pequeñas tiendas que seguían abiertas. Ya había bastante movimiento del gentío que se dirigía a lo que, imagino, serían sus casas. Debía de hacer un frío espantoso; temblé solo de pensarlo.

—Era un capullo, no vale la pena entristecerse por eso. —Le miré fijamente al escucharle aquel tono de voz.

—Nunca lo conociste, no sabes cómo era.

—Cierto —sonrió levemente—. No lo conocí, pero cualquier tío que no luce por una mujer como tú, es un capullo.

Sonreí sin poderlo evitar.

—¿Entonces? ¿Tú eres un capullo?

—De los pies a la cabeza —Nos miramos unos segundos y nos echamos a reír otra vez—. Te veo bien, Nadia, tenía ganas de verte.

—Ídem.

Levantó la vista y alzó una ceja mientras bebía de su cerveza.

—¿Ídem?

—Quiero decir, que yo también tenía ganas de verte.

—Ya sé lo que significa ídem, Nadia, no soy tan idiota.

—¿Ah, no? —Me sonrió con su espectacular sonrisa, y volví a sentir esos nervios extraños que me recorrían la columna vertebral. Le miraba y, por más que buscaba, ya no quedaba nada de ese chico que yo había conocido; pequeños reflejos, pero nada más. Lo notaba tremendamente contenido, y eso me ponía nerviosa—. ¿Y qué me cuentas de ti? ¿Qué hay de tu vida? ¿Dónde vives ahora?

—Bueno, ahora estoy de vacaciones, pero soy asesor fiscal de varias empresas y uno de los asesores de una empresa de ámbito mundial: no me puedo quejar.

Me atraganté con el trago que había decidido dar para eliminar tensión.

—¿Cómo? —Le miré como si de repente se hubiera vuelto violeta—. ¿Todo eso en cuatro años?

—La vida, a veces, nos lleva a lugares que no creíamos posibles, ¿no crees?

—Supongo —¿Qué podía saber yo de esas cosas? Mi vida tenía la misma emoción que la tortuga que vive en un terrario—. ¿Y ahora estas de vacaciones?

—Merecidas, por supuesto.

Di varios golpecitos con mis dedos sobre la mesa, ahora sí que me reafirmaba en mi pensamiento anterior: estaba ante un completo desconocido. Empecé a hacer memoria. Unos meses atrás, habíamos recibido una propuesta de un famoso periodista que había escrito un libro sobre las empresas más importantes y sus asesores. Leí algo sobre los nombres de los asesores, había un tal Alan, pero el apellido no era el mismo que el de mi amigo. Pensé y pensé, sentía que tenía el apellido en la punta de la lengua, quizá Alan lo conociera.

—Hace un tiempo, leí por encima un libro que publicó mi editorial sobre empresas y asesores. Salían varios nombres, entre ellos había un tal Alan. —Forcé mi mente un poco—. Alan Jane, creo que es, ¿lo conoces?

Me miró de una manera extraña.

—Soy yo.

—¿Qué? ¿Cómo que eres tú? —Abrí los ojos de par en par—. Tú me llamas Alan Rodríguez. ¿De dónde sacas lo de Jane?

—Era el segundo apellido de mi abuela materna —dijo sonriendo.

—¿Y por qué lo cambiaste? ¿Es legal eso?

—Es una larga historia, Nadia —Resopló—. Y sí, es legal.

Me quedé pensativa, quizá ese fuera el motivo por el que no había podido localizarlo; había buscado el nombre equivocado.

—¿Y usas ese nombre para todo?

—Para todo —Sentenció y preferí no preguntar más sobre eso.

—Bueno, señor Jane, ¿y qué me dices de ti? ¿Sigues con la famosa inquisidora que tenías como novia?

—No.

—¿Y tienes pareja ahora?

—Tampoco.

—Vaya...—Me miré los dedos nerviosa—. ¿Y qué me cuentas? ¿Qué haces en tu trabajo?

—Asesorar...

—¿Y ya está?

—¿Y ya está de qué? Estás muy rara, Nadia.

Le miré perpleja. ¿Cómo no iba a estar rara? No podía comportarme normal con alguien que ya no conocía, no sabía de qué hablar. Era tan extraño que estaba empezando a sentirme bastante incómoda. Quería irme de allí, ya.

—No estoy rara, eres tú el que esta raro. Me haces preguntas como si fuera una entrevista, y cuando yo te pregunto a ti, respondes con monosílabos sin explicar nada, exceptuando las preguntas referentes a tu trabajo. Es como si nunca te hubiera conocido. Yo conocí a Alan Rodríguez, un maravilloso friki gordito, que hablaba por los codos y que fue una persona muy importante en mi vida- ¿Y qué me encuentro ahora? A un tal Alan Jane, asesor fiscal, estirado y extraño, con el que no se dé que hablar. Por no mencionar que me despistas con esa pose de modelo de revista. ¡Relájate, joder! Soy yo.

Se quedó perplejo. Por unos segundos pensé que me había extralimitado un poco, hasta que lo vi sonreír. Eso me molestó bastante.—¿Te despisto con mi pose de modelo?

—De todo lo que te he dicho, ¿solo te quedas con esa gilipollez?

—Es la que me resulta más interesante.

Resoplé tan fuerte que varias personas se volvieron hacia mí. Sentí que los ojos me picaban, aunque no sabía exactamente por qué. Lo único que

sabía es que quería salir de allí. Así que me puse en pie, recogí mis cosas, dejé dos euros por la cerveza y salí de allí sin mirar hacia atrás. Caminé calle arriba hacia donde había dejado mi coche. Hacía un frío de mil demonios y yo estaba ardiendo por toda la adrenalina que estaba desprendiendo mi cuerpo. «¡Menudo capullo de mierda!»

Capítulo 4

Conduje demasiado deprisa, eso me llevó a tener que dar varios frenazos. No maté a nadie, pero casi me salto varios semáforos en rojo. Llegué a casa hecha una furia, me sentía como si me hubieran estafado, como cuando te compras algo que has estado deseando mucho tiempo y, cuando por fin lo tienes en tus manos, resulta que está roto, o no es lo que esperabas. Como cuando te acuestas con alguien a quien has idealizado y luego resulta ser un auténtico fiasco. ¿A quién no le ha pasado?

Al menos, el haber vuelto a contactar con el Alan prefabricado, me había hecho llegar a casa en medio de una oleada de nervios y adrenalina. Por una vez en mucho tiempo, no había llegado arrastrándome como una serpiente.

Dejé las cosas de mala manera en la mesa de la entrada, lo que provocó que se callera el manuscrito de Ídem de mi bolso, lo recogí enseguida del suelo y paseé con él por el salón mientras me dirigía a la mesa donde tenía el ordenador. Me senté y lo encendí, ya sabía qué buscar, y mi queridísimo Google se encargaría de obrar el milagro. Lo tenía claro, en la barra del buscador tecleé «Alan Jane» y, a diferencia de los negativos resultados que obtuve anteriormente, con este nuevo nombre se abrieron muchísimos resultados, sobre todo varios artículos referentes a finanzas, incluso me leí uno por encima que lo firmaba el mismísimo Alan.

Tecleé sobre un perfil de Facebook y me sorprendí a mí misma al ver que había dado con el perfil que andaba buscando desde un inicio, Alan Jane: La foto de perfil era una en la que salía con unas gafas de sol, en blanco y negro. Pinché sobre ella y, sin quererlo, sonreí. Era una foto divertida, aparecía con un gorro de paja, una cerveza en la mano, unas gafas de sol y con la cabeza ligeramente hacia arriba en una carcajada; aquella foto desprendía muy buen rollo. No pude ver muchas más ya que era un perfil privado. «¡Joder!», refunfuñé de mala manera. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? Al menos, ver en el gilipollas que se había convertido, me había hecho contenerme, de otro modo, ya le habría mandado una solicitud de amistad y una docena de mensajes privados. Apagué el ordenador, me puse un poco de vino en una

copa y me dispuse a perderme en los mundos de aquel artífice de palabras mágicas:

Y en cada pensamiento estás tú, mi querida y amada nostalgia, acompañante de noches desveladas. ¿Qué he podido hacerte para que no dejes de perseguirme? Atraes recuerdos que no quisiera recordar, no por ser desagradables, sino todo lo contrario, me recuerdas lo que una vez tuve, y me torturas por no haberlo mantenido. Quiero dejar de pedirle tiempo al tiempo, quiero dejar de soñarla despierto, quiero dejar de desearla a cada segundo del día, quiero no arrepentirme de haberme marchado. Lárgate nostalgia, y llévate todos tus recuerdos, recuerdos de...

Tres golpes en la puerta me hicieron dar un leve brinco. Me había metido tanto en esas palabras, que no me había dado cuenta de que estaba llorando. Miré a mi alrededor porque durante unos minutos me había olvidado del mundo. Otros tres golpes me hicieron poner de pie. ¿Quién podía ser? La única que hacía ese tipo de cosas era Carlota. A veces, cuando se aburría en su casa o volvía de una noche de sexo desenfrenado, tenía la necesidad de hablar conmigo; a veces la escuchaba, otras hacía como que la escuchaba; de todas formas, ella no notaba la diferencia, así que...

Tenía la camisa abierta, me la había desabrochado para acomodarme en el sillón. Abrí la puerta y sin mirar me adentré para quitármela del todo. Nadie que no fuera ella podría haber entrado, Martin, el portero, era bastante concienzudo y muy, muy desconfiado. Cuando escuché la puerta me estiré en una postura que Carlota me había enseñado, fruto de sus clases de yoga. Tenía los músculos agarrotados. Me giré sorprendida al no escuchar sus característicos tacones. Me quedé sin respiración.

—Guau, ¿así recibes a tus visitas?

—¿Qué coño haces tú aquí? —Intenté disimular que ver a Alan allí, de pie, con ese abrigo tejido por los mismísimos dioses, me ponía nerviosa. Tenía las manos dentro de los bolsillos de aquel abrigo y me miraba con sus penetrantes y brillantes ojos oscuros—. ¿Y cómo sabes dónde vivo?

Sentí su mirada clavada en mi pecho y empezó a faltarme el aire. ¿Qué me estaba pasando? «¡Joder!», pensé. Solo era Alan, no David Gandy o Klaus Grass. Era Alan, Alan a secas. Aunque debía reconocer que me gustaba que me mirara de aquella manera. Me sentía como si fuera algo comestible; me subía la moral, ¿para qué mentir?

—Me lo ha dicho tu hermana, a la que, por cierto, he visto esta mañana —Miré de reojo el móvil; entendí el motivo de las llamadas recibidas que no me había dado la gana contestar—. Y... venía a pedirte disculpas. Oye, Nadia, por favor, si no te importa, te agradecería que te pusieras algo encima: me cuesta un poco hablar de algo serio si estás así vestida, o así desnuda. No sé... ¡llámame raro!

Sonreí sin querer, había conseguido poner mi cara de mala leche y ahora él se estaba encargando de hacerla desaparecer. Asentí evitando que viera mi amplia sonrisa, me había dejado una camiseta en una de las sillas del salón, así que me dirigí hacia allí mientras reparé en cómo Alan observaba toda la habitación. No se había quitado el abrigo y la calefacción estaba a tope. ¿Acaso quería transformarse en un suflé? Suflé de Alan: Mnnn...

—¿Así está mejor? —Me puse en su campo de visión y asintió—. ¿No te quitas el abrigo? La casa está a veintisiete grados, te va a dar un golpe de calor.

Se echó a reír y empezó a quitarse el abrigo y me lo tendió. Con sumo cuidado, lo dejé bien puesto sobre el respaldo de una de las sillas que tenía más cerca. Cuando me giré y le di la espalda, debo admitir que olí aquella tela y cerré los ojos después. Cuando me volví de nuevo hacia él, observé que se había sentado de una manera cómoda en el sofá y tuve que tragar saliva. Mi ex jamás me había resultado tan atractivo en una pose tan normal. Me revolucionó las hormonas. Lo había hecho incluso antes de saber de quién se trataba.

—Nadia, perdóname, he sido un gilipollas.

—Bueno, lo importante es admitirlo —Sonreí y me correspondió.

—Ahora en serio, perdóname. No sé qué me ha podido pasar, ha sido raro. Tanto tiempo sin vernos y sin hablar me han alterado y, aunque te miro y sé que eres tú, es como si una parte de mí no te reconociera. ¿Sabes a qué me refiero?

—No lo sabes tú bien —Me relajé en la silla en la que había decidido sentarme—, señor Jane.

—Me cambié el apellido porque buscaba un apellido que desprendiera fuerza. Si te das cuenta los triunfadores siempre tienen un apellido con gancho.

—Ah, ¿sí? ¿Quiénes? —Fruncí el ceño.

—Christian Grey, Gideon Cross, Jesse Ward..., Barack Obama.

Le miré con los ojos como platos y empecé a reírme a carcajadas.

—¿Barack Obama? —dije entre carcajadas.

—Hago referencia a tres personajes literarios y te parece bien, pero incluyo a uno real y te mueres de la risa. Chica, tú estás mal.

Me volvió a dar la risa, pero esa clase de risa que, aunque quieres parar no puedes, y eso te lleva a lagrimear.

—Te veo muy puesto en novelas eróticas para mujeres, señorito Jane — dije secándome los ojos, mientras recobraba la calma.

—¿Y eso no es algo sexista por tu parte? ¿Acaso esos libros no están hechos para nosotros?

—Tienes razón —dije pensativa—. A decir verdad, los libros eróticos tenían que ser lectura obligatoria para hombres.

—Tampoco lo exageres tanto, además, ahora que lo pienso... Comparto demasiadas horas con mi hermana y no me había dado cuenta hasta ahora.

—Ahora no pongas excusas.

Nos miramos en silencio y nos sonreímos durante un rato. La energía de mi salón empezó a pesar, se podía tocar. Se sentía una electricidad extraña. Sé que no estoy loca porque sentí cómo se movía incomodo, igual que yo. Ambos habíamos notado aquella extraña conexión, lo curioso es que había surgido mientras nos habíamos quedado en silencio; como dice Mario Benedetti, «El mejor diálogo son las miradas».

—Necesito que me hagas un pequeño favor, Nadia —dijo al fin, después de unos largos minutos. Me temblaron las piernas cuando escuché cómo pronunció mi nombre.

—Claro, pide por esa boquita.

Me miró intentando ocultar una sonrisa pícara, pero no le sirvió de nada: los ojos le brillaban con un brillo especial, y a mí se me cortó la respiración.

—¿Ya no recuerdas qué pasaba cuando me decías eso? —Se lamió los dientes y sentí que estaba empezando a escurrirme de la silla—. Era broma, mujer. Hace mucho de eso, no creo ni que te acuerdes.

—Perdí mi virginidad contigo, claro que me acuerdo.

—¿Recuerdos nítidos?

Me quedé en silencio y supe que me había sonrojado, estaba como un tomate. Me ardía la cara de una manera alarmante.

—Déjate de tonterías. Dime, ¿qué es lo que quieres?

—¿Te importaría que me quedara aquí unos días? El hotel se ha equivocado con la reserva. Será solo hasta que me lo solucionen.

Me quedé de piedra. No había perdido detalle de cómo se había

acariciado el estómago mientras me decía aquello sin casi pestañear. «¡Madre del amor hermoso!»

—¿Hablas en serio? —pregunté susurrando.

—Sí, pero no quiero que pienses que me he puesto en contacto contigo para poder quedarme en tu casa. Ha sido todo una casualidad.

Torcí la cabeza mientras fruncía el ceño.

—No había pensado eso —Me encogí de hombros—. Pero aún no sé el motivo real por el que has vuelto a la ciudad.

Me miró en silencio durante unos minutos en los que no respiré.

—¿Piensas cuestionarlo todo? Te lo he dicho, estoy de vacaciones, y quería aprovechar estos días para contactar con viejos amigos y, de paso, ojear unas cuantas empresas. Eso es todo, Nadia, ¿algo más? Si quieres puedo orinar en un bote y me analizas la orina, pero prometo que estoy limpio.

Me eché a reír sin poderlo evitar. Tenerle en mi casa era algo inimaginable, en aquel instante me vinieron ciertos recuerdos a la cabeza. Recuerdos que me hicieron sentir algo incomoda, pero aun así sonreí, ¿Qué podía hacer?

—¿Y tus padres? Hasta donde sé, se habían mudado a una casa más grande.

—Ya he estado allí, han venido unos familiares a pasar unos días, por eso había reservado en un hotel, no hay sitio en casa de mis padres a no ser que duerma en el sofá.

Le miré pensativa.

—Tengo una habitación para cuando vienen mis sobrinos. La cama no es muy grande, pero es bastante cómoda —Me levanté y me imité—. Espero que te guste.

Me siguió en silencio por toda la estancia. Mi casa no es que fuera muy grande, lo más grande de todo mi piso era el salón y la cocina. A través de un pequeño pasillo se accedía a dos habitaciones y a un pequeño baño. No era gran cosa, pero para una pareja, y ahora para mí, estaba bien. Me di cuenta de que Alan había dejado una maleta justo a la entrada. Él ya sabía que mi respuesta iba a ser un sí, incluso habiéndome ido de aquella cafetería echa un basilisco. ¿Solía ser tan predecible?

Encendí la luz de la pequeña habitación pintada de azul y blanco: tenía un pequeño armario de color blanco y una mesita con una lamparita. Miré a Alan y después miré la cama... Bueno, no es que fuera muy grande, pero al menos mis dos sobrinos, de siete y dos años, cabían perfectamente.

—Siento que la cama no sea muy grande —Me encogí de hombros—. Si lo hubiera sabido con tiempo, hubiera conseguido otra más grande.

—Es perfecta, Nadia. ¡Gracias!

Se movió con agilidad por la habitación, dejó la maleta sobre la cama y la abrió dejando a la vista la ropa perfectamente doblada. Me sorprendió, quizá porque yo era un auténtico desastre para ese tipo de cosas: mi armario estaba hecho un ocho. Recordé que Alan siempre había sido muy maniático para el orden.

Me apoyé en el marco de la puerta mientras le observaba sin perderme detalle; se movía elegantemente, como si formara parte de una danza maravillosa. Se movía con tal masculinidad, que mi cuerpo sufría los efectos secundarios de observarlo: se me secó la boca. Sin esperarlo, vi que estiraba su impresionante espalda, y cuando quise darme cuenta se había deshecho de su camiseta con un movimiento tan sexy, que el corazón empezó a bombearme adrenalina por doquier. «Chocolate», solo podía pensar en las tabletas de chocolate que tenía en la cocina, y en lo que se le asemejaban a los abdominales de Alan... «Si lamiera su increíble cuerpo, ¿sabría dulce?», me pregunté.

—Cierra la boca —Parpadeé volviendo en sí—. Deja de mirarme así, Nadia, sé lo que piensas de los tatuajes.

¡Los tatuajes! Me había quedado tan ensimismada mirándole los curtidos abdominales y su perfecta señalización en «V», que no me había percatado de que tenía su musculado y perfecto brazo izquierdo completamente tatuado. El tatuaje se extendía por un pectoral y tuve la certeza de que le debía cubrir parte de la espalda. No pude evitar arrastrar mis pies hacia él y quedarme con los ojos como platos observando más de cerca aquella preciosidad. Siempre había tenido mis dudas sobre los tatuajes. Lo que Alan no sabía, es que mi visión sobre eso había cambiado. A lo largo de mi columna vertebral, desde la nuca, hasta la rabadilla del culo, me había tatuado una frase en hebreo: «Solo tú eliges tus límites, solo tú te impones las metas».

Claro que... hacía tanto tiempo que no sabíamos el uno del otro que no había tenido la oportunidad de contarle mi fantástica época de locuras por las que pasé. ¿Qué diría si le contara que tengo un pequeño piercing en el clítoris? Me ruboricé al pensar en aquello, y aun me ruboricé más cuando sentí mi corazón latir en aquella zona.

—¡Madre mía, Alan! —Pasé mis dedos por aquellos impresionantes dibujos—. Esto es una obra de arte.

—¿Te gusta? —Me miró como si le extrañara—. Pensé que odiabas los tatuajes, siempre decías que eran de macarra.

—De eso hace mil... ¿Cómo puedes acordarte?

Me sonrió mientras dirigía sus penetrantes ojos oscuros a aquellos dibujos. El corazón me latía tan rápido que me estaba siendo imposible respirar. Me di cuenta del motivo: estaba demasiado cerca de su cuerpo, y aquella impresionante energía empezaba a hacerse patente.

—Me representa a mí —Le miré fijamente—. Representa la lucha de un samurái, las batallas por las que nos hace pasar la vida, las guerras que ganamos y las guerras que dejamos perder —Seguí la mirada de sus preciosos ojos por aquellos dibujos. Tenía el brazo tatuado por ambos lados: eran diferentes escenas de luchas. El dibujo iba ascendiendo, y mi entusiasmo con él—. Esto —dijo señalando la parte alta de su hombro—, es la entrada al limbo —Miré el dibujo con admiración. Se podía apreciar la espalda de aquel samurái a las puertas de lo que representaba una entrada a algún lugar donde había nubes y rayos de sol atravesándose entre ellas. En su pectoral izquierdo había unas palabras en un idioma que desconocía—. El samurái, después de la lucha, es ascendido a los cielos donde se le concede lo que más anhela.

—¡Que pasada, Alan! —Me fijé que al final del dibujo los trazos eran distintos. Él se dio cuenta y sonrió, se dio la vuelta y casi me caigo de culo.

—Es un dibujo tribal, ¿te gusta?

Unos trazos de dibujos tribales ocupaban su espalda casi por completo. Me fijé en que el tatuaje se perdía por debajo de los pantalones. ¿Hasta dónde llegaría? Me relamí al pensarlo. Unos picos del tatuaje subían por su nuca; en aquel instante sentí el mayor latigazo que había sentido en mi vida.

Aquello debió dolerle bastante. Aquellos tatuajes tenían que tener algún significado más allá de lo que me había dicho, de eso estaba segura. Cuando quise darme cuenta, ya se había puesto una camiseta de manga corta.

—¿Desde cuándo te gustan tanto los tatuajes? —dije dándole la espalda y recobrando el aliento.

—En el tiempo que estuve dedicándome a ponerme en forma, conocí a un tatuador que frecuentaba el gimnasio: compartíamos ideas; de ahí surgieron los tatuajes.

Le miré un segundo más antes de darle las buenas noches. Le había sonreído al irme a mi habitación y le había dejado allí terminando de instalarse. Cuando me encerré en mi habitación, le escuché trastear por la casa; seguí pegada a la puerta durante unos minutos. De repente, me sentí

tremendamente cansada, arrastré los pies hasta la ducha del baño de mi habitación y allí, debajo del agua caliente, dejé salir todos los recuerdos que había estado intentando alejar de mi mente.

Capítulo 5

Mientras me reconfortaba con el agua de la ducha seguían golpeando mi mente los recuerdos. Si era sincera conmigo misma, debía admitir que nunca había olvidado a Alan.

Los primeros meses, después de nuestra ruptura, los pasé yendo de fiesta en fiesta, recuperando el tiempo perdido y conociendo a distintos hombres. Pero al cabo de un año, era a él al único que echaba de menos. No sabía exactamente por qué no podía olvidarle, tampoco habíamos tenido una historia demasiado excepcional. Habíamos sido una pareja como muchas otras, no había sido un amor de película o un amor de novela de esos que me hartaba de leer, pero no podía dejar de pensar en él.

Había pasado un año desde nuestra ruptura cuando volvimos a entablar contacto. Eso solo sirvió para que lo que sentía se hiciera más grande. Pero, a diferencia de mí, él parecía haberlo superado, y nunca me dio a entender que seguía sintiendo algo por mí. Aquello me rompió el alma, pero preferí tenerlo de esa manera a no tenerlo.

Después de aquello, no volvimos a quedar. Yo se lo dejé caer un par de veces, pero siempre me decía: «Claro que sí, Nadia, esta semana quedamos para ese café pendiente». Pero pasaban las semanas y él nunca decía nada, así que no volví a proponérselo más.

Pasaron algunos años en los que mi ánimo iba a rachas. Había meses en los que hablábamos casi a diario, y otros en los que no sabía nada de él. Pero cada vez que me buscaba, siempre me encontraba. Y, aunque yo me prometí a mí misma que intentaría pasar de él, cuando veía su nombre en el identificador de llamadas, mi cuerpo saltaba y corría a contestar.

Un día me dijo que se iba... y se fue. No hubo un abrazo ni un beso de despedida. Simplemente se fue, ignorando el mensaje que le había enviado. En él me desprendí de todo mi orgullo y le rogué que me diera un último abrazo, pero no llegó.

Contestó al cabo de un mes. Me dijo que sentía no haberme respondido, pero que si hubiera intentado despedirse de mí, jamás habría podido irse.

Releí aquel mensaje unas mil veces intentando encontrar la fuerza para contestarle, pero mis sentimientos no me dejaban actuar como mi cabeza tenía planeado. Volvimos a tener contacto a menudo. Su estancia en Polonia se alargó más de lo que él había planeado. Para aquel entonces ya hacía año y medio que se había ido y yo seguía esperando algo que nunca llegó: me hundí.

Muchas veces pasaba con el coche por la que había sido su casa. Sabía que allí vivían sus padres, y a veces veía a su madre entrar o salir. Meses después, dejaron aquella casa y se trasladaron a las afueras de la ciudad. Aun así, yo seguía pasando por allí, a veces en coche, a veces caminando y seguía deteniéndome. No sé el motivo por el que tenía aquella insana necesidad de torturarme, pero pasar por allí me hacía sentirle más cerca, incluso cuando ese lugar ya ni siquiera pertenecía a su familia.

Jamás le conté todo aquello. Cuando me llamaba, mostraba mi mejor tono de voz y simulaba que tenía una vida llena de emociones. Él se reía con mis historias y yo me sentía mejor al creer que, por unos instantes, era feliz con mi vida. Conocí a Carlos en aquella época, pero no puede empezar nada serio hasta que recibí un mensaje por correo de Alan: no podíamos volver a hablar, a la chica con la que había empezado a salir le molestaba la relación que teníamos, así que... ¡me dejó! Y esa vez, de verdad.

Solo entonces, y con Alan completamente fuera de mi vida, pude empezar a tomarme en serio a Carlos. Llevaba cuatro años sin saber nada de Alan, y en los últimos dos, apenas me acordaba. Quizá fuera porque estaba bastante entretenida en las batallas que me hacía lidiar Carlos, que no eran pocas. Estaba claro que no tenía suerte con los hombres.

Y cuando había conseguido deshacerme tanto de Alan como de Carlos, Alan volvía a mi vida, y... ¡joder! Alan no era solo un ex, ni siquiera un amigo, era algo más. Era una persona por la que había continuado suspirando casi siete años después de romper; era importante para mí, no podía ser de otro modo. Después de todo aquel tiempo volvía a mi vida de una manera abrumadora, ni siquiera había asimilado su correo y ya lo tenía en mi casa, en la habitación que estaba justo frente a la mía.

Como si no hubiera pasado el tiempo, como si no hubiéramos estado cuatro años sin hablar, como si yo no fuese nada más que una simple amiga... Eso, por mucho que lo odiara, me seguía abrasando las entrañas. Lloré, lloré como una idiota bajo la ducha.

Cuando me recuperé un poco, me metí debajo de las sábanas. Silencio,

era lo único que se escuchaba por lo que supuse que Alan estaría durmiendo. Eran las dos de la madrugada, ya sábado. Todos los viernes solía cenar con Carlota y después solíamos tomarnos unas copas para olvidar; me preguntaba qué la estaría entreteniendo, o más bien quién: «asquerosa meretriz, ¡¡qué envidia!!».

Cuando cerraba los ojos solo podía ver el inmaculado y perfecto cuerpo de Alan. Tenía que abrirlos y destaparme un poco para poder refrescar a mi pervertida mente, y también a mi sudoroso cuerpo, que parecía seguirle el rollo a mi subconsciente ávido de placer.

Me revolví una docena de veces y acabé dándole patadas de rabia a la colcha de la cama: no hubo manera de conciliar el sueño y necesitaba dormir. Hice las paces con la colcha y las mantas cuando empecé a sentir que me estaba quedando helada. Por fin, después de varias horas en vela, pude sentir esa pesadez en los ojos tan placentera al tiempo que rezaba para que mis ojos se quedaran completamente pegados. Ni siquiera la lamparita que iluminaba la habitación con su tenue luz me molestaba.

Al fin conseguí dormir. Poco después empecé a moverme incomoda y, aunque me resistía a despertar del todo, una sensación extraña me hizo abrir los ojos.

—¡La hostia, Alan! —grité incorporándome—. ¿Qué haces aquí?

El corazón me latía a cien por hora. Alan me sonreía sentado en un lado de la cama. Mi incomodidad se debía a lo que proyectaban sus ojos: una mirada que pude sentir incluso dormida.

—Lo siento, no quería despertarte —Continuó mirándome a los ojos—. ¿Tenías una pesadilla?

—No me acuerdo, ¿por qué?

—Te movías asustada. He intentado despertarte, pero me daba miedo por si reaccionabas peor —Me sentí avergonzada—. No sabía que durmieras con luz.

Me incorporé por completo y me destapé, estaba sudando como un pollo, y el hecho de que Alan estuviera tan cerca no ayudaba en absoluto.

—Me diagnosticaron terrores nocturnos hace seis meses —Me miró frunciendo el ceño—. Me muevo nerviosa y me despierto aterrorizada. Después se me pasa, solo que no soporto dormir con la luz apagada.

—Lo siento.

—No pasa nada. Por cierto, ¿qué haces aquí?

Alan se rascó la cabeza, nervioso, se levantó y caminó hacia la ventana,

miró a través de ella y supe que se había quedado fascinado; si por algo adoraba mi cuchitril, era por las vistas.

—La cama tiene los tornillos algo desenroscados, cuando me muevo chirría y me resulta imposible dormir. He venido a pedirte un destornillador.

Miré mi reloj y sonreí.

—¿A las cuatro de la mañana? —Se encogió de hombros—. Ahora mismo no sé dónde está, pero puedes quedarte aquí, yo me iré al sofá.

—No, no —dijo abalanzándose hacia mí—. De ninguna manera, ¿podría quedarme aquí por esta noche? Mañana arreglaré la cama.

Me quedé atónita mirándole, se había sentado de nuevo al borde de la cama. En aquella postura sus músculos se marcaban deliciosamente. Me entraron ganas de arrancarle la camiseta allí mismo. Miré su perfilada y masculina cara y suspiré. ¿Por qué coño se había vuelto tan jodidamente atractivo?

—He visto que tienes un diván junto a la ventana, parece cómodo —Miré aquel diván y sonreí, no era cómodo, era comodísimo. Muchísimas veces había acabado dormida cuando me tumbaba a esperar que Carlos se cambiara—. Podría traerlo hasta aquí y así también estarías más tranquila, ¿no crees?

—Alan, no hace falta que hagas eso, puedes meterte en la cama, no me importa —Sentí que el corazón me latía tanto que empezaban a pitarme los oídos.

Se echó a reír y se puso en pie, tuve que coger aire al ver lo bien que le quedaba aquel pantalón de pijama. Se movió por toda mi habitación y en menos de lo que había pensado, había colocado el diván junto a mi cama, había cogido unas mantas que yo le había dado, y se había acostado a mi lado. Estábamos prácticamente cara con cara, pero me seguía reconcomiendo la idea del motivo por el que no había querido acostarse en la cama, aunque era mejor así, de otra manera, habría terminado amorrándome a su masculino pene, del que aún creía tener recuerdos nítidos; siempre habría podido achacar mi ataque a mis trastornos del sueño.

—Alan —susurré—, no apagues la luz.

—Vamos, Nadia, estoy aquí contigo —Acarició mi cara—. He dejado la cortina corrida para que nos entre la luz, ya verás como no te hace falta la lámpara.

Asentí con la cabeza y observé cómo apagaba la lamparita y se recostaba tapándose hasta los ojos. Se puso de lado, de cara a mí y sonrió antes de cerrar los ojos. Estuve más de media hora mirándole: él no abrió los ojos en

todo ese tiempo. Y, aunque estaba bastante nerviosa por tenerle tan cerca, su presencia, en cierto sentido, me hacía sentir algo más tranquila. Al fin pude dormirme. Creo que estaba ronroneando del gustito que me proporcionaba dormir cuando le escuché moverse, pero me pesaban tanto los ojos que opté por seguir haciéndome la dormida.

—Nadia —susurró—. ¿Estás dormida? —Me quedé como una estatua, y creo que realicé la mejor actuación de todas, estaba segura de que me merecía un globo de oro como mínimo—. Si no me he acostado en tu cama es... —El corazón me latía a cien por hora—. Porque te habría follado hasta que me hubieras rogado que parara. Y pese a tus ruegos, solo habrías conseguido ponerme más cachondo. Pero estás dormida, así que este secreto sigue siendo mío.

Me apreté con las uñas el antebrazo y sentí que me iba a dar un infarto si continuaba quieta. Cuando abrí los ojos de golpe, con la sangre martilleando por todo mi cuerpo, él ya había cerrado los suyos: me mordí los labios y peleé por volverme a dormir. Pero no pude, una parte de mí se había despertado y ahora no había quien la durmiera... Y yo pensando que era una perversa por pensar en amorrhamientos —¿existe esa palabra?—. Bueno, si no existe, yo la invento. ¿Por qué no han inventado consoladores completamente insonoros? No sé, ¡pregunto!

Me levanté de la cama antes del amanecer. Alan estaba durmiendo plácidamente, ajeno a todo el barullo interior que me había ocasionado su confesión nocturna. ¿Cómo se puede expresar algo así y luego no hacer nada al respecto? Quizá si hubiera abierto los ojos antes... Si le hubiera hecho saber que lo había escuchado. Quizá, y solo quizá, se habría lanzado a mi yugular haciéndome la mujer más feliz del mundo, pero por una extraña razón había sentido vergüenza.

Toda la situación era surrealista. Yo ya mantuve sexo con él muchísimas veces, pero algo en él era distinto: tenía una mirada pasional, desenfrenada, que me invitaba a tomar más aire del normal cuando me miraba fijamente. Esa mirada no la había tenido nunca. Todo él era un rompecabezas. Algo había tenido que pasarle para transformarse de esa forma en otra persona, y necesitaba saber qué era.

Me preparé un café bien cargado y procuré hacer el menor ruido posible, necesitaba toda la soledad del mundo en esos momentos, no quería ser interrumpida, y menos por Alan.

Después de tomarme el café y ver como el sol salía por completo

iluminando débilmente la ciudad, me decidí a mirar mi correo; con un poco de suerte conseguiría distraerme un rato. Lo abrí y borré unos cuantos mails de publicidad, y el corazón se me paró en seco:

Querida Nadia:

Me halaga muchísimo que esté leyendo mi historia, y me halaga muchísimo más el hecho de que le esté gustando tanto. Tengo que decirle que me ha sorprendido su correo; cuando la señorita Amorós me comentó que le daría mi manuscrito a una buena amiga, nunca pensé que sería a una editora.

¿Quiere saber más de mí? ¡Curioso...! Yo también quiero saber más de usted: ¿qué edad tiene?, ¿es rubia, morena, pelirroja? Disculpe de ante mano mi atrevimiento, pero me gustaría hacerme una idea de cómo es la dama que se desvela con mis deseos plasmados en papel.

Hábleme de usted y le hablaré de mí...

Empecemos un juego, me gusta jugar, ¿y a usted?

Sr. Moore.

—¿Por qué sonríes así? —Me volví dando un brinco—. Solo son las nueve de la mañana.

Miré a Alan de arriba abajo, su cara de sueño aún era patente y tenía el pelo hecho un revoltijo. Por primera vez le veía ese tupe hecho un desastre y aun así estaba increíble guapo. Pude ver la marca que le había dejado el cojín en su cara e inconscientemente sonreí más; más de lo que ya sonreía.

—Es un correo del trabajo —Dio unos pasos hacia mí y se sentó sobre un taburete de la cocina.

—No parece del trabajo, yo no sonrió así con correos del trabajo.

—Puede que sea porque eres un sieso —Me miró de reojo—, o quizá sea porque no te gusta tanto como a mí.

Torció la cabeza y sonrió.

—Seguramente sea eso —Me miró fijamente mientras se rascaba la barbilla. Ver cómo esos dedos tocaban la maravillosa barba de tres días, me hizo desviar los ojos hacia aquel movimiento improvisado, pero tremendamente seductor. Me mordí el labio y agaché la cabeza—. ¿Has dormido bien?

Levanté la cabeza con los ojos de par en par. ¿En serio me estaba preguntando eso? ¿A qué narices jugaba? Me recosté en el respaldo de la silla mientras veía cómo el ordenador se iba apagando, dejaría la contestación al

señor Moore para más adelante, aunque... ¿señor Moore? ¿Sería su apellido real? ¿Sería otro seudónimo? ¿Quién narices era ese hombre, y por qué sentía tantísima atracción por el misterio que lo envolvía? Quizá compartiera más de lo que pensaba con el personaje de su historia, quizá no era una historia ficticia. Puede que aquel hombre estuviera contando su verdadera historia... «¡Dios, quiero seguir leyendo!»

Caminé hacia Alan, que me miraba perplejo. En tan solo unos segundos me había visto gesticular con distintos cambios de humor. Para mí era algo normal pasar de un extremo a otro, pero sabía que para el resto era desconcertante. Tomé una taza, le serví café y la puse cerca de su mano.

—He dormido como un lirón, aunque me pasó una cosa rara... —Levantó la cabeza de su taza y observé cómo su garganta hacía un gran esfuerzo por no expulsar el líquido de nuevo hacia la boca—. Me ha parecido...

—¿Qué? —susurró con cierta expresión de pánico.

Levanté una ceja, no estaba loca, obviamente no le iba a decir que estaba despierta cuando le dio un brutal brote de sinceridad, solo quería ver su reacción ante la idea de que pudiera haberlo escuchado. No hacía otra cosa que cerciorarme de que él pensaba que estaba absoluta y completamente dormida. ¿Por qué?

—Nada... —Miré hacia otro lado—, nada importante, cosas mías.

Me di la vuelta y lo dejé tenso a más no poder, tuve que agarrarme con todas mis fuerzas a la encimera de la cocina, verle con el ceño fruncido y los músculos en tensión no hacían más que provocarme oleadas de algo que debía evitar, al menos hasta que supiera qué narices estaba pasando.

Capítulo 6

—¿Y no le has dicho nada? —Miré a Carlota a través de las gafas que había decidido ponerme, me notaba los ojos algo cansados.

—¿Qué quieres que le diga?

—Pues muy sencillo: «Oye, Alan, yo también quiero follar contigo, tómame, soy tuya».

Me eché a reír mientras Carlota me miraba con un gesto divertido. Mientras que yo iba echa un auténtico desastre y con unas ojeras tremendas, ella estaba reluciente.

—Vaya, qué original... —susurré.

—¡No! Si te parece le recitas un poema de Edgar Alan Poe.

—Mujer, no elegiría precisamente un poema de Poe... —Me sacó la lengua y sonreí.

—¿Y qué se ha quedado haciendo cuando te has ido?

—Estaba intentando apretar los tornillos de la cama de mis sobrinos — Me encogí de hombros—. Le he dicho si le apetecía venir, pero me ha dicho que tenía cosas que hacer, tampoco he insistido, necesitaba contarle todo esto a alguien. ¡Me va a dar algo!

Me acarició la mano con cariño y le lancé un beso desde la otra punta de la mesa.

—¿Esta noche te apetece venir con Alicia y conmigo? —Dejé de mirarme las uñas y la miré—. Vamos a Maruja Naranja, un poco de salsa nunca viene mal.

Sonreí mientras miraba cómo imitaba algunos movimientos de salsa con los hombros. Maruja Naranja era un local donde predominaba la salsa y el merengue. Yo no tenía ni idea de ninguno de los dos bailes, pero con dejarme llevar tenía bastante: el ambiente solía ser bastante divertido.

—¿Ya te has reconciliado con Alicia? —Sonrió y se encogió de hombros. Alicia era su vecina, una chica simpática y algo... abierta de mente; y de muchas otras cosas. Compartían ropa, zapatos y, desde hacía unos meses, semental—. Me dijiste que deseabas que la partiera un rayo.

—Bueno, no voy a pelearme con ella por un tío del que no sé ni el color de sus ojos.

—Pero ¿qué dices? Casi me muerdes aquel día solo por decir lo mismo que acabas de decir tú.

—Pero eso fue porque estaba en pleno énfasis del cabreo, tenía un buen miembro y tener que renunciar a él me dio pena. Ya sabes que uno de mis mandamientos es: «Los penes no se comparten con las amigas, y punto».

—Amén.

—¡Y tanto!

Me eché a reír y preferí mantener mi pico cerrado. Sabía que seguía cabreada por el hecho de que le robara aquella pilililla, pero si ella la perdonaba, por mi estupendo. Siempre me divertía con Alicia, así que... por mí, mejor.

—¿Qué me dices, vendrás esta noche? —insistió al ver que me había quedado varada por mis mundos.

—Claro que sí.

—Díselo a tu Romeo, quizá le apetezca salir.

Asentí sin estar muy segura, no creía que a «Don tengo un palo en el culo, que me hace estar increíblemente potente», le apeteciera salir con tres mujeres dispuestas a darse unos bailes de salsa que dejarían atrás la serie de Fama. Luego pensé brevemente en Alicia, si osaba a lanzarle los trastos, quizá dejara de caerme tan bien.

Llegué a casa sobre el medio día cargada hasta los topes de bolsas. El mercadillo de los sábados, y yo éramos la mejor pareja de amantes del mundo; mi monedero no pensaba igual, pero las relaciones son siempre de dos, ¿no? No había ni rastro de Alan por ningún lado y pude relajarme por primera vez desde el día anterior. Me desplomé en el sofá y subí los pies al respaldo. Media hora después, cansada de tanta relajación, empecé a cabrear me con el mundo. Pero ¿dónde narices estaba Alan? No sabía dónde se había metido, ni siquiera me había dejado una nota ni un puñetero posit. ¡Tenía millones de posits por toda mi casa! ¿Tan difícil le habría resultado escribirme algo? Que había salido, que volvería pronto... y pegarlo en la nevera como todo el mundo. ¡Aggg!

Cansada de no hacer absolutamente nada que no fuera rascarme el cogote y recolocarme el sujetador, que no me molestaba en absoluto, me decidí por darme una ducha. Me llevé mi móvil conmigo: si el señorito se dignaba a

venir tendría que llamarme para que le abriera.

Diez minutos en la ducha y ya era otra, incluso me estaba empezando a entrar ese sueñecito que te hace sonreír por casi todo. Cuando salí de la ducha me di cuenta de que se me había resbalado la toalla que había dejado sobre el mueble del baño, refunfuñé un poco y me volví a meter en la ducha un rato más. Si no fuera porque acabaría con escamas, me habría quedado dormida allí. Al final, cuando sentí que me empezaba a escocer la piel, salí con toda mi parsimonia; gracias a Dios había encendido el calefactor y el contraste de temperatura no era tan patente.

Antes de agacharme a por la toalla me escurrí el pelo para evitar que me goteara por toda la espalda, eso me producía escalofríos. Me di la vuelta para cerrar la mampara y cuando me giré de nuevo hacia el frente me dio por levantar la vista...

—¡Joder, Alan! —grité a una figura sin intenciones de moverse—. Pero ¿qué coño haces?

Me agaché como pude a recoger la toalla y me cubrí por completo. Él seguía sin moverse con la cara descompuesta.

—Yo... —susurró—, lo siento, no, no...—tartamudeó. Aluciné al comprobar que por primera vez era normal—. No quería molestarte, no sabía que estabas aquí.

—¿Cómo has entrado? No te he dado ninguna llave.

—Esta mañana ha venido tu ex a traerlas —Le miré perpleja—. Pensé que no te molestaría que me las llevara —Asentí sin hablar mientras intentaba poner en orden las cosas que estaba sintiendo. Alan me acababa de ver completamente desnuda, ya me había visto muchas veces, pero en siete años hay cosas que cambian. No quería pensar mucho en el hecho de que me había crecido un poco el panderero desde entonces y, por si aquello no fuera bastante, mi ex había venido a mi casa. ¿A traerme las llaves? Alan estaba aquí... ¿Habría pensado que...? Si es así, ¡que le den!—. Nadia, eso que tenías ahí... —Me señaló y dio un paso hacia atrás—. Eso ¿qué era?

Le miré sin saber qué narices me decía.

—¿Eso? ¿Qué es «eso»? ¿Te importaría especificar?

—¿Llevas un aro en el clítoris?

Me fallaron las piernas y sentí que un calor abrasador me subía desde los pies hasta los mofletes. Joder... me había olvidado de eso, pero ¿cuánto tiempo había estado mirándome?

—Yo... ¡eh!, sí. —Agaché la cabeza y me miré los dedillos de los pies.

—La madre que... —Le miré y se quedó callado—. No me lo habías dicho.

Me eché a reír sin querer.

—Perdona , Alan, pero no tengo porqué contarte qué narices me hago en el cuerpo, y mucho menos en la chotera... ¿Cuándo pretendías que te lo dijera? ¿Ayer entre cerveza y cerveza? ¿O antes de dormir?

—Cuando vistes mis tatuajes, por ejemplo.

Me sentí avergonzada de nuevo. Estaba tan ensimismada mirando aquella escultura que era su cuerpo, que se me había olvidado hasta mi nombre, como para pensar en otras cosas...

—Lo olvidé.

—Ya —Se dio media vuelta y, justo antes de salir por la puerta del baño, se volvió hacia mí—. Bonito tatuaje.

Me quedé mirando la puerta del baño cerrada unos minutos, seguía sin entender qué rayos estaba pasando. ¿En serio se había ofendido por no haberle contado esas cosas? Por norma general, no solía ir contando a la gente que tenía un piercing en mi zona más íntima. Llámame tímida si quieres, pero siempre había pensado que esos detalles es mejor que queden para una misma, aunque después de verle con la cara que me había mirado, quizá debería publicarlo en Facebook:

Nadia Sánchez López.

27 años.

Estudió en: Universidad Politécnica.

Ciudad: Valencia.

País: España.

Citas Importantes: Mi vagina es una feria y llevo un piercing en el clítoris.

Capítulo 7

Pasé bastante rato pensando en qué me iba a poner. Estaba tremendamente cansada y la cama me tentaba más de lo que me gustaría admitir. Pero era sábado, ¡tenía que salir! Hacía poco que había recuperado mi soltería. Era momento de salir y volverse loca, conocer hombres y disfrutar un poco de los placeres de la vida... — Si lo pensaba mucho, acabaría por auto convencerme—.

Cuando salí hacia el salón, Alan ya estaba vestido. Se habían puesto unos vaqueros, una camisa gris súper entallada, que hizo que suspirara, y sobre su antebrazo descansaba una americana impresionante un poco más oscura que su camisa.

—Vas muy guapa, Nadia.

Sonreí como si fuera una cría. No me había comido mucho la cabeza, me había puesto unos vaqueros pitillo con unos zapatos bastante bonitos y cómodos, y una camisa holgada verde con la espalda descubierta. En Maruja Naranja hacía un calor que ni en el mismito Caribe.

—Tú también... —Aleteé las pestañas—. ¿Vas a salir?

—Claro —dijo poniéndose aquella americana tejida por la mismísima Afrodita, ignorando por completo lo que eso causaba en mi interior—. No pretenderás que me quede aquí.

—Para nada —Sonreí mientras me ponía mi abrigo y salía de casa con él a mi espalda—. ¿Y dónde vas?

—No sé, eso dímelo tú.

Me volví de golpe mientras el ascensor bajaba demasiado despacio, al menos para mi gusto.

—¿Perdón?

—Voy donde tú vayas, Nadia. Ya no tengo amigos en la ciudad.

—Eso será por el palo en el culo que llevas —Se echó a reír, yo no—. ¿Cómo has sabido que iba a salir?

—Ha llamado una tal Carlota, estabas encerrada en el baño, así que he contestado la llamada.

Le miré perpleja.

—¿Has contestado a una llamada de mi móvil? —¿Dónde coño estaba la intimidad? ¿Y por qué no me molestaba del todo aquella actitud? ¡Tarada!—. ¡Alan!

—Vamos, tampoco es tan grave. Te estaba llamando insistentemente. Al ver que era una chica he contestado la llamada: muy simpática, por cierto. ¿Por qué no me habías dicho que ella te había sugerido que me invitaras?

Miré hacia otro lado y por fin el ascensor se abrió y pudimos salir. Hacía un frío espantoso. Me hubiera dirigido hacia mi coche, de no ser porque Alan activó la apertura de las puertas de un BMW negro que había frente a mi patio, ¡Dios! Aquel coche me recordaba a él: tan... potente.

—Menudo coche —susurré para mí misma.

—Sigo esperando una respuesta, señorita.

Le miré acomodada en aquel increíble sillón que parecía abrazarme, todo el coche olía a él, a su perfume, y aquello hacía que me costara coordinar los pensamientos.

—No pensaba que te apeteciera, y como no te he visto en todo el día.

Giré la cara hacia la ventanilla y recé para que no siguiera preguntándome. No quería verme forzada a decir: «¡No quiero que te beneficies a la amiga de Carlota!» No quería reconocerlo, pero a la pobre, sin haberme hecho nada, le estaba empezando a tener manía.

Llegamos y aparcamos con facilidad, me quedé embobada observando todos sus movimientos, parecía como si nada le costara esfuerzo, como si fuera un águila. Bueno... ¿las águilas son ágiles? Para mí sí, aunque a saber... Yo no entendía una mierda de águilas, pero inconscientemente las había asemejado a su persona.

El local estaba hasta los topes, creía imposible que pudiéramos dar con Carlota y Alicia, interiormente me alegré un poquito —yo y mi estupenda salud mental—, pero como mi suerte no es de hacer grandes cambios, antes de lo imaginado visualicé el pelazo ondulado rojo pasión de mi querida amiga; así que mi gozo en un pozo. Tomé aire y fui hacia ellas seguida de Alan, el que se estaba llevando miradas de todas y cada una de las mujeres que se encontraban en aquel lugar; no solo por su belleza, sino por la actitud y la potencia que desprendía.

Conocía a Carlota como a la palma de mi mano. Vi cómo sus ojos se agrandaban a medida que nos acercábamos. Entonces todo sucedió a cámara lenta, ambas saludaron a Alan con dos besos y miradas que hubieran podido

derretir montañas de hielo. Si Alan se estaba dando cuenta, lo disimulaba a las mil maravillas. Mientras Carlota se ofrecía a pedirnos unas copas, Alicia nos llevó a la pequeña mesa donde habían dejado sus bolsos y sus abrigos. Ver cómo Alan estaba distraído mirando el gentío que allí había, con la mandíbula tensa, mientras se quitaba aquella americana, hizo que me temblaran las piernas. Pero ¿qué me pasaba? ¿Acaso necesitaba vitaminas? Me estaba mareando en unas horas, más veces que en años: algo en mi organismo no iba bien.

Sin darme cuenta, yo misma me había relegado a un segundo plano. Me había sentado en uno de los pocos taburetes vacíos que se encontraban allí, había agarrado mi mojito y me lo fui bebiendo mientras observaba enfurruñada cómo Alan se reía de las brutalidades que le estaba contando Alicia; y Carlota las secundaba con comentarios mordaces. Parecía otro, tan relajado, tan tranquilo; de hecho, nunca lo había visto reírse de aquella manera, aunque hacía siete años que no lo veía, así que mi opinión no valía un carajo.

Me terminé el mojito antes de lo esperado, así que, viendo que me ignoraban de una manera bestial, me fui a la barra a pedirme un *Margarita*; no solía mezclar en exceso, pero me daba igual todo.

—¿Nadia? —Me volví al reconocer la voz.

—¡Daniel! —Nos dimos un largo abrazo—. ¿Qué haces aquí?

—Estamos de despedida de soltero, se casa mi primo Mario —Miré hacia dónde me indicaba y vi un grupo de chicos que reían—. Hemos venido antes de irnos a la discoteca. ¿Has venido con mi hermana?

—Sí, está allí al fondo, con Alicia y un amigo mío.

Asintió sonriendo. Me esperé a su lado mientras pedía su bebida. Daniel era el hermano pequeño de Carlota; tenía dos hermanos: el mayor, Raúl y Daniel, el pequeño. Tenía diecisiete años. Era un poco más alto que yo, moreno con ojos oscuros rasgados, y bastante guapo. Era de esa nueva generación que te cruzas por la calle y te sientes una perversa al mirarlos porque no puedes evitarlo; de esos que al comprobar la edad que tiene, se te cae un mito junto a la vergüenza; de esos que cuando los ves dices: «pero, coño, ¿qué le da su madre de comer?». Pues sí, Daniel era uno de esos.

Nos encontrábamos con nuestras respectivas bebidas, cuando sonó una canción de Marc Anthony: «Vivir mi vida». No pude evitar mover los pies, y no era la única, todas las personas que estaban sentadas se levantaron a bailar. No me extrañó, era la típica canción con la que no puedes evitar moverte.

Daniel notó que mi cuerpo había reaccionado a aquella canción.

—Ven, vamos a bailar —dijo tirando de mí.

—¿Qué? No, Daniel, que no sé bailar esto.

—¿Entonces para que vienes a un club de salsa?

—Para morirme de envidia —Le sonreí y negó con la cabeza mientras me devolvía la sonrisa.

—¡No seas abuela! —Le hice una mueca y me llevó a rastras hacia donde estaba mi macho particular, dejó nuestras copas en la mesa, sonrió a su hermana y volvió a tirar de mí hasta la pista—. Déjate llevar, Nadia, sé que sabes hacerlo.

Entrecerré los ojos y se echó a reír. Me agarró de la cintura y, para mi sorpresa, empezamos a bailar. Me olvidé de todo, incluso de Alan, solo podía reír y dar vueltas guiada por Daniel; aquella canción me había puesto de buen humor. Bailamos esa canción y le siguieron varias más, la culpa era del mojito y de habérmelo bebido tan deprisa. No paramos hasta que sonó «Cambio de piel», también de Anthony. Me dolían los pies y la boca de reírme, había bailado en una noche más que en varios meses. Cuando volvimos a la mesa, Alan había ocupado el taburete en el que yo había estado sentada. No había rastro de Alicia, sin embargo, Carlota sonreía con lo que fuera que le estaba diciendo Alan.

—Vaya, vaya, mira quienes están aquí —apuntó Carlota sonriendo—, ríete de Dirty dancing.

—¿Tienes envidia, hermanita?

—Tendrías que nacer unas siete veces más, para que te tuviera envidia, nene.

Me eché a reír con aquel comentario. Miré a Alan, él no sonreía, me miraba con el ceño fruncido. «Joder», así estaba aún más impresionante. Cuando quise darme cuenta, Carlota estaba en la pista de baile con su hermano y el grupo de la despedida, entre ellos su hermano mayor, que me saludó levantando la copa.

Diez minutos después, nos dirigimos en silencio hacia el coche. Carlota quiso seguir la fiesta con sus hermanos, pero Alan había declinado la oferta de acompañarlos. Y a mí me había tocado asentir y acatar la decisión de «No Party» que Alan había tomado unilateralmente; volvía a estar refunfuñando para mis adentros mientras volvíamos a casa en un asombroso e incómodo silencio.

—Te llevas muy bien con el hermano de Carlota.

—Sí —Miré hacia la ventanilla—. Es un chico muy majo.

—Ya...

Notaba su mirada, pero preferí evitar a toda costa esos ojazos profundos, tenía cierto retintín en su voz. ¿Se habría enfadado? Por cierto, ahora que pensaba...

—Oye, ¿y Alicia? —Ahora el que miraba incómodo hacia la ventanilla era él—. Alan, mírame —Me miró durante unos segundos—. ¿Alicia?

—Se ha ido mientras desplegabas tus dotes de bailarina. Decía que estaba cansada.

—¿Cansada? —Sonreí con ganas—. No conoces a Alicia si pones eso como excusa.

Me miró sonriendo.

—Digamos que... No acepta un no por respuesta.

Abrí los ojos de par en par, decidí callarme y no preguntar más; Carlota sería mi fuente más fiable, al día siguiente la sometería a un tercer grado. Conocía a Alan y sabía que no añadiría más, aunque saber que no había caído en las garras de aquella «come hombres», me hizo poder respirar más tranquila.

Aparcamos con facilidad a pesar de que el coche era bastante grande—, e hicimos el largo trayecto del ascensor en un silencio bastante incomodo; Alan irradiaba tensión y estaba empezando a contagiármela a mi... Él salió antes que yo y abrió la puerta de mi casa. Yo le seguí en silencio.

—Alan... —Se volvió hacia mí y retrocedí inconscientemente—. ¿He hecho algo que haya podido molestarte?

Me miró en silencio durante unos segundos. Para mi sorpresa, se abalanzó hacia mí, empotrándome de golpe contra la pared. Me di un golpe en la nuca, pero no me dolió; me agarró por el trasero y me levantó como si pesara dos kilos. Lamió y mordió mi garganta, y el lóbulo de la oreja; me manoseaba el trasero con tanta fuerza que iba a acabar por hacerme un cardenal. Le agarré por el cuello e intenté lazarme hacia su boca, pero desvió la cara y me mordió la mandíbula con una fuerza descomunal. Di un pequeño grito y me removí entre sus brazos, me apretó de nuevo a él y cuando volví a intentar besarle, me volvió a apartar la cara. Me quedé quieta. Pese a que mi corazón latía desbocado y estaba súper excitada, no podía ignorar el hecho de que me había hecho la cobra ¡dos veces!. Sujeté su cuello con fuerza y le obligué a mirarme fijamente a los ojos y, aunque sentir su aliento en mi cara lo complicaba todo bastante, intenté besarle de nuevo, pero solo pude besar su

mejilla: lo volvió a hacer.

Empecé a patalear para que me bajara y le di golpes en el pecho hasta que por fin me soltó. ¿Por qué razón no quería besarme? ¿Por qué alguien no besaría a la persona con la que está a punto de acostarse? Me sentí mal, inferior incluso a una mierda, un hongo o, puede que como mucho, dos. No quería llorar delante de él, pero mis ojos tenían vida propia. Él parecía nervioso, podía ver como su pecho se inflaba mientras intentaba controlar su respiración.

—¿Por qué no quieres besarme?

—Nadia, no lo compliques todo... —Me miró tan intensamente que durante unos segundos le sentí en mi cabeza —. Es solo sexo.

Entonces sin poder remédialo le di un bofetón que le giró la cara, me di la vuelta y corrí hecha un toro hacia la habitación de mis sobrinos. La situación había llegado muy lejos y no estaba dispuesta a que nadie más me tratara como una mierda. Saqué la maleta de debajo de la cama y la lancé hacia el pasillo, abrí el armario y toda la ropa que encontré la lancé hacia la maleta. Estaba fuera de mí, ni siquiera me había fijado en si estaba Alan o no, solo quería que se largara de una vez de mi jodida vida para que pudiera rehacerla de una puñetera vez. Estaba completamente cegada cuando unas manos me sujetaron con fuerza los ante brazos.

—¡Nadia!

—¡Lárgate!

—Nadia, por favor.

Le ignoré intentado que me soltara, hasta que sentí como de un empujón me empotraba contra un rincón. Antes de poder protestar, Alan me sujetó el cuello tan fuerte, que me impidió respirar bien. Sin esperarlo, fundió sus labios con los míos. Nuestros dientes chocaron y sentí el sabor de la sangre en mi lengua; cuando intenté moverme, su lengua, intrusa, se adentró completamente en mi boca. Jamás me habían besado con esa pasión y con esa urgencia, ni siquiera él en nuestro pasado en común.

Me besaba con fuerza, mordiéndome los labios, apretándome la nuca y la mandíbula con sus manos, desesperadamente, como si la vida se fuera a terminar en ese instante. Cuando su lengua inquisidora salió de mi boca, me sentí vacía, abrí los ojos y sentí los suyos abrasándome viva.

—Esto no puede ser, ¡joder! —gritó soltándome de golpe. Vi cómo salía como un rayo de la habitación y poco después escuché un portazo.

Me quedé allí, inmóvil, con su ropa esparcida por todas partes. Tragué

saliva para intentar serenarme y sentí mi labio superior hinchado, con la sensación que se tiene cuando comes algo muy salado. Me lamí la herida y cerré los ojos para infundirme autocontrol... ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no podía ser? Me quedé unos minutos más sin moverme, hasta que al fin recuperé la movilidad. Observé todo aquel desorden y, de repente, me sentí culpable. Empecé a recoger su ropa y a guardarlo todo con la esperanza de que no fuera demasiado tarde; me tumbé en su cama y me dormí después de esperarle durante dos largas horas.

Estaba plácidamente dormida cuando sentí que me elevaba en el aire. Cuando entreabrí los ojos, estaba en mi cama. Me incorporé sin entender como había llegado hasta allí. Cuando me giré me topé con Alan, que dormía a mi lado, en mi cama. Tragué saliva con dificultad. Pero ¿cómo...?

Capítulo 8

Llevaba diez minutos con los ojos abiertos sin apenas respirar; no quería despertarle, no después de recordar la estampida de apenas unas horas antes. Lo que no acababa de entender era el hecho de que me hubiera levantado de su cama y me hubiera llevado a la mía y se hubiera tumbado a mi lado. Si se hubiera quedado sobre la cama, sin cubrirse con las mantas, hubiera pensando que era un acto reflejo, fruto del cansancio; pero estaba dentro de la cama tapado hasta los ojos; no sabía si vestido o no, con pijama o desnudo. Lo mejor era no pensar demasiado en eso último.

Justo cuando quería dormir de nuevo, me entraron unas horribles ganas de ir al baño. Necesitaba mear incluso más que respirar. Intenté aguantarme todo lo que pude, pero cuando los escalofríos empezaron a incomodarme en exceso, supe que tenía que ir al baño si no quería terminar haciéndomelo encima, algo que..., pensando en mi suerte, seguramente podría pasar. Observé a Alan mientras me movía despacio para salir de la cama, aunque más bien me arrastraba, evitando moverme en exceso. Cuando por fin saqué todo mi cuerpo de aquel revoltijo de sábanas y mantas, corrí de puntillas hacia el baño. Uno de los placeres menos valorado en esta vida es la sensación de mear tras haberlo aguantando mucho tiempo.

Me lavé las manos y la cara. No tenía ni pizca de sueño, pero Alan parecía estar tremenda y profundamente dormido. Desde el baño, y con la puerta entrecerrada, podía escuchar su profunda respiración; cuando salí, la débil luz iluminó una silla de decoración que se encontraba en una esquina de la habitación; allí vi la ropa de Alan... Sí, se había cambiado. ¿Qué llevaría puesto?

Me dirigí de nuevo a la cama ignorando la hora que pudiera ser. Alan había echado las cortinas e imaginaba que también habría bajado las persianas. Vivir en el último piso de un edificio altísimo tenía un inconveniente, y era que la luz del sol iluminaba en exceso, aunque a mí me parecía un detalle maravilloso ya que eso reducía las horas de oscuridad. ¿Para qué negarlo? Odiaba con toda mi alma la oscuridad.

Cuando estaba a tan solo dos pasos de él, vi que algo que había en el suelo emitía una luz azul intensa, no se escuchaba ningún tipo de sonido, sin embargo, la luz era persistente. Tardé un poco en adivinar que era su móvil y lo agarré con cuidado dando un pequeño brinco; era una llamada y justamente la persona que había al otro lado de la llamada no entraba dentro de mi top ten de personas con las que ser amable. Fruncí el ceño hasta que dejó de llamar. Cuando me disponía a dejarlo sobre la mesita de noche y refugiarme en mi maravillosa cama, ocupada por Alan, observé que la pantalla se volvió a iluminar.

—¡Joder, qué pesada!—susurré inconscientemente—. Ya sé cómo narices te llamas, no hace falta que llames treinta veces.

Y como si me hubiera escuchado cesó la llamada. Sarah era el nombre que más odiaba en todo el universo, no porque me pareciera feo ni porque todas las «Sarah» me cayeran mal, sino porque cada vez que pensaba en ese nombre, una morena de ojos grandes y azules penetraba en mi mente.

Mi amiga del instituto, Sara, se moría de risa cada vez que se lo decía; aunque había una diferencia, solo odiaba aquel nombre especialmente cuando escuchaba a Alan pronunciarlo. Pronunciaba su nombre alargando un poco la «a», como intentado recalcar que Sarah escribía su nombre con una hache final... La de veces que habría pagado por tener un bate en mi mano y gritar mientras le daba en las costillas. ¡La hache es mudaaaaaa!

Sarah era polaca. Siendo el mismo nombre, no se escribía de la misma forma allí que aquí, ni siquiera se pronunciaba del todo igual, así que, pensándolo bien, solo odiaba aquel nombre si lo pronunciaba un polaco, que por suerte no me los topaba muy a menudo. Aunque estuve tiempo enamorada de un repartidor polaco que me traía el correo... ¡Yo y mis contradicciones!

Cuando el móvil se quedó tranquilo, vi que le había llegado un mensaje, y también que eran las seis y media de la madrugada; si no llega a ser porque Alan había hecho de mi habitación un búnker, en poco rato nos habría despertado la luz del sol. Observé el móvil mientras alzaba una ceja, después miré a Alan que seguía en los ricos mundos de los sueños: mi lugar favorito en todo el mundo. De repente, le envidié. Si me hubiera quedado en la cama, no habría tenido que pensar en esa tipa, que a ratos era guapa y a ratos parecía la niña del exorcista: palabras de Carlota. En algunas fotos era guapa, sin embargo, en otras daba miedo. Yo no era nada crítica: ¡eso que quede claro!

Sé que lo que se me vino a la cabeza no estaba bien: el móvil es privado. No es correcto ni ético que alguien lea tus mensajes mientras duermes, atenta contra la privacidad de la persona, pero si la persona te da el mayor beso de tu vida y luego se comporta como un bipolar tarado, eso queda en un segundo plano ya que necesitaba saber a qué venían aquellas insistentes llamadas y aquel mensaje. Que yo recordara Alan ya no estaba con ella. ¿O sí?

«Esto no puede ser...», sus palabras horas atrás afloraron en mi memoria. Fue cuando había estado a punto de declinar mi idea invasora, así que, sin pensármelo dos veces, abrí el mensaje y me encontré con un texto inmenso. ¡Dios mío! Si lo que me encontraba era un «te quiero», «vuelve pronto» o «te amo más que a mi vida», le iba a echar agua helada mientras dormía. Tomé aire con más miedo que vergüenza y leí:

Sarah:

¡Jodido Alan! ¿Cómo te atreves a decirme una cosa así y no querer darme explicaciones? ¿Cómo que no vas a volver? ¿Y lo nuestro? ¡Esto no es un tiempo como tú dijiste! Al menos podrías tener la decencia de cogerme el teléfono, ¡¡¡bastard dupek!!!!

Abrí los ojos de par en par con las últimas dos palabras. Supuse que sería polaco e intuí que eran insultos: «bastard» no necesitaba traducción. Así que Alan había roto aquello que quedara entre los dos, y justamente lo había hecho ese día. ¿Había sido después de besarme? Quizás el «esto no puede ser» no se refiriera a mí en sí, sino a lo suyo con Sarah. No me lo pensé dos veces cuando le di a borrar mensaje. Tampoco tenía opción, si lo no lo hacía él sabría que lo había visto y que había allanado su privacidad; si lo borraba jamás lo sabría o, si se enteraba, pensaría que no lo había recibido. En ese momento, me estaba empezando a avergonzar de mí misma, pero últimamente era algo bastante común en mí.

Alan seguía profundamente dormido y yo estaba demasiado inquieta para tumbarme a su lado y no moverme ni un ápice, así que, después de echarle una última mirada fui hacia la cocina. No me gustaba mucho el té, no había manera humana de que pudiera acabarme algo que tuviera hierba, a no ser que le echara un litro de miel, y a veces ni aun así; pero me obligaba a tomarlo porque me sentaba bien, o eso creía, la mente es poderosa, aun así, siempre tenía en casa tila, poleo, manzanilla y poleo menta. No sabía exactamente el porqué, pero sentía que así tenía más que ofrecer a mis invitados —aunque la gran mayoría solía tomar cerveza o café.

Esa madrugada pensaba hacer una excepción, calenté una taza de agua en el microondas y cogí dos sobres de tila, algo debían hacer ¿no?. Observé que el manuscrito de Ídem seguía sobre la mesa de mi ordenador, así que, mientras los sobres teñían el agua hirviendo en un color amarillento, recorrí al salón y lo llevé conmigo, agarré la taza y me senté en aquel taburete para releer algunas cosas. Estaba dispersa, no podía concentrarme ni siquiera en aquella majestuosidad que tenía en mis manos, odiaba cuando mi mente se cerraba de aquella manera; pero lo odiaría más si me ocurría aquello los lunes. Mi sustento dependía de leer manuscritos, no me podía permitir el lujo de tener la mente colapsada, y tenía toda la pinta de que iba a ser así, a no ser que me tomara doble ración de ansiolíticos y durmiera hasta el lunes por la mañana. En ese caso iría medio zombi a trabajar y estaría tan adormilada, que tampoco podría concentrarme en leer. En fin, ¡una mierda!, lo mirase por donde lo mirase.

Pasé con los dedos las primeras páginas, sonreí como una tonta. Aún no había contestado al mensaje del señor Moore, aunque quizá al día siguiente lo haría. Entonces me fijé en que en la hoja número diez había escrito un puntito justo al lado de un párrafo. Siempre solía hacerlo cuando algo llamaba muchísimo mi atención, pero no recordaba qué había sido. Había tanto en mi cabeza en aquel momento que decidí releerlo mientras daba un sorbo:

Miro tus labios prohibidos y suspiro, nadie sabe que te he convertido en mi amante, mi amante prohibida. Todos nos miran ignorando que soy yo quien se pierde entre tus sábanas cada noche, que visita tus muslos jóvenes y les regala viajes ancestrales sin movernos de la cama, suspiro en tu boca y recojo tus gemidos. Sonrió sin que me veas, me besas con desesperación deseando que siga dándote eso que tanto te gusta, a veces te miro y pareces tan inocente, que me siento culpable al profanarte, al profanar tu cuerpo y tu mente con mis macabras ideas y mis profundas pasiones. Jamás existirá amor entre los dos, pero esta joven pasión que me embargó no hace mucho tiempo, vivirá en mis recuerdos. Jamás olvido un cuerpo o una emoción y tú, joven hada de los deseos, me regalaste los mejores momentos que un alma pura podría haberme brindado. Te digo adiós firmando tu cuerpo en una despedida que me gustaría que recordaras para siempre.

Me había terminado la tila ensimismada por lo que acababa de leer. Era la segunda vez que lo leía y me sobrecogía de igual manera. No recordaba por qué había hecho ese pequeño punto y no pude evitar sonrojarme. De repente,

un recuerdo nítido que no quería evocar me sacudió haciendo que echara la cabeza hacia atrás; es curioso cómo a veces la conciencia sale de su escondite y nos sorprende con frases de cosas que no queremos recordar, golpeándonos tan fuerte, que nos hace detenernos para poco después reanudar la marcha con un sentimiento confuso. Pues eso mismo me estaba pasando.

Con Alan allí, y con todo el caos que eso propiciaba, ciertas cosas que me habían estado torturando días anteriores habían quedado relegadas... hasta ese momento como si mi cabeza no estuviera ya de por sí colapsada y, como si de un cobarde se tratara, huí de ese recuerdo y me encaminé hacia mi habitación; prefería lidiar con mil Alan que con recuerdos vergonzosos, al menos en ese momento.

Alan seguía durmiendo profundamente, debía estar bastante cansado para dormir de aquella manera tan profunda; estaba empezando a darme envidia. Fui hacia mi lado de la cama y levanté las mantas, con cuidado de no despertarle; me metí y me tapé hasta los ojos, me puse de lado dándole la espalda y cerré los ojos mientras suspiraba. Todas las sábanas, mantas y, en general el ambiente de mi habitación, olían a su perfume y a su piel, y eso me mantenía alerta con los nervios en la boca del estómago de una forma me impedían respirar.

Cuando estaba empezando a relajarme, sentí que la cama se movía. La habitación estaba completamente a oscuras, pero no tenía miedo y sabía por qué era. Todo el estrés acumulado me quitaba el miedo y las fobias.

Quizá tendría que haber patentado eso como «quita fobias»; quizá me habría forrado y podría haber dedicado el resto de mi vida a comparar todas las playas paradisíacas del mundo: sería un muy buen trabajo. «Mejor que ese que ganó aquel australiano hacía unos años», pensé frunciendo el ceño. ¿Seguiría cuidando de aquella mansión paradisíaca?

De repente, todo se quedó en calma y supe que era porque Alan se había dado la vuelta. Volví a respirar hasta que sentí una mano que me rodeaba la cintura y me acercaba a un cuerpo caliente completamente desnudo. El corazón se me paró de golpe. Sentir aquella calidez, con aquel aroma, me sobrepasaba. Ya no escuchaba su respiración profunda. Puede que no estuviera despierto, puede que solo fuera un movimiento involuntario; quizá en su subconsciente siguiera durmiendo en su cama con Sarah. Aquel pensamiento hizo que me mordiera los labios, pero no me duró mucho la patalita porque sentí su mano moverse hacia arriba hasta apretar con fuerza mi barbilla. Giró mi cara hasta que me topé con la suya; pese a la oscuridad

podía verle los ojos y las facciones de su cara. Es curioso cómo llegamos a poder ver en la oscuridad cuando nuestros ojos se acostumbran. Aunque ayudaba el hecho de que me hubiera dejado la puerta de la habitación un poco abierta y se filtrara la luz del resto de la casa. Estaba amaneciendo.

—¿Estás despierto? —susurré casi sin voz.

—¿Tú qué crees?

Aquel carraspeo de su voz me llevó al estado más impresionante que había vivido nunca. Antes de poder responderle me besó, unió sus labios a los míos, pero conteniendo su fuerza. Lo sentí porque, aprovechando su movimiento, me había girado por completo hacia él, y pude sentir sus músculos rígidos en mis manos. Con un hábil movimiento se puso sobre mí. Me moví inconscientemente al sentir su desnudez, a pesar de mi pijama, sentí su piel... Aquello no podía ser real; Alan seguía guiando con su mano el movimiento de mi cabeza mientras me besaba: era invasivo, apasionante. Lamía cada parte del interior de mi boca, sin dejar un solo hueco; su lengua ocupaba toda mi boca y era el dueño y señor de mis labios. Cuando dejó de invadirme, me besó con ternura cada labio, aunque se recreó un poco más con el inferior. Tenía un calor horroroso.

Y fue entonces, como si pudiera leerme el pensamiento, cuando me quitó la camiseta sin perder el contacto con mi boca hasta que tuvo que tuvo que detenerse para hacerlo. Después volvió a devorarme la boca de aquella apetitosa manera, paseé mis dedos por su piel y, aunque no podía distinguirlo del todo, visualicé sus tatuajes y me relamí del gusto. Me quitó los pantalones y las braguitas de un zarpazo y mordió y relamió mis pezones como si de alguna manera fueran comestibles. Apreté tanto las sabanas que rasgué un poco la tela, pero me dio igual, aquello estaba siendo una auténtica locura de placer que aumentó cuando sentí su lengua descender hacia mi hendidura que, a aquellas alturas, estaba demasiado sensible. Sentir su lengua suavemente por mi clítoris apresándolo en sus labios para ir soltándolo poco a poco, fue algo que rozó lo indescriptible. Mordió mi *piercing* con sus dientes y tiró un poquito de él haciéndome dar un brinco debido a la profunda oleada de placer que sentí.

—Pensé que no sobreviviría después de ver esto —dijo pasando su índice por mi aro, mientras yo hacía fuerza por no correrme al escuchar su voz áspera y sexy—. Es lo más sensual que he visto jamás.

—Exagerado.

—Ojalá lo fuera, pero no.

Levantó su cabeza para mirarme a través del manto de oscuridad que nos cubría, cosa que aproveché para tirar de ella y fundirme en un largo beso; gimió suavemente y casi hizo que me corriera en ese instante: tenía menos autocontrol que un conejo. Lo tumbé y me puse sobre él: le quería dentro de mí ¡ya! Acaricié su cuerpo impresionante y topé con su miembro erecto, ansioso y completamente apetecible.

—No recordaba que fuera tan grande —Sonreí.

—No seas embustera —Solté una carcajada sin poderlo evitar.

Siempre había sido poco modesto en cuanto a eso, estaba claro que no era Nacho Vidal, pero iba muy bien cargado: de los mejores tamaños con los que había tenido el placer de coincidir. Lamí sus perfectos pectorales mientras escuchaba cómo luchaba por controlar su cuerpo. Estaba a punto de caramelo cuando me detuvo.

—Como hagas eso se acaba la fiesta en tres segundos.

Lamí la punta mientras sonreía, lo que hizo que se sacudiera todo su cuerpo.

—Estira el brazo, dentro del cajón hay preservativos —susurré mientras lamía sus abdominales ascendiendo hacia su cuello; me hizo caso sin rechistar.

La idea inicial era ponerle yo el preservativo para torturarlo un poco más, pero con un aspaviento apartó mis manos curiosas y, bajo mi atenta mirada, se lo puso rápidamente y me sonrió. No tardé más de tres segundos en recuperar mi postura inicial e introducirle dentro de mí; ambos tuvimos que cerrar los ojos para controlar el placer que nos invadía, me mordí los labios mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás, hacía muchísimo tiempo que no estaba tan absolutamente excitada, tan receptiva, tan... ¡Buff!

Entonces, y sin esperarlo, me sentí en casa. Hacía muchísimos años que no tenía contacto físico con él, pero era como si mi cuerpo encajara a la perfección con el suyo, como si nunca hubieran estado separados. Apoyé mis manos en su pecho y empecé a moverme despacio, sintiendo cada centímetro de su cuerpo: aquello era delirantemente perfecto. Mientras yo me movía guiada por algo que no sabía bien como describir, Alan apretaba mis caderas y movía la cabeza a ambos lados mientras se mordía los labios con ansia. Estaba a punto de llegar al clímax cuando con una fuerza que no esperaba se abalanzó hacia mí y me dio la vuelta, apresándome con su pesado cuerpo. Pero no rompimos la conexión, él seguía dentro de mí, y el instante de clímax se había disipado. Sujetó mis manos a la altura de mi cabeza y besó mis

labios fuertemente. Yo intentaba mover mis caderas para crear fricción, pero él se mantenía quieto.

—Déjame unos instantes —susurró en mis labios—. Necesito calmarme un poco o te hare daño sin querer.

—¿Daño? —Sonreí y pasé mi lengua por sus dientes perfectos.

—No dejes de pensar en el tatuaje y en tu *piercing* —dijo mientras se empezaba a mover de nuevo en mi interior—. No sé qué me pasa.

Yo sí lo sabía, le daba un morbo incontrolable. Lo sabía tan bien porque yo no había dejado de pensar en su torso tatuado. Podría parecer una tontería, pero si algo se encuentra excitante, y se comparte cama con alguien que lleva algo que te excita mucho, se trata de un morbo añadido; algo así como un fetichismo. Me vuelven loca los hombres tatuados, el aspecto de duro, rudo, misterioso; un toque de malo que parece que sean de piedra... ¡Ay Dios! Era esclava de ese tipo de hombres y que Alan se asemejara a mi hombre ideal, era solo un incentivo a que mi cuerpo vibrara con su simple presencia. Me ponía muchísimo alguno de los personajes de *Sons of Anarchy*. Yo tenía mi propia versión, quizá más elegante, pero aun así no podía ser más feliz.

Entonces, y como si algo lo hubiera poseído, soltó mis manos, se incorporó poniendo las suyas sobre mis muslos, me levantó un poco y me penetró fuertemente mientras sujetaba mis piernas para que no me resbalara. Verle allí, de rodillas ante mí, sujetando mis piernas, haciendo que los músculos de sus brazos se tensaran, era algo que afectaba directamente a mi clítoris. ¿Acaso era eso posible? Estuvo durante diez minutos llevándome a rincones perdidos del placer y, por si aquello no hubiera sido suficiente, apartó mis piernas, me hizo flexionarlas y las puso a un costado. Sujetó mis tetas con sus enormes manos y volvió a penetrarme tan fuerte, que mi cabeza chocó contra el cabecero de la cama; me habría dolido de no ser porque en ese instante llegué al clímax con un grito que debió escucharse a varios kilómetros de distancia. Me habría encantado aguantar más, pero sentir el clítoris tan sensible como lo tenía, apresado entre mis labios vaginales, y sentir cómo se abría paso en mi interior de aquella manera, me volvió loca. Y no fui yo sola. Creo que mi grito no ayudó en nada a su autocontrol, acabó llegando al clímax unos segundos después que yo.

Habían pasado diez minutos en los que ninguno había dicho nada, yo estaba desnuda boca arriba, despatarrada y recobrando la respiración. Sabía que no resultaba sexy desde ningún ángulo, pero no podía moverme, hacía años que no disfrutaba así del sexo. Carlos no era mal amante, pero ni punto

de comparación con Alan, y con Will, un rollete que tuve unos meses antes de formalizar mi relación con Carlos. Will era un mulato impresionante. Lo conocí cuando acudió como representante y abogado de la editorial, tenía que aclarar unas cosas con el «manda más», y aquel día yo le enseñé el edificio. Tenía que haberse encargado Alejo, pero, como siempre, acabó escaqueándose y me tocó a mí hacer de guía. Alejo se tiró de los pelos al ver al pedazo de macho que se había perdido. Yo le dediqué todos y cada uno de los orgasmos que me proporcionó aquella mole de masculinidad. Todavía suspiraba cuando pensaba en aquellas noches. Sonreí inconscientemente al pensar en Will.

—¿Por qué sonríes?

Miré a Alan por primera vez desde hacía varios minutos.

—Porque me apetece chocolate —Mentí.

Se echó a reír y acortó la distancia, puso su mano sobre mi estómago y acarició mi ombligo con cariño.

—Mañana a primera hora tengo una reunión en Barcelona —Le miré mientras movía mis piernas para dejarlas rectas, ignorando la punzada de agujetas que empezaban a hacerse patentes sobre mis ingles—. Debo salir hacia allí en unas horas.

—¿Mañana?

—Hoy ya es Domingo, Nadia.

—Es verdad... —Me quedé pensativa—. ¿Dónde dormirás?

—Mi empresa ha reservado una habitación en un hotel, pero mañana por la tarde ya habré regresado. Prepararé algo de cenar, ¿qué te parece?

Le sonreí de oreja a oreja.

—Me parece una muy buena idea —dije acariciando su mentón—. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

Me miró intensamente y se me encogió el estómago, aun así, disimulé mi nerviosismo con una sonrisa.

—Pretendo establecerme aquí. Quiero abrir mi propia empresa, pero eso lleva tiempo y papeleo.

—Al grano, Alan —Se echó a reír y le imité.

—Diez días.

—Vaya...

—¿Te parece mucho? —susurró en mi oído.

—Me parece poco —Escuché a Alan reír, pero yo solo pude hacer una leve mueca.

—Me tendrás aquí los diez días que corresponden a mis vacaciones, acabarás aburrida de mí. Luego tendré que viajar y todo ese lío, pero ahora durmamos un rato, ¿vale? Necesito recuperar la energía que me has robado, señorita.

Le di la espalda después de un casto beso en los labios. Él me rodeó y, después de besar mi tatuaje, me abrazó con fuerza y se durmió. Yo me quedé despierta bastante rato más. Diez días eran apenas un suspiro.

Capítulo 9

Eran las doce de la noche de aquel domingo y la casa estaba vacía. Alan se había ido a las cuatro de la tarde. Me había pasado todo el día dormitando. Me había dedicado todo el domingo a trastocar a mis biorritmos y estaban en plan vendetta, así que esa noche iba a ser imposible conciliar el sueño. Alan había viajado a Barcelona con su propio coche, recibí un mensaje en el que me dijo que había llegado bien. Habría preferido escuchar su voz, pero no me llamó, y yo tampoco. Cené un vaso de leche de soja y unas cuantas galletas. Me dolía todo el cuerpo a causa de las agujetas, pero sonreía cada vez que me sentaba o me levantaba; las agujetas eran un buen augurio, al menos podría disfrutar de un sexo increíble durante diez días. Debía de ser positiva o, al menos, intentarlo.

Cansada de pasar canales al azar en la televisión, encendí el ordenador. Después de ponerme al día en las redes sociales recordé que tenía que contestar un correo del señor Moore, pero no me encontraba demasiado animada. Era una montaña rusa: unos minutos triste y unos minutos feliz. Me conecté a Skype para ver con quién podría charlar un rato por video llamada. Siempre solía hablar con antiguas compañeras de la universidad los domingos, aunque a las doce de la noche no iba a encontrar a nadie. ¿Qué esperaba? La gente normal a esas horas estaba en la cama durmiendo, leyendo o haciendo algo más productivo que lo que yo estaba haciendo. ¿Sexo quizá? Estaba a punto de desconectarlo cuando vi que alguien me hablaba.

—¿Nadia Sánchez? ¿Está usted ahí?

Fruncí el ceño y torcí la cabeza, me fijé en la dirección de correo que, a priori, no reconocí. Segundos después me llevé las manos a la boca: ¡El señor Moore! Me agaché rápidamente y después me di golpes en la frente ¡Idiota, no puede verte! Di gracias al cielo de que no me hubiera visto nadie. Era la persona más ridícula del mundo, pero lo importante era admitirlo y yo lo admitía, cambiarlo ya era otra cosa. Me senté de nuevo muerta de los nervios. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Resoplé y puse los dedos sobre mi teclado.

—Hola, señor Moore. Sí, aquí estoy.

—¡Vaya! Pensé que se había ido. ¿Va todo bien?

—Perfectamente, me ha pillado terminando unos asuntos del trabajo —
Mentí como una bellaca.

—¿A estas horas? ¿Usted no descansa?

—Últimamente no mucho.

—Debo confesarle que me sentía algo molesto con usted: no me ha respondido al correo que le envié, pensé que le había molestado.

Me llevé las manos a la cara y me mordí los dedos. ¡Idiota! Lo último que quería era que el señor Moore pensara que me había molestado, ¡por Dios...! Si no había podido despegar ciertas partes de su historia, de mi cabeza...

Tomé aire y me dispuse a inventarme una excusa, aunque tampoco tenía porqué sentirse molesto, yo tenía una vida.

—Disculpe señor, no pretendía molestarlo, es que he estado muy ocupada con asuntos del trabajo. Además, tengo un invitado en casa, ha sido un fin de semana algo caótico.

—Discúlpeme a mí, estoy muy aburrido. Va a pensar que estoy loco.

Sonreí, no pensaba que estuviera loco; de hecho, sentía que ya lo conocía. Puede que fueran imaginaciones mías, pero el hecho de haber leído aquella historia que yo consideraba tan personal, me hacía sentir cierta conexión con él. Era raro... No solía pasarme muy a menudo.

—No pienso eso. Además, ¿quién no está un poco loco?

—¿Usted?

—Acaba de hacer que me ría con ganas, yo estoy como una regadera, loca total, múltiples personalidades.

—¿Trastorno de personalidad múltiple?

—Géminis.

—¡Oh...! Ya entiendo, yo soy tauro

—¿Tiene cuernos?

—¡Joder! Espero que no.

Me reí a carcajadas, de repente me vi imaginándome a aquel hombre sonriendo detrás de la pantalla y empecé a sentir una curiosidad insana.

—Señor Moore, ¿qué edad tiene? ¿Cómo es? Me está matando la curiosidad.

—¿Acaso eso importa? ¿Cómo imagina que soy?

—Pues imagino muchas cosas. No me gusta hacerme ideas preconcebidas. Me gustaría acercarme lo más posible a la verdad. Debería

colaborar, de momento solo visualizo unos cuernos...

—Si es así, me veo obligado a darle pistas, no quiero que visualice precisamente eso. Soy un hombre normal señorita Sánchez, nada del otro mundo, no como esos galanes de novelas que tan de moda están.

—Usted ha creado uno, si mal no recuerdo.

—El morbo vende. Además, mi personaje no es un adonis, es solo un hombre atractivo, lo demás lo ha creado usted en su cabeza.

Me quedé pensativa. Eso era cierto, aquel hombre no había descrito a su personaje como a un dios del Olimpo, lo había descrito como a un hombre normal: moreno como hay millones, con ojos oscuros, como hay cientos, y con una figura normal, nada de musculosas facciones ni cuerpos de infarto. Un hombre con el que puedes cruzarte cualquier día, en cualquier lugar. El único detalle que daba a la hora de describir a su personaje era que era atractivo, aunque eso dejaba abierta, por entero, a la imaginación.

—Vaya, supongo que es cierto. ¿Qué edad tiene?

—¿Qué edad quiere que tenga, señorita?

—¿Me deja que lo imagine como yo quiera?

—Por supuesto, descríbame, Nadia.

—Claro. Pues entonces creo que usted es moreno, de ojos claros, atractivo y muy culto. Creo que lleva gafas, y que usa zapatos, nunca zapatillas. Usa pijamas de cuadros, pero nunca los combina con camisetas cortas o cosas así, se pone las dos piezas. No le gusta el alcohol, pero nunca rechaza una copa de champan. No va al gimnasio, de hecho, no le gusta, pero aun así tiene una buena figura, un buen porte; es alto, más que la media, y tiene un coche de marca. Escribe por hobby, tiene un trabajo mucho mejor, de ahí que use un seudónimo. Es tímido, así que utiliza sus historias para contar al mundo sus mayores secretos o sus mayores anhelos. Nadie que lo conozca imagina que usted es el creador de escenas increíblemente eróticas. Sufre de insomnio cuando la inspiración le aborda, bebe leche caliente antes de dormir y usa ropa interior negra. Y... tiene pareja, estable, de la que no está enamorado.

Sonreí después de teclear, realmente me lo imaginaba más o menos así. Pasaron los minutos y no recibí señal del señor Moore hasta que después de tres inspiraciones vi que en la parte baja de la pantalla se leía «escribiendo». Me puse nerviosa. ¿Habría acertado en algo? ¿En todo? ¿En nada? Entonces sonó mi móvil: era Alan. Contesté rápidamente mientras veía que mi amigo, al otro lado de la pantalla, seguía escribiendo.

—Hola, niña —Escuché la voz risueña de Alan y sonreí— ¿Estabas durmiendo?

—Hola, guapo. No, estaba despierta mandando unos... —Pensé—, correos.

—¿A estas horas? ¿Cuándo piensas dormir? —Escuché que se recostaba sobre algo y miré instintivamente la pantalla. El señor Moore seguía dándole al teclado—. Debes descansar.

—Deja de darme la brasa, Alan. Y sí, tranquilo, ahora me meto en la cama. Y el que debe dormir eres tú, mañana tienes una reunión importante.

—Eso es cierto, creo que voy a hacerte caso. Descansa, Nadia, mañana te veo.

—Descansa tú también guapetón, y mucha suerte mañana. Estoy deseando verte.

—Yo también a ti, y a ese precioso aro que tienes.

Me eché a reír. Cuando iba a contestarle me di cuenta de que me había colgado, negué con la cabeza sonriendo. Alan y sus cosas. Me quedé encandilada mirando a la nada y cuando volví la vista a la pantalla ya tenía mi respuesta... ¡Guauuu!

—Vaya, señorita Nadia, ha creado a un esnob, incluso debo admitir que me he echado una sonora carcajada con su descripción de mí mismo. He de decirle que ha acertado en algunas cosas, pero no voy a decirle cuales, seguro que se come esa preciosa y ocurrente cabeza que tiene en pensar en qué partes ha podido acertar. Ahora si me permite voy a describirla a usted. ¿Qué le parece?

»Usted es morena, probablemente se ha aclarado un poco el pelo, es guapa, llamativa, no tiene problemas en cuanto a atraer a hombres, aunque siempre suele elegir el equivocado, es un don innato que tiene. Es amante de las novelas, ama su trabajo porque la transporta a un mundo en el que no se siente vacía o sola. Preferiría tener una cita con cualquier galán inventado, que con un hombre de carne y hueso. Es peculiar e inteligente, se aburre con facilidad, por eso le gustan las emociones fuertes; le encanta estar enamorada, pero pocas veces mantiene ese amor latente demasiado tiempo, odia la rutina. Casi siempre está feliz y triste al mismo tiempo. Es inconstante, pocas veces acaba lo que empieza y puede ser capaz de mentir a la perfección. Se desanima con muchísima facilidad, pero es cariñosa y afectuosa. Y el amarillo entra dentro de su gama de colores preferido. Dígame, ¿me he acercado mucho?

Miré la pantalla del ordenador anonadada, había acertado tanto que me había asustado. ¿Cómo podía saber esas cosas de mí? ¿Sería un loco que había estado espiándome? Ya estaba «paranoiándome» cuando, de repente, caí.

—Vaya, me hubiera impresionado si no hubiera consultado en Google las características propias de los Géminis.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! me ha pillado señorita Sánchez, pero creo que tiene bastante que ver con la realidad.

—No diré una palabra más, señor Moore. No, a menos que me diga su verdadero nombre. Vamos, no sea soso.

—Usted llámeme Moore, por el momento, Nadia. Tiene que ganarse mi confianza, igual que yo la suya.

Sonreí asintiendo. Había acertado de pleno con aquella descripción sobre el señor Moore, pero aun así no me bastaba. Quería saber más de aquel carismático hombre. Hablé durante un rato más con él y después ambos nos despedimos con un caluroso: «Hasta otro día». Fui a por unas mantas y me quedé en el sofá. No quería estar a oscuras y sin Alan. Además, la cama olía a él y no me gustaba lo que eso me hacía sentir. Me tapé hasta los ojos y pensé en Alan y en el señor Moore; si no me dormía ya... iba a empezar aquel lunes con un letargo bastante importante.

Estaba dormida, hacía diez minutos que había entrado a trabajar y apenas podía mantener los ojos abiertos; madre mía, qué mañana me espera. Me había maquillado el doble de lo que solía hacerlo normalmente, pero ni aun así mi aspecto parecía saludable, incluso había optado por ponerme las converse con mis vaqueros: no tenía ánimo para llevar tacones, y eso que los tacones hacen el culo más pequeño.

Por suerte, no tenía que leer nada las primeras horas. Daba gracias a Dios por ello, de lo contrario no sabía cómo iba a poder mantenerme de pie sin quedarme dormida en tres minutos. Tenía que terminar unos resúmenes y darle lo más rápido posible al teclado, ya que Alejo lo necesitaba para antes de las doce del mediodía. Miré a través de mi cubículo buscando a Carlota, pero no había ni rastro de ella. Le hablé por WhatsApp, e incluso la llamé, pero no pude localizarla. Debía estar en una reunión. Seguramente me lo había dicho y había hecho como que la había escuchado; joder, algún día me iba a perder algo importante y a ver cómo salía del marrón.

Le pasé los resúmenes a Alejo mediante un correo electrónico. No había estado muy atenta a su puerta, pero desde mi cubículo podía escucharle

hablar con alguien. Si el oído no me fallaba parecía Rober, uno de los correctores que traía por la calle de la amargura a Alejo, y no me extrañaba, ese hombre era un caramelo, un caramelo casado y con dos hijos pequeños, así que... un caramelo insano.

Después de la sensación de plenitud al haber terminado mi trabajo sin caer dormida, corrí hasta la sala del café para hacerme una taza gigante de café humeante. La mañana estaba siendo increíblemente larga y todavía me quedaba lo peor: el mediodía. Si sobrevivía despierta me merecía un premio remunerado. Cuando entré en la sala, fui derecha a por mí dosis, ni siquiera miré si había alguien más. Parecía una yonki, pero me dio igual, al menos tenía todos los dientes. No me fijé en nada más hasta que di un sorbo al café hirviendo más cargado que había probado en mi vida; si no me daba un infarto por la cafeína, me podría poner a bailar hip hop en la esquina de la calle.

Entonces, al levantar la vista, vi a mi compañera Miriam. Ella trabajaba en la sección de diseño gráfico y era la responsable de varias de las mejores portadas de los últimos libros publicados. Me avergoncé por no haberla visto, pero luego me di cuenta de que ella tampoco me había visto a mí, y eso que había hecho el suficiente ruido como para pensar que había entrado un elefante en una cacharrería. Fruncí el ceño mientras la observaba detenidamente. Estaba sentada en uno de los sillones y tenía la vista perdida en la ventana, teníamos unas buenas vistas, pero no miraba la calle: estaba absorta en sus pensamientos.

Caminé hasta ponerme frente a ella y, para mi sorpresa, seguía sin reparar en mí. Dude de si se había quedado catatónica. Cuando estaba a punto de darle una pequeña bofetada desvió sus ojos y me miró.

—Deberías dormir, Nadia, tienes un aspecto horrible.

Fruncí el ceño.

—Le dijo el cazo a la sartén —susurré—. ¿Estás bien? —Se encogió de hombros.

—¿Tengo pinta de no estarlo?

—Tienes pinta de loca, si eso te vale.

Se echó a reír y la imité mientras me sentaba frente a ella. Tenía los ojos llorosos y el aspecto más triste que había visto nunca en aquella chica. Al mirarla más detenidamente, me di cuenta de que yo no era la única que había pasado de arreglarme; hay días en los que simplemente uno no está de humor. Di otro largo sorbo a mi café y me quedé mirándola en silencio. Centró sus

ojos oscuros en mí y dejó salir el aire que retenía en sus pulmones.

—Miriam, no quiero ser una cotilla, pero estás muy rara. ¿Va todo bien con Óscar? —Óscar era su novio, un chico increíblemente simpático que estaba locamente enamorado de ella.

—Sí, con Óscar, sí —Se miró las manos y me miró de nuevo a mí—. ¿Conoces a Alberto?

Miré hacia la ventana, pensativa.

—¿Es el chico que viene a recogerte algunas veces? —Asintió sonriendo levemente—. Es tu mejor amigo, ¿no?

—Sí, desde el instituto.

—¿Qué pasa con él? ¿Está bien? ¿Le ha ocurrido algo?

Me miró fijamente a los ojos, apretando los labios para no decir lo que estaba deseando gritar a los cuatro vientos; hay veces que se necesita soltar aquello que nos perturba el alma.

—Estoy enamorada de él, Nadia, desde siempre... —Abrí los ojos de par en par—. Llevo tantos años enamorada de él, que para mí ya es normal. Para él soy solo su mejor amiga, que no es poco, y como nunca he notado nada más, pues he aceptado su amistad. Prefiero eso a no tenerlo. Conocí a Oscar y... bueno, me enamoró con esa forma maravillosa que tiene de ser, pero...

—No es Alberto. —Levantó la cabeza y clavó sus ojos llorosos en mí.

—Soy horrible, ¿verdad?

—Eres humana, y los sentimientos no se pueden dominar, no te tortures —Acaricié su mano y me sonrió con cariño—. ¿Estás así porque ya no puedes con la situación?

—Estoy así porque Alberto tiene novia —Levanté las cejas—. Sé que suena egoísta, yo estoy con Oscar, no debería molestarme, pero... ¡No lo puedo soportar, Nadia! Esta vez sé que es distinto, de verdad está enamorado y eso me quema el alma. Hoy simplemente no he podido más. Patético, ¿verdad?

—No seas tonta, si yo te contara...

Cuando iba a soltarle una gilipollez para que se animara entraron varias compañeras de mi departamento, una de ellas llorando a moco tendido. Miriam y yo nos miramos extrañadas. Pero ¿qué narices estaba pasando? Aprovechando aquel jaleo, me escabullí de allí lo suficientemente rápido para que no pudieran retenerme. Ya me había tomado el café y empezaba a sentir ciertas taquicardias en el pecho, lo que me faltaba.

Puede que fuera por el sueño, por las taquicardias, o porque simplemente

era lunes, pero no quería volver a mi puesto de trabajo, así que subí a la cuarta planta: el centro neurálgico de la editorial. Saludé a Estefanía, la recepcionista y fui directa hacia el enorme ventanal. Me fijé en que habían cambiado la foto de la valla publicitaria, aunque seguía estando Klaus Grass, pero ya no estaba en ropa interior con una postura que invitaba al deseo: lucía elegantemente vestido y con unas perfectas y elegantes gafas.

El anuncio mostraba la nueva colección de monturas de lentes de contacto de una de las mejores marcas a nivel nacional. Sonreí. Klaus estaba perturbador. Si publicitara pinzas para pezones, , las compraría.

Pensé en el señor Moore. ¿Cómo serían sus gafas? ¿Modernas?, ¿anticuadas?, ¿vintage?, ¿retro? Luego me hice una pregunta importante: ¿llevaría gafas? No entendía él porqué me había empeñado en imaginármelo así, pero no salía de mis trece. En mi imaginación mando yo...

Estaba embelesada cuando escuché un carraspeo a mi espalda.

—¿Tú por estos lares? —Sonreí al ver a Sonia y Leire detrás de mí, eran dos de las «mandamases» de la editorial. Nada se publicaba si ellas no daban el visto bueno. Solían intimidar a las becarias en pruebas, aunque al conocerlas todo cambiaba—. No me digas más, has venido a comprobar cómo ha quedado la valla, ¿verdad?

—Esta es la tercera vez que nos asomamos —apuntó Leire mientras se arrojaba al cristal—. Está impresionante, pero creo que lo prefiero en bóxer, anima el doble.

Me eché a reír sin poderlo remediar, a eso me refería cuando decía que cuando se las conoce todo cambia: eran la mar de divertidas; una reunión con ellas era algo que se esperaba con ansia.

—Hacía tiempo que no subías a vernos, Nadia, nos tienes en ascuas sobre tu vida, y eso no está bien.

—Mi vida es un desastre, Leire, os echaríais a llorar.

—Yo sí que me voy a echar a llorar como a esta no se le pase el mosqueo con el churri —apuntó Sonia mientras que Leire hacía una mueca—. ¿Qué haces aquí? ¿Huyendo de Alejo? Ayer tuvo una mala cita y está él pobre...

—Estoy huyendo del drama en general —dije metiéndome las manos en los bolsillos—, hoy no sé qué narices pasa, todo el mundo está raro.

—Es lunes, ¿qué esperas? Leire y yo íbamos a buscarte justo ahora —Levanté una ceja incrédula—. Bueno a buscarte y a cotillear. ¡Ay, hija! No me mires así, toda la emoción de los líos está en tu planta, en esta son unos aburridos.

Sonreí con ganas, tenía tanto sueño que casi cualquier cosa me hacía desternillarme de la risa. Caminamos juntas hacia el ascensor y nos pusimos de nuevo camino a mi planta.

—¿Para qué queríais buscarme? ¿Estoy despedida?

—¡Oh, amiga! Ni lo sueñes —apuntó Leire sonriendo—. Carlota nos ha comentado que tienes un manuscrito entre manos bastante bueno.

—Muy bueno.

—¿Serías tan amable de hacérselo llegar cuando lo termines? Haz las anotaciones que haces siempre, tus ideas siempre suelen ser buenas.

—Gracias, Sonia, eso haré. Me faltan unas pocas páginas, mañana mismo lo tendrás en tu despacho. Haré otra copia para ti, Leire. —Esta me sonrió mientras me guiñaba un ojo. Su pelo rubio que lucía en un moño me deslumbró durante unos instantes. ¿Por qué hay gente que esta guapa todos los días?

Sonia miró en mi dirección y sonrió al ver que miraba el moño de Leire.

—A mí también me revienta que vaya tan conjuntada siempre —Me eché a reír—. Eso es porque no tiene hijos, si los tuviera no estaría tan perfecta.

—Yo no tengo la culpa de que quieras ser la madre del mes, además ya sabes que estoy buscando familia.

—¡Oh, Dios! Cómo voy a disfrutar cuando te pongas como una vaca y vengas a trabajar muerta de sueño.

Me estaban haciendo reír como hacía tiempo que no me reía. Eran íntimas amigas y eso se notaba, trasmitían ese buen rollo que hace que te sientas cómoda con ellas. Miré a Sonia con detenimiento: para ser madre y trabajar tantísimas horas, estaba esplendida. Su trabajo no solo era la editorial: cuando llegaba a su casa, seguía en activo para educar a sus hijos y cuidar del guapetón de su marido que llevaba enfermo un tiempo. Miré su pelo negro perfectamente planchado y sentí envidia. Ella, con una casa y dos hijos, iba más decente que yo que vivía sola. Vaya tela.

Llegamos a mi cubículo y me senté. Ellas se dirigieron al despacho de Alejo, aunque antes de llegar, Leire se dio la vuelta y negando con la cabeza dejó un dossier sobre mi mesa.

—No sé dónde narices tengo hoy la cabeza. Alejo nos dijo que entenderías su situación «polisentimental» y que le llevarías tú a Jacqui el capítulo corregido, no hay apenas retoques.

Miré con el ceño fruncido hacía el despacho de Alejo, el muy cabrón les había dado las instrucciones a ellas para que no pudiera negarme; sabía que si

me lo decía a mí, lo habría mandado a paseo. Le gané en una partida al trivial el no hacerle los recados de desplazamiento durante un mes; Miré a Leire, que me sonreía, y acepté; al menos me distraería un rato, la casa de Jacqui no pillaba muy lejos, podía ir incluso andando.

Capítulo 10

Salí de la editorial con una energía renovada. Mirándolo bien, la actividad física me mantendría activa, y di gracias por ello, aun así, saqué mi móvil y le mandé un WhatsApp al cara dura de mi amado jefe.

¡Eres un sin vergüenza, ¡prepárate para la vendetta!

Sonreí cuando se lo envié, y sonreí más cuando vi que me respondía.

Eres mi pupila y te adoro, pero estoy sensible. ¿Por qué me enamoro de los cabrones? Necesito una copa esta tarde, o quizá dos ¿Qué me dices?

Lo tuve claro, yo también las necesitaba. Le respondí de inmediato:

Cuenta con ello.

Reanudé la marcha sonriendo, conociendo a Alejo, presentía que me iba a contar una historia en la que se había enamorado —por decimonovena vez en un mes—, y que el tipo había resultado ser un capullo. Siempre la misma historia, y siempre con sus divertidos dramas amorosos: ¡adoraba a Alejo!

Llegué al enorme edificio donde vivía Jacqueline Amorós en menos de veinte minutos, miré hacia arriba, a lo lejos pude ver las terrazas de su ático de dos plantas; si alguna vez conseguía vivir en una casa así, pasarían meses sin que nadie me viera el pelo. Cuando iba a tocar el telefonillo, el portero me abrió, ya me conocía y me dio paso con una bonita sonrisa en la cara.

—La señorita Amorós me dijo que vendría alguien de la editorial.

Asentí mientras le daba las gracias y le sonreía provocando que se pusiera más rojo que un tomate. Mientras esperaba a que me abrieran me entretuve mirando el bonito color que tenía el descansillo. La puerta se abrió, pero no estaba preparada para ver lo que vi. Me quedé con cara de idiota, debía de resultar cómica.

—Hola, Nadia —Me saludó sonriendo Klaus Grass mientras se hacía a un lado para dejarme pasar. No hablé, me había quedado muda. ¡Joder! era tan guapo que dolían los ojos. Pasé al interior mirándome los pies, debía estar como un tomate y no era algo que quisiera que aquel señor y dueño de esa belleza lo viera. Lo curioso es que llevaba unos pantalones de los que usan para hacer gimnasia de color gris, y una camiseta de manga larga negra; no

llevaba nada del otro mundo, solo ropa de estar por casa, pero aun así me produjo arritmias. Creo que si lo hubiera visto desnudo me hubiera muerto directamente—. Jacqui está en su despacho escaqueándose de sus funciones como madre —dijo mientras se adentraba en la casa sonriendo. Le seguí como seguiría al mismísimo Dios.

Cuando entré en la enorme estancia, medio en babia a causa de semejante macho, vi que estaba todo hecho un completo desastre. Dylan aporreaba la televisión con un bate de beisbol de goma espuma, Alba se encontraba sobre el sofá saltando mientras cantaba la canción de Dora la exploradora, y Patrick estaba intentando subirse encima de la mesa donde reposaban las revistas.

—¡Chicos, por favor! —gritó Klaus mientras corría tras Patrick. Al mismo tiempo, yo le quité el bate de beisbol a Dylan. No pude evitar reírme, y Dylan, al verme, se empezó a reír a carcajadas haciendo que todos nos miraran—. No te rías, Nadia —Me quedé helada al ver lo serio que me miraba Klaus con esos preciosos y profundos ojos azules. Aquel hombre me intimidaba en exceso—. Esto no es gracioso, me tienen estresado. ¡Me voy a quedar calvo!

Hizo tal mueca de disgusto que no pude evitar volverme a reír a carcajadas. Esta vez, Alba y Patrick también rieron; Alba tomó un gorro que había entre sus juguetes y se lo tendió a su padre.

—Ten, papi, así nadie ve que no tienes pelo —Klaus se derritió ante la vocecita de aquella preciosidad y la agarró en brazos sonriendo—. ¿Ves? ¡Ya estás contento!

Me volví a reír al ver aquella escena.

—Mira que eres zalamera —dijo Klaus mientras se la colocaba como si fuera un saco de patatas, haciendo que la pequeña se desternillara de la risa—. ¿Vamos a llevar a Nadia al despacho de mamá?

Alba asintió y después de sonreírme con aquella sonrisa que podría curar enfermedades, se puso en marcha hacia el interior de la casa, me despedí de los dos trastos que volvían a centrarse en sus maldades y seguí a Klaus hasta que se paró frente a una puerta y la abrió. La canción de los ochenta *Take on me* sonaba a todo volumen, Klaus dejó a la pequeña en el suelo y bajó el volumen del reproductor de música, fue cuando Jacqui se dio la vuelta.

—Nena, Nadia está aquí —dijo mientras me ponía una mano en la cintura y me hacía pasar, sentí un escalofrío enorme al sentir sus dedos... ¡Joder!

—Gracias, amor —dijo levantándose de un brinco y rodeándolo por la cintura—. ¿Se están portando bien? —dijo mientras me sonreía a modo de

saludo.

—¿Estás de coña? ¿Cuándo se portan bien? Más vale que lo que estés escribiendo sea muy bueno, porque a mí este estrés me va a costar el pelo.

—¡Y dale! Mira que estás pesado... ¡No se te está cayendo el pelo!

—¿Qué no? ¡Mírame! ¡Tengo entradas!

—Pero ¿qué dices? ¿Ya te están dando las neuras? —Negó con la cabeza mientras me miraba—. Nadia, haz el favor de decirle que no se está quedando calvo.

Miré a Klaus sonriendo y me devolvió la mirada divertido.

—Klaus, no te estás quedando calvo.

—¿Me lo prometes? —Frunció el ceño y se me paró el corazón; solo pude asentir—. Más te vale no mentirme, o iré a buscarte.

¡Ojalá! Jacqui se echó a reír y yo me reí por no delatarme a mí misma. Guardo lo que estaba escribiendo y me invitó a sentarme a su lado; le entregué el dossier y lo ojeó por encima.

—Pensaba que vendría Alejo.

—Está deprimido.

—No me digas que está en esos días...

—Sí, no ha salido bien su nueva relación. —Me encogí de hombros y ella se echó a reír.

—Si no se enamorara con el pene, no le pasarían estas cosas.

Me empecé a reír con ganas. Jacqueline era muy graciosa y hablaba igual que escribía. Ahora que la conocía, me daba cuenta de cuánto de verdad había en sus historias. No inventaba personajes, era ella en todos y cada uno de ellos.

—He quedado con él más tarde, ¿quieres venirte?

Se echó a reír negando con la cabeza.

—¿Qué quieres, que Klaus me mate? Está al borde del infarto y eso que solo lleva dos días cuidando de ellos las veinticuatro horas. En fin... hombres —Iba a rebatirla entre risas cuando escuchamos dos voces masculinas. Jacqueline se llevó el dedo índice a los labios y escuchamos parte de la conversación, la cara se le iluminó—. ¿A qué hora dices que has quedado con Alejo?

—En unas horas —Me miró entristecida—. Pero puedes decirle que salga antes, yo no tengo nada que hacer en la oficina y me deben horas...

Me dio un fuerte beso en la mejilla y mandé un mensaje en apenas diez segundos que fue contestado *ipso facto*. Alejo había accedido y habíamos

quedado en una hora en una de las cafeterías del centro. Corrió escaleras arriba a cambiarse mientras que yo me quedé en su sala de escritura riéndome mientras miraba las fotos que forraban todas las paredes.

Jacqueline había conseguido una familia maravillosa, sentí envidia sana, incluso me afloró durante unos minutos el instinto maternal, pero por suerte duró hasta que escuché a Dylan llorar con toda su alma.

Jacqui asomó su cabeza por la puerta y me hizo una señal para que saliera, me guiñó un ojo antes de entrar por completo en el salón: no sabía que me había querido decir con eso, pero sonreí. Cuando entramos en el salón Klaus estaba regañando a Patrick, y Dylan estaba en los brazos de un increíble moreno que me daba la espalda; cuando entramos por completo se dio la vuelta. ¡Guau!

—Ya era hora de que vinieras a ver a tus sobrinos —Apuntó Jacqui dándole un golpe en la espalda a aquel morenazo—. Si eres su tío, eres su tío para todo.

—Oye, guapa, que he estado hasta los topes y Esmeralda está con las hormonas a toda pastilla, no hay Dios que la entienda.

—Pues aun te queda, amigo —intervino Klaus, que se calló cuando vio la mirada de Jacqui —¿Vas a salir? —preguntó frunciendo el ceño.

Jacqui se destensó durante unos segundos, empecé a entender el porqué de aquel guiño de ojos.

—Alejo ha pintorreado mi capítulo, voy a la editorial a hablar con él.

—Cada vez mientes mejor, enana. —Sonreí ante el comentario de aquel chico.

—¿Te llamas Klaus y eres modelo?

—No, me llamo David y soy tu abogado. Y te digo que eres una lianta. Klaus, tú mujer se va a tomar el aire, que lo sepas.

—Mi mujer me va a tener que recompensar durante muchíísiimas horas, el día de hoy.

Todos nos echamos a reír. Habría intervenido para decir que si ella no podía o se sentía indispuesta, yo podría sustituirla, pero intuí que no era el momento. Cuando levanté la vista, David me estaba mirando sonriendo.

—Te conozco de algo, ¿verdad? —Asentí sonriendo.

—Trabajo en la editorial con Alejo, nos conocimos en la boda de Jacqueline.

—¡Vaya! Es verdad.

Me dio dos besos y me sonrojé. Era realmente atractivo. Ya me lo pareció

en la boda de Jacqueline y, años después, me reafirmaba: menudo bombón.

—Alejo está en otra de sus crisis, vamos a tomar un café y de paso quiero comentarle unos cambios que quiero hacer. ¿Te importa, cariño?

Sé que le hizo ojitos por la cara de bobo que puso Klaus. Se le veía tan enamorado de ella que incluso se podía palpar en el ambiente.

—Ve y distráete, pequeña. Ahora que está su tío, a mí me dejarán en paz un rato.

—Cómo te aprovechas, casi prefería cuando te caía mal.

—¿Y quién ha dicho que ahora me caes bien? Además, te vendrá bien, así vas practicando.

Observé aquella escena sin parar de reírme. Poco después Jacqui le dio un beso en la mejilla a David, un beso y un abrazo a su marido, y nos fuimos. No era un secreto que *Si tan solo fuera sexo* era una parte real de su historia, y para mí, que sabía de primera mano lo que había habido entre Jacqui y David, verlos interactuar así, era como ver una serie de la que no puedes despegarte. Me encantaba Jacqui, pero valoraba enormemente el amor de Klaus hacia ella.

Salimos de su casa, aún quedaba un rato hasta que Alejo se reuniera con nosotras. Cuando me disponía a proponer un plan, Jacqueline recibió una llamada, me miró asombrada y sonrió.

—Nadia, me vas a matar, pero ¿podríamos vernos en la cafetería después? Me ha surgido un compromiso del que no puedo librarme —La miré alzando una ceja, pero sería de idiotas ignorar que Jacqueline era una mujer muy ocupada, así que simplemente asentí—. Te juro que vas a alucinar cuando te lo cuente: ¡Palabra!

Desapareció antes de que pudiera preguntarle de qué narices se trataba. La habría seguido de no ser porque el escaparate de una óptica llamó mi atención. Sonreí como una idiota cuando me vi contemplando las distintas monturas que había. Me había quedado tan ensimismada que no me di cuenta de que había pegado mi frente al cristal hasta que vi una persona reflejada en el mismo que provocó que se me erizara la piel de la nuca. Me di la vuelta sobresaltada.

—¡¡Klaus!!

—Siento haberte asustado —Sonrió rascándose la cabeza y me contuve las irremediables ganas de babear—. He bajado a por unas cervezas —Levantó su torneado brazo y vi las bolsas que sujetaba y varias cervezas—. Quien no se lo monta bien, es porque no quiere.

Me hizo sonreír y me destensé un poco.

—Ya lo veo... Y has bajado tú, para desconectar, ¿verdad?

—¡Por Dios, sí! Pero no se lo digas a Jacqui —Me volví a echar a reír, pero dejé de reírme en seco. Se suponía que estaba con ella, ¿por qué narices no hacía mención a aquello? Me miré las manos avergonzada—. Por cierto, me acaba de llamar diciéndome que le ha surgido no sé qué, de una entrevista, con no sé qué autor. Dice que se siente culpable por haberte dejado tirada, si quieres puedes venir a casa.

Le miré con los ojos muy abiertos. Me miraba con ternura, como cuando alguien se compadece de otro alguien; como se miraría a un niño desvalido. No pude evitar enamorarme «platónicamente» de aquel hombre. Negué con la cabeza mientras empezaba a sonreír.

—Eres muy amable, Klaus, pero justo en esta calle vive un amigo. Subiré a hacerle una visita rápida, en serio que no hay problema.

—¿De verdad?

—Claro —dije mirándole a los ojos fijamente. ¿Se podría mentir a un hombre así? Yo desde luego no—. Vete tranquilo, de verdad.

—Vale. Por cierto, tenías la frente pegada en el cristal, no sabía que usaras gafas.

—Y no las uso. —Me eché a reír.

—¿Entonces?

Me quedé pensativa, puede que sí que pudiera mentirle, aunque fuera un poquito, pero me reitero en que jamás podría mentirle en algo importante. Siempre había tenido la sensación de que ese hombre, si te miraba fijamente a los ojos, podía llegar a saber qué piensas.

—Un amigo usa gafas de este estilo y estaba pensando en cuáles podrían gustarle. —Me sonrió enseñándome toda la dentadura.

—¿Y cuáles serían? —Señalé una montura negra. No entendía una mierda de gafas, pero a él pareció hacerle gracia—. Vaya... *Retro vintage*, me gustan.

Sonreí y miré de nuevo aquel escaparate, la verdad que eran bastante grandes, pero casi todo el mundo las llevaba así. Me había imaginado al señor Moore con gafas normales, con el cristal rectangular, pero al ver aquellas con el cristal redondeado, se me asemejó más a su personalidad. Cuando quise darme cuenta Klaus había entrado por la puerta de aquella óptica; después de quedarme alucinada entré rápidamente detrás de él.

—Hola, buenos días —Escuché la voz de Klaus y me quedé atónita. Se

dirigió a una dependienta que se acababa de quedar con mi misma cara, aunque ella sí que babeó —. Quería hablar con el dueño, ¿está aquí? —La joven asintió y se perdió por el interior de la tienda.

—Pero ¿qué estás haciendo? —susurré poniéndome de puntillas, intentando ponerme a su altura.

—Quiero que te llesves las gafas, por la cara que has puesto, debe ser un amigo importante.

Me puse roja como un tomate y miré el suelo sintiendo que me mareaba. Pero ¿qué coño hacia ese hombre perfecto y maravilloso?

—Klaus, de verdad que no hace falta, en serio. Además, valen muchísimo dinero, son de marca ¡por Dios! No pienso dejar que te gastes tantísimo dinero en.

—Nadia —Le miré al sentir su tono de voz—. Gírate y mira el cartel publicitario —Iba a protestar cuando levantó el dedo índice. Intimidada al máximo, me giré a regañadientes. Fue entonces cuando sentí que se me doblaban las rodillas—. Exacto, yo soy el modelo de esta marca. Mi cara está en todas las vallas publicitarias, así que, agradecería que me dejaras hablar a mí.

Parpadeé sin poder hablar y justo en ese momento, un señor trajeado de mediana edad salió del interior de la tienda. Al ver a Klaus a mi lado se le iluminó la cara. Yo me quedé en un segundo plano, pero pude ver cómo Klaus hablaba con él y torcía la cabeza para mirarme. Desvié la mirada momentáneamente y, cuando sentí que ya nadie me miraba, me giré de nuevo a observar a los dos hombres. La sonrisa de aquel señor le iluminaba la cara. Hizo un par de llamadas al tiempo que Klaus sonreía y esperaba paciente. Veinticinco minutos después nos encontrábamos fuera de aquella óptica y yo tenía en mis manos un estuche con las increíbles y carísimas gafas en la mano.

—No hacía falta, Klaus, te has pasado.

—No digas tonterías.

—¿Qué le has dicho? —inquirí ansiosa.

—Te haré una oferta que no podrás rechazar —dijo mirándome intimidante, aunque esta vez no lo consiguió.

—Eso es de la película El Padrino —Se echó a reír—. Klaus, te lo digo en serio.

—Nadia, tengo que publicitar la marca, tengo que hacer entrevistas en locales y llevar estas prendas, simplemente le he propuesto al dueño que

fuera en su tienda.

—¿A cambio de las gafas?

—Las gafas han sido un obsequio de su parte, no he tenido que hacer nada. Me he ahorrado un viaje y el estar lejos de mi familia durante unos días —Se rascó la nuca sonriendo—. Me has hecho un favor tú a mí, no al revés.

—Bueno...

Sonreí como una idiota sin estar del todo convencida, pero me había hablado con tanta seriedad que le creí. Su móvil empezó a sonar y echó una carcajada cuando leyó el mensaje.

—Es David, me pregunta si le tendrá que contar a mis hijos: «Tu padre se fue a por cerveza y no volvió». La madre que lo parió, ese tío es un show —Levanté las cejas sonriendo—. No le digas a Jacqui que he dicho esto, ¿vale? Me dirá que ya me lo dijo, y odio que tenga razón. Siempre la tiene, y es frustrante.

Estuve riéndome sin parar varios minutos mientras él miraba a ambos lados aguantándose las ganas. Poco después me dio dos besos y se encaminó hacia su casa. Observé cómo se marchaba. Su forma de andar, su cuerpo fuerte y atlético... Todo eso estaba muy bien, pero entendí que Klaus era más, muchísimo más que toda esa perfección física.

Capítulo 11

Disponía de más de media hora para poderla invertir en lo que me diera la gana, antes de acudir a la cafetería a encontrarme con Jacqueline y Alejo. Miré mi móvil varias veces mientras me dirigía hacia la consulta de mi amigo y psicólogo —no el mío obviamente, aunque todos los amigos tienen algo de psicólogos—, Izan. Mi visita no estaba en su agenda, pero seguro que podía hacerme un hueco, o al menos me podría entretenerme con la recepcionista. Menos da una piedra.

Me sentí algo frustrada al no haber recibido ni una sola llamada ni ningún mensaje de Alan, pero pensé que debía estar muy ocupado, así que hice lo posible por no comerme la cabeza.

Llegué al edificio y subí las cuatro plantas hasta que me topé con la puerta de la consulta. Fue entonces cuando me sonó el móvil, era un mensaje de Alan con una foto incluida; sonreí como una tonta. La foto mostraba un cartel informando de que Valencia se encontraba a quince kilómetros con un pequeño texto:

Ya casi estoy, niña. Ve haciendo estiramientos.

Sonreí con ganas y me mordí los labios impaciente, realmente tenía ganas de verle. Laia me abrió la puerta sonriente, jamás había visto a esa rubia de ojos oscuros tan seria. Muchas veces me preguntaba qué cara tendría cuando estuviera triste o enfadada, a veces incluso me quedaba mirando sus mofletes buscando las grapas que mantenían su sonrisa durante tanto tiempo para encontrar una explicación. Como había supuesto, Izan estaba libre, aunque había acudido sin avisar conocía más o menos sus horarios. Cuando abrí la puerta, Izan levantó sus ojos oscuros de su ordenador y me sonrió con ganas.

—¡Amiga! Dichosos los ojos que te ven —Se levantó y caminó hacia mí—. ¿Te has perdido o estás en mitad de una crisis?

—¿Me ves aspecto de estar en crisis? —Nos sonreímos y me dio dos besos—. Pregúntame dentro de cinco minutos.

Se echó a reír y se movió por su amplio despacho, le seguí sin quitarle ojo. A veces me sorprendía observando lo guapo que era mi amigo, después

me daba cuenta de que lo conocía demasiado y que gracias a ello me costaba mucho más fiarme de los hombres. No es que mi amigo fuera malo, pero era extremadamente sincero y, casi siempre, por no decir siempre, acertaba. Puede que fuera porque yo siempre había elegido al mismo tipo de maleante; la cuestión era que le consideraba un sabio, y no porque fuera psicólogo precisamente.

Sentó su bonito cuerpo en el diván y yo me senté en el sillón que habitualmente ocupaba él.

—¿Un día duro?

—Unos meses duros, más bien —susurró recostándose—. ¿Crees que hice bien al comprometerme? Todavía dudo de que pueda estar enamorado más de un año seguido.

Me encogí de hombros.

—Hombre, si Nerea ha conseguido lo que ninguna otra, será por algo.

—Si me estuviera precipitando, me lo dirías, ¿verdad? —Me miró fijamente y respiré.

—Te estás precipitando, Izan.

Me miró durante unos segundos y se echó a reír.

—Bobadas, alguna vez tendré que sentar cabeza.

—Si no escuchas mi opinión, ¿para qué narices me la pides?

—Para barajar opciones —Me guiñó un ojo y le lancé un pequeño cojín que estaba a mi lado—. ¿Algo interesante en tu vida?

Me recosté en el sillón y desvié la mirada hacia mi bolso, después le miré de nuevo.

—¿Recuerdas la murga que te di con Alan?

—¿Alan? —Frunció el ceño—. ¿Alan, tú ex?

—El mismo.

—Como para olvidarlo, ¿qué pasa con él?

—Está en mi casa —Me miró sin pestañear.

—¿Qué?

Después de un interrogatorio de media hora, me miró sorprendido a la vez que curioso. Había conseguido llamar su atención con el asunto del señor Moore y lo dejé sin habla cuando le describí con detalles el arranque pasional de Alan. Si algo bueno tenía Izan es que comprendía mi desorden mental y sabía sacarle partido. Puede que fuera porque él también podía sufrir el mismo que yo. Aunque si era así, aún no lo había confesado.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó mientras me puse en pie.

—Ahora, irme.

—¿Qué? ¡No! —Se levantó y me siguió por toda la estancia—. No puedes irte y dejarme a medias.

Me paré en seco y me volví echándome a reír.

—Yo nunca dejo a medias, no me ofendas

Me encaminé a toda pastilla hacia la cafetería. A pesar de todo el tiempo que había tenido, iba a llegar tarde a la cita con mi jefe y su «otra» pupila. Cuando llegué, solo encontré a Alejo. Supe que había acabado de llegar porque se estaba quitando su perfecto abrigo. Sonrió en cuanto me vio aparecer.

—¿Qué tal tu día de novillos?

—Me debéis unas horas, además. Te lo debía después de que me hicieras ir de mensajera, sabes que te lo gané al Trivial.

—Lo sé —Se disculpó inclinándose y le sonreí—. Te compensaré, palabra.

Iba a preguntarle qué era lo que había pasado para estar tan decaído, cuando Jacqueline entró como una exhalación. Llevaba un papel en sus manos que dobló y guardó en su bolso. Poco después se sentó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tienes cara de haber hecho algo impresionante: ¡desembucha!

Sonreí ante el descaro de Alejo, Jacqueline me miró negando con la cabeza mientras sonreía.

—No he hecho nada impresionante, pero si he conocido a alguien impresionante —Su editor y yo la miramos expectantes, aunque en el último segundo desvió sus ojos hacia mí y los afiló poniéndome nerviosa—. ¡Acabo de conocer al señor Moore!

Me llevé las manos a la boca a la vez que daba un bote en mi silla. Alejo nos miraba como si aquello fuera un chiste, ya que era el único de los tres que no tenía ni pajolera idea de a quién se estaba refiriendo, por lo que frunció el ceño y nos miró a las dos para intentar descifrar algo.

—¿De quién habláis? ¿Quién es el señor Moore? —Jacqui me miró alzando una ceja divertida.

—¡Jacqueline, por tu madre, dime cómo es! —Ella se echó a reír al ver mi entusiasmo—. ¡Oye! no te rías de mí y contéstame.

—¡Basta ya! ¿Queréis dejar de jugar a «ignoremos al gay»?

Me reí a carcajadas. No podía evitar sentir ciertos nervios en el estómago: Jacqueline había conocido al señor Moore y eso requería de una explicación

por su parte.

—El señor Moore es el seudónimo que usa el escritor del libro que le recomendé a Nadia —Alejo asintió y yo me puse más nerviosa al ver que se tomaba su tiempo—. Por lo visto, ella ha quedado tan fascinada como yo.

—¿Así que estás así por eso? —Levantó una ceja y me miró perplejo—. Vaya... Quizá debería ascenderte. Te tomas con mucho entusiasmo tu trabajo, ¡vaya que sí!

Jacqui y Alejo se estaban riendo mientras mi paciencia iba abandonando mi cuerpo poco a poco.

—Nadia ha mantenido contacto con él vía mail —Levanté la cabeza sorprendida y fijé mis ojos en los de Jacqui, que miraba sonriendo a Alejo—. Me lo ha contado, espero que no te importe —Negué con la cabeza—. Entiendo que esté emocionada con él, cuando leas su manuscrito, tú mismo te volverás loco, o... más loco de lo que ya estás, si eso es posible.

—Me temo que no —susurré sin intención de que él me escuchara, pero lo hizo—. Y dime, Jacqui, ¿cómo es él?

Sonrió al recordar una broma que solo ella sabía, y eso me hizo sentir algo incomoda. ¿Le habría contado con todas las palabras la conversación que tuvimos? La verdad que no había sido para nada una conversación profesional, más bien había sido algo extraño sin denominación, o quizá sí tenía una denominación y huía de ella.

—Bueno es... —Frunció el ceño—. Es... bueno, a decir verdad, parecía un esnob —Me llevé las manos a la boca y me empecé a reír a carcajadas—. Vale, esto es una broma entre los dos, ¿verdad?

—Me temo que sí. Ahora entiendo por qué me ha dicho: «Descríbele cómo voy vestido, no quiero que se decepcione» —Me sonrió y no pude evitar pensar en que el señor Moore parecía más divertido de lo que yo me había imaginado—. Le caes bien, Nadia, y por lo visto es mutuo.

Iba a contestarle cuando Alejo me interrumpió.

—¿Y para qué quería verse contigo?

—Insistí mucho para que quedáramos a tomar algo. Llámame loca, pero tenía que ponerle cara al creador de esas palabras. Y después de la pataleta de celos que pilló Klaus, no podía desaprovechar la oportunidad.

—¿Y es guapo? —Jacqui me miró y evité su mirada. Alejo era quien había preguntado. ¿Por qué me miraba a mí?

—La verdad que sí —Y lo de disimular se me fue al carajo—. Es atractivo, tiene un magnetismo raro... No sé, pero es atractivo, bastante,

además. Pero es un hombre normal a la misma vez, ni siquiera sé explicar cómo es.

—Hermosa, eres tú la escritora. Si tú no puedes, apaga y vámonos.

Sonreí ante el comentario de Alejo y mi cabeza se puso en funcionamiento.

—¿Qué quieres que te diga? —Se encogió de hombros—. Era extrañamente atrayente. Puede que yo esté como una pandereta, que también, y que el embarazo me altere algunas cosas, que seguramente sea así, pero ese hombre tiene algo, algo distinto.

—¿Lleva gafas? —pregunté incluso antes de haber decidido mentalmente hablar.

—Sí.

Sonreí para mis adentros. Le hubiera atiborrado a preguntas, pero no quería exponerme en exceso. Yo entendía a la perfección lo que era sentirse atraída hacia un escritor o escritora. A mí personalmente me había pasado en concreto con la mismísima Jacqueline. Recuerdo que todo en ella llamaba mi atención, y que me gustaba saber cómo era. Con el señor Moore me pasaba algo parecido. Aunque siendo sincera, con él era otra especie de atracción añadida.

Alejo me dijo que él denominaba esa atracción como «chispita», que pocas veces se siente algo así; pero cuando se siente, uno de los efectos es que se quiere conocer cada detalle de la vida de ese escritor. Te sientes tan identificada que necesitas saber el porqué de esa conexión, y cuando la persona con la que sientes la «chispita» es del sexo opuesto, se genera un morbo de doble filo. ¿Será tan pasional como describe a sus personajes? A veces sí, a veces simplemente es un exceso de imaginación. Había leído manuscritos que me habían puesto cardiaca y al conocer a los autores me había decepcionado.

Por ejemplo, me costaba horrores imaginarme a Sylvia Day escribiendo esas increíbles escenas de sus libros de la serie «Crossfire» de la cual era fan. Esa autora tenía una cara tan dulce que no podía creer que no hablara de flores y piruletas, y la verdad es que era de esas escritoras que conseguía ponerme la piel de gallina y la libido por las nubes. Esa mujer debía tener una vida sexual digna de una diosa. Tras leer lo que escribía era incapaz de imaginarla haciendo un triste misionero. Resoplé. De nuevo mis pájaras mentales sobre la vida sexual de los escritores, ¿qué iba a hacer? Se había convertido en un fetiche que compartía con Carlota. Ambas cotilleábamos

sobre esas cosas, éramos unas cacatúas morbosas.

El resto de la tarde pasó entre chácharas. Alejo nos resumió —en el tiempo que duraron varias cervezas— su nuevo fracaso amoroso, y yo resoplé por no poder serle sincera. Alejo no se merecía fracasar tantas veces, pero la culpa era suya por fijarse siempre en el mismo perfil de chico, algo parecido a lo que me pasaba a mí, pero elevado a la enésima potencia.

En el fondo le encanta el melodrama y el romance, y le encantaba sufrir esos tres días por amor hasta que otro caballero andante le hacía olvidar al anterior. Se enamoraba y desenamoraba con la misma asiduidad con la que yo me cambiaba de ropa interior. Jacqui y yo nos mirábamos mientras nos conteníamos las ganas de echarnos a reír. Después de aquello y de sentir que había bebido demasiado me encaminé a casa. Alan me había enviado un mensaje en el que me decía que había hecho una pequeña parada a unos pocos kilómetros de la ciudad para visitar a sus padres. Sonreí al ver la foto que me enviaba con su madre. Maru era una mujer bajita con una melena morena. Siempre me cayó bien, y yo a ella; no podía decir lo mismo de la madre de Carlos, pero aquello era otro tema.

Capítulo 12

Caminando hacia casa se me ocurrió una idea que me hizo sonreír para mí misma. Leer tanto tenía sus beneficios, uno de ellos era que la mente morbosa se desarrollaba a niveles insospechados. Compré Sushi y corrí hacia mi casa. Llegué en una exhalación y, después de vaciar la mesa del salón, serví la cena por los laterales de la mesa, dejando un hueco en el centro. Me relamí al pensar la cara que pondría cuando me viera. Poco después me metí en la ducha y me duché a conciencia, después me recogí de nuevo el pelo en un moño alto y me esparcí una de mis cremas corporales con esencia de vainilla. Ya estaba lista y ansiosa; más ansiosa que lista, ya que nunca podría estar del todo lista para Alan.

Me dirigí al salón completamente desnuda y me paseé sin saber en qué podría entretenerme. Alan no tardaría en aparecer. Empecé a sentir que el tiempo se había parado, que el minutero no avanzaba una mierda y que estaba al borde de la locura. Decidí cotillear mis mails. Mientras se iniciaba la sesión me di cuenta de que había dejado la funda de las gafas que me había regalado Klaus sobre la mesa del ordenador, me recosté en la silla y las miré levantando una ceja: toqué la funda de piel y me imaginé a un hombre moreno, atractivo, frente a su ordenador, perdido entre mil cosas... creando magia. La idea me hizo sonreír.

Cuando abrí los ojos me di cuenta de que estaba acariciando la montura con delicadeza, así que a la misma vez que se inició sesión por completo, me coloqué las gafas que costaban más que casi todo mi armario, y puede que más que el ordenador que estaba usando.

No sabía qué imagen daría allí desnuda, frente al ordenador y con unas gafas enormes y sin cristales, pero me sentí bien. Estaba borrando unos correos de publicidad cuando un sonido me avisó de que había recibido un mensaje por Skype. Cuando abrí la ventana con los dedos temblorosos mi sonrisa se ensanchó.

—¿Qué tal las cervezas con Jacqui y su jefe?

—¿Acaso me espía, señor Moore? —Me mordí los labios para no reírme,

como si pudiera verme.

—Sé que mi respuesta puede cambiar el rumbo de sus pensamientos hacia mí.

—Ya será menos... ¡anímesese!

—Yo vivo animado, o eso me dicen.

—Eso es genial, pero sigue sin responder a mi pregunta, señor Moore.

—Me ha pillado. Ya no puedo hacerme el loco para no responder. No, no la espío, muy a mi pesar, pero tengo mis confidentes, señorita Nadia.

—¿Ha quedado con Jacqueline para saber de mí? ¿Debo preocuparme?

—Quizá debería preocuparse, pero le aseguro que la cita con la señorita Amorós ha sido estrictamente profesional.

—Mañana les entrego a mis jefazos su manuscrito, estoy segura de que en breve se pondrán en contacto con usted.

—Muchas gracias por lo que está haciendo, Nadia.

—A mí no me las de, déselas a su cabeza que es la que tiene el talento.

—¡Oh, tranquila! Lo hago a menudo.

Me eché a reír y acaricié la montura de mis gafas sin darme cuenta.

—¿Está escribiendo algo nuevo, señor Moore?

—Sí, o al menos eso intento. Jacqueline me ha enseñado cómo enfocar mejor las ideas locas que tenía en mi cabeza.

—¿En serio?

—Como que la noche es oscura —Solté un soplo de admiración.

—¿Y le ha dado muchas ideas?

—Sí, una de ellas es que escriba con la música que me llene el alma.

Cierto, eso era de Jacqui sin duda alguna, miré un momento la pantalla y torcí la cabeza.

—¿Qué música escucha ahora mismo?

—Joaquín Sabina, la canción «La rubia de la cuarta fila», se la recomiendo sin lugar a duda. Por cierto, ¿qué hace usted?

—¿Yo? —Me recosté en la silla. ¿Le iba a decir la verdad?—. Estoy esperando a que vuelva mi invitado.

—¿Vestida? —Solté una carcajada.

—¡Señor Moore, por Dios! ¿Quién se ha pensado que es usted para hablarme así? Desnuda, por supuesto, no se atreva a ofenderme.

No me escribió en unos segundos, los mismos en los que dejé de reír.

—¡La madre que la parió, Nadia! ¡Qué susto me ha dado! Pensé que la había ofendido. Y... ahora que lo releo, es cierto que podría haberse

ofendido. No piense que soy un perverso, que en realidad sí lo soy, pero no con desconocidas. Suelo tener ese sentido del humor con mis amigas, de verdad siento haberme tomado un exceso de confianza, pero es que me cae bien, y me sale solo.

—No exagere, Moore. Compartimos el mismo sentido del humor, ya que he empezado a reírme en cuanto me ha hecho esa pregunta. Siéntase con toda la confianza para bromear, de verdad se lo digo, usted no me incomoda. Y la que se va a tomar un exceso de confianza ahora soy yo. ¿Sería muy atrevido pedirle que me adelanto algo de lo que está escribiendo? un fragmento, aunque sea.

Crucé los dedos nerviosa deseando que me dejara caer algo de su nueva obra de arte. Cuando vi que su «escribiendo» se alargaba en exceso, supe que iba a adelantarme algo y sentí mil mariposas por el estómago. Me miré las uñas, los brazos, bailé una danza con las piernas y me masajeeé el cuello, dado que lo tenía extremadamente tenso.

—¿Qué puedo decirte cuando te miro y el cielo se me ilumina? Me miras unos segundos y me ignoras de esa manera tan forzada, que me hace dudar hasta que nivel te importo. Aun así, muero por pasar mis dedos por tu cabello y decirte cuánto me importas. Pero las palabras se me quedan en mitad de ningún sitio: cobardes, miedosas de tu rechazo. Y aquí me tienes, loco de amor por ti, perdido en recuerdos que revivo para sentir que no te has ido del todo, culpable de desearte hasta la saciedad y feliz de que seas mía las horas en las que soy dueño de ti. Horas que se vuelven losas cuando te despidas y te vas, mientras miro tu suave y delicada espalda alejarse de mí y me quedo pensando: «¿Dónde me lleva esto? ¿Sentirás lo mismo que yo cuando nuestros cuerpos son uno?».

»Revivo cada uno de tus besos, y paso mi lengua por mis dientes pudiendo sentir todavía el tacto de tus labios en ellos. ¿Cómo llegar a ese joven corazón ávido de nuevas experiencias? Pero aquí me tienes, sentado a pocos metros de ti, disimulando con toda mi alma que no me importas, disimulando que cuando salga por esa puerta no esperaré ansioso tu llamada, para perderme una vez más en ti, y en el engaño que me supone saber que mientras yo hago el amor a tu alma, tú te entretienes con este saco de piel y huesos.

Tras leer el fragmento, me aclaró:

—Es un extracto de lo último en lo que estoy trabajando. Trata de un

médico que se enamora de la mujer menos indicada, y siendo incapaz de abrir su corazón, escribe lo que siente en una libreta que después encuentra su mejor amiga, quien, casualmente, está locamente enamorada de él, De esa forma, ella empieza a escribir lo que siente justo por el otro lado de la libreta, aunque él, de momento, no se da cuenta... ¡Le acabo de regalar un spoiler de cuidado!

Sonreí mientras volvía a retomar el aliento, todo lo que ese hombre escribía tenía la facilidad de llegarme al alma y no sabía si era porque podía meterme al cien por cien en su cabeza o porque, sin querer, se había establecido una conexión especial y en ese mismo instante había conseguido entristecerme.

—Me ha dejado sin palabras... Es increíble, sin duda tiene un don, y no se preocupe por el spoiler. Cuando lo hablas con un editor, eso no cuenta, de verdad que es increíble.

—Gracias, Nadia, pero usted es fan mía, no es objetiva del todo.

Y del mismo modo que me había llevado al estado de tristeza con ese párrafo, ahora me hacía sonreír: era como una veleta, era como yo.

—No sea presuntuoso. ¿Quién le ha dicho que soy fan suya?

—Hay cosas que no hace falta decirlas, Nadia.

—Creído.

—Presente —Me reí con ganas.

—Señor Moore, ¿de verdad siente eso que ha escrito?

—¿Qué puedo decirle, señorita? Soy esclavo de mis palabras.

—¿Y qué va a hacer?

—Como dice Paul Newman, en *Mensaje en una botella*, «Siempre nos queda el mañana». Adoro ese libro, por cierto, la película no está mal, pero, el libro es... ¿Se lo ha leído?

—La verdad es que no, es de Nicholas Sparks, ¿verdad?

—Exacto, Nadia, cuando tenga un hueco, haga el favor de leerlo, ya me dirá qué le parece.

Cuando iba a contestar recibí un mensaje de Alan, había aparcado y ya subía. Miré la pantalla sonriendo, deseaba ver a Alan, pero no quería despedirme del señor Moore, aun así, la vida se basa en decisiones, así que tecleé lo más rápido que pude.

—Mañana mismo le echaré un ojo, ahora debo dejarle. Como siempre ha sido un tremendo honor haber hablado con usted.

—Ídem, señorita Nadia, cuídese mucho.

Iba a responderle cuando la puerta se abrió, solo el tintineo de las llaves en la cerradura me puso nerviosa. Cuando levanté la cabeza sentí que el corazón se me hacía grande por instantes. Entonces aquellas palabras de ese mago de las letras empezaron a tomar un sentido más patente, y sentí como si algo en mí se resquebrajara poco a poco para después volver a componerse. ¿Qué significaba todo aquello? Pero no solo era yo la que se había quedado petrificada, él me miraba desde la entrada con los ojos de par en par.

Capítulo 13

—Dios, Nadia —Sonreí y me puse de pie sin apartar los ojos de su cara, y eso me resultaba bastante difícil ya que llevaba ese perfecto abrigo que conseguía ponerme la piel de gallina. Me moví contoneándome hasta que una sonrisa cegadora relajó sus ojos—. Me encanta que me recibas así —dijo acariciando con su dedo índice mi cuello, mientras lo bajaba despacio.

—La idea era que me sorprendieras sobre la mesa —Me encogí de hombros—. Pero me has pillado a la mitad.

—Niña, si esto es pillarte a la mitad, quiero esta mitad el resto de mi vida.

Me eché a reír y le acogí entre mis brazos cuando se lanzó como un poseso hacia mí. Quise ignorar con toda mi alma sus palabras: «Quiero esta mitad el resto de mi vida», porque no podía evitar sentir que para mí eran mucho más importantes que para él.

Cuando me levantó le rodeé con mis piernas fuertemente. Me besó con tanta pasión y fuerza, que nuestros dientes chocaron una y otra vez. Se dejó caer sobre el sofá, de manera que yo seguí a horcajadas sobre él. Cuando dejamos de besarnos unos segundos, hice el amago de quitarme las gafas, pero él me detuvo.

—¿Y esas gafas?

—Un regalo —Sonreí acariciándole las mejillas—. ¿Te gustan?

—Y tanto, no te las quites.

—Vicioso.

—¿Estás segura de que soy un vicioso? —dijo levantado una ceja, a lo que me eché a reír.

—Como que la noche es oscura.

Cité al señor Moore sin darme cuenta, miré a Alan intentando ocultar cierto sentimiento de culpabilidad que me hacía sentir aquella situación. Estaba volviéndome loca, más loca de lo que ya era habitualmente. Alan, sin embargo, me sonrió como si nada pasara y después de apretar mi cara con sus manos, me besó dulcemente haciendo que sintiera el latir de su corazón en sus labios. Sentí que empezaba a volar. Toda mi piel se erizó con ese gesto y

me vi inmersa en un bolero de Luis Miguel.

Cuando hizo el amago de quitarse el abrigo, sin despegarse de mis labios, frené en seco, frunció el ceño, y me lamí los labios muy nerviosa.

—No, no te lo quites.

—¿Qué? —susurró entre risas.

—Déjate puesto —dije mientras le besaba el cuello, y desabrochaba su cremallera que ya estaba a punto de explotar.

Al sentir esa parte de él que me volvía loca, dura, entre mis manos, la retorcí haciéndole suspirar y gemir de desesperación, Lo tenía en mis manos —nunca mejor dicho—. Metí mis dedos entre los huecos del sofá, donde había dejado varios preservativos escondidos «por si las moscas» dando gracias a mi increíble intelecto por mi anticipación, y se lo puse rápidamente.

—Tenías muchas ganas de verme, ¿verdad? —Alzó una ceja y le sonreí.

—¿Yo? No sé por qué dices eso.

Se echó a reír y me moví sobre él hasta que lo sentí completamente en mi interior. Hay veces que hacemos el amor de manera mecánica, sin implicarnos demasiado, el deseo apremia y el placer es lo único que ansiamos; pero cuando lo sentí dentro de mí completamente y vi su cara rota de placer, sentí que en ese instante el mundo tomaba un nuevo rumbo. Empecé a moverme despacio, sin querer perderme cada detalle; sentí cómo mi cuerpo emanaba oleadas de calor, no solo porque su ropa me daba calor a mí, sino porque veía su deliciosa cara. Ver cómo se contenía por no moverme más rápido dejándome disfrutar a mí me producía un sobrecalentamiento que me llevaba casi a la locura; entonces, y para alivio suyo, me moví algo más rápido, hasta que ambos caímos presas del clímax.

Dejé caer mi cara en su pecho y respiré suavemente volviendo en sí.

—¿Te ha gustado? —pregunté susurrando.

—Muchísimo, estaba muy ansioso de ti.

—¿En serio?

—Como que la noche es oscura, niña.

Me quedé de piedra en ese instante, ahora no solo yo citaba al señor Moore, sino que se lo había pegado a Alan. Él, ajeno a mi barullo interior, me apretó contra su pecho y besó mi cabeza. Intenté ignorar que me había puesto la piel de gallina escuchar las palabras de ese mago en la voz de Alan.

Poco después devoramos el Sushi en un agradable silencio. Alan comía como si no se hubiera alimentado en un mes, menos mal que había sido previsor y había comprado la cantidad equivalente para cinco comensales.

Me habría vestido, pero el perverso de mi compañero de piso — temporalmente—, me había obligado, mediante una placentera oferta, a seguir desnuda. Mientras Alan fue a buscar más bebida, yo guardé la montura de las gafas en su funda, y después las dejé bien colocadas en uno de los cajones de mi habitación, como si fuera un tesoro que debía permanecer oculto. Si las perdía, iba a sentir que había perdido algo de mucho valor y, ya no solo porque fuera un regalo de Klaus, sino porque era más bien un objeto con un toque sentimental: «pájaras de las mías...». Cada vez que mirara esa montura pensaría en esos días, en Alan y en aquella noche y, ¿cómo no? En el señor Moore. Siempre me acordaría de ese libro, y de todo lo que sentí al leerlo. Era como guardar un paquete de fotos al que se recurre cuando se está melancólica.

Tenía la creciente idea de que los objetos guardan las energías, y siempre que se necesite se puede recurrir a ellas para que animen un poco. Desde luego, la energía de aquel objeto siempre sería agradable.

Estaba absorta, cuando sentí la penetrante mirada de Alan. ¿Sabría lo que estaba pensando?

—¿En qué piensas?

Fijé mis ojos en los suyos y sonreí. No estaba dispuesta a hablar más de la cuenta, y la verdad que tampoco tenía nada importante que decir.

—En nada importante.

—Vamos... —Suavizó su gesto y me fijé en lo perfecta que era su mandíbula y sus facciones. Suspiré inconscientemente—. Deja de mirarme con adoración y dime eso que te ronda la cabeza.

Le miré sonriendo, tenía un deje de prepotencia que me ponía a mil, pero sabía que detrás de toda esa potente personalidad, se encontraba una parte sensible que se forzaba en ocultar; no era difícil notarlo, al menos para mí, aunque siempre me había considerado bastante intuitiva.

—Háblame de Sarah —Me di cuenta de cómo se descompuso su cara en aquel momento —No pongas esa cara, tú eres el que quería que te contara lo que me ronda por la cabeza y es ella quien me ronda en la cabeza.

Su cuerpo se tensó. Su nerviosismo me contagió e hizo que empezara a mover las piernas.

—¿Por qué las mujeres sois tan... así?

—¿Tan así? —Resoplé indignada—. ¿Así cómo?

—Analizáis todo al milímetro, no dejáis estar las cosas como están, siempre queréis saber más, cada detalle, cada cosa. ¿Por qué no os

conformáis con una sencilla explicación?

Miré mi salón como si buscara una cámara oculta. ¿De qué iba?

—¡Ey! Relájate, Superman, no estoy pidiéndote que me des ningún detalle importante, solo te he dicho que me hables de ella. No te estoy preguntando un jodido secreto de estado.

Se recostó en el respaldo de la silla y me miró mientras hacía fuerza con la mandíbula, que segundos antes había adorado, pero que ahora me moría por partirla de un golpe. ¿Qué mierda le pasaba? En lugar de intimidarme, lo único que consiguió fue que mi curiosidad creciera a niveles alarmantes, y muy a mi pesar, dolorosos.

—Háblame de Carlos —Abrí los ojos de par en par—. Seguro que es mucho más interesante.

—¿Cuántos años tienes, Alan? —Me puse de pie y noté cómo miraba mi cuerpo—. Mira, ¿sabes qué? No me cuentes nada, me importa una jodida mierda tú y tu vida. Allá tú con tus historias, no voy a rogarte como una mendiga. Me voy a dormir.

Acabar picada con él era lo último que necesitaba. Había intentado no enfadarme, pero me costaba horrores que evadiera preguntas. ¡Joder! No le había pedido que me la describiera al dedillo, solo quería ver qué cara ponía al hablarme de ella, pero verle cerrarse de aquella manera, con solo escuchar su nombre, no hacía más que ponerme sobre aviso. Si simplemente me hubiera dicho: «Era simpática, guapa y divertida...» me hubiera valido. O quizá no. Probablemente me habría dado un ataque de celos y le habría arrancado los ojos, para después acabar con una mini crisis a causa de una grave falta de seguridad en mí misma. Sí, era demasiado melodramática, por no decir que sentía un peculiar asco por esa chica y todo lo que tenía que ver con ella.

Me vestí rápidamente y me metí en cama entre triste y enfadada. Sentía que estaba encima de un precipicio y vacilaba a la pata coja justo en el borde; sentía presión en el pecho y una sensación de cansancio absoluto. ¿Podían unos días sobrecargarme tanto? Pues lo cierto era que sí. Después de dar unas quinientas vueltas más o menos, me quedé quieta en la cama. Cuando había conseguido relajar los nervios, escuché a Alan entrar en la habitación. Le hubiera gritado que se largara, pero no quería que supiera que me había alterado tanto como para no haber podido pegar ojo.

Pensé que habría entrado para buscar algo y volvería a la otra habitación —esa que prácticamente no había utilizado—, pero nada más lejos de la

realidad. Se quitó la ropa, la dejó sobre el diván y se metió en la cama.

Mi cara era un auténtico poema, pero dado que le daba la espalda no podía verme, aunque estaba segura de que irradiaba tensión por los cuatro costados. Sentí que se arrimaba a mí y en cuestión de segundos me tenía atrapada entre sus brazos, sentí su nariz entre mi pelo y cómo resopló en mi nuca.

—Conocí a Sarah unos meses antes de decidir ir a Polonia. Me la presentó la novia de Emil, ¿le recuerdas? —Asentí. Emil era un chico polaco que estaba trabajando como traductor en España; conoció a Alan en el gimnasio y se hicieron amigos casi de inmediato—. Su novia solo se relacionaba con gente de su país ya que no tenía ni idea de español. Sarah era amiga de ella. Ambas estaban aquí temporalmente. Yo todavía me acordaba mucho de ti, pero pensaba que tú ya no sentías nada importante hacia mí.

»Me contabas que salías y entrabas y siempre estabas feliz, y me repateaba que me propusieras quedar para tomar un café. Joder, Nadia... Me costaba horrores pensar que tendría que sentarme delante de ti y soportar que sonrieras sin que yo pudiera besarte. Sarah y yo empezamos con lo habitual: tonteos y mensajes. Quedamos, nos liamos y empezamos a salir. Me propuso irme con ella. Me enteré de que estabas saliendo con otro chico —Tragué saliva—. Me dolió el hecho de que no me lo hubieses contado, pero después lo entendí, yo tampoco te había hablado de Sarah y estaba con ella casi a diario, así que...

—¿Por qué? —Le interrumpí—. ¿Por qué no me lo contaste?

—Por lo mismo que tú no me hablaste de Carlos —Me apretó a su cuerpo—. Evitaba cualquier cosa que te alejara del todo de mí.

Parpadeé varias veces, pero no dije nada. Por lo que me daba a entender él me seguía queriendo. Si era así todo dejaba de tener sentido. El tiempo separados, el no quedar... Todo eso no tenía sentido. Me acababa de soltar que nunca me había olvidado. ¿Qué narices habíamos estado haciendo?

—No era fácil para mí, Nadia. Mi vida en aquel momento no era fácil y, cuando por fin me había decidido a marcharme, me mandaste ese mensaje en el que me expresabas con claridad que seguías queriéndome. Me bloqueé, no tuve valor para verte antes de irme porque si me sentaba delante de ti y recordaba lo que era volver a tenerte cerca, no habría podido irme, así que ignoré tu mensaje y me fui. Apenas duré un mes allí sin ponerme en contacto contigo, y la verdad es que muchas veces escribía mensajes que luego borraba; me sentía demasiado abatido como para soportar que lo ignoraras,

aunque me lo mereciera, pero una noche te lo envié, y en menos de tres días ya me habías respondido. Me sentí menos solo.

»Sarah era buena chica, aunque tiene mucho carácter. Ella no eras tú y eso era una jodida tortura. Aun así, ya estaba allí, me habían concedido una beca, me habían facilitado un piso, y estaba construyendo una nueva vida. No podía volver ni aunque lo deseara con toda mi alma. Una noche me dejé el correo abierto por error y Sarah vio bastantes mensajes de los nuestros; ese día no dijo nada, pero...

—Pero...

—A los dos meses de estar allí me dijo que estaba embarazada —Me giré de repente y me incorporé con el corazón a mil.

—¿Tienes un hijo?

Se incorporó y se puso a mi altura. Su cara parecía de porcelana, no dejaba entrever ninguna clase de emoción, todo lo contrario a mí, que mi cara era todo un poema de Jaime Sabines.

—Una hija —pronunció casi sin parpadear, y yo sentí que mi cuerpo caía en un pozo hondo, mis entrañas explotaban, y mi pecho se abría—. Tiene tres años.

Me levanté de la cama con el corazón en un puño. Ni siquiera podía llorar, era un sentimiento mucho peor el que me embargaba y que me impedía siquiera mostrar cualquier emoción.

—Pero... no puede ser —Le miré—. No me has hablado de ella en estos días, ni siquiera me mandaste un mensaje cuando nació o cumplió su primer año. ¿Cómo puedes? ¿Cómo has tenido el valor de no hablarme de tu hija? —Levanté la voz, pero él ni se inmutó—. ¡¡Por Dios, Alan! ¡Es tu hija! ¡Debería haber sido lo primero que me contaras!

—Lo sé, pero primero quería esperar —Me miró de arriba abajo—. Quería encontrar el momento justo para hablar de ello, Nadia.

Empecé a dar vueltas por la habitación intentado procesar las cosas, y de repente lo entendí todo. Cuando Alan dejó de hablarme fue cuando se enteró que iba a ser padre, ella esperó hasta saber que estaba embarazada para ponerle aquel ultimátum y él... Él accedió, por eso jamás supe nada en mucho tiempo, por eso apenas hablaba de sí mismo.

—¿La quieres?

—¿A quién? —susurró con voz ronca.

—A tu hija.

—Ella es toda mi vida, Nadia, ¿cómo puedes hacerme esa pregunta? —

Por primera vez parecía indignado.

—Quizá porque no actúas como un padre normal.

—Hay cosas que no sabes.

—Y por ahora, prefiero no saber.

Me metí en el baño con una mezcla confusa en el cuerpo. Había pasado mucho tiempo, ya no le conocía, pero no podía enfadarme por no ser el Alan que yo conocí; mi parte egocéntrica se resistía a creer que yo no hubiera sido alguien especial. Para mí también había pasado mucho tiempo, yo había tenido muchas vivencias y, sin embargo, él había estado en mi corazón de manera especial. Si hubiera tenido una noticia así de importante y él se hubiera puesto en contacto conmigo, se lo hubiera contado.

Una noticia así es muy importante como para ignorarla, y lo que más me dolía es que había estado tres días conmigo y no había sacado el tema. Ni siquiera sabía qué pensar. Yo tenía dos sobrinos y siempre presumía de ellos orgullosa, llevaba la foto de mis pequeños allí donde fuera. Si yo actuaba así tratándose de mis sobrinos, ¿cómo podía Alan no hacer mención de su propia hija?

Estaba muy enfadada, y lo que más me corroía era saber que esa hija era también de esa tipa: la odiaba y en ese momento con muchas más ganas. Me senté sobre el lavabo y me llevé las manos a la cabeza, tenía un pensamiento que me rondaba la cabeza una y otra vez, y era el hecho de que sabía que ella había jugado con ese tema. Está claro que siempre puede haber un embarazo accidental, pero en la época en la que estábamos había menos probabilidad de que eso ocurra, ya que hay muchos medios para evitarlo. Yo había estado con Alan un año y medio, y no había tenido ningún susto, y ella en cuestión de tres meses, ¿se queda embarazada? ¡Ja! Recordé lo que él había comentado a cerca del momento en que vio nuestros mensajes y que no dijo nada. ¿No había dicho nada? ¿Quién puede leer esas cosas y no decir nada? La cabeza me iba a tres mil. Intentaba tener un pensamiento y mantenerlo unos segundos, pero sin poderlo evitar se me agolpaban varios a la vez, haciendo que me fuera imposible hacer otra cosa o pensar con un poco de claridad: odiaba ese sentimiento de aturdimiento.

Me fijé que sobre el mueble del baño se encontraban unas mayas que solía usar para estar por casa o para salir a pasear, y no tardé ni treinta segundos en ponérmelas. Salí del baño ignorando por completo a Alan que, pese a que se había tumbado en la cama, estaba despierto. Me puse un sujetador y una sudadera, y después de sacar el abrigo del armario, tomé mi

móvil y salí de casa.

Capítulo 14

Era más de media noche y no había un alma por la calle, por no hablar de que hacía un frío espantoso. Quizá tendría que haber previsto que salir a esas horas a caminar para despejarme no era muy buena idea, aunque a decir verdad, me sentía bastante mejor allí fuera, pese al frío, que en el interior de mi casa. La atmosfera estaba demasiado cargada, demasiado tensa; y siempre terminaba huyendo de los sitios así.

No caminé más de tres calles cuando me vi frente al edificio de Carlota, no había sabido nada de ella en todo el día, salvo un mensaje que había recibido hacía tres horas diciéndome que había estado enferma y que por eso no había contestado mis llamadas. No me creí ni palabra de aquel mensaje, pero al menos sabía que estaba viva. En ese momento si no la pillaba durmiendo, me contaría qué narices había estado haciendo... Si mi intuición no se equivocaba, y pocas veces solía hacerlo, en cuanto a ella se refiere..., habría algún pene por medio.

Cuando pulsé el telefonillo, la luz de la cámara del interfono me cegó durante unos segundos. Antes de que pudiera quejarme, me abrieron la puerta y me encaminé hacia el interior, muerta de frío. Carlota vivía en un primer piso, así que ignoré el ascensor y subí el pequeño tramo de escaleras. Ni siquiera sabía qué iba a contarle a Carlota y si de verdad quería contarle algo o dejarlo aparcado dentro de mí, y que fuera ella quien me distrajera con sus cosas. Puede que esa fuera la mejor opción. La puerta de su piso estaba entreabierta, así que la crucé y la cerré tras de mí, pero para mi sorpresa al que vi salir de la cocina, con un bol de cereales, fue a su hermano Daniel.

—Nadia, ¿va todo bien? —Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla al que correspondí.

—Sí —susurré mirando a ambos lados—. ¿Está tú hermana?

—No. —Le miré asombrada.

—¿Cómo que no está? ¿No estaba enferma?

Se echó a reír. Fui hacia donde él estaba y me senté a su lado. Verle comer me dio hambre, así que me fui a la cocina, me llené otro bol y volví a

sentarme con él. Comimos en silencio durante unos minutos. No era raro que Daniel estuviera en casa de Carlota, de hecho, pasaba más tiempo allí que en casa de su madre; eso se debía a que su madre tenía demasiado carácter, y un novio que no acababa de llevarse bien con sus tres hijos: ¡una pena!

—Tu hermana es una embustera. —Casi se ahoga de la risa, y al verle no pude evitar sonreír.

—¿Ahora te das cuenta? Creo que está saliendo con alguien, últimamente no duerme en casa.

Asentí terminándome los cereales y bebiéndome la leche. Observé de reojo a Daniel: vestía un pijama de dos piezas; un pantalón rojo y una camiseta de manga larga blanca con el ribete del mismo color que el pantalón. Llevaba el pelo revuelto y estaba bastante guapo; sonreí al notar que me había pillado mirándole. Se echó hacia atrás y quedamos a la misma altura.

—¿Ha pasado algo con tú amigo? Ese que está en tú casa.

—¿Sabes que hay un amigo en mi casa? —Fruncí el ceño.

—Mi hermana me comentó algo. Me dijo que era tú ex de hace unos años. Qué locura, ¿verdad?

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Nos quedamos en silencio y sin más empecé a hablar. No sabía cuánto necesitaba desahogarme hasta que empecé a darle a la lengua. Daniel me escuchó sin perder detalle, y eso me hizo sentir bastante mejor; cuando llegué a la última confesión por parte de Alan, vi cómo se quedó perplejo. Cuando terminé le miré deseando que me diera una respuesta sobre qué hacer, pero se limitó a mirar hacia el frente y fruncir el ceño.

—Vaya, y yo qué pensaba que la semana de exámenes era lo peor que te podía pasar.

Contra todo pronóstico empecé a reírme con ganas. Genial, estaba perdiendo la poca cabeza que me quedaba. Cuando dejé de reírme, él me miró risueño, acaricié sus ojos rasgados y le di un beso en la mejilla: aquel chico era un encanto. Poco después se puso en pie y me tendió la mano. Sugirió que me fuera a dormir e intentara descansar y, ya que apenas había dormido en tres días, me pareció una estupenda idea. El piso de Carlota era bastante más grande que el mío, había más habitaciones y casi todas disponían de baño propio.

Yo iba a dormir en la habitación de Carlota, así que me despedí de Daniel en la puerta de su habitación, que era la más cercana al salón. Cerró la puerta

y allí me quedé yo, sola en aquella enorme casa.

No era la primera vez que dormía allí, pero si era la primera vez que no quería estar sola debido a todo el estrés emocional que estaba teniendo. Así que, después de sopesar mis opciones, me dirigí a la habitación de Daniel; él estaba sentado en la cama mirando a algún punto, absorto. Supe que no se había sorprendido de mi intromisión cuando volvió la cabeza y me sonrió; cerré la puerta a la vez que él se ponía de pie y, sin poder ni querer evitarlo, le agarré con fuerza la nuca y me perdí en esos jóvenes labios.

Y allí estaba yo, una mujer de veintisiete años besándose como si no hubiera un mañana con un jovencito justo diez años menor. Y por si aquello no fuera bastante heavy, resultaba que era el hermano pequeño de mi mejor amiga. ¿A qué altura me dejaba eso? No lo sé, pero en aquel momento era lo único que sabía con certeza que me apetecía hacer, y dado que no era la primera vez, carecía de sentimiento de culpa.

Mis ansias no eran pocas: estaba pagando mis frustraciones con él, y él no hacía otra cosa que no fuera devolverme el entusiasmo. Caímos en su cama y después de varios minutos de delirante locura, en la que se me olvidó hasta mi nombre, un olor que probablemente provenía de mí misma me hizo detenerme. El aroma de Alan apareció de la nada dejándome K.O. Abrí bruscamente los ojos y me encontré con los ojos de Daniel que me miraban con ternura mientras me acariciaba la cara.

—Nadia, me encantas y lo sabes, pero no quiero hacer esto porque sé que no tienes la cabeza donde deberías.

Le besé los labios nuevamente y me acomodé en el hueco de su cuello, me abrazó con fuerza y respetó mi silencio.

—Gracias —susurré aspirando su perfume.

—No me las des, tonta —Besó mi frente—. Ante todo, somos amigos, ¿verdad?

—Hombre, eso ni lo dudes.

Le escuché reírse y me sentí algo mejor. Nadie, excepto él y yo, sabíamos lo que había ocurrido entre nosotros. Compartir ese secreto con él me hacía sentir más unida, en un aspecto más profundo, a su persona. Puede que hubiera traicionado la confianza de Carlota, pero ya había pasado la fase de culpabilidad y me encontraba en la fase de «es un bonito recuerdo». Ambos habíamos significado algo en la vida del otro, y jamás le olvidaría por eso, y por la locura que había conllevado estar una temporada acostándome con un adolescente. A quien se lo contara podría pensar que era una locura, algo que

no se podía entender, pero las apariencias engañan, y jamás en todas las veces que había estado con él, me había hecho sentir que era un niño inmaduro. Ya fuese por la situación que había vivido en su casa, o por la caña que le daba Carlota, la cuestión es que a su edad tenía más neuronas y madurez que mi ex: ver para creer.

Abrí los ojos cuando sentí algo de frío, sentí que había un hueco donde antes había estado Daniel. No me había soltado en toda la noche y quizá por ello, por la calidez de su abrazo y por lo tremendamente agotada que estaba, me conseguí dormir profundamente. El sol me cegó durante unos segundos, no sabía ni qué hora era, y después de los segundos de confusión encontré el ánimo de levantarme, aunque casi me caigo de culo al ver que eran las once de la mañana.

—Tranquila, Nadia —Me di la vuelta y me encontré con Daniel que me miraba sonriendo—. Mi hermana ha llamado esta mañana a tu jefe. Le ha dicho que no te encontrabas bien y que acudirías cuando te encontraras mejor. Ha llamado hace un rato preguntando por ti, le he dicho que seguías en la cama.

—¿Qué? —le miré perpleja—. ¿Tu hermana ha estado aquí?

Sí, ha venido sobre las siete de la mañana, me ha pillado levantado bebiendo agua. Estabas tan dormida que ni te has enterado cuando ha entrado a verte.

¿Ha entrado? ¿Y no ha dicho nada al encontrarme en tu cama? —Mi corazón latía desbocado, si Carlota se enteraba iba a ser mi fin. ¿Qué le podía decir? A ella no podía mentirle con un asunto tan importante

Me sonrió, se dio la vuelta y caminó hacia la cocina. Le seguí a pies juntillas hasta que me obligó a sentarme en la silla de la cocina frente a él, me puso el café con leche, me ofreció un cruasán y levantó una ceja sorprendido por la cara de pánico que mostraba.

—Le he contado lo que te pasó, por eso entró a ver cómo estabas. Le dije que no querías dormir sola y que me quedé contigo hasta que te dormiste. Nadia... Por muy raro que parezca, ella ni se imagina que entre tú y yo pueda pasar nada. Ella cree que para ti soy el niño de once años que conociste.

—Ya... —Me relajé al fin—. Aunque te aconsejo una cosa, nunca subestimes a tu hermana.

No lo hago, pero soy realista —Le sonreí de medio lado y empecé a desayunar con un humor renovado. Todo iba bien hasta que recordé lo que me había hecho huir de mi casa la noche anterior; entonces volví a ponerme

de un humor asqueroso—. Nadia, he estado pensando sobre lo que me contaste ayer —Levanté la cabeza—. Sobre Alan.

—¿Sí?

—Creo que no deberías ser extremadamente dura con él.

Parpadeé asombrada y me dejé caer en el respaldo de la silla para escucharle mejor, a cualquier otra persona la habría mandado a paseo, pero a él no.

—¿Y por qué crees eso?

—A ver Nadia, hay situaciones que no son fáciles de explicar por miles de motivos. Yo sé que te importo, que de verdad me aprecias, pero también sé que nunca hablarías de mí en el contexto de algo más que el hermano de tu amiga —Iba a interrumpirle cuando me hizo callar—. Y el hecho de que nunca lo cuentes, o nunca cuentes nuestras anécdotas cuando hables de tu otros «rolletes», no quiere decir que yo no haya sido importante. Quizá lo haya sido más que muchos con los que hayas pasado más tiempo; pero por distintas razones, soy algo de lo que no se debe hablar.

—¿Y qué tiene que ver eso con Alan?

—Pues que el que no te haya hablado de su hija, no quiere decir que no le importe, al revés, si le diera igual hubiera dejado caer un comentario y después se hubiera portado como si nada, ¿no crees? —Le miré en silencio—. Puede que, si no te hubieras ofendido de aquella manera, te hubiera dado una razón lógica para no habértelo contado. Quizá tiene problemas con la madre de la niña y estaba esperando el momento justo para poder hablarte sobre ello. Yo entiendo que te duela que no te haya hecho participe de algo tan importante para él, pero piensa que, tarde o temprano, te lo ha terminado por contar. No todo el mundo tiene facilidad para hablar de sus cosas —Miró su vaso durante unos segundos y sentí que perdía fuerza en su expresión—. Hay personas a las que el dolor nos hace retraídos. Nadie, excepto mi círculo más íntimo, sabe la situación de mi casa. Es algo que jamás cuento ni contaré a nadie, a no ser que de verdad sienta la necesidad de hacerlo, y no por ello quiere decir que con la persona que comparta mi vida el día de mañana no me importe, ¿no crees?

Me había quedado boquiabierta. Después de unos minutos de silencio esbozó una sonrisa de autosuficiencia.

—¿Pero tú cuántos años tienes?

—Vamos, mujer, ya no soy ese niño que veía Pokémon, jugaba a la Play y quería ser jugador de futbol profesional.

Me eché a reír y puse los ojos en blanco. Cuando le miré estaba sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué? ¿A quién quieres engañar? Sigues haciendo todas esas cosas.

—Cierto, pero ahora desde otro punto de vista —Solté una carcajada—. Con un pensamiento más maduro.

—A ver si te vas a pasar del tiempo de maduración y vas a terminar por hacerte pocho.

Me lanzó un trozo de pan y empezó una mini guerra que dejó la cocina echa un fiasco. Poco después me dijo que su hermana me había dejado ropa preparada en su habitación, así que, después de darle un gran abrazo, me adentré en la habitación de Carlota y, después de usar todos los potingues que tenía en el baño y darme una larga ducha, ya no era la misma: más guapa no, ni más alta tampoco, pero otra al fin y al cabo.

Sobre su cama me había dejado unos pantalones vaqueros, y unos zapatos: sus preferidos, y los míos también; hacían juego con la americana que días atrás le había dejado, así que tenía el conjunto perfecto sin necesidad de haberlo buscado.

Me perfumé con su impresionante perfume J'adore y salí con un nuevo aspecto de aquella habitación. La verdad que era una auténtica maravilla usar el mismo número de zapatos. El pantalón era otra historia, aquel vaquero me cabía porque era elástico, pero había conseguido que me subiera la moral. Estaba resignada a no usar nunca una talla 38, con un poco de suerte una 40 o 42 no me apretaba; si parecía una morcilla, siempre me quedaba la 44 y si no... ¡Qué coño! La talla no cambia el alma.

Daniel sonrió al verme pasar. Después de una afectuosa despedida me puse en camino a la editorial. No tardé demasiado en encontrar un taxi que me dejó en la puerta. No me apetecía tener que ir andando. Había descansado bastante, pero aún estaba muy cansada como para andar tanto. Cansada o vaga, según se mire.

Cuando llegué, antes de subir a mi planta, fui a la zona de almacenaje donde teníamos miles de libros. Paula estaba, como casi siempre, en el suelo, intentado establecer un orden imposible; me sonrió cuando me vio en el umbral de la puerta.

—Buenos días, Nadia, ¿ya te encuentras mejor? —Sonreí asintiendo—. Me alegro, tienes buena cara. ¿Qué te trae por aquí?

—Venía a preguntarte si teníamos por aquí un libro de Nicholas Sparks: *Mensaje en una botella*, ¿te suena?

—¡Oh, sí! —Se levantó de un salto—. Debe de estar en la estantería del fondo, ¿lo necesitas para ahora?

—No, tranquila, no es nada demasiado importante, si me hicieras el favor de buscármelo en tus ratos libres, te lo agradecería.

—Eso está hecho, en cuanto lo tenga te lo subo, como muy tarde mañana estará en tus manos.

Miré su pelo rubio caer en cascada y su carita de melocotón y sonreí. Después de darle las gracias en distintos idiomas, subí a mi planta y me dirigí hacia mi cubículo, al pasar por el despacho de Alejo vi que no estaba, después me asomé al cubículo de Carlota y estaba vacío. ¿Dónde se metía esta mujer? Cuando me senté en mi silla vi que sobre mi escritorio había un manuscrito con un sobre encima.

Querida mocosa, aquí te dejo esta propuesta de un periodista famoso. En este manuscrito recoge sus poemas preferidos, me gustaría que le echaras un ojo y me dijeras qué te parece. Por supuesto sería en tus horas libres, esto es un pequeño favor personal... Te lo agradecería eternamente.

Alejo.

Pd: Me ha contado Carlota... Espero que estés mejor. Te quiero.

Sonreí y dejé aquella carta sobre mi mesa. Daniel habría llamado a su hermana y esta le había comunicado a mi jefe que estaba de camino. No me libraba de las lecturas extra jamás. Después de adelantar varios resúmenes, me tomé un breve descanso hacia las tres de la tarde. Aunque solo me moví de mi mesa para ir a buscar un café, no me apetecía seguir leyendo. Y sí, sé que me pagaban por ello, pero había adelantado bastante trabajo.

Me conecté para echar un ojo a mis correos y acabé cabreada por la cantidad de mails basura que recibía. Aburrida como una ostra, y no queriendo cumplir del todo con mi contrato laboral, encendí el Skype. Para mi sorpresa el señor Moore estaba conectado; esta vez no esperé a que él me hablara, directamente le saludé yo.

—Hola, Señor Moore.

—Hola, Nadia. ¿Ya está bien? Me he enterado de que ha estado indispueta.

Fruncí el ceño y miré a ambos lados. ¿Cómo podía saberlo? Justo en aquel momento Miriam apareció en mi campo de visión con una nota en las manos.

—Nadia, ¿cómo estás? ¿Ya te encuentras mejor?

—Me sentó mal la cena anoche —Sonreí—. ¿Y tú cómo vas? —Se encogió de hombros y me dio una tímida sonrisa, sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Esta mañana ha llamado un tal Señor Moore, ha estado hablando con Alejo bastante rato, después ha dejado este mensaje para ti —Me tendió una nota y la ojeé por encima—. Perdona que no haya venido antes, tenemos un lío alucinante.

—Tranquila, mujer. Muchas gracias por darme el recado.

Asintió y se marchó de nuevo hacia su lugar de trabajo. Ahora ya sabía por qué se había enterado de mi pequeña indisposición. Devolví la vista a la pantalla y vi que seguía en línea.

—Siento haber tardado en responder, ya estoy mejor, gracias.

—Me alegro, señorita, por un momento he pensado que estaba escaqueándose de su trabajo.

—No sea mal pensado.

—Lo siento, me viene de serie. La he llamado esta mañana para decirle que he enviado tres manuscritos más a su editorial, copias del que usted posee. Ese quiero que se lo quede, me hace ilusión que lo tenga de recuerdo.

—Vaya, muchísimas gracias por el enorme detalle, le estoy tremendamente agradecida.

—Ídem, señorita... Ha sido una pena que no estuviera en esos momentos, me hubiera encantado hablar con usted, hubiera escuchado su voz y usted la mía.

—Deje de atormentarme... Bastante he tenido hoy.

—Vaya... ¿Qué le ha ocurrido aparte de que ha estado indispuesta? ¿Un mal día?

—Un mal año, más bien.

—No sea pesimista, algo bueno ha debido de pasarle. Me encantaría poder seguir hablando con usted, pero tengo una reunión importante.

—De acuerdo, mucha suerte en su reunión, Moore.

—Que tenga buen día Nadia, y anímese.

Me quedé un rato más mirando la pantalla, hasta que vi cómo se desconectaba, poco después Sonia y Leire se pusieron en contacto conmigo para informarme que habían recibido la copia del manuscrito. Por alguna razón que desconocía, pensaban que la idea había salido de mí, tampoco les

dije que estaban equivocadas, bastante estaba fallando en las cosas de mi trabajo como para quitarme ciertos méritos —que no eran míos—, pero ¿quién se iba a enterar? ¿El señor Moore? Él no me delataría.

Capítulo 15

Llegó la hora de salir y no me lo pensé dos veces. Paula aún no había subido así que supe que aquella noche no tendría mi libro. Me sentí triste, la verdad que nada me apetecía más que sentarme y leer un buen libro. En todo el día no había tenido noticias de Alan y eso me había servido para estar en parte más tranquila y a la misma vez más inquieta. Al contrario que ese día por la mañana, volví a casa andando, me apetecía pasear, ver gente, que me diera el aire y me purificara —sobre todo eso último—. Justo cuando iba a girar para meterme en mi calle, pasé por el escaparate de una tienda donde vendían películas y CD de música. Sin pensármelo dos veces entré con el corazón en un puño, diez minutos después salía con la película *Mensaje en una Botella* en mis manos. Yo siempre había preferido un libro a una película, pero dado que no había podido hacerme con el libro, vería la película para quitarme el ansia. Como siempre, las películas no le llegaban ni a la suela del zapato al libro, así que me lo leería de todos modos.

Un libro contiene una cantidad de escenas, momentos y sentimientos que las películas no pueden captar. Hacer encajar en una hora y media o dos la historia que se detalla en un libro sin que decepcione es realmente difícil.

Abrí temerosa la puerta de casa, pero allí no había nadie. Dejé mis cosas sobre el sofá, incluido el manuscrito de los poemas y fui a revisar el resto de mi piso. Todo estaba ordenado y limpio, y su maleta seguía estando en el cuarto de mis sobrinos; señal de que más tarde o más temprano volvería. Eso me hizo respirar un poco más tranquila. Si no hubiera encontrado señal alguna de él probablemente me habría echado a llorar. No cené, no tenía hambre. Había estado todo el día desganada; me hice un buen tazón de leche y me puse la película. Kevin Costner, Paul Newman y Robin Wright eran los protagonistas. Los actores me gustaban, así que eso era un punto extra.

La película empezó y todo lo demás desapareció *ipso facto*. Para cuando el hermano de Catherine acude a casa de Garret, y sin hablar se pone a ayudarlo a terminar el barco, yo ya era un mar de lágrimas. Para cuando Paul Newman llama por teléfono a Robin Wright, mis lágrimas apenas me dejaban

ver, ¡menudo dramón me había tragado! Y lo peor de todo... ¡Me había gustado! Cuando terminó la película, me quedé con un berrinche bastante importante; me había dejado un regusto de pena y tristeza que me hizo agradecer no haber leído el libro; si la película me había dejado tan hecha polvo, el libro habría provocado mi suicidio. Cuando me levanté después de varios minutos intentando calmarme, escuché la puerta abrirse y segundos después me topé con la mirada de Alan que se alarmó al ver el increíble sofoco que llevaba.

—Nadia...

—Tranquilo —Le frené en su avance—. No me pasa nada, es esta jodida película.

—¿Qué película? —Dio unos pocos pasos más y se quedó a escasos centímetros de mí.

—*Mensaje en una botella* —Levantó las cejas sorprendido—. ¡El puto Nicholas Sparks, está loco! ¿Cómo se le ocurre terminarla así? Puto chalado.

Se echó a reír pese a que tenía cara de cansado, yo seguía sollozando como una idiota.

—¿No habías visto nunca esa película? —Negué con la cabeza—. Bueno, es cine drama... Tendrías que haberlo visto venir —Le miré fijamente y él me mantuvo la mirada. Debíamos hablar, la tensión era palpable, antes de que yo pudiera abrir la boca él se me adelantó—. Nadia, primero de todo, quiero que entiendas que para mí no es fácil hablar de todo esto —Se sentó en el sofá y unos segundos después le imité—. Adoro a mi hija, la quiero más que a todo, pero durante unos días quería ser yo mismo, no quería tener la necesidad de contarle todo porque entonces podía cambiar la opinión que tienes de mí, y yo quería que tú me siguieras viendo como el antiguo Alan, y no en el Alan que me he convertido.

Me fijé en las ojeras que ocupaban gran parte de su cara. Tenía la barba más desaliñada de lo normal, parecía que le hubieran dado una paliza, y en ese instante me sentí mal. Estaba claro que lo estaba pasando peor de lo que yo podía imaginar.

—Alan, para mí siempre serás el mismo, sea lo sea lo que te pase, eso deberías saberlo — Le acaricié el mentón con dulzura—. Además, desde que me dijiste que no podíamos seguir hablando, pensaba que eras un capullo sin personalidad, así que, si me hubieras dicho lo de tu hija el viernes, podría haberlo entendido y disculparte.

—¿Has estado pensando que soy un capullo sin personalidad estos días?

—Levantó una ceja y sonreí.

—Capullo a secas, más bien.

Se echó a reír y me di cuenta de cuánto había echado de menos escuchar su risa. Miré sus ojos oscuros que ahora parecían brillar y sentí que mi estómago se contraía haciéndome estremecer. Me sorprendí observándole sin perderme ni un solo detalle y escuché una melodía en mi cabeza; la letra de una canción sacudió mi mente. Miré a Alan, que me seguía mirando risueño, y supe que tenía que darle un pequeño margen, así que me puse en pie y le miré sonriendo.

—Necesito darme una ducha. Cuando salga, si quieres, solo si quieres, háblame de tu hija. Sarah me da igual, solo quiero saber sobre tu hija, ¿te parece bien? —Me miró con una dulzura increíble.

—Gracias, Nadia.

Sonreí y me encaminé hacia mi habitación, necesitaba despejar la mente de la película que acababa de ver, aún podía sentir los vestigios de pena que se habían adherido a mí. Dejé el grifo de la ducha abierto y, mientras esperaba a que saliera caliente, me di cuenta de que aquella canción seguía dando vueltas en mi cabeza. Era del cantante favorito de mi cuñado, seguro que la había escuchado mil veces en casa de mi hermana, pero hasta el instante que había escuchado la risa de Alan no había caído en la letra. Busqué por mi habitación el reproductor de canciones que me habían regalado él y mi hermana para Navidad. Estaba convencida de que esa canción estaría entre las cien canciones que mi querido cuñado se había dedicado a meter en el reproductor para que no tuviera que tomarme yo las molestias. Casi todas eran mis canciones favoritas, pero no había podido evitar meter unas cuantas de su propia lista de favoritas. La encontré.

Manolo García, un cantante que solía hacerme estremecer con sus letras profundas y sentidas.

Conocí a Mateo, mi cuñado, cuando tenía ocho años, mi hermana contaba con veinte años cuando perdió la cabeza y el corazón por aquel muchacho grande, fuerte, y tremendamente divertido. Recuerdo que siempre llamó mi atención; puede que fuera porque desde mi corta estatura lo viera enorme, o porque siempre jugaba conmigo en lugar de ignorarme como sus otros novios; me llevaban a la feria, al cine y allí donde ellos fueran: siempre encontraban un hueco para mí. Sonreí mientras recordaba cómo adoraba los viajes a la playa, siempre le pedía a mi madre que me dejara ir con Mateo en su coche, y después de pelear un rato con mi hermana me salía con la mía.

Mateo me dejaba bajar la ventanilla del asiento de atrás; mientras el aire me daba en la cara y removía mi pelo al viento, el sol iba dorando mi cara. Recuerdo que sonreía con los ojos cerrados sintiendo el calor del sol en mi piel mientras escuchaba las canciones de Manolo García de fondo. Se había quedado como un recuerdo bonito al que recurría muchas veces. Mateo, más que mi cuñado, era mi hermano, y de él había heredado gran parte de su buen gusto musical.

Sonreí de oreja a oreja cuando encontré la canción, subí el volumen y empecé a desnudarme para meterme en la ducha que ya humeaba. Se escuchó el instrumental de la canción y, pese a que estaba debajo del agua caliente, la piel se me puso de gallina. Cerré los ojos para sentir aquella canción:

...Al ritmo de tus días, al flujo de tu tiempo, vela que dominas.

Al vaivén que marcas, caprichosa, amor, a tu calor, me arrimo.

Flor de pradera: de ti necesito.

De tu esencia me impregné, y ahora estoy atado a ti, y el sulfuroso reclamo... es el deseo que por ti siento.

Deseo de tus noches mientras duermes, deseo de tu latir y de tu aliento, y al abrigo de tus besos, adentrarme en un camino que tras de mí se borre.

Si tú bendita presencia, es la ofrenda ante el altar, el agua de tu caudal es la querencia animal...

Sin quererlo había empezado a cantar, completamente absorta en aquella letra, esas palabras que ahora tanto entendía:

—A este desbordado antojo, a este musgo de la roca donde me alojo. En el panal de tus cuevas puedo ocultarme y brotar, y en tus recónditas curvas puedo poblarte y amar, desde tu tobillo moreno al sonido de la trenza de tu largo pelo...

—*Cosas que pasan*, de Manolo García. —Abrí los ojos y me sujeté para no caerme, levanté la cabeza y allí estaba Alan, mirándome con las manos dentro de los bolsillos—. Adoro esta canción, a mi hija, con lo pequeña que es, le encanta este tipo de música.

Sonreí hasta que me di cuenta de que seguía desnuda bajo aquel chorro de agua. Él pareció leerme la mente y se movió con agilidad por mi baño. Fue a buscar una toalla y la abrió para cubrirme con ella; tragué saliva por aquella situación, no sabía si quería que él se inmortalizara justo en ese instante, tan dulce y tierno, o prefería que se lanzase como un poseso y me hiciera el amor

debajo de aquel chorro de agua.

Y mientras yo me perdía en mis deseos más profundos, él me tendió la mano que yo acepté. Después de ayudarme a salir, me tapó con la toalla y besó mi cabeza con ternura; nos miramos en el reflejo del espejo y allí, perdida en sus ojos oscuros, sentí como me abarcaba en un abrazo. Estaba ensimismada observando nuestro reflejo en aquel espejo, cuando sentí sus labios en mi mejilla, y supe que, por primera vez, Alan quería hablar.

Salió del baño y le seguí con la mirada, poco después aparecí por el salón con mi nuevo pijama anti morbo de ositos y corazones. Sonrió cuando me vio. Toda decidida, me senté a su lado y respiré un poco. Él cerró los ojos un instante y resopló.

—Mi hija nació un 27 de diciembre —Le escuché atenta—. A decir verdad, no estuve ilusionado durante el embarazo. Sentía que me estaban poniendo una cadena invisible y eso me agobiaba muchísimo. Pero cuando le vi esa carita redondita, rosa y preciosa, mi mundo cobró sentido... —Levantó la cabeza y se encontró con mis ojos—. Toda mi vida gira en torno a ella.

—Vaya —Sonreí—. Eres otro cuando hablas de ella. Sonrías de una manera preciosa, deberías haberlo hecho antes —Sonrío con cierta timidez—. Y dime, ¿cómo se llama? —Me miró fijamente a los ojos—. No me digas que Sarah, no me digas que Sarah...

Se echó a reír y le imité, aunque a decir verdad iba completamente en serio.

—Se llama Daniela —Suspiré inconscientemente—. Y es la niña más guapa y más lista que he conocido nunca; aunque, supongo que todos los padres pensarán igual.

—No te creas, mi cuñado dice que mi sobrino el mayor es un bala perdida —Escuché como se echaba a reír—. Se parecen demasiado y siempre están discutiendo, mi sobrino tiene más carácter que un hombre de cincuenta años —Levanté la cabeza y vi que me miraba sonriendo—. ¿Qué?

—Tu cara, se ilumina cuando hablas de tus sobrinos.

—Son toda mi vida. Está claro que ser madre debe ser algo aún más grande, pero por ahora no concibo un amor más grande que el que yo siento por esos dos granujas —Nos miramos en silencio un rato más. Aquella versión de Alan me gustaba bastante más de lo que yo misma hubiera imaginado, y, a decir verdad, el hecho de imaginarme a Alan de padre me daba un cierto morbo... Vale, necesitaba hablar con Izan ¡ya!—. ¿Ella está en Polonia con Sarah?

—No —Me miró fijamente a los ojos durante unos segundos—. Está con mi madre mientras estoy aquí. Mi madre está encantada con la idea de tenerla unos días y mimarla hasta la saciedad, y creo que a mi hija esa idea le encanta. Voy a verla y a estar con ella todos los días, hasta que no encuentre un sitio fijo está mejor con mi madre.

Tragué saliva, aquello aún me hacía plantearme más la idea de... ¿Y Sarah?

—Alan... —Sonreí—. Me dijiste que no tenías sitio donde quedarte. Sé que el piso de tus padres no es muy grande, pero...

—No viven en un piso —Le miré perpleja—. Mi padre ganó bastante dinero al vender su empresa y se compraron una casa de campo a las afueras, no está muy lejos, está bastante cerca de todo. ¿Conoces la urbanización Paraíso?

—Claro —Resoplé mirando al techo—. Es la más cotizada de aquí, como para no conocerla... —Le miré—. No me iras a decir que tus padres viven allí, ¿verdad? —Sonrió—. ¿Por qué no me habías dicho nada? Además... hace poco que veía a tu madre por la zona donde vivíais antes...

—¿Cómo? —Me miró divertido—. El antiguo piso donde vivíamos está bastante lejos de la casa de tus padres, y de esta también.

—Carlota vivió por esa zona un tiempo —Mentí como una bellaca—. Hasta que le terminaran la reforma de donde vive ahora.

Sonreí para disimular que estaba nerviosa, jamás había preparado una mentira en dos o tres segundos y me aplaudí interiormente por la improvisación. Estaba hecha una artista —Jennifer Lawrence tiembla, que Nadia Sánchez está aquí—.

—Mi madre tiene el piso como taller de costura, ella y sus amigas acuden allí casi a diario: hacen ropa que luego donan. Nos hacen jerséis para Navidad, nos abastecen de jerséis de lana sintética de una manera alarmante. Hace años que no tengo gripe.

—¿Sintética?

—Sí, mi madre no soportaría la idea de usar lana de oveja. No sé si recuerdas cómo era, que no comía nada que viniera de un animal.

—Sí —Sonreí al recordar cosas que prefería tener ocultas—. Una vez me llamó asesina por comerme un bocadillo de jamón delante de ella —Se echó a reír cuando recordó aquel día. Día traumático para mí, todo hay que decirlo—. Lloré al llegar a casa, no comí jamón en meses.

—Sí, esa es mi madre.

No le dije que ahora tampoco comía, llevaba unos años sin probar la carne y todos sus derivados, tampoco bebía leche de vaca, me limitaba a la de soja; huevos comía muy pocos y si lo hacía debían ser ecológicos; y pescado solo en ocasiones en las que no podía elegir comer otra cosa. Vamos, que era una versión de su madre, un poco menos radical.

—Me estoy yendo del tema —Dije rascándome el cogote—. Tenías sitio de sobra donde quedarte todo este tiempo, ¿verdad? ¿Por qué estás aquí?

—¿Acaso no es obvio? —Me temblaron las piernas.

—Ya... —Me puse más roja que un tomate—. De todas formas, puedes traer a tu hija aquí, sabes que no hay problema.

—Eso ya lo sé —Me sonrió con ternura—. Pero me paso el día de aquí para allá, y no podría estar lo pendiente que quisiera. Además, mi madre me mataría si se me ocurre llevármela.

Me eche a reír, de las cosas que recordaba de su madre, quitando que me llamó asesina, era lo «niñera» que era. Adoraba a los críos, así que, ni qué decir ahora que tenía una nieta. Miré a Alan, que miraba a la nada, sabía que había algo que no me terminaba de contar, pero no quise insistir en exceso: con Alan, una debía tener tacto.

—¿Así que tenéis la custodia compartida?

—No —Le miré asombrada—. Tengo la custodia total de Daniela, su madre puede visitarla una vez al mes y siempre con supervisión de alguien más.

¿Custodia total? ¿Una vez al mes? Pero... ¿Qué narices pasaba? Alan parecía haberlo dicho todo en aquel instante, y pude ver como poco a poco recuperaba esa postura tensa a la que me tenía acostumbrada; eso era señal de «Oh nena, hay mucho más que contar, pero ahora no es el momento...». Intenté por todos los medios disimular mi frustración, pero en aquel momento, mi don de la actuación se había esfumado —tranquila, Jennifer, vuelvo a ser yo—.

Sabía que Alan lo había notado, pero le daba soberanamente igual. Me puse de pie y él me siguió, empecé a notar que estaba demasiado cansada como para hacer otra cosa que no fuera dormir, pero para mi sorpresa sonreí y me volví hacia él.

—¿Me enseñarías una foto de tu «peque»?

La cara se le volvió a iluminar de nuevo y con agilidad sacó su cartera del bolsillo trasero de su pantalón y me tendió una foto que me hizo sonreír. Estaba hecha en un fotomatón. En ella aparecía un Alan increíblemente

guapísimo, y en sus brazos y sonriendo, una pequeña preciosidad rubia con los ojos oscuros, tan oscuros como los de su padre. El corazón se me aceleró por completo, aquella niña era igualita a su padre. Y en aquel momento, odié con todos los resquicios posibles de mi alma —más de lo que ya lo hacía— a Sarah, por haberle hecho el mayor regalo que se puede hacer a una persona; le había dado una niña que era igualita a él. Nunca había sabido lo que era la envidia de verdad, hasta aquel momento, y era un sentimiento horrible.

Después de un rato de oportunas alabanzas a su hija y de la continua sonrisa de bobalicón del padre, nos dirigimos a la habitación. Fue entonces cuando reparé en el manuscrito que había traído a casa: me había comprometido a leerlo, ya que me gustaban mucho los poemas. Si aquel manuscrito contaba con una selección de los mejores, sería una lectura enriquecedora. Estaba muy vaga y sin ganas de nada, pero me lo llevé a la habitación. Estuve un rato mirándolo mientras Alan se cambiaba y se aseaba para irse a dormir —menudo tío raro—. Me había dado cuenta de que antes de dormir se peinaba, se lavaba la cara, se echaba una crema y se echaba un perfume distinto al que usaba durante el día. Cuando salió del baño me sorprendió mirándolo con el ceño fruncido.

—¿Por qué haces esas cosas antes de dormir?

—¿Qué cosas? —preguntó mientras se metía en mi cama con una sensualidad que me puso a cien enseguida.

—Te peinas, y te perfumas. ¿Por qué? ¿Quién hace eso?

—Pues yo —Negué con la cabeza mientras sonreía. Se recostó un poco sobre la cama y se tapó hasta el cuello; yo devolví la vista al manuscrito y sentí que pesaba una tonelada y media—. ¿Por qué resoplas tanto?

—Tengo que leerme esto como favor personal —dije recostándome—, pero es que... ¡No me apetece una mierda!

—Nadia, habla bien.

—Vale... Pues... no me apetece una caca.

Miró hacia otro lado intentado disimular que sonreía, pero era tarde, lo había visto. Me recosté a su lado en la cama y le tendí el manuscrito que cogió y ojeó por encima.

—¿Poemas?

—Sí, lo ha escrito un periodista bastante conocido. En esta especie de biografía expone sus diez poemas predilectos, aquellos que cambiaron su vida, y hace una pequeña reflexión sobre ellos; solo tengo que echarle un vistazo y decir qué me parece, aunque creo que es una tontería: lo van a

publicar igual.

—Eres una editora estupenda, sabes ver el ángel de muchas historias. Si el libro llama tú atención, sabrán que es una apuesta segura —Le miré asombrada.

—¿De dónde has sacado esas palabras?

—La escritora para la que trabajas, ¿Jacqueline Amorós? —Asentí—. Concedió una entrevista a un periódico y te mencionó en una de las respuestas, esas fueron sus palabras.

Sonreí como una tonta, Jacqueline no me había mencionado aquello, me fijé en que Alan miraba hacia la puerta y, antes de que me diera cuenta, salió de la habitación y volvió con un periódico en las manos. Me lo tendió. Había una foto de Jacqueline sentada frente a un ordenador, y una larga lista de preguntas. Alan me señaló una en concreto.

—Señorita Amorós, ¿Cuáles cree que fueron las claves para que su libro, *Si tan solo fuera sexo*, fuera publicado?

—¿Claves? Bueno, supongo que tuve la gran suerte de topar con una editorial que se interesó casi de inmediato; en concreto una de sus editoras, que por aquel entonces empezaba a trabajar allí. Nadia Sánchez fue la primera en leer mi historia e hizo todo lo posible para que mi editor, Alejo, lo leyera.

—Así que, ¿cree que una de las claves fue la primera persona que leyó el manuscrito por primera vez?

—Nadia Sánchez es una editora estupenda, sabe ver el ángel en muchas historias, y doy gracias de que lo viera en la mía; su entusiasmo y sus correcciones ayudaron a que *Si tan solo fuera sexo* fuera todo un éxito»

Sentí el pecho hinchado, con un orgullo que me hacía sentir el doble de grande; como si pudiera volar de lo orgullosa que me sentía. Jacqueline me había mencionado en una entrevista, en uno de los periódicos más importantes de tirada nacional y ni siquiera me lo había contado. Le pensaba comprar una caja enorme de bombones para que se pusiera morada de chocolate.

—¿Puedo quedármelo? —susurré aún obnubilada.

—Claro que sí, de hecho, pensaba dártelo, pero con todo lo que ha pasado se me había olvidado. Estoy muy orgulloso de ti, Nadia.

Dejé el periódico sobre la mesita y me recosté de nuevo a su altura. Cuando iba a besarle esa boca que me traía loca, desvió la trayectoria de su movimiento y agarró el manuscrito, se sentó apoyando su espalda en el

respaldo de la cama y me miró.

—Si quieres podemos hacer una cosa... Dices que contiene diez poemas, ¿no?

—Sí.

—Si quieres, ya que lees muchas cosas en tu horario laboral, me gustaría ayudarte —Mi cara pasó de frustración a sorpresa—. ¿Qué te parece si cada noche te leo uno de los poemas que hay aquí?

Sentí como los ojos se me iban agrandando por la emoción, por suerte no era algo demasiado palpable físicamente, daba gracias a Dios.

—¿De verdad harías eso por mí?

—No digas tonterías, ¡claro que sí! —diciendo esto, se tumbó completamente y abrió el manuscrito por la primera página. Hizo un gesto sobre la cama que obedecí al instante. Con una de sus manos sujetaba el dossier y con la otra se dio un golpe en el pecho. No me lo pensé dos veces y apoyé mi cabeza sobre su pecho y aspiré su aroma. Ese aroma que me encendía a más no poder—. Vaya... —susurró mientras ojeaba la página—. Empieza bastante bien, me encanta Pablo Neruda —Se tomó unos segundos y sentí cómo su corazón incrementaba su latido: aquello me estremeció.

—¿Quieres hacer el favor de leerlo ya? Me tienes en ascuas.

Sentí como sonreía y le escuché tomar aire.

—*Puedo escribir los versos más tristes esta noche. Escribir, por ejemplo: «La noche está estrellada, y titilan, azules, los astros, a lo lejos». El viento de la noche gira en el cielo y canta. Puedo escribir los versos más tristes esta noche. Yo la quise, y a veces ella también me quiso. —Tomó aire y cerré mis ojos para prestar más atención a las palabras—. En las noches como esta, la tuve entre mis brazos. La besé tantas veces bajo el cielo infinito. Ella me quiso, a veces yo también la quería. Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos. Puedo escribir los versos más tristes esta noche. Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido. Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella... —Y así prosiguió con el resto de poema de Neruda, hasta concluir con el final, y para ser sincera, aquella última frase, la sentía como mía propia—. Aunque este sea el último dolor que ella me causa, y estos sean los últimos versos que yo le escribo.*

Estaba tragando saliva cuando terminó de recitar el poema, ya no solo su voz rasgada y dura me había penetrado el alma, también aquellas palabras de ese poema que había escuchado mil veces volvían a calarse dentro de mí.

Ahora que lo había escuchado desde la voz de Alan, había tomado una connotación más sentimental. A ese paso, acabaría por volverme loca cuando él se fuera. Aquel pensamiento me dejó helada, aunque disimulé todo lo que pude.

Estuvimos en silencio un rato mirando a la nada, esa nada que ocupaba gran parte de mi habitación. Había un silencio incomodo, un silencio que deseaba gritar algo, pero estaba atrapado entre dos personas con mucho que callar. Hay sentimientos que tenemos miedo a afrontar, por eso jamás lo decimos en voz alta, creyendo, como ilusos, que, si algo no se dice, es como si no existiera; un error idiota ya que los sentimientos más intensos son los que albergamos en nuestro más profundo interior y se quedan allí callados, unas veces por un tiempo, otras veces para siempre.

Diez minutos después, se movió dejando el dossier sobre su mesita y apagó la luz. Había algo en su actitud que me crispaba los nervios, creo que, de haber podido se hubiera largado de mi casa. Yo seguía abrazada a su pecho, creo que lo hacía para asegurarme de que no se iría en cuanto me quedara dormida. Ya estaba a punto de caer en los brazos de Morfeo cuando le noté moverse incómodo.

—Nadia, ¿estás durmiendo?

—No —susurré adormilada y le escuché sonreír.

—Mentirosa.

—Para ti siempre estoy despierta.

Estuvo unos segundos en silencio, supongo que cavilando algo que podía escuchar ronronear en su cabeza, después me destapó.

—¿Me dejas hacer una cosa?

—Claro.

Para mi sorpresa, lo sentí salir de la cama, no sabía dónde se había ido hasta que escuché cómo se levantaban las persianas de la habitación, entonces la luz del exterior iluminó débilmente mi habitación. La luna llena que reinaba aquella noche en lo alto del cielo nos regaló la claridad que él creyó oportuna. Cuando se dio la vuelta y me miró, casi se me sale el aire al ver el contorno de su fuerte silueta; caminó hacia mí y se posicionó sobre la cama, sin hablar, sin ni siquiera respirar fuerte, me quitó el pijama y me dejó desnuda sobre la cama, me movió como si fuera una pluma y me posicionó justo en el medio. No sabía qué iba a hacer, pero en aquel momento estaba dispuesta a hacer lo que él quisiera.

Me di cuenta de que había cerrado los ojos. Cuando sentí que tenía la

necesidad de ver, los abrí. Alan estaba de rodillas en la cama mirándome, esperó a que mis ojos se fijaran en los suyos para mover ficha, se agachó en un movimiento rápido en la cama y sentí cómo sus labios besaban mi empeine con dulzura. Mientras me prestaba atenciones en mi pierna izquierda con sus labios y con sus manos, en concreto con sus dedos, acariciaba mi pierna derecha. Avanzó por mi cuerpo despacio, deleitándose en cada centímetro de mi piel; el corazón me latía fuertemente en el pecho, incluso había momentos en los que creí que me iba a dar un infarto. Todo él me hacía ser sensaciones nuevas, cuando sentí su aliento en mi hendidura me retorcí sin poderlo evitar. Cada vez que intentaba estirarle del pelo, o acariciarle, él me quitaba las manos y seguía «a la suya» impidiendo que mis manos pudieran tocarle. Enrosqué mis manos entre las sabanas y tiré de ellas, al menos ahora las tenía ocupadas.

Grité de placer cuando acarició con su lengua mi clítoris, que latía locamente desesperado por sentir su tacto. Jamás me había sentido tan a merced de nadie ni incluso de él, en el tiempo que habíamos compartido antaño. Aunque ahora era otra cosa muy distinta, ni yo sabía exactamente qué significaba todo aquello, solo sabía que siempre le dejaría hacer. Y estaba segura de que ello me llevaría a un punto de placer del que no había retorno posible.

Cuando me dejó completamente extasiada gracias a las caricias que le había brindado a la zona más sensible, atrapó mis pechos con sus manos y les dedicó un tiempo que agradecí retorciéndome de nuevo. Ya no era lo que hacía, si no el cómo lo hacía. Veneraba mi cuerpo como si fuera un tesoro o algo que se podría romper en cualquier momento, y sentir que me trataba así, me volvía loca. Sin esperarlo y despistada a causa de lo confusa que me sentía, me dio la vuelta, colocó una almohada debajo de mi abdomen y, antes de lo imaginado, sentí sus labios recorriendo mi columna vertebral, haciendo que tuviera que morderme los labios para no gritar o llorar. En aquel momento ni yo sabía qué se me pasaba por la cabeza, estaba besando todas y cada una de las partes de mi cuerpo dejando tatuajes invisibles, pero que siempre permanecerían en mí.

Cuando posó una de sus manos en mi cadera y tiró de mí para que levantara un poco mi trasero, casi consigue que me desmaye. Tardó unos segundos, pero antes de lo esperado me penetró hasta el fondo y dejó caer su torso sobre mi espalda, me llevó a un éxtasis que jamás había conocido. Sentirle en cada parte de mí, sentir cómo entraba y salía de mí, mientras que

sus labios besaban y mordían mi nuca, era algo que superaba todo lo sentido anteriormente.

¿Qué me estaba pasando? Marcó un ritmo suave y fiero a la vez, mientras se deshacía y me deshacía a mí con sus caricias. Casi a punto de rozar nuevamente un orgasmo, cogió mis manos y las puso a la altura de mi cabeza, luego posó las suyas encima y siguió moviéndose. Mientras, yo permanecía presa de su cuerpo, no había escapatoria posible y estaba segura de que su cuerpo sería la cárcel de la que jamás querría salir.

Capítulo 16

Aquella mañana me levanté con cara de idiota. Esa cara de idiota que se te pone cuando eres rematadamente feliz, esa cara en la que reina la sonrisa y los ojos se achinan. Sabéis la cara a la que me refiero, ¿verdad? Pues sí, con esa cara de idiota me había levantado. También con dolor de *chochete*, todo hay que decirlo, ya que mi cuerpo se resentía bastante con el uso continuado del preservativo: una que lo tiene algo delicado.

No podía ignorar el hecho de que llevaba unos días con una preocupante falta de sueño, pero ni el tremendo cansancio que sentía podía quitarme el buen humor. Alan seguía profundamente dormido y, a decir verdad, me moría de la envidia; incluso pensé en poner una excusa y no ir a trabajar, pero luego me acordé de que eso mismo había hecho el día anterior. Entonces me di cuenta de que solo hacía unos días que Alan había vuelto a mi vida. Es curioso cómo es el tiempo, cada instante con Alan era efímero, pero, sin embargo, perdí la noción del tiempo, dudaba del tiempo que había pasado. Los instantes se hacían cortos y largos a la vez. ¿Alguien puede entenderlo? Al menos yo me solía entender a mí misma, casi siempre, que no quiere decir siempre.

Después de quedarme durante diez minutos con cara de boba mirando la babilla que le salía a Alan de la boca, me decidí a darme una ducha y prepararme para un nuevo día. Realmente amanecer con buen humor sirve de mucho, ni siquiera las pequeñas torpezas que se cometen mientras se duerme, me alteraban. Cuando terminé de arreglarme y, casi a punto de salir por la puerta de casa, miré a Alan una vez más, entonces me di cuenta de que me podía acostumbrar a esa situación bastante rápido; a decir verdad, me encantaría que así fueran todas mis mañanas.

Llevaba dos horas inmersa en mi trabajo, que había cogido con ganas, cuando Carlota se puso en mi campo de visión. Iba hecha un completo desastre: vaqueros desgastados, unas zapatillas viejas, un moño desecho y una camiseta básica blanca. Fruncí el ceño sin entender qué pasaba, que yo vistiera así muchas mañanas no era raro, sobre todo cuando la regla estaba a

punto de joder mis días y me levantaba con la moral por el suelo o más desganada que un día de resaca, así que optaba por vestir como una indigente; pero Carlota era harina de otro costal. Caminé hacia ella decidida. Cuando me vio frente a ella se recostó en su silla y me miró asombrada.

—¿Me vas a decir dónde coño te metes últimamente?

—He estado ocupada con cosas, Nadia. ¿Ha pasado algo?

—No sé, dímelo tú.

Me miró fijamente, pero no dijo nada. No había que ser muy listo para saber que le estaba molestando mi tono de voz, pero ¿qué podía hacer? Hacía días que estaba más rara que un perro verde y no me había contado ningún detalle del tío con el que estaba entreteniéndose; eso era muy, muy, raro. Me hizo una señal con su cabeza para que me sentara en la silla que había delante de ella y obedecí sin rechistar.

—Nadia, hay algo que tengo que contarte —Puse los ojos en blanco y me dio una colleja que resonó por toda la estancia—. Eso por sarcástica.

—¡Pero si no he dicho nada!

—No me digas que estoy loca, y prométeme que no dirás una palabra a nadie. —Asentí con la cabeza—. Ya sabes que no me llevo muy bien con el novio de mi madre, ¿verdad?

—Sí.

—Hace unos días fui a tomar algo con Kevin —Fruncí el ceño—. El amigo de mi hermano... —Asentí—. Pues estábamos haciendo el tonto cuando me pareció verle entrar en la cafetería que había justo enfrente de la calle. Al principio no hice mucho caso, yo sé que suele quedar con sus amigos una vez a la semana, pero estaba a punto de irme cuando...

De repente caí. ¿Kevin? Solo conocía a un Kevin y era el mejor amigo de Daniel.

—Espera, espera, espera —La interrumpí—. ¿Kevin? ¿El amigo de tu hermano? ¿Quedas con el amigo de tu hermano?

—Te estoy contando que estoy a punto de crear una crisis familiar, ¿y tú te quedas con ese detalle idiota? —Se rascó el cogote y sonreí—. Vale sí, he quedado un par de veces...

Me llevé las manos a la boca, aquello no podía ser verdad.

—¿¿¿Qué??? ¿Y tú hermano lo sabe?

—¡Pues claro que no lo sabe! —Me miró como si fuera de otro planeta—. ¿Acaso quieres que me mate? Con quien me acuesto no es asunto de mi hermano —Me callé la boca por miedo a hablar demasiado e intenté que no

se notara que me estaba empezando a poner muy nerviosa. Si me lo hubiera contado cualquier otro día, probablemente hubiera pensando que se estaba quedando conmigo, que era una broma, o que se había enterado de que tuve mis momentos con su hermano y me contaba todo aquello para hacerme confesar; pero cada vez que la miraba, estaba absorta en sus pensamientos. No me prestaba la más mínima atención, y eso quería decir que no tenía ni idea. Lo mío con Daniel seguía siendo un secreto, Resoplé tranquila—. Oye, Kevin es mayor de edad, me estás mirando como si hubiera cometido un delito.

—¿Qué? —La miré asombrada—. No te inventes cosas, yo no he dicho nada.

—No has dicho nada, pero sé lo que piensas.

—¿Y qué pienso, lista?

—Que estoy loca, eso piensas —Alcé las cejas—. Quedar con un chico al que le doblo la edad es algo ridículo, pero no hace falta que me lo digas, ya lo sé.

Sonreí como si me sonriera a mí misma delante de un espejo.

—Carlota, no pienso que seas ridícula —Me encogí de hombros—. Y solo le llevas diez años... Tampoco es tanto. Creo recordar que te liaste con un amigo de tu hermano mayor cuando tenías diecisiete; si en su momento eso fue guay, ¿por qué ahora no? Ahora eres tú la mayor, eso debe de tener su morbo.

La miré intentando ocultar el hecho de que estaba intentando excusar mis propias acciones disculpando las suyas, pero pareció funcionar cuando vi como sus facciones se relajaban.

—Gracias, Nadia.

—No hay de qué. Y ahora, cuéntame. ¿Qué pasó con el novio de tu madre?

Se le volvió a ensombrecer el rostro, aquello tenía que ser algo importante, no cabía la menor duda.

—No estaba solo ni con sus amigos. Había una mujer sentada con él. No quise darle importancia: podía ser una amiga o alguna compañera de trabajo, pero cuando me disponía a marcharme los vi besarse. Imaginarás mi cara. Casi me atropella un coche, Nadia; me quedé allí quieta mirándolos para asegurarme que no estaba viendo visiones.

—¿Y qué hiciste después?

—Me fui a casa de mi madre, no sabía si decírselo o no, ya sabes lo ciega

que está con ese hombre. Cuando encontré el coraje para hacerlo, él apareció en casa, así que no pude decir nada. Mi madre jamás me creería a mí, sabe que lo odio.

—Pero Carlota, eres su hija, ¿en serio creería que mientes?

—Ya sabes cómo es mi madre, Nadia.

La miré entristecida, aquella mujer estaba loca. Que el padre de Carlota los abandonara cuando Daniel apenas tenía dos años, la había traumatizado. Eso la llevó a tener relaciones desastrosas con cualquier patán que la hiciera sentir guapa, cosa que condicionó bastante a los tres hermanos; hasta que por fin pareció sentar cabeza con un impresentable. Contra todo pronóstico, ya llevaban cinco años.

—¿Y qué harás ahora, Carlota? No puedes dejar las cosas así.

—Eso ya lo sé. Solo déjame pensar, algo se me ocurrirá.

Iba a comentarle un par de ideas cuando escuché una voz a mi espalda. Cuando me giré sonreí de oreja a oreja. El día no paraba de mejorar: Jacqui estaba cerca de mi cubículo hablando animadamente con Alejo. Carlota me hizo una señal para que fuera con ellos, era obvio que me estaban esperando a mí. Jacqui me sonrió cuando me vio aparecer, estaba algo más gordita, pero muy guapa. Me dijo que quería comentarme unas cosas sobre las correcciones que había hecho en su último capítulo. Con esa excusa, la llevé a la famosa sala del café, que a esas horas se encontraba desierta. Preparé el café mientras Jacqueline me exponía sus opiniones, con ella trabajar era una auténtica delicia. Había decidido cambiar el final conforme avanzaba la historia y la escuché muy atenta hasta que me contó exactamente qué había pensado.

—¡No! ¡No! ¡Y no! —exclamé después de que me contara aquel disparate de final—. No puedo dejarte hacer eso. ¡Es un sacrilegio!

Escuché cómo se reía a carcajadas mientras yo la miraba con el ceño fruncido. Se me había olvidado por completo la dichosa peliculita hasta que había escuchado a mi querida amiga escritora.

—No seas exagerada mujer, el libro será mucho más emotivo.

—No digo que no, pero que sepas que te odiaré eternamente si continúas pensando en ese final.

Estaba riéndose de nuevo, cuando Paula entró por la puerta con algo en sus manos; saludó con timidez a Jacqui que le devolvió el saludo con una perfecta sonrisa, me entregó un libro y, de repente, me acordé.

—Siento haber tardado en encontrarlo. No veas el desastre que hay allí

abajo. —Sonreí agradecida.

—Muchísimas gracias, Paula, te debo una.

Salió de la sala sonriendo. Observé el libro que ahora sostenía en mis manos: *Mensaje en una botella. Nicholas Sparks*. Acaricié la portada con las manos y después lancé el libro lo más lejos que pude de mí, aterrizó sobre uno de los sillones. Cuando me di cuenta, Jacqui me miraba como si se me hubiera salido un tornillo.

—¿Qué pasa? —pregunté sentándome de nuevo como si nada hubiera pasado—. Tú no sabes lo destrozada que me dejó la puñetera película. ¡Puñetero Moore de las narices! Si me leo el libro querré acabar con mi vida después.

Se echó a reír de buena gana, estaba empezando a pensar que podría labrarme un nuevo futuro como comediante. Jacqueline al menos se lo estaba pasando pipa conmigo, aunque mirándolo por otro lado, había veces que solo daba risa, es una de mis cualidades.

—Nadia, créeme cuando te digo que eres una exagerada...

—Jacqueline, comparto tu opinión —Sonreí—. Pero lo único que quiero, es mantener esa historia todo lo alejada de mí que pueda.

Jacqui se quedó pensativa mientras removía la cuchara en su taza de café con leche.

—¿Sabes, Nadia? Mi madre dice que los libros que siempre recuerdas y marcan de algún modo tu vida, son aquellos que no acaban bien. Tiene la ferviente idea de que la huella que dejan hace que te replantees ciertas cosas

—¿Tú piensas lo mismo?

—Sí —Levantó la cabeza de su taza y miré sus ojos verdes que ahora parecían brillar más—. También odio los finales infelices; aun así, debo admitir que me sobrecoge el mensaje que deja patente Nicholas en ese libro —La miré deseando que se explicara con más detalle, ella pareció entenderme—. Ese libro te enseña que, quizá, cuando encontramos la voluntad de cambiar, puede que sea tarde. Desperdiciamos momentos con miedos y dudas, y quizá es en ese momento cuando se pierde la oportunidad, no sé si me entiendes —Asentí sin dudar—. Hay cosas que solo ocurren una vez, como un tren que pasa y no vuelve atrás, y si lo dejas pasar puede que ya no tengas una nueva oportunidad. Quizá, en tu destino no está la opción de que puedas redimirte de aquella primera decisión. Hay veces que simplemente tienes que dejarte llevar porque puede que sea la oportunidad de tu vida; y si no lo ves en ese justo momento, todo lo que hagas después ya no

valdrá nada porque ya será demasiado tarde —Me miró fijamente a los ojos mientras yo evitaba pestañear—. Yo, muchas veces pienso en cómo hubiera sido mi vida si hubiera dejado el orgullo a un lado. Puede que, si hubiera llamado a Klaus aquella vez que volví, todo hubiera sido distinto. Perdí cinco años de mi vida y sufrí la pérdida de algo esencial en mi vida. Y sí, el tiempo nos unió años después, y soy muy feliz, y doy gracias a Dios por eso, pero siempre me quedará esa espinita.

»Muchas veces creemos que el destino es el responsable de nuestra suerte, diciendo aquello de: «Si no ha pasado es porque no tenía que pasar», pero es un error. Yo creo en el destino, pero también creo en que el destino actúa cuando tú ya lo has hecho todo y aun así no ha salido bien: ¡eso es el destino! Cuando ocurre algo, y algo en tu interior no te deja tranquila, es porque, quizá, sí pudiste hacer más de lo que hiciste, pero preferiste quedarte esperando a que el destino te pusiera en bandeja algo que solo dependía de ti.

—Entonces, ¿crees que estamos destinados a personas según nuestro comportamiento?

—Creo que el destino nos pone en nuestra vida las personas con las que tenemos que coincidir, pero no nos dice cómo comportarnos, eso es a libre albedrío. Está claro que si tu futuro no está con el de otra persona, por mucho que hagas, jamás acabaréis juntos. Pero hay veces que, por idioteces, perdemos personas importantes, y cuando nos damos cuenta es muy tarde —Me miré los dedos y suspiré—. Es como cuando una pareja se rompe. Ambos van por caminos distintos, pero nunca se olvidan el uno del otro. Pasan los años y siempre siguen sintiendo algo especial hacia la otra persona, pero no levantan el teléfono, no se ponen en contacto por miedo a qué pensara la otra persona, o por el mismo miedo a ser rechazados. Y ¿sabes qué? ¡A tomar por culo el miedo! No sabes lo que piensa la otra persona: ¡arriésgate! ¿Qué puedes perder? El no ya lo tienes.

La miré perpleja. Había descrito mi situación con Alan, incluso la suya propia. Ella hablaba desde el conocimiento y eso era obvio por la convicción que se sobreentendía en su discurso. Puede que, si alguna vez le hubiera mandado un mail a Alan, todo hubiera sido distinto, pero por alguna razón él había vuelto a mi vida. ¿Me brindaba el destino una segunda oportunidad?

Un par de horas después, Jacqui se fue. Habíamos estado inmersas en su capítulo, cambiando y mejorando cosas. Si algo bueno tenía esa mujer, es que sabía encajar las opiniones de los demás y, aunque siempre dejaba su toque, escuchaba todas y cada una de las opiniones; a veces hacia caso, otras no,

pero era ella misma y eso es lo que cuenta.

Después de terminar con Jacqui y comer algo rápido, disponía de unos minutos antes de empezar con los nuevos manuscritos que habíamos recibido y se me ocurrió una idea. A decir verdad, necesitaba decirle unas cuantas cosas. Encendí el ordenador, abrí el Skype y allí estaba. ¿Qué haría tantas horas conectado? ¿O daría la casualidad de que ambos nos conectáramos a la misma vez?

—Jamás le voy a perdonar las lágrimas que me hizo derramar a causa de su recomendación, ¿le parece poco drama en sí la vida misma?

—¿Nadia?

—¿Quién podía ser ?

—Vaya. El «Buenas tardes» ha debido de quedar obsoleto, odio estos nuevos modismos.

—No sea abuelo.

—Veré qué puedo hacer, jovencita. Por lo que adivino de su mensaje, ha leído el libro.

—No, mi compañera no pudo encontrarlo ayer, así que me compré la película.

—Tenía que haber leído el libro, la película es solo un ápice de lo maravilloso de la historia.

—Si me llego a leer el libro, le hubiera mandado una carta con ántrax al puñetero Sparks.

—Es un usted una exagerada, una apasionada eso sí, pero exagerada.

—Admita que se ha leído, soy graciosa.

—Eso no lo pongo en duda, ha hecho sonreír a este esnob con gafas.

Esta vez, la que se echó a reír fui yo.

—Pues me alegro, entonces. Ahora en serio, señor Moore, la historia es muy bonita, pero muy dramática, me dejó un hueco en el corazón.

—Es lo bonito de las buenas historias. Siento que la haya afectado, ¿no estará embarazada?

—¿Acaso quiere rematarme de un infarto? No estoy embarazada, soy una mujer precavida.

—Me gusta saber eso, señorita, siento las lágrimas derramadas a causa de la recomendación que le di: la compensaré, se lo prometo.

—No sé si eso me gusta o me asusta.

—Me gusta desconcertarla.

Sonreí y me quedé pensativa mirando la pantalla del ordenador. ¿Qué

estaría haciendo a esas horas? ¿Estaría tomando un descanso en sus quehaceres?

—¿Qué tal el día, Nadia?

—Bastante movidito, señor Moore, pero la mar de productivo.

—Eso es bueno, el mío ha sido un auténtico asco.

—Lo siento.

—Usted no tiene la culpa, pero gracias. Sé que parecerá una locura, pero me la imagino ahora mismo delante de la pantalla con el ceño fruncido, ¿me equivoco?

Me estiré rápidamente. ¿Cómo podía saberlo? Miré a ambos lados intentando saber cómo lo había adivinado. ¿Tendría poderes?

—¿Cómo lo ha sabido? ¿Me espía?

—La idea de espiarla me gusta, Nadia, pero nada más lejos de la realidad: llamémosle intuición. Soy un hombre muy intuitivo. Vamos, dígame, ¿en qué cosas está pensando?

—Es usted un viejo verde. Pues la verdad que sí que estaba pensando algo. ¿Pueden dos personas que se conocen muchísimo cometer la misma locura una a espaldas de la otra?

—Nadia, si me hubiera hablado en chino, probablemente la hubiera entendido más.

Me eche a reír mientras pensaba en cómo explicarme mejor. Y me decidí por lo más sencillo. Decir la verdad.

—Mi vida esta subida a una montaña rusa, señor Moore, hay ratos que siento que no tengo el control de nada, y eso me frustra mucho, pero a la misma vez me siento más viva que nunca. ¿Estoy loca?

—No.

—Además, me siento culpable, hay una cosa que no le he contado a una persona muy importante en mi vida.

—¿Un novio?

—Una amiga, mi mejor amiga se ha sincerado conmigo hoy y me siento muy culpable por no poder hacerlo yo también.

—Seguro que no es tan malo, señorita Nadia, cuénteme más.

—Prométame que no pensaré nada demasiado raro de mí.

—Ya pienso cosas demasiado raras de usted, no se asuste ahora.

Sonreí como una tonta.

—A veces, cuestiono qué clase de amiga soy. Mire, señor Moore, soy un desastre para las relaciones, y después de terminar con mi última catástrofe

sentimental, me refugié en los brazos de una persona que está muy unida a mi mejor amiga.

—¿Su pareja?

—¡¡¡No!!! ¿Está usted loco? ¿Por quién me toma? Fue en su hermano.

—La culpa no es mía, es de usted. ¿Ve cómo es una exagerada? No hay nada de malo en eso. Está usted loca.

—En su hermano pequeño. En su hermano que tiene diecisiete años.

—Vaya... Es usted sorprendente. ¿Siente algo por el jovencuelo?

—Mucho cariño y afecto sincero, y no se lo tome a guasa. Creo que superé todo aquello con mejor ánimo gracias a él, el problema está en que jamás se lo dije a ella. Me vi con su hermano a sus espaldas, y para ello tuve que mentirle muchas veces. Y ahora, ella me ha confesado que ha estado viéndose con un amigo de su hermano. Podrá imaginar mi cara cuando me lo ha contado.

—Jajajajajaja, perdona que me haya tenido que expresar tan gráficamente. Son ustedes un par de morbosas, vaya que sí.

—Señor Moore, le hablo en serio.

—Nadia, exagera. Si su amiga le ha contado eso, quizá es el momento de sincerarse. ¿Por qué se podría enfadar? Ella mejor que nadie la entenderá, además, nadie obligó al joven a tener nada con usted, fue de mutuo acuerdo. No se coma el coco ni le dé vueltas; si no se siente bien contandoselo, no lo haga.

—Como si fuera tan fácil.

—Eso depende de cómo lo mire, Nadia. No solo es su opinión la que cuenta, la del joven también. Háblelo con él y exprésele qué siente, quizá ambos encuentren una solución, pero estoy seguro de que su amiga, seguirá siendo su amiga.

—Es usted la primera persona con la que hablo de esto y ni siquiera sé por qué lo he hecho.

—Hablar con desconocidos ayuda, créame, si no... ¿de qué se ganarían la vida los psicólogos?

—También tiene razón. Me siento algo mejor, gracias.

—Me alegra haberla podido ayudar. Para lo que necesite aquí estoy, y no padezca tanto: todos tenemos secretos, no lo olvide.

Chapurreamos unos minutos más hasta que él, muy caballeroso, se despidió de mí.

Con la tontería, me había entretenido más de lo que me habría gustado,

aun así, me sentía con varios kilos de menos. Es curioso cómo hay veces que sentimos más confianza con cualquier desconocido con el que mantenemos contacto vía internet, que con personas que vemos a diario. Después de un rato de vago mental, observé que Carlota venía directa hacia mí. Su cara era de satisfacción, así que supe que se le había ocurrido una idea.

—Nadia, ¡ya sé lo que voy a hacer! —exclamó sentándose en mi escritorio.

—Desembucha.

—¡Vamos a seguirle! Esta noche se supone que va a la cena semanal con sus amigos, y me apuesto las dos manos a que lo de sus amigos es mentira.

—¡¿Vamos?! ¡¿Cómo que vamos?! —exclamé mientras retrocedía todo lo que podía en mi asiento.

—Nadia, te necesito... Yo sola no puedo, además, me reconocería enseguida y quiero pillarle por los huevos.

La miré espantada.

—¿Pero se puede saber en qué has pensado exactamente?

—En seguirle durante toda la noche, si entra a cualquier sitio entrarás para ver que hace. Necesito saber todos sus movimientos y, sobre todo, quién es esa mujer.

—Pero, Carlota... a mí me conoce, ¿o ya no te acuerdas de que comí hace unos meses en casa de tu madre?

Se llevó las manos a la cabeza y su rostro se volvió a ensombrecer. Odié verla así de triste.

—¿Y si se lo digo a Kevin?

—Seguramente se acuerde de él, Carlota, tienes que pensar en alguien que él no haya visto nunca, alguien que no sea de tu entorno.

Entonces ambas nos miramos y pude leer su mente: conseguirlo ya sería otra cosa.

Salimos del trabajo y fuimos hasta mi casa con un cúmulo de nervios. Carlota estaba ansiosa por que llegara la noche y poder ponerse el disfraz de espía. A mí me parecía una locura, pero era capaz de hacer cualquier cosa por ella. Y sí, el sentimiento de culpa también tenía que ver. Subimos entre nerviosas y expectantes, como si tuviéramos quince años y fuéramos a buscar cómplices para una nueva travesura. Cuando abrimos la puerta, Alan levantó la cabeza, estaba escribiendo algo en una libreta. Se puso en pie cuando cerré la puerta.

La sonrisa que me regaló en cuanto nuestros ojos coincidieron, hizo que

mi corazón latiera desbocado. ¡Dios!, ese hombre me volvía loca. Antes de que pudiera darle un beso o incluso explicarle qué hacíamos allí las dos, especialmente Carlota, que iba vestida de mendiga, ella se adelantó y se abalanzó sobre él rodeándole con los brazos. Aunque él le devolvió el abrazo, levantó los ojos hacia mí, yo solo pude encogerme de hombros y sentarme a ver el espectáculo. Diez minutos después, Carlota estaba inmersa en su historia y lo sorprendente era que Alan no perdía comba.

—Y ahí es cuando entras tú, Alan —concluyó Carlota tomando aire.

—¿Yo? —exclamó sorprendido.

—Alan, necesito que vengas con nosotras. Si él entra en algún lugar, necesito que alguien pueda acercarse sin resultar sospechoso.

Y cuando pensaba que se negaría en rotundo y me tocaría lidiar con aquella odisea, él se echó a reír y aceptó. Ver para creer.

Capítulo 17

Llevábamos cuarenta minutos refugiados en el coche de Alan, parados frente al bar donde habíamos visto entrar al susodicho con sus amigos. Alan ya había entrado a ver qué se cocía en el interior y, como había imaginado, no encontró raro. Carlota estaba convencida que vería a esa mujer más tarde. Alan y yo nos mirábamos, pero no dijimos nada, ya habíamos agotado todos los temas de conversación y el silencio empezaba a pesar en exceso.

Hubo ratos en los que tuve que hacer verdaderos esfuerzos por no dormirme, ya que me había tocado quedarme en el cómodo asiento trasero del coche. Al principio protesté, pero cuando vi que era como estar en un sofá, me callé esa boca buzón que tenía muchas veces, y me recosté lo más cómoda posible. De vez en cuando, escuchaba a Carlota y a Alan hablar, pero estaba tan cansada que no prestaba demasiada atención; creo que hasta me dormí varias veces, aunque siempre terminaba por despertarme de golpe, y muchas veces sin saber dónde narices estaba.

Necesitaba dormir, y era algo que no podía seguir ignorando. Me encontraba otra vez a punto de quedar en coma cuando el estruendo de mi móvil me hizo levantarme de golpe y no miré quién podía ser: contesté por instinto mientras me restregaba los ojos deseando que aquella sensación de cansancio desapareciera.

—¿Sí?

—Nadia, soy Dani —Abrí los ojos de golpe y miré la pantalla de mi móvil—. ¿Estabas durmiendo?

—No, tranquilo, dime, ¿ha pasado algo?

—¿Por casualidad estás con mi hermana?

Levanté la cabeza y vi que Carlota se había vuelto completamente hacia mí y no me quitaba ojo. Alan, sin embargo, me miraba a través del espejo retrovisor. Ver sus penetrantes ojos oscuros a través del espejo me removió la sangre y me subió la libido hasta las orejas; si no hubiera estado Carlota allí, me hubiera lanzado en plancha y lo hubiera violado sin ni siquiera quitarle los vaqueros: estaba enferma, no cabía duda.

—Sí, estoy aquí con ella.

Segundos después le pasé el teléfono a mi amiga que salió del coche para hablar con su hermano. No sabía si le había comentado algo a él, quizá sí que lo había hecho y había llamado para ver qué tal iba la cosa. Cuando quise darme cuenta, me había quedado callada mirando a la nada, pensando en todos aquellos meses horribles antes de que Alan apareciera, y sentí un terror horrible al pensar que, quizá, cuando él se fuera, tuviera que volver a aquella vida que tanto odiaba. Intenté sacudir esos pensamientos pesimistas de mi cabeza y funcionó en el momento en que nuestros ojos se encontraron de nuevo. No sonrió, sin embargo, no pude evitar sonreírle tímidamente; a veces no podía evitar mirarle como una tonta, y aquella era una de esas veces en las que se me notaba a kilómetros de distancia que estaba loca por él.

—Estás muy callada, Nadia. ¿Pasa algo? —preguntó mientras centraba su vista al frente.

—Estoy muy cansada, me está costando horrores no caer dormida.

Giró su cara y me miró sonriendo, y, sorprendentemente, el sol salió de su escondite.

—La verdad es que se te nota cansada, *mea culpa*.

—¿Y quién te ha dicho que es por tu culpa?

—¡Por Dios! No me hagas reír mujer, es el efecto que produzco en todas las mujeres.

Le lancé mi chaqueta, que la había tenido en mi regazo todo el rato. Él la esquivó como pudo, pero no evitó que le diera en la cabeza. Nos echamos a reír cuando Carlota abrió la puerta y entró tan rápido que, tanto Alan como yo, la miramos como si se hubiera vuelto loca.

—¡Eh, tórtolos! Os he traído aquí para vigilar, no para que estéis tonteando.

—¡Oye! Estamos vigilando.

—¡¡Si estuvierais vigilando, hubierais visto que acaba de salir del bar!

Di un brinco en el asiento cuando me fijé que Carlota estaba en lo cierto: el novio de su madre estaba en la puerta de aquel bar hablando tranquilamente con sus amigos. Poco a poco se fueron dispersando todos, menos él, que se quedó algo más rezagado del resto al atender una llamada que recibió. Cuando sus amigos se marcharon, se dirigió por el sentido contrario a un coche que estaba aparcado: primer síntoma de que empezaba lo bueno. No sé si me alegré o me dio por saco; la cuestión era que ya no había marcha atrás.

Permanecimos quietos hasta que le vimos subirse a un coche de alta gama, del cual no podíamos ver el conductor, así que, después de dejar un espacio prudente, nos adentramos en la calle para no perderle de vista.

Alan había dejado dos coches de distancia para que no se diera cuenta de que lo seguían, aquello era surrealista. Ni en un millón de años me habría imaginado toda aquella escena.

Después de unos cuantos minutos de tensión, el coche torció hacia la derecha y se dirigió hacia las afueras de la ciudad. Miré a Alan, que se había detenido y noté las miradas que Carlota y él cruzaban. Yo, como no tenía ni idea de qué iba el asunto, acabé por dejarme caer en el asiento y mirar al techo frustrada. A esa hora yo debería haber estado durmiendo o retozando por mi casa con Alan, no metida en un coche jugando a los espías.

—Alan, ¿crees que ha ido allí? —Escuché susurrar a Carlota y volví al mundo de los vivos.

—Seguro, no hay ningún otro sitio al que pueda ir.

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperaremos unos minutos e iremos para allá, miraremos los coches para ver si está —Alan me miró unos segundos por el retrovisor y devolvió la vista a Carlota.

—¿Y si está? ¿Qué hacemos, Alan? No creo que podamos entrar así sin más, creo que se necesita invitación.

—Eso no es problema.

Y diciendo esto arrancó de nuevo el coche y después de un giro que iba en contra de todas las leyes de conducción, se metió por la misma salida que, minutos antes, había atravesado aquel coche. Yo tenía los brazos cruzados a modo de protesta, habían estado cuchicheando ignorándome por completo, carraspeé varias veces, pero ninguno me prestó el más mínimo interés. Poco después entramos en una explanada y abrí la boca de par en par.

Aquel improvisado descampado, tenía también la función de parking. Tenía varias hileras de coches, demasiados para que me molestara en contar. Pero ¿qué podían hacer allí un martes por la noche? ¿Acaso no tenían que madrugar? Alan dio varias vueltas alrededor de los coches hasta que se detuvo cuando encontró el coche del delito. Carlota y él se miraron y ambos asintieron. Poco después, Alan aparcó, para aquel entonces yo llevaba un mosqueo del quince al ver que ignoraban mis suspiros y me rebelé.

—Me puede decir alguien ¿de qué narices va todo esto? —Ambos se volvieron hacia mí—. Estáis hablando en clave, ignorándome por completo,

¿dónde coño estamos?

—Relájate, mujer —intervino Carlota sonriendo— ¡Por Dios, qué humor! Deberías descansar.

El corte de mangas que le hice provocó que se echara a reír, hasta el punto de que casi se ahoga. Alan también sonreía, pero a mí no me hacía ni puñetera gracia.

—Nadia, estamos en un club... —Lo miré indignada, eso ya lo sabía—. Un club especial, ¿no habías oído hablar de él?

—¿Especial? —Fruncí el ceño—. No, no he oído hablar de él. Lo raro es que tú sí lo conozcas, por si no lo recuerdas, tú vives, o vivías, en Polonia.

—Es un club de intercambio de parejas —apuntó Carlota sonriendo—, si no has oído hablar de él es porque has estado escondida en tu burbuja todos estos meses.

—Deja a mi mundo y a mis burbujas tranquilas. Tú ¿cómo narices conoces este sitio? Y lo que es peor... ¿Por qué no me lo habías dicho?

Carlota negó con la cabeza mientras sonreía, Alan tenía la mirada fija en aquel local, pero no podía esconder que se estaba riendo.

—¿Qué hacemos ahora, Alan? No podemos entrar.

—Sí que podemos, conozco al dueño —Abrí los ojos de par en par—. Solo déjame hacer una llamada —diciendo esto sacó su móvil y salió del coche. Me quedé embobada unos minutos mientras miraba aquella increíble espalda y aquel trasero de chocolate. Yo debería estar cabalgando a ese hombre y no metida en aquel asiento trasero del puñetero coche y cabreada como estaba.

Carlota lo miraba, aunque no con la misma expresión atontada que yo, lo miraba nerviosa y ansiosa. Realmente le importaba todo aquello más de lo que yo creía. La miré apenada, no podía ocultar su tristeza, era tan patente que se te calaba dentro de los huesos y te impedía estar alegre o contenta, o quizá fuera yo, que tenía demasiada empatía con ella. Alan entró de nuevo en el coche y miró a Carlota a los ojos.

—Ya está todo arreglado, nos están esperando en la entrada. Hoy es la noche de la lencería, una de las trabajadoras de allí es amiga mía, nos dejará unas cosas para que se las ponga. Tranquilízate, Carlota.

Acarició la cara de Carlota del mismo modo que mi hermana me hace a mí cuando intenta consolarme. Aquello me entristeció hasta que mi cabeza rememoró las últimas palabras de Alan.

—Espera un momento —susurré—. ¿Para qué se las ponga? ¿Para qué se las ponga, quién? —Los dos me miraron fijamente y sentí que la sangre se me quedaba de hielo—. ¿Qué? No, no y no... No me miréis así, no pienso entrar allí, y mucho menos ponerme medio desnuda. ¿Estáis locos?

—Nadia, por favor. No te pediría esto si de verdad no fuera importante, yo no puedo entrar allí porque me reconocería enseguida, pero a ti, si te camuflas bien. pasarás desapercibida: necesito saber lo que hace allí dentro.

La miré como si me hablara desde otra galaxia, ¿Acaso no era obvio?

—¿Saber lo que hace allí dentro? —La miré mientras fruncía el ceño— Joder, Carlota. Está en un puñetero local de intercambio, es obvio que no está allí para hacer macramé.

—Nadia, no estoy para aguantar tu sarcasmo, así que levanta el puñetero pandero y métete en ese local y encuentra a ese cabrón que está engañando a mi madre.

Tomé aire y la miré fijamente.

—Dame tres razones por las que debería hacerlo y quizá me lo piense — Sonrió y me sentí algo mejor.

—Primero, porque me quieres. Segundo, porque sé que aprecias a Daniel y sabes lo mal que lo ha pasado por culpa de ese cerdo. Y tercero, porque en el fondo eres una morbosa y te mueres por ver qué se cuece allí dentro.

Me eché a reír y contagié a Carlota, que ya parecía más tranquila. Alan me miraba sin ápice de diversión en la cara, pero ignoré aquella pequeña sensación de que algo no iba del todo bien.

Después de cuatro tonterías más, dejamos a Carlota en el coche y Alan y yo nos encaminamos hacia aquel enorme local, presumiblemente de dos alturas. Tenía aspecto de mansión mezclada con discoteca. La entrada se encontraba tras subir dieciocho escaleras, escaleras que se me hicieron demasiado cortas. Alan dio tres golpes y, segundos después, un chico bastante bien parecido nos dio la bienvenida. Se dirigió a Alan por su apellido, así que imagino que su jefe le había dicho que un tal señor Jane acudiría sin invitación. Para ser sincera, deseaba que hubiera habido un error y nos echaran de allí a patadas. Mi gozo en un pozo.

Aquel muchacho, que tendría más o menos mi edad, me entregó un paquete y me dijo que debía entrar por la puerta de la derecha; Alan entraría por la de la izquierda y nos reuniríamos en el interior de la sala. Intenté fingir que estaba tranquila, pero por dentro era un amasijo de nervios.

Cuando entré por aquella puerta, por unos segundos me pareció estar en

el vestuario de mujeres de un gimnasio de tres estrellas. Todo estaba lleno de taquillas. En una zona había duchas que estaban cubiertas por una cortina color granate, mármol lujoso de color crema, grifos pulcros y perfectamente limpios. Miré todo aquello asombrada. Aquel vestuario era bastante grande, no sé cuántos metros tendría, pero era más grande que mi casa. No visualicé más porque entró una mujer rubia, tendría mi edad y caminó directa hacia a mí.

—¿Eres Nadia? —Asentí temblorosa—. Me llamo Andrea, el señor Jane ya la está esperando abajo. Venía a ver si necesitaba cualquier cosa, ¿la lencería es de su talla?

Miré la bolsa que aún sostenía en la mano, la que me había dado el chico que nos había recibido; cuando la abrí la boca se me quedó seca. Miré a la chica y vi que sonreía, mientras que yo estaba como un tomate. Personalmente daba gracias a Dios por los kilos que me había quitado.

Dejé la bolsa sobre un sillón que estaba en el centro del vestuario y saqué aquel corsé de transparencias y encaje negro, sensual como pocos había visto. Incluso podía decir que era elegante; aún no me lo había probado, pero podía ver que además de perfecto, tenía la zona del pecho con efecto *Wonderbra*. Genial, iba a ir caminando por todo aquel lugar medio en bolas y con las tetas en la garganta. Resoplé cuando vi que iba acompañado de unas braguitas negras de encaje. Si hubiera habido un tanga, habría salido escopetada de aquel lugar.

Me rasqué el cogote nerviosa. Nunca había tenido complejos exagerados, había habido etapas en mi vida en las que me habían sobrado unos kilos, y otras en las que había estado demasiado delgada; supongo que a muchas personas les ocurre. Nunca me había obsesionado en exceso con nada, pero una cosa era eso y otra cosa era pasearme por aquel lugar medio desnuda: eso me ponía nerviosa. ¿Estaba preparada para mostrarme tan desinhibida? Miré a aquella chica que me miraba sonriendo, llevaba unos vaqueros y un corsé negro de vestir, nada que ver con lencería. Llevaba su pelo rubio en una coleta e iba maquillada a la perfección. De repente la envidia se apoderó de mí; yo debía dar asco, por no hablar de las ojeras que debía tener.

—El señor Jane me ha dicho que están aquí por un favor personal.

Parpadeé sin darme cuenta de que me había quedado mirándola fijamente y que quizá había sido mi insistente mirada la que la había obligado a hablar para no sentirse tan incómoda.

—¿Le ha dicho eso? —Sonreí—. No estaría aquí si no fuese por eso.

—Yo tampoco estaría aquí, si no fuese mi trabajo.

Levanté la mirada y vi que sonreía, poco después destensó su cuerpo y se sentó en otro sillón junto al que había dejado la lencería que debía de ponerme.

—Vaya, pensé que, si trabajabas en un sitio así, era porque estabas dentro de este mundo.

—No siempre. Entré aquí de rebote y me contrataron como un favor. Si sigo aquí es porque después de haber trabajado aquí, todo me parece aburrido.

—No puedo estar más de acuerdo —susurré, pero supe que me había escuchado cuando la vi reírse—. Seguro que ha visto muchas cosas.

—Si pudiera contárselas lo haría, Alan debe estar que se tira de los pelos, no tarde mucho, no tiene nada de paciencia.

Me sorprendió la familiaridad con la que hablaba de Alan, incluso con la familiaridad con la que me hablaba a mí, y después de varias dudas internas le pregunté.

—¿Alan viene mucho por aquí? —La chica se sonrió para sí misma y me miró con esos ojos verdes que me resultaban tremendamente familiares.

—Como cliente no, si es eso lo que te preocupa —Me avergoncé al instante: ¿tan evidente resultaba?—. Es el asesor fiscal del dueño de todo esto y el abogado de mi novio, y ... yo le hice las obras de arte que luce en su cuerpo.

—¿Tú le hiciste los tatuajes? —pregunté con los ojos fuera de las órbitas.

—Sí, durante unos días que estuvo aquí, hace unos años. Yo era tatuadora profesional cuando empecé aquí.

—Vaya... ¿Y sigues tatuando?

—Como hobby, alguna que otra vez...

La miré sonriendo, para nada hubiera dicho que aquella chica pudiera hacer otra cosa que no fuera sonreír: eran tan delgadita y fina; de hecho no tenía ningún tatuaje a la vista. Supongo que nunca hay que juzgar por la apariencia. Por lo que me daba a entender, Alan la había puesto al corriente de la situación que nos había llevado allí. Poco después, estaba rascándome la nunca nerviosa mientras me decidía a salir por la puerta. Andrea, que estaba justo detrás de mí, esperaba paciente.

—Nadia, tranquila... Ahí abajo cada uno va a su rollo. De verdad, no tienes de qué preocuparte, además estás increíble.

—Casi no puedo respirar.

—Pues no metas barriga —Me guiñó el ojo y sonreí—. Estás bien, tonta, suéltate el pelo, remuévetelo y que empiece la función.

Diciendo esto pasó por mi lado, abrió la puerta y la mantuvo así hasta que me decidí a salir. Cada vez me frustraba más el hecho de que no saber absolutamente nada de Alan. ¿Desde cuándo había asesorado al dueño de un local de intercambio de pareja? ¿Había vuelto «unos días» hacía años? ¿Por qué no me había buscado entonces?

Estaba tan concentrada pensando en los misterios de Alan, que había bajado las escaleras sin ni siquiera acordarme que iba en bragas y corsé, algo muy común en mí: pasearme así por lugares públicos.

El interior de mi cabeza estaba siendo un hervidero de cosas, la sentía como una olla a presión hasta que me encontré con los ojos de Alan que me devoraban sin cortarse ni un pelo. En aquel momento, me olvidé de todo, menos de que daba gracias al cielo por haberme hecho la cera una semana antes de que Alan apareciera. Más que al cielo, a la pesada de mi hermana, que se había empeñado en desplegar sus dotes de estética frustrada conmigo, y yo, por no escucharla, había accedido. En su momento, me cagué en su estampa por el daño que me había hecho; ahora la adoraba con toda mi alma. Si no llega a ser por ella, en ese momento habría sido el festival del pelo, que... ¡oye!, personalmente pienso que la culpa de que nos dé vergüenza ir peludas por la vida, la tiene el patriarcado completamente. Siempre se nos ha hecho creer que la mujer siempre tiene que ir depilada porque no es bonito ni femenino tener pelo, como si eso no fuera algo natural y, sin embargo, ellos pueden ir cual osos por la vida, pero ¡claro!: son hombres.

Para mí ya era un poco tarde, soy de las que se depilan porque tengo clavado en mi mente que es lo que me toca y, sinceramente, me siento mejor cuando voy depilada, aunque bien es cierto que no soy tan pulcra como antes. Si alguna vez he tenido que salir con unos pocos pelos en las piernas, lo he hecho, y a quien no le guste, ¡que no mire!

—¡Por Dios, Nadia! —Escuché suspirar a Alan—. Estás increíble.

—Cállate y acabemos con esto cuanto antes; como me vea alguien, te juro que te mato.

Se echó a reír y frunció el ceño, procuraba mantenerme fuerte. Alan estaba cubierto únicamente por una diminuta toalla atada en su cintura. Aquella visión de Alan me estaba alterando más de lo que ya estaba.

—Nadia, que alguien te vea, no significa nada.

—¿Cómo qué no? ¡Qué vergüenza!

—Piensa que si alguien que conozcas te ve, tú también lo verás. ¿Acaso crees que alguien contaría que te ha visto aquí? No somos niños de diez años —Lo miré pensativa.

—Yo se lo diría a Carlota...

—Lo tuyo es tema aparte, pero te queremos igual.

Miré hacia otro lado sonriendo, no dije nada más, en eso tenía razón. Había intentado tener la mirada fija en algún sitio, sin centrarme en ninguna persona, pero la curiosidad me pudo y miré a mi alrededor.

Nos encontrábamos en una pequeña sala con varias luces tenues, me había fijado en que la gente que pasaba por nuestro lado apenas nos miraba, simplemente entraban al gran salón por la abertura que teníamos frente a nosotros. Había leído mil libros, incluso no podía negar que había sentido curiosidad más de una vez por saber cómo era un sitio así. Pero una cosa era eso y otra estar allí, medio desnuda y a punto de exponerme ante toda esa gente, ¡Dios! Me temblaban hasta las piernas. A decir verdad, creo que no estaba preparada para ver una bacanal de gente fornicando por doquier.

Antes de darme cuenta, Alan me había tomado de la mano y me había arrastrado hacia el interior. Debo decir que suspiré cuando vi que, aparte de que mucha gente iba desnuda, no pasaba nada más; mucha gente se encontraba en pequeños reservados hablando en susurros. No quise mirar en exceso, estaba segura de que, si miraba más atentamente, vería algo que no sería de mi agrado.

Alan me dirigió a la barra enorme que predominaba el salón, allí estaba Andrea atareada preparando cócteles. Nos sentamos cerca de ella, en dos taburetes, y poco después nos dejó unos cócteles frente a nosotros; me bebí el mío en menos de treinta segundos.

—El tío que buscáis está en la segunda planta, es un asiduo a este lugar.

—¿Viene siempre con la misma mujer? —preguntó Alan, mientras yo miraba su copa con verdadero deseo. Sin apenas mirarme la empujó hacia mí.

—Sí, debo decirte que es un tanto rarito...—Andrea me miró y después se acercó un poco a Alan—. Le mola todo el rollo de sentirse dominado.

Casi me atraganto al escuchar esas palabras. ¿Sentirse dominado? ¿Ese impresentable? Daniel había tenido que irse de casa de su madre porque allí se vivía una dictadura impuesta por ese canalla. ¿Cómo podía gustarle sentirse dominado? ¿Estábamos locos? Por unos segundos pensé que allí la más normal era yo; luego me acordé de todas las paranoias que tenía diariamente y desistí de esa idea.

Alan y ella susurraron cosas durante un rato más que dediqué a mirar cada rincón de aquella sala. No miraba fijamente a nadie, ya que según me había dicho Andrea, eso sería como una señal para que se acercaran; estaba segura de que, si se me acercaba alguien desnudo, me quedaría muda.

Diez minutos después, Alan me agarró con fuerza de la mano y me guio por la enorme escalera que presidía la estancia. Jamás había visto una escalera tan grande y ostentosa, aunque jamás había estado en ningún lugar que me inspirara tantas emociones como aquel. Así que, no era nada raro. Toda la estancia era tenue, con colores granates y dorados, parecía que pertenecía a otro siglo, pero no dejaba de ser elegante. No sabía exactamente por qué, pero mientras recorría aquel lugar, no podía dejar de pensar en la serie de Vampiros *Los originales*. Lo que ya os decía minutos atrás, paranoias de las mías.

—Esto es enorme Alan, hay millones de habitaciones, salones o como quieras llamarlo. ¿Cómo vamos a encontrarle?

—Solo hay una sala de dominación, es la del fondo —Le miré perpleja.

—Para ser solo el asesor fiscal, te lo sabes de memoria.

Me miró alzando una ceja, supuse que se preguntaba cómo lo había sabido. Después noté cómo la duda se despejaba de su cabeza, sabía que se lo había sonsacado a Andrea, pero no dijo nada, se limitó a seguir caminando para poco después adentrarse en aquella sala.

Capítulo 18

ALAN

Sabía que todo aquello la impresionaría; lo que no sabía es que no solo ella se quedaría de piedra. Para mí no fue nada raro ver gente amordazada, sometida, e incluso azotada. Pero para Nadia fue todo un shock. Jamás le había visto la cara tan descompuesta, incluso tenía un toque cómico. Me hubiera echado a reír si no fuera por la sorpresa que ambos nos llevamos al ver a la acompañante de juegos del padrastro de Carlota.

Sentí un alivio inmenso cuando el aire me dio en la cara, estaba deseando salir de aquel lugar como fuera, y más después de todo lo que había visto. Acababa de confirmar que todo el tema del intercambio y del sexo tan expuesto, no me gustaba. Pero no fue todo eso en sí, lo que me había dejado con esa sensación de angustia era la acompañante del padrastro de Carlota, que era ni más ni menos que una de mis íntimas amigas. Una de mis íntimas amigas, a la que llevaba dos años sin ver, ni hablar.

Ni siquiera me molesté en cambiarme del todo, me puse los vaqueros y, sobre el corsé, me puse la americana: no quería perder ni un segundo más en aquel lugar. No sabía cómo iba a explicarle a Carlota que nuestra ex amiga, Patricia, era la tía que tenía un lio con el novio de su madre.

Todo aquello me daba ganas de vomitar y todo se acrecentaba más cuando recordaba cómo Patricia había mirado directamente a Alan, reconociéndolo al instante. ¿Cómo lo había reconocido? A mí me costó muchísimo convencerme de que aquel adonis de marfil era el mismo con el que había compartido un amor adolescente. ¿Cómo podía saber ella que era él? Si no recordaba mal, la última vez que ella lo había visto fue poco antes de que Alan partiera a Polonia. ¿Qué coño pasaba allí?

Por suerte para mí, se había quedado tan alucinada con Alan que ni

siquiera había reparado en mí. Mejor, porque yo me había quedado de «pasta de boniato». Dos años sin verla y sin saber nada de ella y justamente me la tenía que encontrar en aquel lugar y de aquella manera. Estaba segura de que tendría graves pesadillas durante semanas.

Yo no era la única que se había quedado impresionada, Alan no había abierto la boca desde que me había hecho salir de aquel salón. Parecía tan perdido y perturbado como yo. Corrí hasta el coche donde Carlota nos esperaba pacientemente. Cuando nos vio su semblante cambió al instante. Alan iba a meterse en el coche cuando una voz a su espalda lo llamó. No vi bien quién era, pero iba trajeado, así que supuse que sería el dueño del lugar.

—Nadia, ¿qué ha pasado? —preguntó con un nudo en la garganta—. Estás pálida.

La miré durante unos segundos.

—Él estaba ahí, según nos han dicho es un cliente habitual —Ella asintió sin sorprenderse—. Siempre va con la misma mujer, y lo fuerte viene ahora... —Tomó aire—. Estaba en la sala de dominación.

Bufó sonriendo.

—¿Y eso te sorprende? Es un jodido loco.

—Carlota, él era el sumiso —Abrió los ojos casi a punto de dárseles la vuelta, vi como la expresión de su cara variaba una y otra vez—. Te aseguro que esa ha sido mí misma expresión e incluso he pensado que se habían equivocado hasta que lo he visto con mis propios ojos, Carlota. Estaba atado, con los ojos vendados, y tenía los costados enrojecidos, como si le hubieran dado azotes con una varilla.

—No puede ser... —Se restregó los ojos intentando aceptar las palabras que le estaba diciendo. La entendía a la perfección. Si no fuera porque yo lo había visto, me habría costado creérmelo—. Nadia, ¿cómo le digo yo esto a mi madre? ¡No me creerá jamás!

Agaché la cabeza y resoplé, mi cabeza había dejado de pensar con claridad.

—Yo... —susurré—. Ahora mismo no puedo pensar, Carlota, pero encontraremos la forma, ¿vale?

Asintió mirándome con ternura y, justo cuando iba a preguntarme algo más, Alan entró en el coche. Sin mediar palabra nos pusimos en marcha envueltos en un silencio que pesaba toneladas.

—No me habéis dicho quién era la mujer que estaba con él —Nos miró a ambos—. La habéis visto, ¿verdad?

—Sí —pronunció Alan para mi sorpresa.

—¿Y? ¿Quién es? ¿La conozco?

Alan resopló, así que los ojos de Carlota repararon en mí. Sentí los ojos de Alan mirándome por el retrovisor, pero le ignoré.

—Carlota, ¿te acuerdas de Patricia?

—¿Tu amiga del instituto? —Asentí—. Sí, claro. ¿Qué pasa con ella?

—Era... era ella.

Carlota se volvió completamente hacia mí, ignorando el tirón que acababa de darle el cinturón de seguridad que llevaba puesto; me miraba con una cara de aprensión que me resulto graciosa.

—¿Quéééé?, ¿cómo puede...? ¡Si tiene nuestra edad!

—La edad no importa en estos casos, Carlota —intervino Alan—. ¿No crees?

Ambas nos quedamos de piedra y yo tuve que tragar saliva.

—Ya no te hablas con ella, ¿verdad?

—No, ya sabes que un día, sin más, dejó de hablarme —Me eché hacia atrás en el asiento trasero y respiré—. Ni siquiera sé por qué.

Acarició mi rodilla con su mano y pareció respirar más tranquila. Supongo que el tener más información del asunto, en cierta manera la había tranquilizado. Hicimos el resto del camino a casa en un sepulcral silencio; Alan estaba tan tenso que podía notarlo incluso estando en la otra punta del coche. Cuando llegamos a casa de Carlota, Alan se detuvo y la miró con un gesto de cariño: el primero que había tenido en todo el rato.

—Carlota ¿quieres venirte a casa o que me quede contigo? No quiero que estés sola.

—Tranquila, Nadia —Acarició mi cara con cariño—. Están mi hermano y Kevin —No pudo evitar sonreír y yo ruborizarme—. Por eso me ha llamado Daniel, para decirme que Kevin se quedaba a dormir.

Asentí intentando disimular. Después, ambas salimos del coche y nos fundimos en un largo abrazo. Cuando me lanzó una última mirada, antes de adentrarse en su portal, le lancé un beso al aire que ella atrapó y guardó en su bolso. Éramos unas peliculeras, no podíamos negarlo. Me subí en el asiento del copiloto y emprendimos la marcha a mi casa. Todo el cansancio que había tenido antes de nuestra aventura había desaparecido, ¡genial!, solo me faltaba una noche de insomnio.

Alan parecía tener la cabeza en otro lugar, estaba serio, apesadumbrado, como si algo de lo que hubiera visto allí dentro le hubiera perturbado. Le

concedí todo el trayecto para que pensara cómo decirme lo que había pasado, porque yo no era tonta, ni muchos menos ingenua. Había visto esa mirada de Patricia, de hecho, se me había clavado en el pecho. Y si él no me daba una explicación, sería capaz de llamar a la susodicha para que ella se dignara a decirme qué narices había pasado.

Subimos a casa envueltos en el mismo silencio que nos había acompañado todo el camino. Yo entré como una exhalación deseosa de quitarme toda la ropa y darme una ducha; no sabía exactamente por qué, pero me sentía algo así como... sucia. No sabía si era el desasosiego que me hacía sentir Alan, sus misterios, o todo lo que había presenciado en aquel lugar. Y ya no me refería al sexo en vivo, eso era lo de menos, sino al haber visto a aquel hombre sometido ante una mujer. Una mujer que había sido mi amiga y a la que, después de haber visto en aquella tesitura, dudaba de que alguna vez la hubiera conocido.

Me quité los vaqueros y la americana en el salón, y me dirigí al baño para abrir la ducha. Cuando volví al salón, Alan estaba sentado en una silla, con la mirada perdida, como iba siendo una costumbre. No entendía nada.

—Alan —Giró la cara y me miró—. No pienso someterte a un tercer grado, pero ¿me vas a decir qué mierda te ha pasado allí dentro?

—Eres tú la que se ha quedado alucinada, no yo —Fingió que sonreía, pero la sonrisa no le llegaba a los ojos.

Tomé aire mientras me infundía serenidad y calma, sabía que por las malas no le sonsacaría nada.

—Sé que has visto a Patricia, y lo más raro de todo es que ella te ha visto a ti. ¿Cómo ha podido reconocerte, Alan?

Miró el suelo durante unos segundos, después se pasó las manos por la cara y vi algo en su expresión que no me gustó un pelo, aun así, me mantuve quieta.

—Nadia, yo... Yo no sé ni cómo, ni por dónde empezar a contarte.

—Pues por el principio, Alan.

Tomó aire, se puso en pie y me dio la espalda; se quedó mirando a través de la ventana hacia la calle, que ahora permanecía desierta. Yo me quedé quieta, incapaz de moverme.

—Hace dos años a mi madre le dio un infarto; así que, cuando mi hermana me llamó, volé lo más rápido posible; gracias a Dios no había sido muy grave, por lo que, después de varios días aquí, sentí curiosidad por verte.

Pasé por la cafetería de tu hermana y le pregunté por ti —Levanté la cabeza sorprendida— Le dije que no te dijera nada, y por tu expresión sé que así fue —Se giró completamente hacia mí—. Ella me dijo que estabas viviendo con tu novio y que parecías feliz, así que... dejé las cosas como estaban.

»Supongo que no me tuve valor para ver cómo eras feliz con otra persona. El día antes de regresar a Polonia, salí con unos antiguos amigos del instituto con los que había mantenido contacto por las redes sociales. En uno de los bares de copas a los que fuimos, encontré a Patricia; me alegré de verla, me recordaba a ti. Estuvimos hablando y hablando. Le conté que tenía una niña, le hablé de Sarah y de mil cosas más. Ella me contó que todo te iba bien, que eras muy feliz, que seguía viéndote a diario y... hablamos y bebimos y...

—Te acostaste con ella —susurré mientras sentía cómo el corazón me bombeaba sangre demasiado deprisa.

—Sí —Me miró avergonzado y le devolví la mirada furiosa.

—Alan, Patricia era íntima amiga mía —Intenté mantener la calma—. Ella estuvo con nosotros muchísimas veces cuando éramos novios, ¿cómo...? ¿Cómo pudiste?

—Había bebido mucho, Nadia, y ella me recordaba tanto a ti que se me fue la cabeza.

Aparté la mirada de él, ahora entendía por qué ella había roto todo contacto conmigo; se sentía culpable, pero era demasiado cobarde como para confesarme lo que había hecho. Todo tenía sentido. Y como casi siempre que todo empieza a aclararse, yo era la perjudicada.

—¿Pasó más veces?

—No —Le miré directamente a los ojos—. Nadia, créeme que no. Iba tan borracho que casi no me acuerdo. Ella intentó que aquello fuera a más, incluso viajó a Polonia. Imagínate la que me lio Sarah cuando Patricia apareció allí, sin más.

Me llevé las manos a la cara, me sequé las lágrimas que empezaban a nacerme de lo más profundo de mi ser. A decir verdad: ni siquiera sabía por qué lloraba.

—¿Sabes qué, Alan?

—Dime —susurró sin apenas poder mantenerme la mirada.

—Yo decido hasta cuándo te permito que me hieras, ese es el problema.

Y diciendo esto, me di la vuelta y me metí en la ducha. Siempre había odiado la rutina, pero aquel descontrol de emociones me empezaba a afectar

seriamente; lo peor de todo era que no encontraba la voluntad de parar.

Había salido de la ducha envuelta en un cúmulo de extraños sentimientos: aquello me desconcertaba. Hacía muchísimo tiempo que no tenía que cuestionarme a mí misma. Con mi ex, siempre estaba claro el asunto, era un cerdo, pero Alan era distinto, siempre lo había sido, distinto hace siete años, y distinto en ese entonces.

Mientras me secaba con la toalla —que por cierto olía a Alan—, no dejaba de pensar en Patricia y Alan: ellos juntos, retozando ¡Aggg! No podía con aquello, sentía una rabia interior que me inundaba llegando incluso a asfixiarme. Creo que, de haber tenido delante a mi ex querida amiga, después de saber todo lo que había pasado, le habría dado una hostia, o quizá dos. Alan era mi ex, pero ella era mi amiga, se supone que las amigas no se lían con los ex de las demás, se supone que existe un código que prohíbe esos actos, ¿no? Si fuera cualquiera de mis otras ex parejas no me habría importado, pero ella conocía mis sentimientos hacia Alan. Me había visto esperar ansiosa sus llamadas, sonreír súper feliz cuando recibía un nuevo mail. ¿Cómo pudo acostarse con el hombre por el que me había oído y visto suspirar año tras año?

No dejaba de darle vueltas a eso. Hay veces en las que fallamos a nuestros principios, muchas de esas veces es por amor. Si Patricia me hubiera confesado que estaba enamorada de él, lo hubiera podido entender y habría sabido lo que le ocurría. Creo que la habría comprendido, aunque no habría sido fácil para mí y seguro que lo habría pasado mal, pero al menos no me sentiría tan gilipollas y habría obtenido algo más que su silencio.

Odiaba sentirme así. No soportaba que me trataran de aquella manera. Y cuando me acordaba de Daniel y Carlota, la moral se me caía al suelo. ¿Cómo podía exigir yo algo si era la primera que le estaba fallando a mi amiga? Tenía la cabeza echa un lio. No sabía si era normal que me sintiera tan ofendida; bueno, normal sí que era. Una íntima amiga se había acostado con mi ex, el mismo del que seguía bastante enamorada, y eso, se mire por donde se mire, no está bien.

Después de ponerme el pijama reparé en que mi cama estaba vacía. Cuando me asomé de nuevo al salón, vi que Alan estaba sentado en el sofá con la mirada perdida. De repente, el nudo en la garganta que parecía que se había disipado un poco, volvió a apoderarse de mí.

—Alan —susurré y se volvió hacia mí—. ¿No vienes a la cama?

Me miró perplejo, incluso me entraron ganas de reírme al ver su cara de

sorpresa.

—Pensé que no querías —Desvió la mirada al suelo—. Acuéstate tú, yo no tengo ganas. Estaré dando vueltas y no te dejaré dormir. Y créeme que lo necesitas.

—Muchas gracias por tu observación. El espejo ya se encarga de recordarme que estoy hecha un asco.

Escuché cómo sonreía y me sentí algo mejor. Fui un momento a mi habitación y cogí el manuscrito de los poemas; volví al salón y me senté a su lado. Giró la cabeza hacia mí.

—No puedo culparte por el hecho de que no me lo contaras —Vi que tragaba saliva—. Hay cosas que yo he hecho, que tampoco te he contado y que, sinceramente, no creo que haga. Todo el mundo tenemos nuestros secretos —Tomé aire—. Me duele que no me buscaras. Me duele que tuviera que ser precisamente con ella, pero hay veces que la cagamos, yo soy experta en eso.

—Nadia, yo...

—No me des más explicaciones, Alan. Si no la hubiéramos visto, esto no se sabría y, quizá, hubiera sido lo mejor —Miré hacia la ventana—. Pero creo que todo pasa por algo, no hablemos más de eso y toma —Le tendí el manuscrito y me miró alucinado—. No creerías que te ibas a librar de esto, ¿verdad? Me dijiste que me ayudarías.

Sonrió de oreja de a oreja y abrió los brazos para que me refugiara en él, apoyé mi espalda en su torso y él me rodeo con su brazo libre; aferré mis manos a su antebrazo y suspiré, prefería que no viera mi cara demasiado tiempo, enseguida notaría que seguía demasiado dolida. Sentí cómo su pecho se hinchaba para coger aire.

—Este es de Jorge Bucay, se llama *La tristeza y la Furia*, ¿te suena?

—Sí, aunque a Jorge Bucay más que leerlo, lo he escuchado. Suele relatar sus poemas o sus historias, tiene algo en la voz que hace que te envuelva.

—Bueno, espero que mi voz te sirva —Sonreí sin poderlo evitar.

—Si no lo intentas, no lo sabremos...

—No seas demasiado cruel con el veredicto, ¿vale? —Me eché a reír y el besó mi cogote—. *En un reino encantado donde los hombres nunca pueden llegar, o quizá donde los hombres transitan eternamente sin darse cuenta. En un reino mágico, donde las cosas no tangibles, se vuelven concretas...* — Carraspeó y empezó de nuevo—. *Había una vez... Un estanque maravilloso. Era una laguna de agua cristalina y pura, donde nadaban peces de todos los*

colores existentes; y donde todas las tonalidades del verde se reflejaban permanentemente...

Y siguió leyendo aquel poema hasta el final, haciendo que cada palabra se introdujera muy dentro de mí. Sin poderlo evitar, me eché a llorar. Odiaba llorar delante de nadie, no soportaba que nadie viera mis puntos débiles, pero esa vez no pude evitarlo.

Lloré por todos estos meses en los que había estado enfadada con el mundo, furiosa con todo y con todos. Y no había sido hasta ese momento, cuando me había dado cuenta de que lo que me pasaba realmente era que estaba tremendamente triste: triste hasta rozar lo insano.

Alan me abrazó por detrás y pude sentir cómo su corazón se aceleraba.

—Nadia —susurró en mi nuca—. Por favor, no llores así... ¡Perdóname!

Eso solo provocó que llorara con más sentimiento. En ese momento, yo solo era emociones, y encima, de esa clase de emociones descontroladas que hacen que parezcas una niña: algo muy común en mí, aunque procuraba ocultarlo.

Cuando pude respirar con más normalidad, cogí aire y me volví hacia él, que me miraba con una mezcla de nerviosismo y ansiedad.

—No me has hecho nada que te tenga que perdonar, no lloro por eso —susurré mientras sollozaba.

—¿Entonces, por qué estás así? —Apretó mi cara con sus dos manos.

Le miré fijamente a los ojos; no podía decirle la verdad, no podía decirle que lloraba por rabia, por ira, y, sobre todo, por tristeza. Y no podía contárselo porque después tendría que añadir que se quedara, y eso no debía salir de mi boca jamás. Pensé rápido.

—¡Porque tengo mucho sueño! —dije mientras volvía a echarme a llorar como una niña pequeña. Al contrario de lo que hubiera imaginado que Alan haría, se echó a reír con verdaderas ganas y me dio un tremendo abrazo de oso.

—Joder... Mientes de pena.

Sonreí en su nuca y le rodeé con mis brazos su duro cuello. Supongo que había cosas que no hacía falta decirlas, esperaba que él no me leyera entre líneas. Y si lo hacía, por favor, que no se fuera nunca.

Poco rato después me llevó a la cama sumida en un pequeño trance, es lo que impidió que me abalanzara sobre él. Aunque me estuviera durmiendo, en un segundo podía ponerme con la libido por las orejas. Alan creía que eso formaba parte de mí, lo que aún no había entendido es que él era el único ser

en la tierra que tenía la habilidad de romperme el alma y ponerme cachonda con minutos de diferencia. Algo insólito que no me había pasado en la vida, curioso.

Amanecí con un dolor de cabeza impresionante, me despertó el calor que desprendía mi compañero de cama. Estaba dormido profundamente y le miré durante un rato: le habría estado mirando durante horas, pero tenía que irme a trabajar. Desde que Alan había llegado a mi vida, solo deseaba que cayeran continuas trombas de agua que me impidieran salir de casa e irme a trabajar. Pero aquella mañana amaneció como si la primavera estuviera a punto de entrar y aún faltaban varios meses. Miré al cielo enfadada. El clima es como la menstruación, siempre aparece de manera inoportuna, igual que la lluvia, que aparece siempre que deseas que luzca el sol, ¡mierda!

Me fui sin querer despertarle, no estaba preparada para responder sus preguntas. Si se atrevía a preguntarme sobre el ataque de llorera de la noche anterior no sabía si le habría dicho la verdad O le habría mentado como un bellaco.

Llegué a la editorial puntual como pocas veces, hasta el conserje se sorprendió de no verme llegar con el higadillo en la garganta y susurrando «Llego tarde, llego tarde». Después de encender mi correo y adelantar un poco mi faena, vi como Carlota salía del despacho de Alejo bastante relajada. Ese día iba mejor vestida, no estaba como para tirar cohetes, pero tenía mejor aspecto. Conociéndola, debía llevar en la oficina varias horas.

Cuando Carlota no podía dormir, trabajaba, y si podía venir a la editorial, lo hacía. Supongo que debió picarle de niña algún insecto que la dejó tarada para siempre, si no, otra explicación no tenía. Aunque, a decir verdad, yo también ocupaba horas no laborales en asuntos de trabajo; por unos instantes, hasta me sentí la trabajadora del mes, digo por unos instantes, porque no tardé ni tres minutos en pasarme mis obligaciones por el forro y correr hacia el cubículo de Carlota, ya estaba sonriendo incluso antes de que me sentara frente a ella.

—No entiendo cómo no te despiden —Le saqué la lengua y sonrió—. Estoy bien, no te preocupes.

—¿En serio?

—De verdad —Acarició mi mano—. Ahora que sé mejor lo que pasa, puedo pensar con más claridad, te debo una.

Me recosté en la silla sonriendo, me debía más de una. Todo lo que había originado en mí la fantástica idea de infíltranos en aquel lugar, no tenía

precio. Aun así, no le dije nada, me callé tal y como estaba aprendiendo a hacer últimamente.

—Así que... Ha dormido Kevin en tu casa.

—Ahá. —Fruncí el ceño.

—¿Y has podido dormir? —insistí.

Levantó la cabeza y se echó a reír.

—No nos hemos acostado, mi hermano estaba en casa, ¿acaso quieres que me mate? —Me encogí de hombros—. Daniel se durmió, y él y yo nos quedamos hablando, nada más. Me hizo reír, y lo necesitaba.

Noté cierto brillo extraño en sus ojos y el estómago me dio un vuelco, esa mirada, esa extraña sonrisa en los labios que hacía mucho que no veía en ella... Todo eso solo podía significar una cosa. ¡¡¡NO!!!

—¡Ay Dios! Carlota, ¡te gusta el crío!

Abrió los ojos de par en par, como si lo que acabara de decir fuera la mayor barbaridad del mundo.

—¿Qué dices? —Carraspeó nerviosa—. ¿Gustarme? ¿Tú estás loca?

—Izan diría que sí, pero en esto sé que no. ¡Mírate! Has puesto hasta esa cara.

—¿Qué cara? —La imité como pude y me lanzó una goma de borrar que me dio en la frente—. No digas gilipolleces —Me crucé de brazos y me quedé mirándola unos segundos; a mí no podía engañarme, pero tampoco iba a insistir. Si ella prefería pensar que no, era cosa de ella, quizá así se protegiera más—. Bueno... —Se rascó el cogote, nerviosa—. Puede que un poco sí —Le sonreí con autosuficiencia—. ¡Oye! Como te vuelvas a reír así, te parto la boca.

No pude evitar que mi carcajada alentara a algunos compañeros que miraron en nuestra dirección.

—Lo siento, ¿y qué vas a hacer?

—¿Tú qué crees?

—¿Se lo vas a decir?

—Pero ¿se puede saber qué has desayunado hoy? —Frunció el ceño y me miró asombrada a la vez—. ¿Quieres que lo espante?

—No es eso, pero si sigues quedando con él, te pillarás más, y él es...

—Un crío como bien has dicho, lo sé, Nadia. Sé que para él solo soy un magnífico, estupendo y apoteósico polvo, con una diosa del sexo de veintiocho años, lo he sabido siempre.

Estuve unos segundos mirándola estupefacta.

—Dile a la Modestia, que ya puede volver —Se echó a reír y me contagió —. Tú eres más que un polvo, muchísimo más. No vuelvas a infravalorarte así o la que te partirá la boca será yo.

Me miró con esa sonrisa de complicidad que hay entre amigas íntimas, esa sonrisa que dice más que cualquier palabra creada jamás.

—Nadia, me refiero a que sé que es un niño, yo solo estoy de paso en su vida. Solo soy una experiencia.

—¿Y tus sentimientos? —La miré apenada, renunciar a cosas que sientes no es fácil.

—Mis sentimientos van por libre, es algo que no se puede controlar. Supongo que ahí reside el encanto del libre albedrío, yo seré una experiencia, y él para mí será un recuerdo bonito entre toda esta mierda que está pasando en mi vida últimamente. No hay que darle más vueltas de las que tiene; además, probablemente acabe dejándome por alguna niña de su instituto, es más, seguro que hasta más jovencita que él. Una niñita delgadita y pequeña con su liso y sedoso pelo de quinceañera suelto al viento, su camiseta de tirantes con imágenes que tengan un significado que ella ni siquiera entienda, y con esos mini shorts vaqueros que están tan de moda. Por no mencionar que tendrá unas bonitas braguitas de algodón con lacitos de colores. No puedo competir con eso, no porque yo no lo valga, es porque no jugamos en mi campo, sino en el suyo.

—Bueno, puede que tengas razón, aunque yo tengo veintisiete años y tengo braguitas de algodón de lacitos.

—Tú eres caso aparte, miss Peter pan.

—Querrás decir Wendy. Por si no te has dado cuenta, soy mujer.

—¡Vaya! Pensaba que era relleno —Frunció el ceño—. Wendy crece, Peter Pan no. Tú eres Peter Pan, con tetas o sin ellas —Se recostó en su silla y la miré sonriendo.

—Jamás en su vida volverá a estar con una mujer como tú, que te quede claro, Carlota. Eres preciosa, inteligente y... ¡mírate!, puedes estar con el tío que te dé la gana. Has pasado las obsesiones, las gilipolleces y los rebotes que otorga la edad del pavo. Eres independiente y no te gusta depender de nada ni de nadie. Tu piel es perfecta, parece porcelana, y siempre llevas ropa interior sexy. Créeme, aunque ahora no vea lo que pierde, en unos años deseará haberse muerto por haber hecho el capullo.

—Se te ha olvidado mencionar que soy una diosa del sexo.

—¡Por Dios! Si yo soy Peter Pan, ¿quién eres tú?

Empezamos a reírnos con bastantes ganas. Sabía que detrás de toda esa charla banal sobre la probable chica que ocupe el joven corazón de aquel muchacho, era obvio que ella sentía algo más por él; el cazador cazado, uno de los mayores tópicos que hay en este mundo. Cuando iba a soltarle otra de mis lindezas, Paula apareció por nuestra sección con un paquete en las manos, me hizo señas con la cabeza y acudí en segundo y medio, bueno... Quizá unos pocos más.

—Ha llegado esto para ti —dijo entregándome una caja.

—¿Qué es?

—Que mis gafas no te engañen, no son de rayos X.

Después de fingir que no me había hecho gracia su comentario, dejé el paquete sobre mi mesa y lo observé detenidamente. No indicaba el remitente, así que después de desempaquetarlo y abrir la tapa, vi que el contenido estaba cubierto por una tela de seda rosa, y justo encima había un sobre blanco; estaba realmente asombrada y perpleja por aquello. Abrí con cuidado el sobre y saqué una carta escrita a mano.

Ruego que me disculpes por haberte hecho derramar lágrimas con mi penosa recomendación del otro día, aquí te mando únicamente obras con finales felices, que sepa usted perdonarme y que tenga un bonito y perfecto día.

“Y es que un libro no es solo un libro. Es también, entre otras cosas, los lugares donde lo leíste, el consuelo que te dio en cada momento, la diversión, la compañía”.

Espero y ansío, que cada vez que coja uno de estos libros, como dice el gran Reverte, piense en mí, y yo forme parte de dónde lo leyó, el consuelo que le dieron en su momento, la diversión y la compañía.

Atentamente

Sr Moore

Pd: Esnob con gafas.

Capítulo 19

ALAN

Escuché la puerta y me sobresalté, por unos segundos no sabía dónde estaba, entonces el olor dulce del perfume de Nadia invadió mis fosas nasales y respiré tranquilo: estaba en casa.

Me habría quedado en la cama un rato más, pero desgraciadamente tenía cosas que hacer, una de ellas era ir a pasar la mañana con mi hija. Cuando volviera al horario de trabajo habitual no podría disfrutar de mi pequeña tanto como me gustaría. El viaje hacia casa de mi madre, como siempre, se me hizo eterno, pero me valió la pena cuando mi pequeña correteó una gran distancia tan solo para que la envolviera en mis brazos; aquella sensación era una de las mejores del mundo.

Mi madre me esperaba en la terraza trasera; si por algo me gustaba que mi madre se hubiera instalado en las afueras, en la maravillosa casa de campo que le había regalado, era porque el aire era más puro, y eso hizo que estuviera bastante mejor. Mi padre, como siempre, me esperaba en la puerta con el ojo clavado en su nieta del alma, aquella pequeña *monstruito* les daba una vida que se percibía a kilómetros de distancia.

Cuando entré con mi pequeña en brazos, dispuesto a saludar a mi madre, me encontré con dos personas que no conocía, dos chicos jóvenes de la edad de mi hermana pequeña que estaban sentados en la mesa. Tengo de decir que la idea de que mi hermana pudiera revolcarse con alguno de los dos, me produjo una sensación algo desagradable; que mi hermana que para mis ojos seguía siendo pequeña, tuviera relaciones sexuales, no era algo que me gustara en exceso. Pero ella, tan rebelde y a veces mal educada, me había hecho saber que le importaba, y cito textualmente, «un pimiento» mi opinión. Así es como mi madre tenía que lidiar constantemente con mi carácter autoritario, y las hormonas rebeldes de mi hermana. Aunque mi madre lo ignorara, yo sabía que mi hermana había picoteado con hombres de cierta edad, así que verla con esos jovencitos puede que no fuera tan malo. De repente, me cayeron bien.

—Alan, estos son Kevin y Daniel —Escuché a mi madre hablar a mi espalda—. Son compañeros de clase de Cristina.

Les saludé con la cabeza mientras volvía la cara a mi madre.

—¿Y dónde está la *Dama de las Camelias*?

—Se ha manchado con el desayuno —dijo mi madre mientras miraba levemente a Daniela y después volvía hacia el interior de la cocina.

Escuché su risita y la miré sonriendo.

—¿Se puede saber que le has hecho a la tía? —Se tapó la boquita con las manos y se echó a reír. Esta pequeña me tenía enamorado.

Antes de que pudiera volver a preguntar, mi hermana hizo acto de presencia, me arrebató a la enana de mis brazos y le hizo cosquillas a más no poder. Ahora entendía por qué le gustaba tanto estar con sus abuelos y su tía, hacía lo que le daba la gana y jamás la reñían en exceso; estaban creando a un monstruo, tendría que lidiar con ella cuando me asentara fijo en un hogar.

—No te agobies cascarrabias o te harás viejo en dos días. La pequeña me ha manchado sin querer, ¿a qué si, moco? —Mi hija asintió.

—Te he dicho mil veces que no la llares moco.

—Tú me llamabas moco a mí, ¿qué diferencia hay? —dijo mirándome con esos ojazos, que claramente había sacado de nuestra madre.

—Tú eras un moco, mi hija no.

Escuché cómo aquellos dos se echaban a reír y no pude evitar sonreír yo también. Aunque adoraba a mi hermana sobre todas las cosas, tenía la estupenda habilidad de sacarme de mis casillas en cuanto abría la boca mucho rato. Yo no aguantaba la altanería y ella no soportaba mis normas. Desde que era pequeña he querido ser para ella una figura que respetara y no tomara por el pito del sereno: obviamente había fracasado.

—¿Has dormido en casa de Dani? —Escuché que mi hermana retomaba una conversación que seguramente había estado teniendo antes de que mi hija la manchara, así que decidí callarme y comerme una caracola de chocolate más grande que yo—. ¿No habías quedado con Lidia?

—Se rayó por una tontería —dijo aquel moreno con cara de espabilado—. Las tías sois un caso aparte, no hay quien os entienda, de verdad.

—Eso te pasa por liarte con niñas —apuntó mi hermana sonriendo.

—Eso le digo yo, pero este piensa con la... —Me miró durante un segundo y después a mi hija, que estaba en mis piernas chuperreteando un trozo de pan con chocolate—. Vamos, que no piensa con la cabeza.

Estuvieron un rato más hablando de tonterías, así que terminé por

desconectarme por completo. De vez en cuando soltaba alguna tontería y se reían, otras veces me pedían opinión sobre mujeres, a lo que yo me limitaba a sonreír y a ser escueto; pero no podía evitar soltar pullitas para picar a mi hermana. Estábamos inmersos en una conversación sobre el porqué las mujeres cambian tanto de opinión, cuando el móvil de uno de los chicos cobró vida, aquel muchacho miró la pantalla del móvil y una increíble sonrisa le creció en la cara. Me recordó a mi cuando Nadia me llamaba.

—¡Hola, Nadia! No, hoy no tengo clase... Ah, vale, ¿entonces estarás en la editorial? —Levanté la cabeza rápidamente. ¿Nadia? ¿Editorial?—. Perfecto, ¿a qué hora te viene bien? De acuerdo allí estaré. Un beso, guapa.

Me quedé de piedra mientras el chico se sentaba de nuevo en la silla, y miraba a mi hermana que sonreía como una idiota.

—¿Sigues enamorado de esa chica? —apuntó la misma sonriendo—. Dani, es muy mayor para ti...

—El amor no tiene edad sabelotodo. Y no, no estoy enamorado de ella. Es la mejor amiga de mi hermana. ¿Acaso quieres que me mate?

—Pues eso no te importaba hace unos meses, don Juan.

Aquel muchacho lanzó una mirada asesina a su amigo, que solo provocó que ensanchara la sonrisa que ya tenía.

—Nunca he tenido nada con ella, dejáros de tonterías. —Después de decir aquello, se levantó de la mesa y tras hacerme un gesto con la cabeza se fue dejándome con cara de póker.

—¿Cuándo le vamos a decir que los pillamos aquella vez?

—¡Cállate, Kevin! No seas capullo.

Dude durante un segundo, quizá debería mantenerme callado y pensar que eran tonterías de niños, pero tampoco creía mucho en las casualidades, así que, después de carraspear fingí desdén.

—Vaya, ¿qué me he perdido? —pregunté mientras me metía un trozo de bizcocho en la boca.

—No seas cotilla, Alan, no te importa.

—Estabais hablando delante de mí.

—Vamos, mujer, no seas así... —Kevin intervino mirándonos divertido, ya empezaba a caerme algo mejor—. La hermana de Daniel trabaja en una editorial, y él lleva años pillado por una de las compañeras de su hermana.

—Si vas a contarlo, al menos, cuéntalo bien —espetó cristina mirándolo con desaprobación—. Su hermana y la chica esa son íntimas amigas, aparte de compañeras de trabajo. Dani ha tenido problemas con su padrastro, y hace

unos meses se trasladó a vivir con su hermana. Nadia, que así se llama la chica, lo dejó con su novio porque era un cerdo y bueno, empezaron a verse más y acabaron liados.

—¿Y se puede saber de dónde narices sacas todo eso?

—Kevin... Yo hablé con Carlota, ¿vale? Me contó todo eso poco después de que pilláramos a Daniel con Nadia.

—¿Y por qué no me lo habías contado? ¡Soy tu amigo!

—Porque no me daba la gana —Bufó indignada—, pero no vayas a abrir esa boca que tienes, haz el favor.

Me quedé de piedra, a la par que me alteraba por segundos, era una mezcla extraña de sentimientos.

—Para que luego digan de la generación Pokémon —susurré mientras miraba cómo mi pequeña deshacía el bizcocho en sus manos—. Una cosa, entonces la hermana del chico, ¿sabe que su hermano estuvo liado con su amiga?

—¿Quieres dejar de comportarte como un marujo?

Hubiera matado a mi hermana en aquel momento. Aunque por fuera aparentara tranquilidad, por dentro era un amasijo de nervios; sabía de sobra todo lo que Nadia había hecho, lo que me había contado y lo que no. Pero saber que, por alguna razón, le había llamado a él y había quedado para verse, me había puesto muy, muy, nervioso. ¿Tendría que preocuparme?

Acababa de despedir a Daniel en la cafetería que estaba más próxima a la editorial. Hacía tiempo que no le llamaba para tomar un café a solas. Antes, cuando le llamaba utilizando esas mismas palabras, había un doble sentido en ellas: tomábamos un café y terminábamos en mi casa, retozando. Pero esta vez había sido distinto, habíamos quedado simplemente para hablar. No dejaba de pensar en la situación que había tenido que vivir Daniel en su casa, y el tener en mi poder aquella información sobre ese hombre horrible y no poder contárselo me hacía sentir culpable. Adoraba a Carlota, pero sentía una conexión especial con Daniel.

Cuando llegué de nuevo a la editorial, casi todo el mundo había salido a comer, yo acababa de tomarme un café con leche de soja y mi apetito estaba ausente. El rato que había dedicado a no confesarle a Daniel todo lo de su padrastro, me había quitado el apetito; quizá aquello me viniera muy bien

para mantener la línea.

Pasé de largo por la sala de café, pero me detuve unos metros después al escuchar algunas voces; pocas personas solían quedarse allí a comer, yo era una de las afiliadas a comer en el trabajo, pero eso tenía un motivo: «mis continuos escaqueos». El descanso para comer siempre me venía bien para alcanzar la cuota de trabajo del día.

Retrocedí unos pasos y puse mi oreja en la puerta, necesitaba saber qué estaba pasando allí. No fue hasta que escuché la voz de Carlota cuando me decidí a entrar, y fue entonces cuando me quedé a cuadros. Allí, alrededor de la mesa redonda que estaba situada en el centro de la sala, se encontraban casi todas mis compañeras de planta, incluidas Paula, Sonia y Leyre. Me quedé de piedra ante la puerta observando aquella escena. ¿Qué estaban haciendo allí todas ellas? No quise prestarle mucha atención a toda la comida basura que había sobre la mesa, pero... ¡Qué hambre!

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —dije mientras entraba y cerraba tras de mí.

Todas volvieron la cabeza y me miraron sonriendo.

—¿Dónde coño estabas? —La cabeza de Carlota sobresalió de las demás—. ¡Te he llamado millones de veces!

—Estaba tomando un café.

—¿A la hora de comer? —insistió.

—¿Acaso eres mi madre? —Fruncí el ceño y todas se echaron a reír.

Me acerqué a la mesa y entonces pude ver que en un rincón había unas maletas, ahora estaba más perdida todavía.

—Nuestra querida compañera Laura —Miré a Laura, una de las editoras que trabajaba en nuestra planta—. Acaba de dejar al capullo de su marido, y ¿sabes qué es lo mejor? —Miré a Laura y después a Carlota—. ¡Él aún no lo sabe!

Me llevé las manos a la boca. ¿Aquello era un motivo para celebrar? No conocía mucho al marido de mi compañera, pero dejar a una persona, así como así, me parecía una autentica putada, eso no se hacía, a no ser...

—No pongas esa cara —intervino Sonia mirándome—. El cabrón la engaña con una de sus amigas. ¡Se lo tiene merecido!

No pude sino quedarme alucinada y sentir una conexión casi inmediata con su historia. Sí, yo no estaba casada con Alan, de hecho, cuando ocurrió lo de Patricia ni siquiera hablaba con él; pero aun así la entendí. Miré a aquella mujer de treinta y dos años que siempre había lucido guapa y me sentí aún

peor: tenía los ojos hinchados de haber llorado mucho. Había estado escuchando cómo las demás me relataban su propia historia como si de cualquier chisme se tratase; nuestras miradas coincidieron durante un segundo y entendió que le transmitía todo mi cariño. Y supe por qué Carlota se había sentado a su lado y sujetaba su mano con fuerza.

—Sin duda esta es la temporada de las amigas hijas de puta. —Carlota hizo una mueca con la cara, y yo negué con la cabeza sonriendo.

—Si en el fondo es lo mejor que podía pasarme —apuntó Laura mirando la mesa con la mirada perdida—. Hacía tiempo que no sabía si le quería. Pero enterarme de esto... ¡Me ha impactado!

—¿Y tu amiga? —pregunté algo tímida, a lo que me miró directamente.

—Esa es una zorra.

—*Touché* —dijo Leyre dejando sobre la mesa una botella de tequila blanco y varios vasitos de café de plástico.

Todas aplaudieron menos yo, que la miraba asombrada, se dio cuenta y me sacó la lengua.

—La guardaba para una ocasión especial, y esta lo es —dijo sonriendo mientras abría la botella y llenaba por la mitad cada vaso—. Una valiente mujer deja a un cerdo que no la merece, esa valentía merece una celebración.

—¿Un miércoles? —apuntó Paula, que estaba relegada a un lado. Miriam le dio un codazo y volvió a esconderse detrás de las demás.

No estaba muy de acuerdo con emborracharme un miércoles a medio día. ¿Qué pasaría con el resto de horas que quedaban de trabajo?

—¿Y cómo se supone que vamos a trabajar después?

—Nadia, relájate —dijo Sonia mientras sujetaba su vaso y me miraba alzando una ceja—. Luego nos vamos a casa y ya está, justamente esta sección ha cumplido de sobra la cuota mensual.

Si una de las jefas estaba de acuerdo en aquello, yo no iba a ser menos; así que, después de estar servidas, hicimos un primer brindis. Carlota llevó la voz cantante.

—Por las mujeres que saben decir: «¡Te van a dar por el culo!»

Nos echamos a reír y bebimos el primer chupito, me supo a rayos y casi vómito, pero me recompuse rápidamente, y más rápidamente aún, cuando volvía a tener el vaso lleno. Esa vez había limón en rodajas sobre la mesa y una de mis compañeras había tenido la consideración de traer la sal. Esta vez brindó Laura.

—¡Por los próximos hombres a los que me voy a follar!

—¡Amén hermana! —contestó Carlota, a lo que todas nos echamos a reír.

Brindamos unas cuantas veces más. Aquello pasó de ser una reunión de mujeres, a una noche de fiesta en toda regla. Seguramente se nos escuchara desde la otra parte del edificio, pero ebria, como iba, me daba completamente igual. Media hora después, yo había dejado de beber, pero había quienes no: Laura, una de ellas.

Carlota se acercó a mí, estaba en el momento álgido de exaltación de la amistad, ese que se produce tras unas cuantas copas de más, y me dio un enorme abrazo que correspondí con el mismo estado efusivo. Unos minutos después desapareció de mi vista y apareció de nuevo con los altavoces del ordenador de su mesa y los conectó a su móvil. Yo no podía dar crédito, pero a todas pareció entusiasmarles la idea; antes de darme cuenta, una de las canciones que más reproducía en mi coche, sonó por toda la sala. Era una canción de Luis Fonsi, *Corazón en la maleta*. Tenía un ritmo muy divertido y, aunque hablaba de una despedida, lo hacía de manera que no podías evitar cantarla en voz alta. Todas habíamos ocupado la sala e intentábamos seguir el ritmo mientras cantábamos en voz alta la pegadiza canción.

Carlota se subió con Laura sobre la mesa y aquello provocó que todas nos colocáramos alrededor de la mesa y riéramos y aplaudiéramos. El estribillo era el momento álgido donde todas cantábamos a pleno pulmón.

—*Y yo me voy, adiós, me fui y no me importa. Nada me detiene aquí, la vida es corta. En avión, por tren, por mar, por lo que sea. Soy feliz de haber perdido la pelea. Y te quedas con mi firma en la libreta. Yo me llevo el corazón en la maleta...*

Y así, como siempre pasa con las cosas que se improvisan, viví uno de los momentos más divertidos en mucho tiempo. Si yo hubiera tenido aquella celebración de ruptura cuando lo dejé con Carlos, seguramente no hubiera estado tan triste, o quizá sí, pero con un buen recuerdo.

Unas horas después, exhausta por el momento tan divertido que me había hecho olvidarme de todo, incluso hasta de Patricia, me senté en una de las sillas que estaban vacías. Miriam se había llevado a Laura a su casa, compartirían piso hasta que Laura aclarara toda la situación. Sonreí como una idiota al ver cómo Carlota hablaba animadamente con Leyre. No podía entender cómo podía estar tan normal después de todo; admiré su fuerza de aceptación ante todo. Me puse de pie y después de tambalearme un poco me dispuse a la retirada.

—Nadia —Me di la vuelta y vi a Sonia sentándose en la silla que había

dejado libre cuando me disponía a marcharme—. Acuérdate que esta noche es la cena de las escritoras. Toca en tu piso este mes, ¿te acuerdas?

Me llevé las manos a la cabeza, se me había olvidado por completo. Sonia se echó a reír, supuse que me lo había recordado porque había intuido que se me había olvidado. Me di una torta mental, Alan me tenía idiotizada por completo. Desde que había aparecido en mi vida estaba distraída, cansada, frustrada y feliz casi al mismo tiempo; ni siquiera estaba segura de que todo aquello fuera sano para mi cabeza.

Después de despedirme de todas, pasé por el supermercado y compré todo lo necesario para aquella noche. Todavía me notaba algo achispada por los tequilas que había tomado. Pero quizá, fuera eso lo que me diera la energía que necesitaba para no caerme en redonda al suelo y quedarme dormida hasta el año siguiente. El alcohol induce al sueño. ¡Ole yo!

Cuando estaba a punto de abrir la puerta de mi casa, me di cuenta de que la música que había estado escuchando desde la puerta exterior provenía de mi casa, acerqué el oído a mi puerta y escuché; intenté hacer memoria. No conocía a nadie que supiera tocar ningún instrumento, y mucho menos un saxo. Tenía que confesar que había distinguido el sonido del saxo porque de adolescente me había encandilado de un músico que tocaba el saxo en una banda. Abrí la puerta sin saber quién podría haber en su interior, pero lo que vi, me dejó completamente alucinada. Allí de pie, frente a la ventana y dándome la espalda, estaba Alan, con un Play Back de la canción de Adele, Set Fire to the Rain, tocando el saxo.

Me habría movido si hubiera podido, pero estaba tan alucinada por lo que estaba viendo y escuchando que me había quedado de piedra. Dejé caer mis cosas y di varios pasos intentando hacer el menor ruido posible. Lo único que quería era estar más cerca de aquella música. ¿Alan tocaba el saxo? ¿Desde cuándo? Y aquello no era lo que más me sorprendía sino que lo hiciera tan increíblemente bien; tanto es así que la piel se me puso completamente de gallina y sentí que el corazón se me aceleraba. Curioso el efecto que tiene la música en las personas.

Cuando terminó la canción quise gritarle que no parara. Entonces fue cuando, después de suspirar y pasarse las manos por los labios, se volvió lentamente y me vio allí, mirándolo completamente alucinada. Supe que no se había dado cuenta de que estaba allí por su expresión de sorpresa. Sonreí sin poderlo evitar.

—Alan... —Di varios pasos más—. ¿Desde cuándo tocas así? ¡Es

impresionante!

Pude ver como se sonrojaba, aquello aún me dejó más impresionada. ¿Alan tímido? ¡Me he muerto y este es otro universo!

—Hace unos seis años —dijo mientras dejaba el saxo sobre su estuche y me miraba sonriendo—. Siempre me había gustado y un día dije: ¿por qué no? ¿Te gusta?

—¿Qué si me gusta? ¡Me encanta! —Suspiré—. Es una auténtica pasada.

—Vaya, nadie me había dicho eso. —Le sonreí tiernamente.

—¿Alguien sabe que tocas así? —Se encogió de hombros—. ¿Nadie?

—Mi profesor y... Sarah. Ella me escuchó ensayar alguna vez, pero nunca dijo nada.

Fruncí el ceño, aquella tía cada vez me daba más asco, si es que era posible, aunque estaba segura de que no; vi que miraba mi expresión, así que me limité a sonreír.

—Pues lo haces increíblemente bien. ¿Podrías tocar otra? —Se echó a reír y besó tiernamente mis labios.

—Creo que tienes una cena que preparar. ¿No?

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Carlota me ha enviado un mensaje para advertirme que debo desaparecer de aquí esta noche, estaba segura de que tú no me dirías nada.

Me encogí de hombros. A decir verdad, le iba a comentar que tenía una cena, pero que podía esconderse en la habitación. Pero bueno, al adelantarse Carlota era una cosa que al menos me podía ahorrar.

—Mira, hacemos una cosa. Mañana cuando salgas de trabajar, si quieres, voy a por ti y vamos al estudio donde suelo ensayar. ¿Qué me dices? ¿Te apetece?

Mi cara debió de ser todo un poema, porque sonrió como pocas veces le había visto.

—¡Nada me gustaría más que verte tocar!

Se marchó dejándome sonriendo como una idiota. Me dijo que iba a ir a cenar con sus padres y a dormir a su hija. A veces se sentía culpable de haber dejado a la niña con ellos, pero cuando les mencionaba la posibilidad de llevársela, sus padres se negaban en rotundo. Cuando me contaba esas cosas, recordaba lo simpática y cariñosa que siempre había sido su madre conmigo, quitando aquella otra vez, que no lo fue tanto.

Capítulo 20

Cuando me levanté a buscar la tercera botella de vino, sentí que las piernas me temblaban; había bebido de más, estaba claro. Cuando dejé la botella sobre la mesa, me senté a observar cómo todas seguían sacando temas de conversación: uno tras otro; no pude evitar echarme a reír. Llevábamos varios años celebrando una cena mensual. Nos reuníamos algunas chicas de la editorial junto con escritoras que trabajaban con nosotras. La primera cena fue algo casual, pero nos lo pasamos tan bien, que las demás se volvieron una obligación; la única obligación que me gustaba cumplir.

Carlota, Sonia, Leyre, Jacqui, y otras tres escritoras que trabajaban con nosotras, bebían y reían mientras yo las miraba sonriendo. Ya habíamos hablado de, prácticamente, todo cuando salió un escabroso tema: «las ex»

—Hay que ser comprensivas —dijo María, una de las escritoras más reconocidas en el género de Terror—. Todas hemos sido ex, no todas somos malas.

Hubo un gran murmullo general.

—Las hay que sí —apuntó Jacqueline mientras bebía de su vaso de agua—. Las personas a veces somos muy egoístas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Carlota bastante atenta a la conversación.

—Pues mira, muchas veces, cuando dejamos una relación, lo hacemos porque estamos seguras de que ya no sentimos lo mismo, o porque el amor se ha terminado, o porque, simplemente, nos damos cuenta de que nunca podremos avanzar. Entonces, empezamos nuestra vida sin esa persona, duele, claro que sí, pero estamos seguras de nuestra decisión. Y aunque esa persona insista, nos negamos en rotundo; ¿A quién no le ha pasado? Nosotras, que somos las que hemos dejado la relación, de repente, nos damos cuenta de que nos molesta que nuestra ex pareja este rehaciendo su vida. Y aunque decidiéramos dejar la relación muy seguras, en el momento en el que pensamos que él pueda enamorarse de otra persona ¡nos vuelve locas! ¿Y qué hacemos? Le preguntamos, queremos saber quién es, cómo es, y por qué se

ha fijado en ella. Es entonces cuando caemos en la razón de por qué nos molesta tanto; nos molesta porque se supone que, si lo dejamos nosotras, deberíamos estar bien con nuestra nueva vida sin él, pero no es así, nos encontramos perdidas; y «él», que debería llorar nuestra pérdida, ya es capaz de sentir amor por otra chica.

»Unas veces suele ser por no estar solo, pero una mujer sabe reconocer cuando su ex pareja sí siente algo de verdad por otra persona; Es entonces cuando nos planteamos que quizá él no fuera tan malo, que quizá el problema es nuestro y, quizá, había solución... Entonces es cuando lloramos y le hacemos ver que nos duele. ¿Con qué intención? ¡No lo sabemos! Solo queremos que esa persona nos diga que no nos ha olvidado o algo parecido. Sabemos que no lo queremos, pero tampoco queremos que quieran a nadie que no sea a nosotras. Es en ese momento cuando intentamos entorpecer la relación que la otra persona esté empezando, y es únicamente por no saber aceptar que, quizá, no somos tan buenas como creemos.

Le miré completamente alucinada, Jacqueline solía hacer unas reflexiones que me dejaban con la boca abierta. Yo había sido ex, pero como solía enamorarme de cabrones, rompía todo contacto con ellos y nunca me había pasado nada de aquello que había descrito ella, aunque sí que es verdad que tenía amigas que al saber que su ex volvía a estar con otra persona, las volvía locas. Nunca lo había entendido del todo, hasta hoy.

—¿De dónde sacas eso? —Jacqui miró a Leyre, y le guiñó el ojo.

—Una amiga mía está empezando con un chico. Él tuvo una relación que duró seis años con una tía que pasaba de su cara. ¿Y sabéis que? Ahora que se ha enterado que él está con mi amiga, le entran todos los males.

—¿Y tu amiga no se vuelve loca? —pregunté alucinada.

—Procura pensar con sensatez. Ella fue quien me hizo esta reflexión, ella pasó por una cosa así con su ex. Así que dice que, en parte, puede entender a la chica, empatiza de alguna manera con la ex de su chico y procura no molestarse en exceso, dice que se le pasará.

Resoplé. Me hubiera gustado tener la capacidad de madurez de aquella chica. Yo, era escuchar el nombre de esa tipeja y subirme todos los males. Y en mi caso era mucho peor: Alan y Sarah compartían lo más importante que hay en este mundo, un hijo; por ese motivo siempre tendrían que estar en contacto. ¡Dios, ten piedad!

—Tu amiga es increíble —Resoplé—. Debe de estar muy enamorada.

Jacqui me miró sonriendo y asintió con la cabeza.

—Sí, ella está enamorada, él lo está más. Creo que ese es el secreto para que a ella no le coman los celos. Por primera vez en su vida, el chico le demuestra tanto, que no hay dudas, y conseguir eso es algo increíble. Él se muestra abierto a explicarle las cosas, no le oculta nada, le pide opinión. Supongo que la ausencia de mentiras y ocultaciones es la clave de la confianza.

Suspiré apenada

—Me gustaría conocer a tu amiga y que pudiera pegarme algo de su madurez. Yo odio a la ex de Alan.

Todas se echaron a reír. Debí hacer una mueca curiosa. Aunque cambiamos de tema, no me quitaba ese de la cabeza. ¿En serio se podía confiar tanto en una persona? Luego me paré a pensar que si una persona no te miente, te demuestra amor, y es sincero con todo, ¿por qué desconfiar? Y eso me planteaba otra duda: ¿había hombres así?

Eran las dos de la madrugada cuando escuché a Alan entrar en casa, yo seguía entretenida acabando de recogerlo todo. Me había quedado en el limbo pensando todas aquellas cosas tantas veces que, si contaba los minutos en que mi cabeza se había quedado de plastilina, se acercaría bastante a la hora y media. Sonreí al ver cómo me miraba, su simple presencia era maravillosa.

—¿Ha estado entretenida la noche? —preguntó alzando una ceja.

—Estupenda y bastante instructiva.

—¿Instructiva?

Me apoyé en la pared más cercana a él y le miré sonriendo.

—Hemos estado hablando de cómo hay que ser con los ex de nuestras parejas —Se echó a reír—. ¿De qué te ríes?

—De nada. Nadia, tú eres muy celosa, te sería imposible tratar con la ex de nadie.

Se dio la vuelta y caminó de manera divertida por el salón. Había conseguido que me cambiara el humor en cuestión de segundos.

—Yo no soy celosa, Alan —Me miró divertido y tomé aire—. Al menos si no me dan motivos.

—Para ti todo es un motivo, corazón.

—¿Pero a ti qué bicho te ha picado? —Fruncí el ceño—. ¿Me hablas a mí de celos? Te recuerdo que cuando salíamos juntos, odiabas a todos mis amigos.

—De eso hace mucho, era un crío.

—Y yo también era una cría. No sabes nada de cómo han sido mis

relaciones.

Entonces pude ver por qué había llevado aquella conversación hasta aquel punto, su cara se había iluminado al pronunciar las últimas palabras. Podía notar cómo su mente daba vueltas a lo que fuera que estaba pensando, y yo, idiota de mí, había caído como una niña.

—Es cierto, no sé nada de tus relaciones. ¿Cómo han sido tus relaciones, Nadia? ¿Alguien interesante después de Carlos?

Sentí que me faltaba el aire. ¿Debía decírselo? Había algo en su mirada que me alentaba a no mentir, pero no sabía exactamente el qué.

—Pues no —Endureció la mirada y carraspeé—. Bueno, sí. —Abrió los ojos de par en par—. Bueno, no... o sí. ¡Joder, Alan, no me mires así!

—¿Qué no te mire cómo?

—Así, como si supieras la respuesta antes de formular la pregunta.

No pudo evitar sonreír y yo acabé bastante mosqueada conmigo misma.

—Entonces, si crees que sé la respuesta, ¿por qué no te limitas a ser sincera?

Me quedé en silencio, era una respuesta coherente. Y yo estaba siendo una idiota.

—Sí, tuve algo interesante. No duró mucho tiempo, pero fue bonito.

—¿Con quién? —insistió casi sin parpadear.

—¿Y eso que más da? —Bufé enfadada—. ¿Esperas que conteste a todas tus preguntas simplemente porque sí? Por Dios, Alan.

Sorprendentemente se echó a reír, entonces fue cuando dudé de su salud mental. Estaba casi peor que yo.

—Vamos, Nadia, relájate mujer, ni que hubieras estado con un niño.

Y diciendo esto se levantó del sofá y fue directo hacia mi habitación. Yo me quedé de piedra, con el corazón latiendo a mil por hora. Lo sabía, Alan sabía que había estado con Daniel, pero la pregunta era: ¿cómo lo había sabido?

Capítulo 21

Sr..MOORE

Unos meses atrás...

Aquella noche no había dormido nada, otra noche de insomnio. Una más y acabaría por autoproclamarme vampiro, búho o, por mi aspecto de aquellos últimos días, quizá fuera más un *zombie*. A decir verdad, mi tono de piel cada vez estaba más blanquecino. Seguramente se debía a mi falta de sueño unido al desgaste físico que me estaba autoinfringiendo, pero no podía renunciar a ir al gimnasio, era lo único que me aclaraba la mente y me hacía pensar con claridad, al menos durante cinco minutos seguidos.

Aquella mañana iba a ser distinta, lo presentía. Cada vez estaba más contento de haber decidido acudir a un psicólogo y, sobre todo, me sentía orgulloso de no avergonzarme por ese hecho, a veces no era fácil ser yo.

Todo aquel que me conocía me alababa. Era un hombre de negocios, fuerte, perseverante, con carácter y que conseguía siempre lo que quería. Pero nadie sabía que detrás de todo eso, había una persona triste, decaída, vacía, sin ilusión por nada y con más problemas que alegrías: «todo un partidazo».

Llegué a la cita que había concertado mi secretaria con diez minutos de retraso. Había salido con tiempo de casa, pero como solía ocurrirme acababa distrayéndome con casi todo, y ¿por qué no decirlo? Había vuelto a espiarla.

Esta vez me había desviado tan solo unas calles de mi destino final. Y para mi suerte, allí estaba: sentada frente a otra mujer bastante parecida a ella, su hermana, no cabía duda. No se dio cuenta de que alguien desde hacía mucho tiempo la observaba, y di gracias al cielo por ello. Nos sabría cómo reaccionar si ella se daba cuenta. ¿Qué explicación podría darle? Resoplé como un tonto, odiaba saber que ella desperdiciaba su maravilloso tiempo con aquel imbécil, un imbécil que la engañaba con unas y con otras. Más de una vez estuve a punto de darle su merecido, pero después pensaba que era un hombre respetable y que aquello no me ayudaría mucho si llegaba a salir a la luz; tenía una reputación.

La miré por última vez antes de salir corriendo hacia la consulta, aún me daba la risa al recordar bajo qué seudónimo había reservado mi primera cita, ni siquiera sé por qué no use mi nombre real. Quizá fuera por algún tipo de pudor interno que sentía al pensar que, quizá, estuviera para que me encerraran, pero a mi psicólogo pareció hacerle gracia y no me juzgó en ningún momento. Siempre recordaba la primera sesión con una sonrisa en la cara. Justo cuando estaba a punto de subir las escaleras para adentrarme en la sala de espera, recibí el mensaje de una de las personas que trabajaban para mí.

—Ya está todo preparado, el asunto Nadia Sánchez está concluido. ¿Dónde debemos enviar la información?

Un sentimiento de culpabilidad me rondó por el cuerpo. Quizá inmiscuirme en sus asuntos personales estuviera mal, pero estaba loco por esa mujer, no podía evitar querer que aquel impresentable desapareciera de su vida. No podía seguir observándola en secreto, debía encontrar la manera de acercarme a ella, pero ¿cómo? Pensé en su sonrisa suave, en su cálida piel y en aquellos ojos transparentes como el agua y lo tuve claro: no había marcha atrás.

—Habla con Lydia, ella te dará toda la información necesaria.

Bloqueé mi móvil y suspiré a la vez que entraba a la sala de espera, la secretaria me hizo su habitual saludo; lo correspondí.

Antes de sentarme, corrí hacia la máquina y extraje una botella de agua, tenía la boca seca. Le había prometido a mi psicólogo que no me inmiscuiría en la vida de Nadia; debía haberle dicho que nunca me había tomado en serio aquella promesa.

Al entrar en aquella sala de espera no pensé en que allí habría alguien más hasta que la vi, callada y con la vista perdida en la nada, sentada en el asiento donde yo me sentaba siempre que iba.

Normalmente mi primer impulso era sentarme lo más alejado posible de la gente en sitios así, y lo iba a hacer cuando aquella chica me miró con esos ojos tristes y me regaló una tímida sonrisa. Le devolví la sonrisa y me senté a su lado, nos miramos varias veces y después fijamos la vista al frente. Era raro. ¿De qué se solía hablar en un lugar así? Nunca antes había coincidido con nadie allí, se supone que cada uno tiene sus horas concertadas, como mucho es posible ver a alguien al salir de la consulta o en el momento de entrar, pero aquella chica estaba allí sentada esperando igual que yo. ¿Me habría equivocado de día?

—Perdona que te pregunte, ¿tienes cita ahora? —Ella me miró a los ojos y me di cuenta de que su expresión aún era más triste vista desde cerca.

—No, soy amiga de Izan, acabo de salir hace diez minutos, he venido sin cita. —Sonreí al ver su expresión—. Ya sabes, tener un amigo loquero tiene que tener sus ventajas: corta mis crisis de raíz.

No pude evitar echarme a reír al ver la expresión de aquella chica, parecía simpática y me cayó bien al instante.

—Pensaba que tenías consulta. Como estabas sentada con la mirada perdida... —Me miró fijamente de nuevo—. Suele ser el lenguaje corporal momentos antes de entrar.

Esta vez se echó a reír ella.

—Estaba pensando. Además, tengo una reunión dentro de media hora aquí al lado, no sabía dónde ir y me he quedado meditando sobre lo que he estado hablando con Izan. ¿A usted no le pasa? ¿No le ha pasado alguna vez que ha hablado tan sinceramente de usted mismo, que al salir se ha sentido tan aturdido que ha tenido que sentarse a recuperar lo que sea que hayamos perdido ahí dentro?

La miré durante unos segundos, era como mirarme en un espejo, ahora lo entendía.

—Claro que sí, sobre todo las primeras veces. Ahora traslado ese estado catatónico al coche, o a la cafetería que hay justo aquí abajo —Se echó a reír y me entró una terrible curiosidad por saber qué le pasaría a aquella chica—. Puede que te parezca atrevido y, si es así, mándame a la mierda, pero... ¿Por qué tenías una crisis?

—Es una larga historia —Desvió la mirada y me quedé en silencio, había sido una indirecta bastante contundente. Fue entonces cuando la vi tomar aire—. Aunque Izan está atendiendo una llamada de un familiar, va para rato, no quiero que te aburras esperando —Sonreí—. Así que, puede que la opinión de otra persona me ayude —Se quedó en silencio unos minutos—. Hace diecisiete días conocí al amor de mi vida —Levanté mis cejas—. No me mires así, sé que sueno como una loca, pero así es. No lo estaba buscando, y simplemente apareció. Era un hombre atractivo, desprendía una esencia especial, quizá un tanto bohemio y me atrajo al instante. Y sin esperarlo, la conexión más rara e increíble que jamás había experimentado apareció. No cabe decir que fue mutuo, casi desde el primer día todo fluyó como el agua; no teníamos tiempo que perder y pasábamos todas las horas del día juntos. Era un hombre peculiar e inteligente, siempre tenía algo que contar, algo que

enseñarme, estaba fascinada por todo.

»Él es productor musical y un músico bastante bueno; le encanta descubrir nuevos talentos y ofrecer oportunidades a músicos que él denomina «prodigios escondidos». Si hubieras visto cómo su cara se iluminaba al hablar de ello... probablemente te hubieras enamorado como yo —Me miró con una expresión de humor y le sonreí—. Yo estaba tan absorta por sus cosas, que quería que me lo contara todo, y a él le encantaba que yo quisiera saber más y más. De hecho, podía notar cómo me miraba cuando hablaba, nadie me había mirado así antes, sus pupilas se dilataban y eso me hacía sentir bien.

»Me hacía reír la forma en la que me miraba embobado, al igual que a mí me pasaba con él. Acariciaba mis facciones como si fueran el mayor tesoro del mundo y me besaba cada pocos segundos, era como volver a tener quince años. Nos complementábamos como si nos conociéramos desde hace años: no había motivo para desconfiar; cosa rara en mí porque soy muy desconfiada. Pero con él era todo tan fácil... Era tan abierto que hablábamos de sentimientos, de vivencias, de cosas que no había hablado con nadie: era como estar con una amiga, algo extraño, algo...

—Mágico —dije sin pensar, y vi como sonreía.

—Sí, algo mágico. Además, él también sentía curiosidad por mis cosas, y era la primera vez que un hombre quería saber todos los recovecos de mi trabajo: soy pintora... —Sonreí como un tonto—. Y se interesó enseguida por los trazos que yo utilizaba; quería saber qué cosas me inspiraban y qué me motivaba a pintar; yo me sentía feliz de poder compartirlo con alguien. Aunque nuestro trabajo era distinto, a la vez era parecido, ambos éramos artistas, y quizá por eso la conexión era aún más palpable. Durante todos esos días me apoyó incansablemente, vio cosas en mí que nadie había visto antes, y ¿por qué negarlo? Me enamoré perdidamente de él y sentía que él también estaba enamorado de mí, esas cosas se notan.

»Compartí más cosas con él en esos días, que con otras parejas con las que he estado años. Incluso mi música, la que utilizo mientras pinto; le enseñé mi canción preferida e incluso me la tocó al piano y me trajo una grabación de una versión instrumental que me gustaba mucho, hecha por él. De hecho, la primera vez que hicimos el amor escuchamos un CD de música grabado por él. Fue extraño y mágico. Estaba en mi cuerpo y en mi cabeza, nadie había estado tan dentro de mí jamás, yo no podía creer que aquello fuera real. Era el hombre perfecto para mí y solo llevábamos unos pocos días

juntos.

Yo estaba tan embelesado por aquella historia, que si Izan hubiera salido en aquel momento, le hubiera noqueado para poder seguir escuchando a aquella chica.

—¿Y qué paso?

—¿Me creerías si te digo que no lo sé? —Abrí mis ojos de par en par—. Cuando se cumplían dieciocho días de nuestra relación, me dijo que no sabía si estaba preparado para algo tan serio y yo me quedé sin saber qué decir. Unas pocas horas antes nos habíamos despedido como siempre, nos habíamos besado, nos habíamos abrazado, me había dicho que me quería y tan solo unas horas después, todo cambiaba, incluso lloraba mientras intentaba explicarme algo que ni él entendía.

»Por eso he venido a ver a Izan, no entiendo qué ha podido pasar, él fue quien lo precipitó todo. Yo simplemente me dejé llevar y... míreme ahora: perdida, hecha un desastre por un hombre que solo conozco de diecisiete días. ¿Te parece normal? —vi cómo sus ojos se esforzaban por no llorar—. Pero fueron tan intensos esos días, que siento que nos conocimos de verdad. . No sé qué pudo pasar, solo sé que me dejó vacía y dejé de pintar; él había inspirado mis mejores cuadros y, de repente, se llevaba todo eso sin darme una explicación, excepto por las dudas.

—Las dudas son miedos.

—Lo sé —Se secó las lágrimas y tomó aire—. Pero ¿miedo a qué? No sé, quizá no sintiera lo mismo por mí.

—Antes has dicho que tú sí que sentías que él estaba enamorado de ti, hay cosas que no se pueden fingir, y si lo sentías era porque en ese momento así era.

—¿Y se desenamora en unas horas? —Había conseguido que se echara a llorar y me sentí tremendamente culpable—. Algo pasó en esas horas que nunca sabré, tanto creer que era especial y al final era como todos: un cabrón.

La miré con ternura. No era la primera vez que escuchaba aquellas palabras, a decir verdad, las había escuchado tantas veces que ya ni me sentía aludido.

—La verdad que es algo inexplicable —Asintió con la cabeza—. ¿Le echas mucho de menos?

Levantó la mirada, y clavó sus ojos marrones en los míos.

—A cada segundo, es tan raro todo. Me siento tremendamente vacía, es como si hubiera conocido el hombre perfecto para mí y después hubiera

desaparecido por arte de magia. Si no fuera porque lo veo conectado al Facebook, pensaría que lo han abducido —Resopló—. Ojalá me abdujeran a mí, al menos tendría la cabeza ocupada y no le daría más vueltas a toda esta mierda.

—Hay cosas que no tienen explicación. Las personas a veces somos complicadas.

—Sí, ya me he dado cuenta. Pero me da rabia sentirme así, idiota y ridícula: esperando a que me llame arrepentido. No sabes el vuelco que me da el corazón cada vez que noto que vibra mi móvil. Además, no puedo escuchar mis canciones preferidas: las ha maldecido todas y cada una de ellas.

Sonreí, . Sabía perfectamente a qué se refería, él había ocupado y compartido tanto en tan poco tiempo, que había conseguido dejar su recuerdo en cada rincón de ella, y huir de todo ello, sin huir de sí misma es algo imposible. A veces ocurre que conocemos a alguien que hace que sintamos una conexión como pocas, nos enseña todo aquello que anhelamos, y un día, sin más, desaparece dejándonos sin entender nada.

Eso hace que muchas veces nos preguntemos cuál es el papel del destino, y por qué a veces nos pone a personas increíbles en nuestro camino, para luego hacer que se marchen haciendo que nos quedemos rotos. Quizá todo tenga un porqué, pero hasta que se nos es revelado, todo se queda en una nebulosa de miedos y dudas.

—Bueno, por experiencia propia, te puedo decir que todo no duele eternamente y, seguramente, a la larga, él esté peor que tú. Hazme caso, la gente que huye de esa manera de un sentimiento, luego se le es devuelto.

Me miró con los ojos muy abiertos y pareció reconfortada, aunque fuera mínimamente.

—Y usted ¿por qué está aquí? Parece un hombre fuerte, no le imagino estando triste o mal.

—Bueno, digamos que con el tiempo he aprendido a usar mi máscara bastante bien; a decir verdad, estoy bastante loco —Le hice reír y me sentí genial—. No te rías, te lo digo en serio.

Iba a responderme algo, cuando Izan salió por la puerta de la consulta y nos miró sonriendo; intuí que nos había estado escuchando, pero no había querido interrumpir.

Poco después, me despedí de aquella chica y me adentré en la consulta. Llevaba varios meses acudiendo a Izan, no porque necesitara con urgencia un psicólogo —que también—, sino por qué sabía que era una manera de saber

algo de Nadia.

Muchas veces no hablábamos como paciente y profesional, sino que nos comportábamos como amigos, y la verdad es que era de agradecer. Él tenía la capacidad de hacer que los temas más complicados surgieran con mucha más naturalidad. Una vez recostado en el diván y tras varios minutos de silencio, Izan se decidió a hablar.

—He visto que has conectado con mi amiga —Le miré sonriendo—. He escuchado que te ha contado su historia.

—Pensaba que escuchar conversaciones ajenas, no está del todo bien.

—Vamos Moore, no me vengas con tonterías. Tú pretendías acosar a una pobre chica que ni sabe que existes, ¿qué más da que yo escuche una conversación que ocurre en la sala de espera de mi consulta?

—Qué manera tienes de manipular la situación —Izan se echó a reír y le imité—. Si lo hiciera yo, me dirías que sigo tarado.

Me miró fijamente a los ojos y supe que estaba cavilando una respuesta que le hizo reír.

—Tú estás tarado.

Esta vez el que reí fui yo.

—¿Qué piensas sobre lo que te ha contado de ese chico? —dijo mirando unos papeles que tenía sobre su regazo. Yo miré hacia la ventana y resoplé.

—Volverá a buscarla —Izan me miró fijamente—. Muchas veces la gente hace tonterías por miedo.

—Yo también creo que volverá, aunque, ¿en serio crees que fue por miedo? Quizá le entraron las dudas.

—Las dudas son un reflejo del miedo —dije casi susurrando, pero supe que me había escuchado.

—Aunque bueno, depende de dónde surja la duda, si es en temas de amor, la duda es un no.

—¿A qué te refieres?

—Todo el mundo sabe lo que no le gusta, sin embargo, lo que nos gusta lo vamos sabiendo conforme nos va enseñando la vida —Fruncí el ceño—. Tú sabes que no te gustaría que te diera un puñetazo, aunque no lo haga, ¿verdad? —Sonreí—. A esas cosas me refiero cuando digo que sabemos lo que no nos gusta. Por eso, cuando tus sentimientos hacia una pareja empiezan a ser raros, está claro que hay algo en esa situación que no te gusta. Quizá sea un problema que tanga solución y eso está genial, pero si los problemas provienen de tus propios sentimientos, los que nacen dentro de ti, sin que la

otra persona haga nada malo, eso ya no son dudas. Nosotros lo disfrazamos de dudas, pero solo es para no aceptar que se ha roto aquello que había.

—Bueno, Izan..., tampoco todo es tan tajante.—¿Quieres a tu madre?

—Sí.

—¿A tu padre y familia?

—Claro.

—¿Quieres a tu pareja? —Y fue ahí cuando lo entendí, no había podido contestar—. Creo que ahí no hay duda que valga, Moore, ya no la quieres. Saber a quién quieres, de quien estás o no estás enamorado, es algo que notas, que se siente dentro.

—Puede que tengas razón. Por cierto, es ex pareja, ya no estoy con ella desde hace un tiempo —Asintió—. No sé, a veces creo que soy un bicho raro con este tema. Cuando me enamoro de verdad, ¡Dios! Soy capaz de cualquier cosa. Apenas puedo explicarlo, me encanta esa burbuja que te mantiene a dos pies sobre el suelo, crees que nada podrá sobrepasar esa felicidad y es realmente increíble. Yo me enamoré una vez, y aún no puedo olvidarla —Resoplé y volví a recomponerme, Izan me miraba fijamente.

—Me gustaría que todas esas cosas que sientes y piensas, las escribieras, creo que te vendría muy bien.

Salí de la consulta diez minutos después. La idea de expresar mis sentimientos a través de la escritura no era algo que nunca hubiera llamado mi atención, pero últimamente estaba cambiando muchas cosas en mi vida, así que estaba dispuesto a hacer lo que Izan me proponía.

Llegué a casa temprano. Aunque había intentado escribir algo durante el trabajo, me fue imposible, así que busqué algo de inspiración. Y fue cuando tope con Gabriel García Márquez y aquel poema:

Si supiera que esta fuera la última vez que te vea salir por la puerta, te daría un abrazo, un beso y te llamaría de nuevo para darte más. Si supiera que esta fuera la última vez que voy a oír tu voz, grabaría cada una de tus palabras para oírlas una y otra vez indefinidamente.

Si supiera que estos son los últimos minutos que te veo diría “Te quiero” y no asumiría, tontamente, que ya lo sabes. Siempre hay un mañana y la vida nos da otra oportunidad para hacer las cosas bien, pero por si me equivoco y hoy es todo lo que nos queda, me gustaría decirte cuanto te quiero, que nunca te olvidaré.

Capítulo 22

Estaba histérica, había intentado de todas las maneras humanamente posibles relajarme y tener paciencia, pero el puñetero reloj había decidido no avanzar causándome así un nerviosismo espantoso.

Era una impaciente, no cabía duda. Había intentado unas cien veces concentrarme en los manuscritos, pero todo era inútil, solo deseaba que fuera la hora de salir para poder acudir al estudio, donde Alan me enseñaría con más detalle cómo tocaba el saxo.

Quizá estaba exagerando, pero no sabía si era porque tenía sobredosis de literatura romántica, o es que los músicos siempre me habían dado morbo. Fuera como fuera estaba deseando salir de allí.

En un principio Alan me recogería y ambos nos dirigiríamos hacia allí, pero había habido un cambio de última hora, así que yo debía acudir al estudio. Me había pasado la dirección mediante un mensaje, lo único que debía hacer era poner aquella dirección en el GPS y dejarme llevar. Y tras una larguísima y tortuosa espera, salí disparada hacia mi coche. Normalmente tenía un sentido de la orientación pésimo, era capaz de perderme en una rotonda, pero aquella vez no sabía si había sido cosa del destino, el cosmos, o qué, pero conduje concentrada en las indicaciones y, por una vez, no me perdí.

No sabía exactamente cómo me había imaginado que sería su estudio, pero desde luego no me imaginaba aquello. Me encontraba fuera de la ciudad en uno de sus muchos polígonos industriales, concretamente en una de las zonas donde descansaban algunas de las más importantes fábricas, que ahora estaban cerradas. La crisis había hecho mella.

Ya había anochecido y la zona era un tanto tétrica, aun así, caminé unos cuantos metros y me vi frente a un almacén, a simple vista vacío. No se escuchaba nada, parecía que allí no debía haber ni insectos; Sin esperarlo, la puerta, de acero, se abrió y varios chicos con guitarras salieron entre risas. Al principio no repararon en mí, hasta que el más joven de todos me sonrió.

—Tú debes de ser Nadia —Asentí—. Alan te está esperando en el

segundo piso, en la puerta dieciocho.

Después de darle las gracias y adentrarme en aquel almacén, me quedé parada. ¿Segundo piso? ¿Puerta dieciocho? Pero ¿qué narices era aquello?

Entonces fue cuando me di cuenta: me encontraba en una especie de recepción bastante bien decorada con las paredes repletas de fotos. Había varias máquinas expendedoras. Más que un almacén parecían unas oficinas. Me fijé que había varias puertas, pero pasé de largo, subí por las escaleras de hormigón hacia la segunda planta y me di de bruces con más puertas de las que podría haber contado. Tenía que dirigirme a la dieciocho, así que empecé a buscar hasta que vi que alguien salía de la puerta que, en teoría, se encontraba Alan.

No me hizo falta que se diera la vuelta, reconocí perfectamente aquella inmaculada espalda. Cuando se giró sonreí como una idiota.

—Pensé que te habías perdido —Se hizo a un lado—. Pasa.

Cuando me dio paso, me encontré dentro de una habitación perfectamente insonorizada. Había varios carteles de grupos de jazz y varios aparatos electrónicos, que no sabía para qué servían; lo único que reconocí fue una tabla de mezclas. Junto a una de las paredes había un pequeño sofá de dos plazas. Me indicó que me sentara y no dudé en obedecer. Fue entonces cuando me di cuenta de que sobre una de las mesas se encontraba el saxo. Lo miré expectante y se echó a reír.

—Nadia, me miras como si hubiera encontrado la solución al hambre en el mundo —Me eché a reír.

—No seas exagerado, te miro así porque eres una autentica caja de sorpresas. Cuando pienso que no puedes tener más recovecos en tu vida, resulta que eres músico. ¿Hay algo más que hayas hecho en Polonia que no me hayas contado? —Me encogí de hombros—. No sé, porno o algo así.

Negó con la cabeza mientras se echaba a reír, empezó a moverse con agilidad por la estancia mientras yo le observaba sin perder detalle. Llevaba unos vaqueros sencillos y una camiseta básica negra, y a mí no me podía resultar más impresionante; sobre todo si pensaba en que aquella suave tela estaba acariciando sus impresionantes tatuajes.

Estaba perdida en mis ardientes pensamientos, cuando vi que tenía el saxo en sus manos y lo toqueteaba.

—Nunca había hecho nada así —Levanté la cabeza y vi que me estaba mirando.

—¿A qué te refieres?

—A que nunca había traído a una chica al estudio, ni había tocado para ella. Es curioso: siempre hay cosas nuevas por hacer, da igual la edad que tengas.

Lo miré sonriendo como una idiota. La idea de que aquella situación fuera nueva para él, me hacía sentir súper bien. Para mí, casi todo lo que me pasaba con él era nuevo, pero siempre tenía la sensación de que al revés no ocurría igual.

—Pues es un honor ser la primera.

Me miró y esbozó una de sus sonrisas, en concreto mi favorita. Sentí que estaba al borde de babear como una idiota, pero no quería que se me notara en exceso. No podía evitar estar cada vez más pillada por ese hombre. Debía de llevar un cartel luminoso en la frente, pero si era así, a él no parecía importarle.

Pensaba que me preguntaría qué canción quería escuchar, pero no lo hizo y respiré tranquila, hubiera sido incapaz de pensar qué canciones quería escuchar: estaba nerviosa y expectante. Entonces, una pieza que conocía por casualidad —a mi madre le gustaba el jazz—, empezó a sonar por toda la estancia dejándome con la boca abierta. Se trataba de *Ifant eyes*, un tema de Wayne Shorter, un saxofonista compositor de jazz, y uno de los preferidos de mi madre; conocía muchos temas de aquel músico, incluido la canción que estaba tocando Alan. Fue en aquel momento cuando me alegré de que mi madre me hubiera inculcado desde siempre la música Jazz.

Entonces viví uno de los momentos más mágicos y extraños de toda mi vida. Alan había empezado a tocar abstrayéndome del mundo con él; no podía dejar de mirarle completamente embobada. Miré su ancha espalda y sus brazos, y me quedé encandilada en el movimiento de sus dedos sobre aquel saxo. Tocaba con tanta facilidad, que parecía fácil, tanto que, deba la sensación de que también podía tocar aquella canción como lo estaba haciendo él. La canción era tranquila, de esas en las que si cierras los ojos puede trasportarte a cualquier lugar. Había instantes en los que los cerraba y me trasladaba a una noche de Navidad. Todo estaba cubierto de nieve y, mientras me visualizaba paseado por una calle repleta de luces, sonaba esa canción. Después volvía al mundo real y veía que seguía allí, en aquel estudio, pero no dejaba de ser maravilloso encontrarse allí ya que podía ver cómo Alan tocaba con delicadeza, tanta que mi piel se erizaba solo de pensar en que esos dedos también me habían acariciado a mí.

Lo que más me impactaba era su expresión: mientras tocaba, cerraba los

ojos y sentía cada nota, incluso a veces sonreía como si en aquel instante fuera la persona más feliz del mundo. Verle tocar de aquella manera, me hacía percibir una cierta sensibilidad que ocultaba detrás de esa fachada que intentaba tener casi siempre. Tuve que hacer esfuerzos por no llorar, quizá era yo que estaba tremendamente sensible, o quizá fuera que él sabía tocar mis puntos clave. Igual era por lo bien que tocaba aquel saxo, o puede que aquella música me recordaba momentos bonitos vividos en mi infancia, pero, fuera lo que fuera, mis emociones estaban alborotadas.

Mientras observaba cómo se movía con dulzura, sentí que cierta ansiedad se me acumulaba en el estómago. Cada instante Alan se tornaba más y más especial. ¿Podía ser eso posible? Yo a su lado me sentía como una simple humana. ¿Podía aquel hombre, con aquella increíble sensibilidad, amarme de la misma manera que parecía amar la música?

Y a la misma vez en la que las emociones me embriagaban, el miedo salió a relucir. ¿Qué pasaría después? ¿Dónde irían todos estos momentos cuando él se fuera? ¿Qué haría yo con todo eso que sentía y que me ahogaba? Después de cómo Alan me hacía sentir, no podía ignorar el hecho de que no quería menos en mi vida. Quería todo aquello que solo Alan me hacía sentir, y temía, más que nunca, que aquello tuviera un fin.

Capítulo 23

Cuando acabó de tocar y me miró, se sorprendió por la forma en la que debía estar mirándolo. No oculté nada en aquel momento, era imposible esconder todas aquellas emociones; lo único que pude hacer fue llevarme los dedos a los labios y ocultar así el temblor que me producía las ganas de llorar que sentía en aquel momento. Él debió notarlo, porque dejó el saxo a un lado, tiró de mí levantándome, y me dio un abrazo que hizo que aquel momento mágico se tornara aún más increíble. La canción había terminado, pero en mi cabeza permanecía aquella melodía, pasara lo que pasara después de aquello, aquel momento sería el más especial de toda mi vida.

El camino de vuelta a casa fue tranquilo, yo volvía en mi coche y Alan me seguía con el suyo. Seguía tremendamente emocionada por todo lo que había pasado. Después de ver aquella fachada de hombre duro que Alan desprendía, verle tan vulnerable, tan sensible, me había dejado muda. Seguro que con su hija era así y en aquel momento deseé poder compartir cada momento con él. Después me paré a pensar, él me había hecho un regalo precioso, me había mostrado su don, y me había abierto su alma con esa canción. ¿Qué podía darle yo que iguala todas aquellas cosas?

Recordé el manuscrito de poemas y una idea me golpeó la mente. Sabía qué iba a hacer. En cuanto aparqué el coche y supe que Alan no me veía, saqué mi móvil y llamé a Jacqueline Amorós; si alguien era capaz de poder poner palabras a las emociones era ella.

JAQUELINE

Acababa de despedir a Nadia y aún seguía alucinada por la fantástica conversación que habíamos tenido. Cuando recibí aquella llamada, nunca imaginé que sería para aquello. Había escrito cartas, historias, poemas, pero

un poema personalizado, con las anécdotas y las emociones de otra persona, era algo que no había intentado nunca.

Puede que fuera por el embarazo, pero me encontraba extrañamente sensible, quizá aquello me viniera bien para expresar todo lo que Nadia me había pedido. Había llenado varias hojas de varios folios con las cosas que me había contado, incluso me había traído las canciones que le había escuchado tocar a Alan.

Cada vez tenía más curiosidad en conocer en persona a aquel hombre. Antes de adentrarme en mi despacho para desconectar del mundo y empezar aquel poema, eché un vistazo por mi salón. Klaus estaba sentado junto a los peques viendo *Hércules*, no sé cuántísimas veces habían visto aquella película, pero parecía que no se cansaban. Normalmente era yo la que se sentaba a verla una y otra vez, era una de mis pelis de Disney preferidas. Miré a Klaus, estaba enfrascado en la película, ajeno a mis pensamientos, sonreí, mi vida no sería la misma sin él, así que empecé a orientarme sobre el sentimiento que debían tener aquellas líneas.

Lo primero que hice cuando entré en mi despacho, fue poner el CD con las canciones que Nadia me había grabado, según ella, eran *covers* que Alan había grabado, y he de decir que me dejaron alucinada: aquel chico tocaba de maravilla. Mientras dejaba que la música me trasportara, releí varias cosas que me había dicho Nadia y no pude evitar sonreír. Me recordaba a mí, así que supe que no sería demasiado difícil expresar aquel sentimiento, solo tenía que recordar los inicios con Klaus. Después de terminar de escuchar por primera vez el CD, lo escuché de nuevo, esa vez me senté frente al ordenador y, después de inhalar aire, dejé que mis dedos y mi alma hicieran el resto.

Si cada instante que he vivido contigo, fuera un color, o un olor, todo se transformaría en un precioso arco iris, y todo olería dulce, casi tan dulce como tú.

Me has enseñado un mundo que jamás creí que podía existir, me llevaste por distintos caminos, unos hermosos, otros no tanto, pero no los cambio por nada, porque en cada uno de ellos, eras tú.

Eres música para mi alma, y también una suave tela que acaricia mis secretos y reconforta mis días. Eres música vibrante, música que eriza la piel y el alma, música que hace que vuele, sin moverme de la tierra.

Acaríciame por siempre con esos dulces dedos, y mírame con esos ojos de pasión anhelante, porque es de la única forma en la que sé, que realmente sigo viva.

Y si esto no funcionara, amado mío, siempre una parte de mí bailara tu son, y siempre que quiera revivir los instantes contigo, me esconderé del atroz mundo y dejaré que mi alma y cuerpo sean tuyos mientras escucho tu suave magia. Si tú supieras todo lo que puede llegar a albergar mi corazón... no te irías nunca.

Cuando abrí los ojos, después de haber terminado de escribir, y releí lo que había escrito, sonreí visible emocionada. Sabía en qué momento me había abierto por completo. *What a wonderful world* seguía sonando de manera ininterrumpida una y otra vez; si Alan ya me caía bien solo por las cosas que Nadia me había contado, cuando escuché que dentro de su repertorio estaba mi canción favorita, empecé a adorarlo.

Cuando levanté la vista y miré a mi espalda, vi que había tenido público, pero había estado tan absorta que no me había dado cuenta. Klaus se apoyó sobre el marco de la puerta y me miró sonriendo con las manos en los bolsillos. Caminó lentamente hacia mí y tendió la mano que acepté. Y allí, en medio de mi desordenado despacho, y entre todos los papeles de Nadia, bailamos la que sin duda era y sería por siempre nuestra canción. ¡Qué maravilloso es el mundo!

Seguía embobada, habían pasado varios días desde que Alan había desplegado sus dotes de músico profesional, y había conseguido enamorarme más de lo que ya estaba. No había podido agradecerle como merecía aquel detalle porque me había venido el periodo, nadie sabe lo que me enfadé con mis ovarios por someter a mi cuerpo a aquel sabotaje.

Pero tiré de paciencia y de varias dosis de resignación. Tampoco es que pudiera hacer nada, siempre había sido algo tiquismiquis respecto a mantener relaciones sexuales estando con el periodo. Carlota decía que eran tonterías de mojigata, pero a mí, sinceramente, me daba asco. Alan, por el contrario, se había divertido bastante intentando torturarme aprovechando mi situación. Si ya con visualizarle en su estudio me ponía a mil, verle pasearse por casa en ropa interior, o en una de sus mil posturas, lo empeoraba todo. A ese paso iba a morir por una combustión espontánea, como aparece en el libro *Si tan solo fuera sexo*.

Resoplé resentida. No podía concentrarme. A ese paso Alejo acabaría

despidiéndome; al menos Sonia y Leyre disfrutaban con mis historias de amoríos. Había pasado de ser hermética como un cofre, a tener la necesidad de expresar las increíbles cosas que me estaban pasando. Tenía ganas de volver a ver a Alan tocar, y ¿para qué mentir! Me moría de ganas por hacerle el amor en aquel sofá de dos plazas, rodeada de todos esos aparatos. Hasta había contemplado la posibilidad de hacerle el amor mientras tocaba. ¿Sería posible? Consulte en YouTube videos de músicos que tocaban el saxo. De repente, todo lo relacionado con ese instrumento me llamaba la atención. No quiero pensar lo que podría llegar a pasar si lo mío con Alan no terminara bien, o simplemente terminaba: probablemente me pasaría mucho tiempo evitando el sonido de aquel instrumento y lo rechazaría como repele algo que te provoca recuerdos que te conmueven el alma.

Jacqueline me dijo una vez que había estado años sin escuchar *What a Wonderful world*, era incapaz de escucharla entera sin echarse a llorar o a vomitar literalmente. ¿Me pasaría eso a mí?

Vi varios videos de un chico que tocaba el saxo increíblemente bien, su cara me sonaba de algo, pero no sabía de qué, probablemente lo hubiera visto en algún sitio; últimamente tenía la memoria hecha un desastre. Sentí que había alguien detrás de mí, pero no me hizo falta darme la vuelta para saber quién era, Alejo se acercó a la pantalla y esbozó una sonrisa.

—¿Qué haces mirando los videos del ex de mi hermana?

Entonces caí, ya sabía de qué me sonaba, había escuchado aquella historia al menos un millón de veces y, aunque María ya estaba repuesta, no podía evitar compadecerla.

—Ha sido sin querer, me sonaba de algo y no sabía de qué —Volví la vista al video y vi cómo aquel chico tocaba y bailaba a un ritmo que hizo que me preguntara cómo no se moría ahogado—. ¿Cómo esta ella? ¿Volvieron?

—Volvió a buscarla tiempo después, pero volvió a hacerle la misma — Me llevé las manos a la boca—. Pero bueno, aprendió la lección. Fue una coincidencia que tu amigo Izan y ella ya se conocieran. Le vino genial su ayuda.

—Me alegro —Me miré las manos—. Menudo cabrón.

El video ya se había terminado, miré la pantalla. ¿Qué podía haber llevado a aquel chico a ser tan capullo?

—No elegimos de quien nos enamoramos, Nadia, quizá ese fuera el problema del chico. Quizá no se enamoró de ella igual que ella de él, mi hermana vive en su mundo de piruleta.

Me eche a reír. Conocía a María y, aunque era bastante soñadora, no vivía en un mundo de piruletas, más bien, el mundo piruleta era en el que Alejo vivía muchas veces, o, mejor dicho, en su mundo de «Pirulos».

—Alejo, ella me contó los detalles de todo, o ese tío está tarado, o es un actor de narices, nada de lo que hizo fue normal. Odio a las personas así, aparecen en tu vida, hacen que las quieras y luego se van. ¡Eso es inhumano!

Negó con la cabeza sonriendo.

—Un momento —Se quedó pensativo—. Eso último que has dicho, ya lo había escuchado antes. ¿Es de un libro?

—Es de uno de los capítulos de *The Walking Dead*, se lo dice Dale a Andrea. —Me miró incrédulo—. Cuando lo dejé con Carlos, solo me sentía bien viendo la serie de zombies, quizá era porque me sentía un poco así, no lo sé, aquella frase se me quedó grabada.

Alejo se echó a reír por una broma que solo debía entender él y me dejó ahí, sin saber de qué narices se reía. Después vi unos cuantos videos más de aquel muchacho y me pregunté qué narices había estado pasando por su cabeza cuando se la jugó de aquella manera a María, y luego pensé en María. ¿Odiaría ella todas esas canciones?

Después de regresar al mundo real y terminar de adelantar unos cuantos manuscritos, en lugar de aprovechar mi hora de comer vagueando por la editorial, culturizándome a base de cotilleos, decidí conectarme al Skype. Pese a que había estado bastante entretenida con todo lo de Alan, una parte de mí no había dejado de pensar el señor Moore. Al principio no había casi nadie conectado, así que, resignada a estar un día más sin saber de él, me concentré haciendo monigotes sobre un folio.

—Nadia, ¿está mi hermano por ahí? —Cuando levanté la vista vi que María se había parado frente a mi mesa, me sorprendí al verla, a veces el universo es curioso. Justamente el día en el que había hablado con Alejo sobre su hermana, se presentaba en la editorial. ¿Debería empezar a creer en la famosa ley de la atracción?

—¿No está en su despacho?

—No.

Fruncí el ceño, no le había visto salir del despacho, aunque también era verdad que solía empanarme de una manera asombrosa. Siguiendo mi consejo lo llamó por teléfono, le dijo que tardaría media hora en llegar porque estaba en una reunión importante. Miré hacia otro lado cuando María me lo contó. No estaba segura, pero apostaba lo que fuera, a que aquello era un

cuento, seguro que estaría con alguno de sus nuevos ligues. Después de ofrecerle una de las sillas que estaban cerca de mi mesa, tocamos distintos temas banales hasta que el silencio nos golpeó de manera aplastante. La miré durante unos segundos, era ahora o nunca.

—¿Sabes qué? —María levantó la cabeza y me sonrió—. Justamente hoy, hemos estado hablando tu hermano y yo de ti.

—Vaya, ya decía yo que me pitaban los oídos. ¿Y se puede saber sobre qué tema cotilleabais?

Dude durante unos segundos pensé en no decirle la verdad, pero al final me decidí.

—Estaba viendo unos videos y por casualidad apareció un video del aquel chico con el que saliste hace unos meses —Su cara palideció durante unos segundos—. Me dijo tu hermano que, después de lo que me contaste, volviste con él.

Miró hacia otro lado durante un rato y pensé que no me contestaría hasta que la vi tomar aire.

—Sí, tres días después me llamó y me dijo que quería hablar, se dio cuenta que me quería y que había sido un error; me pidió perdón y yo, como una idiota, lo perdoné. Dos semanas después volvió a las andadas

—Joder —Miré al suelo—. Lo siento.

—Esta vez no pude esperar, así que cogí el coche y me planté en su casa, si le dejaba unos días para pensar volvería a pedirme perdón y necesitaba que me fuera sincero, sabía que la única manera de que lo fuera era pillándolo por sorpresa.

—¿Y te dejó?

—Me dijo que estaba confundido y que no quería tomar ninguna decisión estando así. Así que la decisión la tomé yo, no podía permitirle que siguiera haciéndome daño y, con todo el dolor del mundo, le dije que ya no le esperaba más; justo ahí todo terminó.

La miré en silencio durante un rato, solo quien ha pasado por una ruptura dolorosa puede llegar a entender qué se siente, sobre todo cuando dejas a alguien a quien amas. Se acaba comprendiendo que antes que a nadie se debe amar a uno mismo.

—Verle llorar no ayudó en nada, pero en ningún momento me detuvo. Lo único que me dijo es que el sí que me quería, pero había algo que fallaba, que no le hacía sentir lo que debía. ¡Y Dios!, aquello me mató. Es horrible oír algo así de alguien de quien te has enamorado, y más cuando ese alguien

horas antes actúa como si fueras el centro de su mundo.

—No hay quien lo entienda.

—Desde luego que no —Su rostro se había entristecido y pude ver cómo le seguía importando—. Pero aun así, pienso en él casi cada día, a veces intento ver sus videos, pero aún sigue doliendo un poco, llámame blanda — Sonreí y la miré con cariño—. Me llevó tiempo entender por qué había tenido que conocerlo, pero como todas las cosas que pasan, todo tiene un porqué — Fruncí el ceño—. En el mes que estuve con él estaba tan absorta en su mundo, que la pintura quedó en un segundo plano. No fue hasta que se terminó definitivamente y estuve en plan zombie, que pude sacar a flote todo lo que llevaba dentro, gracias al resentimiento que sentía. Creé varios de mis mejores cuadros, de hecho tardaron solo semanas en venderse. Apareció en mi vida para llevar mi creatividad al máximo nivel, aunque fuera a través de la tristeza. Desde entonces mis obras son mejores, su cometido era ese, y aunque hay días que me vengo a bajo, el resto del tiempo estoy bien.

—¿Y crees que valió la pena?

—Bueno, odié al universo por ello. Pero con el tiempo me di cuenta de que aprendí mucho con él y eso que estuvimos un mes escaso, pero me enseñó infinidad de cosas que aún hoy pongo en práctica. Crecí como persona y, bueno, nadie pasa por nuestra vida por casualidad. Seguramente a ti te haya ocurrido alguna vez algo parecido, quizá un día llegarás aquí, triste por un mal de amores y topará con una historia, que dado el estado algo más sensible de lo normal, pudieras sentir esa empatía especial que, quizá, estando bien no hubieras visto.

Me paré a pensar y justamente fue eso lo que me ocurrió cuando *Si tan solo fuera sexo* tocó mis manos por primera vez.

Estuvimos hablando durante un rato más hasta que vimos a Alejo aparecer, antes de que ambos se encerraran en su despacho, le hice una última pregunta.

—Una cosa —Se volvió hacia mí—. ¿Puedes escuchar la música que compartiste con él?

Ella sonrió.

—No. Pero sé que toda esta historia no ha acabado aquí. El destino es tan caprichoso que estoy segura de que, tarde o temprano, volveré a encontrarme con él. Puede que como amigos o como sea, y sé que, será entonces cuando esa maldición que me impide escuchar cierta música desaparecerá.

Le sonreí antes de que me dijera adiós con un gesto con la cabeza, me

quedé pensativa. Últimamente las historias de amor inconclusas o con un final triste me afectaban, quizá fuera empatía, o era el terror que sentía al presentir que algo así acabaría ocurriéndome a mí. Después recordé brevemente un artículo que leí sobre la ley de la atracción, yo misma atraería las cosas buenas y malas si no paraba de darle vueltas; así que intente dejar mi mente en blanco, o al menos rellenarla con tíos buenorros e islas paradisiacas. Si la ley de atracción era cierta, me esperaba una isla paradisiaca con tíos buenos. ¡Qué sufrimiento!

Estaba a punto de apagar el ordenador cuando una lucecita naranja parpadeante me removi6 el est6mago.

—Dichosos los ojos que la ven conectada, me ha tenido abandonado señorita Sánchez

—¡Señor Moore! No imagina cuánto me alegra saber de usted, he estado muy liada últimamente,

—¿Me ha echado de menos?

En aquel instante, quité los dedos del teclado... ¿Por qué tenía aquella sensación rara en el est6mago?

—No me obligue a ser sincera, que luego se arrepentirá.

Miré la pantalla sonriendo, la respuesta estaba clara.

—Eso es un sí.

—Usted es un creído.

—Y a usted eso le gusta señorita, no me diga que no.

—Yo no digo nada, que luego todo se sabe.

—¿Está usted en la editorial ahora mismo?

—Sí. Estoy conectada porque necesito un descanso, no he parado en todo el día.

Carraspeé y miré a mi alrededor por si alguien había podido leer la mentira que acababa de decir, vi que estaba sola, y sonreí.

—Hay algo en lo que no he parado de pensar estos días. Quizá me esté volviendo loco, pero tengo que decírselo.

—Me está asustando, ¿va todo bien?

—Sí, no es nada malo. Solo que... es atrevido.

—Señor Moore...

—Tantos días sin saber de usted y no podía dejar de pensar. ¿Me deja mandarle una foto?

—¿Una foto?

—Sí.

Mire la pantalla del ordenador mientras tragaba saliva. No podía ser lo que estaba pensando, no podía ser, ¿no?

—Moore, creo que, si me está preguntando eso, es porque no cree que sea muy ética la foto que digamos; sino no preguntaría, la mandaría y ya está.

—A la porra la ética, Nadia... ¿Hay alguien cerca?

—No, están comiendo o en reuniones. Pero Moore, oye, no quiero serle brusca, pero se está equivocando conmigo.

—Vamos, Nadia, no hace daño a nadie, necesito enseñarle algo que usted provoca en mí. Mire, me voy a hacer la foto. Luego haga lo que crea mejor, descárguela o no, pero necesito que pueda ver lo que consigue.

Me llevé las manos a la boca, apenas podía parpadear, el corazón me iba a mil, miré a mi alrededor otra vez, no había nadie, llené de aire mis pulmones y lo expulsé fuera, estaba nerviosa. Apareció una foto borrosa en la pantalla con un botón en el centro para descargarla. ¿Estaba preparada para ver el pene de un hombre que me atraía por su mente? Llevé mi dedo al ratón y lo guie al centro de la foto, estaba a un solo «clic» de cambiar mi relación con un posible fichaje para la editorial. Tenía dos opciones, aceptar o no. Cerré los ojos y apreté sobre la foto para su descarga. Ya había elegido mi destino.

Cuando abrí los ojos, una foto se hizo clara. Entonces me quedé de piedra. Era el torso de un hombre con una camisa y un chaleco de lana muy esnob. Me llevé las manos a la cabeza y roja como un tomate empecé a reírme.

—¡La madre que lo parió! Casi hace que me dé un algo. Se estará riendo bien a gusto.

—No lo sabe usted bien, hubiera pagado por ver su cara. ¿En serio creía que iba a ser una foto de mi miembro?

—¡Pues sí! Como me lo ha dicho en ese plan... ¡Dios!

—Aun así, la ha descargado.

—Después de leerme su libro, ¿cree que podría ignorar esas cosas?

—¿Le gusta mi chaleco? Lo vi y pensé en usted.

—Parece de pijo repelente, pero sí, es bonito.

—Quizá me lo ponga para cuando la conozca en persona, que será en dos semanas. He recibido una llamada del editor jefe. Ahora mismo me es imposible acudir, tengo cosas que cerrar en mi trabajo, pero ya hemos fijado una fecha. ¡Estoy impaciente! Tenía muchas ganas de contárselo. Bueno, me tengo que ir, espero que hablemos más a menudo. ¡Mire lo que he tenido que

hacer para llamar su atención! La próxima foto será con mi pijama a cuadros. Le advierto desde ahora mismo.

Me llevé las manos a la boca y di un breve alarido. ¿Qué? Antes de que pudiera contestar, el señor Moore se había desconectado. Y en parte deba las gracias porque me había quedado de piedra. El corazón me latía desesperadamente. En dos semanas, por fin, podría ponerle cara al creador de una de las historias que más me había impactado en mucho tiempo. Debía reconocer que aquello me producía una sensación extraña; unos nervios extraños se adueñaron de mí en aquel momento y supe que no me abandonarían en muchos días. Miré de nuevo la foto y sonreí. Me pareció raro que no me mostrara su cara, al fin y al cabo, le vería en unos días. Me apoyé en el respaldo de mi silla y me la quedé mirando un buen rato.

Lo único que me hizo apartar la vista de la pantalla fue una llamada de Alan. No sé por qué, pero quite la foto de Moore; me sentía, en cierto modo, culpable. Disimulé lo que pude, ya que hasta yo misma me notaba rara, pero él pareció tener mucho lío porque no me dijo nada. Me pareció raro, ya que él solía notar esas cosas. Me dijo que no sabía a qué hora llegaría a casa, ya que su hija estaba bastante resfriada y quería estar cerca de ella, cosa que entendí perfectamente; incluso me invitó a ir a cenar con sus padres para que así pudiera conocer a su pequeña, pero aquello me pilló tan de sorpresa que no supe qué decir. Lo entendió a la perfección, ya que él mismo dijo que quizá estando su hija malita, no era el mejor momento de conocerme.

Sonreí y le di las gracias por adivinar mis pensamientos. Cuando colgué la llamada, se me quedó un «te quiero» en la garganta; resoplé, necesitaba aire.

Hacía frío, pero yo tenía calor; tenía algo dentro de mi estómago que no me dejaba estar tranquila, era como una premonición de algo, pero no sabía de qué.

Capítulo 24

Paseé por las calles más céntricas. Aunque no hubiera aceptado la invitación de Alan, pensaba que lo mejor era comprarle algo a su hija. Entré en una tienda de niños y compré una mantita de unos dibujos de Disney que, sabía por Alan, que eran los preferidos de su pequeña; también le compré varias películas del antiguo Disney que tanto me habían marcado. A lo tonto, acabé con tres bolsas para su pequeña y me sentí súper feliz.

Entonces se me ocurrió una idea, pero antes de ponerme en marcha, entré en una tienda de caballeros. Encontré una bufanda que me había gustado para mí.

Puse el nombre de la urbanización en la que Alan me había dicho vivían sus padres en el GPS y me puse en marcha. No sabía exactamente qué casa era de todas las que allí habrían, pero lo dicho: preguntando se va a Roma.

Tardó tan solo dos tonos en responder, yo estaba nerviosa, y no dejaba de reír.

—¡Hola, Nadia!

—Hola feo, ¿cómo va la peque?

—Dando por culo. Tiene casi cuarenta de fiebre y está tan normal.

—Ha salido a su padre.

—No me hagas decirte lo que te haría su padre si te tuviera ahora mismo delante.

—¡Alan!

—Tranquila —Escuché su risa—. Estoy en la cocina, he bajado aquí para hablar contigo.

—Estas en casa de tus padres, ¿verdad?

—¡Claro! ¿Dónde voy a estar?

—Sal, estoy aquí.

—¿Cómo?

—He venido a traer unas cosas a Daniela.

En aquel momento dejé de escucharle, miré varias veces el móvil por si se había cortado, pero no, fruncí el ceño y dudé de Alan, pero escuché una

puerta abrirse y salí del coche. Cuando vi a Alan venir hacia mí, tan contento, me sentí mal por haber pensado mal unos quince segundos. Me dio un tremendo abrazo de oso y después me besó como si llevara semanas sin verme; el corazón me iba a mil.

—¿Por qué no me habías dicho que venías?

—Quería que fuera una sorpresa —Le acaricié los labios.

—¿Cómo has encontrado la casa? ¿Te había dicho cómo llegar?

—No, pero existe algo llamado GPS, e intuición para dar con la casa.

—¿Has preguntado a las vecinas?

—Sí, muy majas, por cierto.

Me sonrió con ganas y yo me sentí como una tonta enamorada. Después de estar hablando un ratito, empezó a hacer frío con ganas y él solo llevaba una camiseta de manga larga. Se estaba quedando helado, aunque lo intentara ocultar. Le dije que tenía que irme a ver a Carlota —sí, mentí—, así que después de ayudarme a sacar las bolsas del coche, me dio un abrazo enorme y me besó poco antes de meterme en el coche. Bajé la ventanilla y le miré.

—Más tarde te llamo para ver cómo sigue la peque, ¿vale?

—Vale, aunque ya te digo que va a estar como loca después de ver todo esto, no deberías...

—¡Alan! No te pongas pedante —Sonrió—. Ve dentro, vas a terminar por ponerte mal tú.

Poco después estaba volviendo a casa súper feliz. Aquella simple tontería de ir a verle por sorpresa, con regalos para su nena, me había hecho sentir genial y, aunque llevaba media hora en casa y ya echaba de menos a Alan, lo llevaba mejor. Cené algo rápido y me fui directa al ordenador, habría estado genial poder concentrarme en el trabajo, pero era como pedirle peras al olmo.

Incluso intenté concentrarme escuchando a Ed Sheeran, ese chico siempre conseguía que me tranquilizara y despejara mi mente, pero en aquellos momentos, mientras escuchaba esas canciones, solo podía pensar en bailar y en Ed: era tan «cuqui».

Después de estar un rato mirando a la nada, decidí conectarme en Skype y ver quién había por allí. Lo admito, que estuviera Moore era uno de los principales motivos para ello. Y para mi sorpresa allí estaba.

—Buenas noches, Moore.

—¡Qué sorpresa! Ya pensaba en irme a dormir, parece que no hay nadie vivo.

—Yo soy una de las pocas supervivientes.

—¿Duerme poco?

—Menos de lo que debería, pero bueno, ya está empezando a ser una costumbre.

—¿Usted sabe lo que envejece la piel no dormir bien?

—¿Y usted sabe que me acaba de parecer un pedante? —Sonreí negando con la cabeza.

—Sí, tengo gran poder de intuición, señorita Nadia. Si no fuera tan tarde, la invitaría a un café.

El corazón se me paró en ese instante. ¿Verle cara a cara?, ¿a solas? La simple idea me puso muy nerviosa, aun así, recuperé el aliento y le contesté todo lo natural que pude.

—Siempre llego tarde a todo, supongo que es mi cruz.

—Bueno, el café sigue pendiente.

—Por supuesto, Moore. Por cierto, aprovechando que es tarde... ¿Está usted solo ahora mismo?

No contestó en varios minutos, cosa que hizo que me echara a reír. Aproveché para ir a buscar la bufanda que me había comprado esa tarde, que en cierta manera me recordaba a él. Cuando regresé él estaba escribiendo.

—En estos instantes, sí. ¿Por qué me lo pregunta?

—Bueno, esta tarde he estado de compras y he visto algo que me ha recordado a usted.

—¡Vaya! ¿Y qué es? Si se puede saber.

—Ahí viene el problema, no es muy ético enseñárselo, la verdad.

—Venga, no exagere, seguro que es cualquier chorrada.

—Es lencería. Lencería típica de pija de las que a usted le deben gustar. Llevo puesto ahora mismo el sujetador. ¿Quiere verlo?

—No me lo está diciendo en serio, ¿verdad?

—No veo qué problema hay, es como si me viera en bikini, no sabía que era tan escrupuloso.

—No soy escrupuloso, pero hoy casi se muere cuando pensaba que le iba a mandar una foto de mi enorme látigo varonil.

Tuve que tomarme unos segundos para contestar, ya que estaba riéndome con todas mis ganas.

—¿Enorme látigo varonil? Está hablando de su enorme ego, no es ¿así?

—Piense lo que quiera. La culpa es suya, me tiene desconcertado.

—Bueno, yo le mando una foto, si quiere verla o no, ya es cosa suya.

—Nadia...

No le contesté, me enrollé la bufanda al cuello, y me hice la foto sonriéndole. Le di a enviar y me quedé mirando la pantalla sonriendo. Cabía la posibilidad de que no descargara la foto. Eso no sabía exactamente cómo me iba a hacer sentir. Poco después vi las palabras mágicas: «escribiendo» y me llevé las manos a la boca.

—No sé ni qué decirle. No niego que me he reído, en el fondo soy bastante crédulo.

—¿Le gusta mi bufanda, señor Moore?

—Me encanta, muy de mi gusto. ¿Lo ha hecho expresamente?

Iba a responderle cuando mi móvil empezó a sonar, cuando vi que era Alan, un pequeño sentimiento de culpabilidad se hizo patente. Mientras aceptaba la llamada le puse un icono a Moore de un teléfono.

Como había vaticinado Alan, su hija estaba como una loca jugando con todo lo que le había llevado. Ya había tenido que ver dos veces la sirenita, y me hacía responsable a mí; estaba tan entretenida hablando con él que olvidé por completo el ordenador. Hablamos cerca de una hora. Podía escuchar a su hija de fondo, me partía de la risa: parecía un encanto. Un rato después, nos dimos las buenas noches y fue cuando caí en el señor Moore.

Se había desconectado unos diez minutos después de que me llamara Alan, supongo que se había cansado de esperar. De todas formas, no se había ido sin dejar un mensaje:

—Debe de ser una llamada importante, me encantaría esperarla, pero en unas pocas horas me levanto. Debo ser bueno e irme a dormir ya. Gracias por el ratito de hoy, tiene un gusto exquisito para las bufandas. Descanse Nadia, nos vemos en unos días.

Capítulo 25

Hacía varios días de aquella última conversación con el señor Moore, no habíamos vuelto a coincidir en Skype, y eso me alteraba un poco. En aquellos días con la «semiausencia» de Alan, y la ausencia completa del Señor Moore, había llegado a tener sentimientos encontrados, y ya era hora de admitir que sentía atracción hacia Moore. La causa en sí, no la sabía, puede que fuera admiración, con una mezcla de misterio, pero aquella sensación me hacía sentir mal. Me sentía terriblemente culpable cuando pensaba en Alan, estaba loca por él, cada poro de mi piel vibraba con su simple presencia. ¿Qué me pasaba? ¿Se puede sentir algo por dos hombres a la vez?

Deseché aquel pensamiento y miré el reloj, Alejo me había dado permiso para salir un poco antes de trabajar. En aquellos días, había intentado no pensar tanto en Alan y en el señor Moore y había duplicado mi esfuerzo en el trabajo; era un poco triste que mis ansias por no pensar en lo que ocurría en mi cabeza, me llevaran a estar centrada en mi trabajo.

Salí todo lo rápido que pude de la editorial, aquella mañana me había dejado Alan en el trabajo y se había llevado mi coche, así que la vuelta me tocó hacerla a pie. Tampoco me importó en exceso, últimamente había abusado un poco de la bollería a la hora de almorzar, así que caminar durante un rato me vendría de perlas, quizá hasta, con un poco de suerte, me pasara por la cafetería a ver a mi hermana; pero pensé que me encasquetaría a mis sobrinos para hacer alguno de sus recados y me lo pensé mejor.

Decidí ir a casa y tumbarme a la bartola: mi hermana sabía que si me necesitaba solo tenía que llamar y, de hecho, lo hacía bastante.

Cuando crucé una de las calles, vi que el sol se abría paso entre los edificios y lucía cálido y esplendoroso. Llevada por un buen humor momentáneo, decidí sentarme en una cafetería con el sol de cara y tomarme un estupendo café con leche de soja. Aunque el ambiente estaba fresco, el sol me calentaba la cara, y la verdad es que daba gusto.

Debido a la prohibición de fumar dentro de los locales, las terrazas, a finales del mes de febrero, estaban repletas de gente. Eso sí, todo el mundo

con sus abrigos y bufandas, pero felices por fumar mientras tomaban su café.

Para mí, que no era fumadora, la ley era toda una bendición, al menos podía entrar en un local y no salir con un olor espantoso a humo de tabaco.

Sonreí como una idiota cuando un flash de la noche anterior azotó mi mente. Era una perversa, no cabía duda. Había sido una auténtica pasada. En cuanto salí de la editorial corrí hasta mi casa donde me duché y me perfumé a conciencia, me moría de ganas por perderme en el cuerpo Alan; de hecho, había tenido pensamientos lascivos durante todas mis horas laborales: estaba como una moto.

Después de dudar sobre mi atuendo, decidí por esperarle desnuda, así captaría el mensaje sin que le quedara la menor duda. Contaba con que Alan era verdaderamente puntual, así que no moriría congelada durante la espera y, tal y como había imaginado, Alan abrió la puerta de casa y entró tarareando al tiempo que dejaba las llaves sobre el mueble de la entrada.

Con cuidado, se quitó el abrigo y lo dejó en el perchero. Fueron varios segundos los que pasaron hasta que levantó la vista y me vio allí, de pie, desnuda y ofreciéndome a él con una socarrona sonrisa. Creo que pude ver como su pantalón se ensanchó de golpe; me relamí del gusto, nada me gustaba más que ver el poder que ejercía sobre él.

Alan siempre había sido pasional, pero ahora era algo descomunal. ¿Podía ser que se sintiera mejor con su físico y diera rienda suelta a todas sus fantasías? Recordé que cuando tenía veinte años tenía tantos absurdos complejos que jamás se me habría ocurrido esperarlo de aquella manera, quizá fuera ese el problema; probablemente si en aquellos años hubiera hecho todas las cosas que hacía en ese momento, lo habría tenido empalmado durante semanas. Claro que..., aunque mi perversión estuviera oculta, él siempre estaba empalmado: precioso, el amor adolescente.

—¿Acaso quieres que muera de un infarto? —susurró mientras metía sus manos en los bolsillos y caminaba hacia mí—. Ya tengo una edad.

—Me pone como una moto tu edad —Sonrió—. Y la forma en que me miras; lo haces como si fuera...

—¿Comestible? —Al escuchar sus palabras y ver su mirada penetrante, con esos oscuros ojos, sentí un latigazo en mi clítoris que hizo que casi llegara al orgasmo. Cerré los ojos durante unos segundos mientras asentía con la cabeza—. Para mí, sí eres comestible; y me encanta comerte, lo sabes, ¿no?

En aquel momento me quedé sin respiración, el corazón empezó a

bombear tan rápido que sentí un leve mareo. Tenía el bello de punta y ciertos nervios en el estómago por la anticipación. En aquel momento, lo único que quería era que sacara la fuerza bruta que le caracterizaba, me empotrara en cualquier sitio y me hiciera gritar de placer. Y como casi siempre pasaba, Alan adivinó mis pensamientos. Sin mediar palabra, me agarró de los brazos con fuerza y me llevó hacia la pared más cercana, donde después de un empujón acabé empotrada; me había hecho daño al golpearme contra la pared, pero aun así me dio igual.

Mientras yo me relamía por la pasión que sentía, él se dedicaba a mirarme con los ojos rasgados de puro placer. Antes de que pudiera decir nada, me dio la vuelta y acabé con la mejilla en la pared. Supe al instante que se me hincharía un poco el pómulo al sentir un leve dolor. Pero en aquel momento, solo sentía la necesidad de Alan y no se hizo esperar. Me agarró la cintura con fuerza y antes de lo que habría esperado me penetró hasta el fondo haciéndome gritar, ¡Dios! Aquello era una verdadera delicia.

Sonreí como una idiota y sentí que mis pómulos se habían tornado de un color rojizo, no me podía ver la cara en esos momentos, pero sabía que los ojos se me habían achinado y, probablemente, desprendían un brillo sospechoso. Llevaba parte de la mañana preocupada, y la otra parte con toda clase de pensamientos pervertidos, y aquellos recuerdos no ayudaban a mi calma. Estaba deseando que Alan se volviera a poner en mi punto de mira para repetir lo del día anterior. A ese paso acabaría por consumirlo, pero me había vuelto adicta a él, en todos los aspectos posibles.

Después de aquel café con leche, sentada cara al sol de febrero, me dispuse a seguir con el camino que me llevaría hasta mi casa. El haber estado con el sol dándome tan de frente, me había provocado cierta somnolencia; cerré los ojos durante unos segundos y me imaginé tirada en mi sofá echando una pequeña cabezadita.

Aceleré el paso, mi única obsesión era llegar a casa y dormir durante un rato. A decir verdad, me había pasado casi toda la noche haciendo el amor con Alan, no era raro que tuviera sueño, lo raro era que no me hubiera quedado completamente dormida durante el descanso para comer.

Cuando giré una esquina que a unos metros de mi piso, me di de bruces con una de las cafeterías que habían abierto hacía poco. Donde se erguía una impresionante cafetería con zona de estudiantes y biblioteca, antes había habido una tienda de ropa. Como tenía la cabeza en todos los sitios menos donde debía, siempre que volvía a casa por ese camino, corría el riesgo de

acabar empotrada en el cristal. Por más que intentara mentalizarme siempre me sorprendía la envergadura de aquel lugar; a veces pensaba que en breve acabaría convirtiéndome en una ameba, en una ameba perversa, pero en una ameba al fin y al cabo.

Caminé embobada mirando aquel cartel y aquellos enormes cristales y, como cotilla que soy, solo a veces, me adentré con la excusa de preguntar sobre el «bono estudiante». ¿Para qué? Pues no lo sabía, hacía años que no estudiaba, pero le diría que era para mi hermano o algo así. En realidad solo quería ver el interior.

Desde fuera no se percibía el increíble aroma a vainilla que reinaba en el lugar. Nada más entrar, la sensación de bienestar hacía que se tuvieran ganas de sentarse en uno de sus muchos sillones y refugiarse en algún mundo imaginario que solo otorga un libro, y perderse por todos los rincones de aquellas páginas, acompañado, únicamente, de un café, o cualquier otra cosa.

Estaba sonriendo como una tonta, cuando una pareja sentada en la otra punta del local, alejada de los cristales, llamó mi atención. Primero por la espalda tan llamativa que tenía el chico, y segundo por aquel gorro de lana que me resultaba tan familiar. Después de avanzar unos pasos, pude ver cómo la chica, a la que no veía bien, movía excesivamente las manos; no cabía duda de que estaban discutiendo. Iba a darme la vuelta para volver a casa cuando aquel chico hizo un gesto que hizo que me quedara un segundo más en aquella postura. Entonces, un recuerdo azotó mi cabeza llenándola de excesiva información. La cara de esa mujer yo ya la había visto. Y tanto que la había visto: ¡era Sarah!

Me quedé de piedra sin poder moverme, creo que hubiera soltado un alarido si no fuera porque, antes de lo esperado, ya había un joven explicándome todos los conceptos de hacerse socio. Yo asentía y fingía que lo escuchaba; creo que lo hacía bien porque en ningún momento pareció molesto. Después de haberme contado todas las ventajas de hacerse socio — que yo había ignorado—, le pedí un batido y me quedé sentada en una de las mesas que mejor me permitía observar aquella pareja. El corazón me latía a mil, sentía la sangre hirviéndome de manera preocupante, pero necesitaba controlarme. Ni siquiera estaba segura de que aquella mujer fuera Sarah, quizá fuera alguien que se le pareciera.

Diez minutos después ya estaba completamente segura de que era ella, jamás olvidaría esos ojos azules y esa cara de malvada de cuento Disney. ¿Qué podía estar haciendo ella allí? El hombre seguía dándome la espalda, y

no podía saber con seguridad si era o no Alan, lo cierto es que me resultaba familiar. ¿Y si de verdad era Alan? ¿Por qué no me había mencionado nada? Para aquel entonces yo era un manojo de nervios; por un lado, quería acercarme a aquella mesa y decirle: «¿Qué coño estás haciendo aquí?». Todo eso a la vez que mi penetrante mirada lo dejaba helado, así, mientras reaccionaba, podía mirar con más detalle a Sarah, pero no estaba dentro de una película, además, no era... nada de Alan como para reaccionar así. Aquello cada vez me ponía más nerviosa, necesitaba saber si Alan y yo teníamos algún compromiso, o si solo éramos amigos que se acuestan juntos.

Me miré las manos temblorosas a causa de los nervios y la rabia que llevaba acumulada, así que, sin pensármelo dos veces saqué mi móvil y le llamé, si no era Alan habría sabido que tenía un gemelo bastante atractivo.

Y si era él, ya me inventaría una excusa sobre la marcha. Me giré disimuladamente y marqué el número de Alan. No escuché ningún móvil por la cafetería; quizá no fuera él. Entonces, aquel hombre sacó el móvil del bolsillo y miró la pantalla, justo entonces dejó de dar tono. ¡¡¡Mierda!!! Me quedé unos segundos quieta por si acaso me devolvía la llamada, pero pasaron los minutos y él seguía hablando con ella; esa vez parecía que estaban más a gusto que al principio. Así que, llevada por una ira incontrolable marqué de nuevo, esta vez mirándolo fijamente. Él había dejado el móvil sobre la mesa, por lo que lo sintió vibrar, lo tomó, miró la pantalla y directamente rechazó la llamada.

En este instante sentí que me caía, el estómago me dio la vuelta por completo y empecé a sentir náuseas. Tuve que apoyar los codos en la mesa y dejar caer mi cabeza sobre ellas; si no me calmaba un poco, no podría actuar con normalidad, me acabaría volviendo loca y arrancarían los pelos de ambos a dos manos: odiaba las mentiras. Me sentía como una idiota.

—¿Por qué no lo coges? Parece ser importante —Escuché cómo aquella mujer hablaba; nunca había escuchado su voz y, la verdad, que me quedé asombrada, siempre había creído que hablaba perfectamente español.

—Tranquila —Sentí que el bello se me ponía de punta—. No era nadie importante.

Aquellas palabras se me clavaron en lo más profundo de mí. Su voz, aquella preciosa voz pronunciando esas palabras repugnantes... No pude quedarme más tiempo allí, dejé el coste del batido y salí corriendo de aquel lugar, el aire helado me ayudo a respirar mejor. ¿Por qué? ¿Por qué a mí?

Caminé los pocos metros que quedaban hasta mi casa llorando, sentía que

me faltaba el aire y que si no me controlaba acabaría por darme un ataque de ansiedad. Cuando llegué a casa y cerré la puerta me desplomé, lloré como hacía tiempo que no lloraba, los recuerdos abarrotaban mi mente de una manera atroz. ¿Cómo podían cambiar tanto las cosas en tan solo unas horas? Mi mente pasó por el recuerdo del primer día en el que nos encontramos, mi sorpresa al verle, la convivencia, el sexo, verle tocar, intimar de aquella manera. ¿Y ya no era nadie importante? Pasé del llanto profundo, a la rabia más inmensa. Estaba harta, harta de que siempre me pasaran las mismas cosas. Acababa de entender el porqué, y era porque siempre me sentaba a escuchar y acababa por perdonar cosas que no debía. Eso me llevaba a que pensarán que era gilipollas. Y así tío tras tío y ¡ya era suficiente!

Saqué las mochilas que había guardado en distintos sitios de mi casa, saqué toda la ropa de Alan que tuve a la vista, sus perfumes, sus papeles y todo lo que vi suyo. Fue entonces cuando me di cuenta de que él estaba en toda mi casa, ya no solo era un invitado en mi casa, se había convertido en mi compañero de piso y hacer desaparecer sus cosas era lo más duro que había tenido que hacer en muchísimo tiempo.

Habían pasado varias horas y aún no tenía noticias de Alan, eso me enfurecía porque no me hacía falta adivinar dónde y con quién estaba y aquello era más de lo que podía soportar. Estaba desecha de los nervios cuando tres golpes me sobresaltaron. Alan tenía llaves, así que, a no ser que las hubiera perdido se trataba de otra persona. Me acerqué con cuidado a la puerta y lo que vi por la mirilla me dejó atónita. Abrí de golpe la puerta. Daniel cayó en mis brazos hecho un auténtico desastre: tenía los ojos hinchados, el labio partido, sangraba por la nariz y estaba visiblemente dolorido.

—¿Qué ha pasado? —grité mientras lo ayudaba a pasar—. Daniel, ¿quién te ha hecho esto?

Le senté sobre el sillón y esperé hasta que empezara a hablar.

—El novio —susurró—, el novio de mi madre.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mi hermana me contó lo que visteis —Me miró a los ojos directamente y sentí que me mareaba; apenas podía abrirlos de lo hinchado que los tenía—. ¿Cómo pudiste no decirme nada? ¡Pensaba que éramos amigos!

—Y somos amigos —dije sollozando—. Le prometí que no te diría nada a tu hermana. Y ya la he traicionado muchas veces, tendrías que entenderme.

Asintió sin poder hablar, le miré detenidamente, no podía dejarlo así tenía

que llevarlo a un hospital.

—Dani, tenemos que ir al hospital.

—No hace falta, tampoco estoy tan mal —Fruncí el ceño.

—Dani, mírate —Me puse en pie y me puse el abrigo—. Cada vez estás peor, y esto no se puede quedar aquí.

Después de refunfuñarme durante diez minutos, accedió. Llamé a Carlota que puso el grito en el cielo, supe que la había interrumpido en una cita, pero le preguntaría de quién se trataba cuando las cosas estuvieran más calmadas. Después de costarme Dios y ayuda meterlo en el coche, tomé su móvil y contesté a una chica que había estado llamado varias veces, me dijo que había estado delante cuando todo había pasado, así que le dije a qué hospital me dirigía y que nos veríamos allí.

Conduje lo más rápido que pude y así fue, porque fui la primera en llegar. Me ayudaron a sacar a Daniel del coche y lo entraron a urgencias. Tuve que decir que era su novia para que me informaran de algo, pero después de varios minutos me dijeron que estaba en observación con un golpe bastante fuerte en el costado, y que ya me avisarían si había algún cambio.

Y allí me quedé, en las puertas de urgencias, con mi ropa manchada de sangre y temblando por los nervios. Estaba a punto de darme un ataque, cuando Carlota apareció en mi campo de visión, me eché a llorar bastante antes de que llegara y cuando llegó a mi altura nos abrazamos en un abrazo largo.

—Estás llena de sangre —dijo temblando mientras me miraba—. Dime que está bien, ¡dime que está bien!

—Tranquila, está en observación. Ahora iré a decirles que has llegado.

Justo cuando iba a adentrarme al hospital para informar que su hermana había llegado, vi llegar a Izan que corría hacia Carlota y se fundían en un abrazo, para después y para mi sorpresa en un beso. Fingí que no me había dado cuenta y me fui a dar la nueva información. Minutos después, una enfermera salía a llamar a Carlota. Eso nos dejaba a Izan y a mí en un incómodo silencio en aquella sala de espera. Le miré de reojo aun con el corazón latiéndome a mil.

—¿Me puedes decir qué cojones haces con Carlota? —Él me miró y volvió a mirar al frente—. Te estoy hablando, no me ignores.

—Con Nerea no iba bien, ya te lo dije —Se pasó la mano por el pelo.

—¿Y ahora follas con Carlota? ¿Pero tú estás loco?

Me miró fijamente, con una expresión que nunca había visto

—Háblame con un poco de respeto, Nadia. Carlota lleva en tratamiento para la ansiedad desde que hicisteis la locura de seguir a su padrastro: no imaginas todos los problemas que ha llegado a tener. En un principio solo éramos psicólogo y paciente...

—¿Y desde cuando estáis liados? ¿No es eso ilegal?

—No estamos liados, estamos enamorados. Y no es legal, por eso en cuanto empecé a sentir algo más por ella la derivé a una compañera amiga mía, ella es quien la trata ahora.

Me llevé las manos a la cabeza. ¿La golfa de mi amiga estaba con mi mejor amigo psicólogo? Pero ¿en qué puto mundo paralelo me habían metido?

—Izan... tú, tú sabes cómo es ella, te he hablado mil veces sobre cómo es, yo...

—La conozco mejor de lo que crees —Puso su enorme mano sobre las mías—. No te preocupes.

Iba a reprocharle, cuando una chica de la edad de Daniel entró como una exhalación a la sala de espera, tenía la expresión de terror reflejada en la cara y supe que era la chica con la que había hablado por teléfono.

—¿Eres la amiga de Daniel? —Rompió a llorar antes de contestarme.

—Ha sido horrible, pensaba que lo mataría —Izan se me había adelantado y como buen psicólogo ya estaba intentando tranquilizarla—. Si no llega a ser por mi hermano, lo hubiera matado.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó Izan mientras yo seguía en shock.

—Está fuera con Carlota y la policía, se va a poner una denuncia dada la gravedad de la paliza —dijo secándose las lágrimas—. Mi hermano ha llegado justo cuando estaba dándole fuerte a Daniel, se ha metido por medio y ha sido cuando Daniel ha podido irse corriendo.

—¿Tu hermano está bien? —dije en un susurro, aún no sabía quién era aquel chico, pero le estaría eternamente agradecida.

—Mi hermano es un hombre grande, solo tiene un golpe en el pómulo, es el otro, él que ha salido peor parado.

—¿El tío ese está aquí, ahora mismo? —exclamé nerviosa. La idea de que Daniel pudiera verle de nuevo me ponía nerviosa.

—Ha venido con el furgón policial, no sé nada más... —diciendo esto, se sentó en una de las sillas y se puso a llorar.

Izan y yo nos quedamos unos segundos sentados junto a aquella chica. Yo aún tenía restos de sangre por la ropa y por las manos, pero era incapaz de

moverme. Poco después, Izan me hizo una señal para que supiera que salía un momento a ver cómo iba todo, yo me quedé en silencio al lado de aquella chica que ahora miraba a la nada, igual que yo.

—Sabía que iría a tú casa —susurró y la miré—. Está enamorado de ti, Nadia, aunque lo niegue, no puede evitarlo —La miré con cara de terror, aquella chica hablaba en serio y sabía mi nombre, me puse nerviosa al instante—. Tranquila, solo lo sé yo.

Asentí mientras me echaba a llorar de nuevo. Necesitaba aire, así que después de acariciar la cabeza de esa chica, salí a ver cómo iban mis amigos, a varios pasos de mí había dos policías, estaba Carlota y a su espalda Izan sujetándole la cintura. Había más personas que no podía ver con claridad, cuando estuve junto a Izan me di cuenta de que el color de su piel había cambiado de rosa al amarillo, parecía que estaba a punto de vomitar cuando me miró, abrió mucho los ojos, pero no dijo nada. Iba a recriminarle, cuando el policía que estaba frente a mí se hizo a un lado y vi a Alan hablando con el otro policía que tomaba nota. Él corazón se me aceleró de manera incontrolable, pero aquello no era lo más impresionante. Lo más impresionante era que, tras él, Sarah llevaba a su hija en brazos y estaba visiblemente asustada; allí estaban los tres, como una bonita familia feliz. En aquel momento sentí que todo lo que había a mi alrededor daba vueltas, hasta que, por fin, me adentré en una oscuridad que solo me brindaba la tan ansiada paz.

No sabía qué había pasado hasta que un dolor punzante me hizo abrir los ojos. Me dolía tanto la cabeza, que ni siquiera podía articular palabras.

—Ya ha abierto los ojos.

Escuché a alguien hablar como si estuviera a kilómetros de mí, pestañee varias veces más, aunque eso me llevó a dar un leve quejido.

—Menudo golpe te has dado —Ante mí vi a un enfermero que me sonreía—. ¿Te duele mucho?

Me ayudó a incorporarme y por fin pude ver que me encontraba en una habitación, tuve que mirarle de nuevo para saber dónde me encontraba.

—Un poco —susurré—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué hago aquí?

—¿Recuerdas el motivo por el que estabas en el hospital?

Varias imágenes acudieron a mi mente haciendo que me dejara caer de nuevo sobre la cama: Daniel magullado, Carlota con Izan, y Alan con su increíble familia; como para olvidarlo. Miré al enfermero y asentí.

—Te dio una bajada importante de tensión y te desmayaste. Al caer, te

diste un fuerte golpe en la cabeza contra el suelo. Tienes una contusión leve. Pero por seguridad, es preferible que pases la noche en observación.

Me incorporé tan rápido, que me mareé de nuevo.

—¿En observación? Si estoy bien... ¿Cómo está Daniel? ¿Está bien? ¿Dónde está todo el mundo?

—Tranquila, están fuera. Me han avisado cuando has abierto los ojos, has estado unas horas inconsciente. Ahora en un momento vendré a buscarte, tenemos que repetirte unas pruebas ahora que estás consciente para asegurarnos que todo está bien.

Diciendo esto me sonrió una vez más y salió por la habitación. La cabeza me seguía matando, por no hablar de que me sentía en otro planeta. ¿Qué había pasado? Estaba a punto de levantarme en contra de las indicaciones del enfermero, cuando alguien asomó la cabeza por la puerta

—Carlota está tomando café, ¿te importa que entre? —Miré a aquella chica y asentí, acababa de comprender justo en ese momento de quién se trataba—. Menudo susto nos has dado, no reaccionabas.

Me avergoncé al instante

—Lo siento —Miré hacia la ventana mientras que aquella chica se sentaba en la silla más cercana a mí—. ¿Cómo está Daniel?

—Mejor. Nos han dejado verlo, tiene la cara echa un desastre, pero sobrevivirá. Tiene la cabeza dura como el hormigón —Asentí mientras sonreía—. No sabía que conocías a mi hermano.

Abrí los ojos de golpe, no esperaba que sacara el tema justo en este momento. Pensaba que se haría la loca y evitaría el tema, pero no había tardado ni cinco segundos en sacarlo a flote.

—También te conozco a ti —La miré y ella frunció el ceño—. Tú seguro que no te acuerdas, hace muchos años desde entonces, eras una niña.

Me miró detenidamente y poco después se miró las manos.

—La verdad es que siempre ha habido algo en ti que me ha resultado familiar, pero nunca he llegado a saber el qué.

—Yo salía con tu hermano antes de que se fuera a Polonia —Pude ver cómo abría los ojos—. Fuimos novios un tiempo, te llevábamos a la feria casi todos los domingos. Tu hermano siempre acababa enfadado con tu madre, pero a mí me divertía llevarte con nosotros.

—¡Me acuerdo! —Se echó a reír y la imité, sinceramente se parecía bastante a Alan, no sabía por qué no había caído en el primer segundo en el que la había visto—. ¿Es contigo con quien ha estado viviendo desde que

volvió?

—Sí.

—Madre mía, qué follón... —Agachó la cabeza y negó mientras resoplaba—. Supongo que tendréis que hablar de algunas cosas.

Asentí, pero no dije nada, probablemente Alan se hubiera ido con su mujer después de haber pasado por mi casa a por sus cosas, resoplé, pero no dije nada. Iba a decirme algo más cuando Carlota entró como una exhalación.

Intercambió unas palabras con Cristina y, tras decirme adiós con la mano, dejó la habitación. Carlota ocupó el sillón en el que había estado la hermana de Alan y me miró apenada.

—Tu Madre y tu hermana acaban de llegar, están hablando con el médico — Me acarició la mano y me sonrió con dulzura— ¿Cómo estás?

—Como si dos placas tectónicas me hubieran aplastado la cabeza a la vez —Intenté no sonar demasiado borde, pero lo hice de pena, aun así, ella sonrió.

—No me extraña que te diera una bajada de tensión, menuda escenita — Me miró las manos, que en ese momento me temblaban.

—¿Menuda escenita? —Reí sin ganas—. ¡Menudas escenitas! Aclárame algo, porque o soy la tía más gilipollas del mundo o todos mentís de maravilla.

Frunció el ceño

—¿Yo te he mentado? —preguntó como si hubiera preguntado la mayor barbaridad.

—¿Desde cuándo estás con Izan? ¿Tú no estabas enamoradísima del amigo de tu hermano? ¿Me puede explicar alguien algo?

—Relájate o te dará otro parranque —suspiró—. Nadia, surgió sin pensarlo. Después de todo el shock de lo de mi madre, de lo confusa que me sentía con Kevin, pensé que una ayudita me vendría bien. ¿Qué iba a saber yo de que me iba a colar hasta las trancas?

—Pero si ni siquiera te caía bien... —dije rascándome la vía del gotero que me habían puesto.

Se encogió de hombros sonriendo, entonces recordé lo feliz que estaba esos últimos días. Quizá, si yo no hubiera estado tan ensimismada con Alan y el señor Moore, probablemente, me habría dado cuenta. Le habría sometido a un interrogatorio y al final me lo habría contado, antes de que empezara a torturarla.

—Alan acaba de irse ahora mismo —pronunció su nombre tan rápido que

pensó que no la había escuchado—. Dice que tiene que explicarte algunas cosas.

Miré hacia la ventana

—Alan, puede irse a la puta mierda.

—¡Nadia! —exclamó con cara de escándalo—. ¡Esa boca!

Me crucé de brazos y la ignoré.

—Deberías escucharle —Levanté la cabeza y vi que Izan había entrado por la puerta—. Tiene mucho que explicarte, más de lo crees...

Vi en su cara una extraña mirada, pero en aquel momento me dolía tanto la cabeza que lo que menos necesitaba era pensar o hablar de Alan.

—He dicho que no quiero saber nada de él. Hacedme el favor de decirle que tiene toda su ropa en las mochilas, en la entrada de mi casa —Ambos se miraron sorprendidos—. Ya había visto a la «happy family» antes de que Dani apareciera en mi piso.

Se miraron, pero no dijeron nada. Yo me tumbé y les di la espalda, solo tenía sueño y en aquel momento lo único que importaba era yo. Después de casi media hora de silencio, entró el enfermero, que me ayudó a sentarme en una silla de ruedas para repetirme algunas pruebas. Antes de marcharme Carlota me tocó el hombro.

—Una cosa, si Alan llevaba tu coche, ¿cómo has venido al hospital?

—Con el coche de mi hermana, me lo dejó hace una semana para que se lo llevara a mi amigo el mecánico, pero no he tenido tiempo —Miré a Carlota que sonreía. Sí, había dicho una soberana gilipollez. Sí había tenido tiempo, pero había estado demasiado agilipollada con Alan—. ¿Serías tan amable de explicarle que tiene una hermana demasiado idiota como para hacer lo que le mandan? Quizá al estar así le dé pena y no me arme el show —La miré con ojos tristes y asintió—. Las llaves están con todas mis cosas.

Asintió y la dejé en la habitación mientras el enfermero tiraba de mí. No le había dicho dónde lo había aparcado, seguramente se entretendría buscándolo. Habría preferido que el golpe me hubiera dejado senil, al menos no tendría ese dolor tan intenso justo en la boca del estómago: era horrible aquel sentimiento de angustia; de lo único que tenía ganas era de llorar y dormir.

Capítulo 26

—Qué me dices, ¿estoy guapo?

Miré sonriendo a Daniel. ¿Qué podía decirle? Habían pasado diez días desde la paliza, su cara seguía siendo un espanto. Me limité a darle un beso en la mejilla y a revolverle el pelo. Lo habían subido a planta y en unos días le darían el alta. La paliza había sido más seria de lo que en un principio parecía, pero al menos su madre había dejado a aquel espécimen y no se separaba del lado de su hijo. Si aquella mujer llegara a saber las perversiones sexuales que le había enseñado a su pequeñín, me arrancaría el pelo por arpía. Pero gracias a Dios, ella pensaba que aquella amabilidad extrema que sentía por su hijo era únicamente un bonito cariño fraternal.

—Deja de mirarme así —dijo al adivinar mi mirada—. Lo pasado, pasado está.

—No te estoy mirando de ninguna manera —Suspiré—. Solo que me sigue sin parecer bien lo que hiciste. Daniel, podría haber terminado en algo mucho peor.

Esta vez no dijo nada y se me heló la sangre de pensarlo, fue al día siguiente de mi golpe cuando me pusieron al tanto de lo ocurrido. Carlota llevada por el consejo del mismísimo Izan, le reveló a su hermano lo que habíamos averiguado sobre su padrastro; no se sorprendió en exceso, pero se empeñó en descubrirlo delante de su madre. Ella, como era de esperar, ignoró la confesión de sus hijos, y eso llevó a otra disputa familiar digna de un guion de película. Varios días después, Daniel había quedado con Cristina, y por cosas que solo el destino sabe, vio pasar a su padrastro con la tipa esa, lo demás era historia.

Se enzarzaron en una pelea de la que Daniel salió mal parado y, justo cuando había estado a punto de pasar algo peor, Alan apareció por casualidad y reconoció a Daniel; aún se llevó más sorpresa, cuando vio que su hermana estaba enganchada a la espalda de aquel hombre para que soltara a su amigo. No se lo pensó dos veces y se despachó a gusto contra aquel mal nacido, cosa que aprovecho Daniel para huir e ir corriendo a mi casa, que estaba a tan solo

unos metros. Alan se dirigía a mi casa cuando se encontró la escena. ¿Iba a contarme la verdad? Nunca lo sabría, pues no había vuelto a querer saber nada de él.

Cuando salí del hospital, sentí que algo nuevo empezaba. Cuando mi hermana se enteró de lo ocurrido con Alan, me obligó a que pasara unos días en su casa, solo aguanté tres. Luego me fui a casa de Carlota; mis sobrinos acababan con mi paciencia, pero daría cada año de mi vida por ellos. Alejo me había dado varios días libres, cosa que agradecí. Puse mi apartamento a la venta y estaba buscando una nueva casa donde empezar de cero. Me había cansado de mi anticuado piso, y pensé que me saldría más barato comprarme uno nuevo que pudiera reformar. Antes de que el cartel llevara más de dos horas expuesto recibí una llamada, el comprador estaba dispuesto a pagar la cantidad que yo pedía, así que respiré tranquila, con eso podría pagar el resto de la hipoteca y aún me quedarían unos cuantos miles de euros para empezar. Luego me enteré de que mi vecino también había puesto a la venta su piso, y que mi mismo comprador lo había adquirido. Se iba a hacer un estupendo dúplex, suponía que sería alguien con muchísimo dinero. ¿Y si encima de rico era guapo?

Me quité la idea de la cabeza, en diez días había hecho más cosas que en todo un año. Había salido del hospital, había puesto mi piso a la venta y ya tenía comprador. El karma debía sentirse culpable y ahora me echaba una mano en todo lo demás, bueno, seguía enfadada, pero que todo lo demás me saliera medianamente bien, ayudaba. Miré mi reloj, ya llegaba tarde a la cita con la inmobiliaria, recibí un mensaje del agente diciéndome que me esperaba en la ubicación acordada. Puede que estuviera loca, pero estaba decidida a salir del tumulto de la ciudad, había visto anunciado un pequeño pisito-ático con vistas al mar. Eran apenas cincuenta metros cuadrados, pero las vistas de aquel lugar me habían enamorado por completo. Llegué con diez minutos de retraso, el agente estaba entretenido mirado su móvil, hasta que escuchó la puerta. Pese a que hacía frío, el olor a mar me volvía loca y por suerte era un día soleado, ¡increíble!

Caminé decidida hacia él, iba a gastar más en diesel, pero aquellas vistas merecían la pena. Raúl me saludó con una enorme sonrisa de oreja a oreja, se iba a llevar una buena comisión si conseguía venderme algo. A veces era tan fácil hacer feliz a la gente.

Miré a mi derecha y vi un alto edificio, supuse que nos dirigiríamos allí. Pero para mi sorpresa, torció hacia la izquierda y se puso en camino hacia

una casa impresionante. Nos encontrábamos en el paseo marítimo, en esas fechas, vacío, y aun así, y pese al frío, el sol le confería una calidez que te hacía sentir extrañamente feliz. Le seguí por no parecer maleducada, pero cuando iba a abrir la verja central no pude callar más.

—Raúl, disculpa, pero era aquel ático el que yo quería ver —dije señalando al otro edificio—. Este de aquí se sale completamente de precio.

—Señorita Sánchez, al poner sus datos en el ordenador y abrir un campo de búsqueda he recibido una notificación de mis jefes, han insistido en que le enseñe esto.

Le miré impresionada. ¿Jefes? ¿Me habrían confundido con alguna ricachona?

—Debe haber un error, Raúl, no tengo donde caerme muerta. ¿Cómo narices voy a pagar esto?

—Permítame que cumpla con mi trabajo, señorita. Échele un ojo. Total, no pasa nada por simplemente mirar.

Asentí de mala gana, no quería ver aquella preciosidad para después acabar en una caja de zapatos, por muy bonitas vistas que tuviera. Ya la entrada era impresionante, era un ático-dúplex de dos plantas, había dos escaleras exteriores a cada lado que conducían a la parte de la casa que se deseaba.

Raúl me abrió paso a la planta inferior y me encontré con una sala de juegos increíble. Todas las puertas estaban acristaladas y daban a una piscina privada, la más grande que había visto nunca; un precioso césped decorado con algunos budas resplandecía bajo un sol de febrero estupendo. Aquella zona contaba con varios sillones, imaginé que sería una zona de cine, un billar en el centro del salón y unas cuantas cosas más que me dejaron alucinada.

Después seguí a Raúl escaleras arriba y fue cuando creí morir. Me encontré con un salón impresionante con las paredes acristaladas. Había una cocina americana y el salón estaba frente a aquellas vistas maravillosas; desde allí se podía ver la inmensidad del mar. No esperé a que Raúl tocara nada, corrí hacia una cristalera que hacía de balcón y la abrí. Había una terraza increíble.

El aire helado del mar me hizo sonreír, pude verme tomando el sol en aquella terraza, leyendo manuscritos, o sentada en unas sillas de mimbre tomando un refresco con Carlota. Abrí los ojos y el mar me devolvió la sonrisa, aquello era un paraíso. Dejamos atrás el salón. Me llevó a través de

dos habitaciones más que había en la casa, me enseñó varios baños perfectamente adecuados con todas las cosas que podían existir.

Aún seguía embobada mirando toda la zona cuando Raúl se dirigió a una zona trasera. Había una puerta algo distinta a las demás, justo ahí se me cayó la baba: era una salida privada que conducía directamente a la playa. Cuatro escalones anchos, dos pasos, y ya estaba en la playa.

Me hubiera echado a llorar si no fuera porque sabía que tenía público. Me volví hacia Raúl, que me miraba sonriendo, subió tres escaleras y le seguí. Estaba pensando que nada más podría sorprenderme, cuando me llevé las manos a la boca y grité: acababa de entrar en mi habitación de ensueño. No había paredes, todo estaba acristalado, y desde todos los ángulos podía ver el mar; incluso una pequeña costa a base de varias rocas enormes apiladas unas con otras cerca de la orilla. En el centro de la habitación, había una cama enorme y dos decoraciones a ambos lados; no hacía falta nada más, aquella habitación era un auténtico sueño.

Raúl abrió una puerta a mi espalda que no había visto y me encontré con un vestidor más grande que todo el salón del que pronto iba a ser mi antiguo piso. Y casi me mata al enseñarme mi propio baño privado.

No pude más y me eché a llorar. Aquello era la típica casa con la que sueñas visitar alguna vez, porque sabes de ante mano que ni viviendo cien años podrías pagarla. Raúl me tendió un mando a distancia y me animó a apretar un botón: de repente, unas persianas que no había visto, dejaron la habitación a oscuras. Volví a apretar el botón y el espléndido sol volvió a iluminarlo todo.

—Alucinante —susurré mirando todo lo que podía abarcar—. Ni vendiendo todos mis órganos en el mercado negro podría pagar esto —Miré a Raúl que me sonreía—. No puedo permitirme esto, pero gracias por enseñarme cómo viven los ricos.

Se echó a reír a carcajadas y yo me dispuse a sonreír sin desprender demasiada antipatía; acababa de enseñarme una maravillosa casa frente al mar que jamás podría pagar, y ahí estaba, riéndose a pecho abierto por una ironía. Yo no sabía si reír, llorar o pegarle; resoplé y volví al salón sin apartar la vista del mar.

—Es realmente divertida, Nadia

Fruncí el ceño durante unos segundos

—Me alegra divertirme. ¿Me enseñas ahora mi piso-ático, por favor? Puede que ahora, por tu culpa, lo vea como una caja de zapatos.

Se volvió a echar a reír y esta vez me limité a ignorarle.

—Nadia, el motivo por el cual le he enseñado esta casa es porque el vendedor quiere que sea usted quien la adquiera.

Abrí los ojos de par en par a la vez que el corazón se me disparaba en el pecho.

—¿Perdona? —Miré a Raúl sin parpadear—. ¿Acaso el vendedor me conoce a mi o a mis escasas finanzas?

—Parece ser que sí. No me está permitido darle más información, solo que el vendedor supo que usted buscaba una vivienda cerca del mar y ofreció la suya que había puesto en venta hace poco.

—¿Y cómo puñetas piensa su cliente que voy a pagarla? ¿Con billetes del Monopoly?

Me miró divertido

—Vende esta casa por el precio que usted esté dispuesta a pagar.

Volví a mirarle atónita sin entender qué estaba pasando. ¿Era una broma pesada?

—¿Por el precio que yo esté dispuesta a pagar? ¿Qué te parece que la compre por diez euros? —Asintió con la cabeza como si nada y me sacó de mis casillas—. ¿Estás de broma?

—No bromeo en mi trabajo, Nadia. —Por primera vez dejó de sonreír.

—Esto no puede ser verdad. No digo que mienta, pero esto no puede ser real. ¿Quién narices es su cliente? ¿Por qué me conoce? ¿Y cómo sé que no es un perturbado que acabará colándose en mi casa y asesinándome? —Empezó a reírse de nuevo—. Deja de reírte, hablo en serio.

—Discúlpeme, es que está diciendo todas las cosas que él dijo que usted diría —Lo miré asombrada—. Mire, tenga. —Me tendió un sobre cerrado—. Esta mañana estuvo en las oficinas esperándola, pero como llegó tarde se tuvo que ir. Me dejó esto para usted, me dijo que se lo diera si se ponía demasiado pesada, y disculpe por lo de pesada.

Vi cómo se sonrojaba, pero quité la mirada al ver el sobre en mis manos. ¿Qué estaba pasando? Cuando iba a preguntarle algo más a Raúl, este había desaparecido de mi vista, así que me vi sola en aquel gran salón.

Querida, Nadia:

Imagino su sorpresa al leer esta carta, este esnob es el dueño de la inmobiliaria a la que acudió para buscar una casa cerca del mar. Quizá no debía haber abusado de mi poder, como «todo poderoso» dueño de los

inmuebles, pero qué le voy a decir: soy un rebelde.

Esta casa, la que le acaban de enseñar, es una de las muchas propiedades de las que ahora me estoy deshaciendo. Al ver sus requisitos, supe exactamente a quién quería vendérsela, sé qué pensará que no puede pagarla, déjese de tonterías. Acepto lo que usted quiera ofrecirme, no es de dinero de lo que se trata, y no piense que soy altruista, es agradecimiento más que otra cosa. Gracias a usted voy a dedicarme al sueño de mi vida, y eso señorita, es más importante que todo el dinero que pudiera pagarme nunca.

Me hubiera encantado poder explicarle estas cosas personalmente, pero me he dado cuenta de que la puntualidad no es una de sus virtudes.

Acepte esta casa, y dejemos la elección del precio para cuando nos veamos dentro de unos días, ¿le parece? Todo con un café en las manos es más discutible.

Cincuenta mil euros es mi oferta, piénselo.

Atentamente,

Señor Moore.

PD: le juro que no la estoy acosando. Bueno... un poco sí, ya sabe el morbo del escritor.

No pude evitar sonreír, cuando levanté la cara Raúl estaba de nuevo en mi campo de visión.

—¿En serio pretende que pague cincuenta mil euros por esta casa? — pregunté nerviosa.

—¿Le parece mucho? —añadió sorprendido y bufé indignada.

—¿Mucho? ¡Es una birria! Vamos, hombre. Esto vale al menos trescientos mil euros más, no puedo aceptarlo.

Aquel hombre me miró como si fuese verde y me estuvieran saliendo antenas de la cabeza.

—¿No acepta una increíble casa, por un precio asequible?

—Llámame loca, pero no, esto es un regalo y apenas conozco al Señor Moore... ¿Estamos locos?

—Señorita Sánchez, me ha informado que, si no acepta la casa, será derruida en dos meses.

Estuve mirándole durante unos segundos. Dude de que pudiera ser un farol, pero él se mantuvo en su postura. Miré a mi alrededor, ¡Dios! Sería una auténtica pena que el señor Moore destruyera aquella preciosidad. ¿Estaba de

broma? ¿En serio sería capaz?

Antes de que pudiera digerir todo aquello, me vi firmando un precontrato con aquel agente. Habíamos dejado ciertos detalles para hablarlos personalmente, pero lo importante ya estaba hecho. Y, lo más increíble de todo, es que ya disponía de las llaves, podía mudarme cuando me diera la gana. El Karma estaba intentando arreglar mi destrozada vida, al menos no podía quejarme.

Llegué a mi piso varias horas después, era la primera vez que iba sola desde aquella noche; había acudido en dos ocasiones con mi hermana a buscar ropa y varios enseres. Las maletas de Alan desaparecieron al día siguiente de lo ocurrido, eso me llevó a otro berrinche bastante alarmante. Había desprendido en setenta y dos horas más líquido que en todo un año; por no hablar de lo larguísimas que se me habían hecho las horas.

Las noches eran horribles y los días interminables. Tenía el móvil en silencio y casi no le prestaba atención. Quería engañarme a mí misma creyendo que me daba igual que Alan llamara o no, pero debía admitir que cada vez que la pantalla se iluminaba solo podía pensar en una cosa. Pero nunca era él, no paraba de darle vueltas a las cosas y a revivir una y otra vez todos mis días con él. ¿Qué había podido fallar? ¿Cómo podía fingir de aquella manera? Había algo que se me escapaba, pero estaba tan agotada mentalmente, que simplemente acepté las cosas como venían, al menos la pequeña Daniela tendría a sus padres con ella.

Cuando abrí la puerta por completo, aquella sensación de vacío me caló de nuevo en los huesos, jamás podría vivir en ese piso sin Alan. No había duda, él había sido mi gran amor, estaba flagelándome de nuevo por mi mala elección en cuanto a hombres, cuando vi una silueta sentada en la oscuridad. Me habría dado un susto de muerte si no hubiera reconocido a Alan casi al segundo.

—Te he mandado un mensaje —dijo cubierto con aquel manto de oscuridad—. Llevo aquí tres horas.

Encendí la luz que tenía más cercana y me di de bruces con aquella expresión que me hizo echarme a temblar.

—Tengo el móvil en silencio —susurré—. ¿Qué haces aquí?

—Quería aclarar las cosas.

Sonreí llevada por unos nervios repentinos, no fui consciente de lo sarcástica que había resultado mi sonrisa, hasta que vi la fuerza que estaba haciendo por contenerse. ¿Acaso quería gritarme?

—¿Diez días después? —Me adentré por completo en mi casa y conté hasta diez antes de volverme loca y lanzarle lo primero que pillara—. Ahora te puedes ir a la mierda.

Cuando me di la vuelta estaba detrás de mí, irradiando tensión, y mostrándome lo increíblemente atractivo que era, incluso tan absolutamente enfadado.

—¿Qué has dicho? —susurró mientras se le dilataban las pupilas.

—Que te puedes ir a la mierda.

Abrió mucho los ojos, como si mis palabras le sorprendieran.

—Háblame con más respeto, Nadia.

Sentí que mi estómago se contraía y eso me llevaba a tener que coger más aire del que debía para poder sentir que respiraba.

—¿Respeto? ¿Hablas de ese mismo respeto del que has estado haciendo gala todo este tiempo? Con tus mentiras, tus ocultaciones y con todo lo que te rodea, que es un absoluto misterio. ¿De ese respeto me estás hablando? ¿O del respeto que tuviste hacia mí ocultándome que tú ex estaba aquí? —Su expresión se fue calmando a la vez que mi enfado aumentaba, si eso era posible.

—No mezcles a Sarah con todo esto Nadia, estoy hablando de ti y de mí.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Pero cómo tienes tanta cara? —Sin darme cuenta había levantado la voz y estaba gesticulando con las manos— ¡¡Te vi con ella, joder!

—Que me vieras en el hospital no quiere decir nada, ¡no seas paranoica!

—Te vi mucho antes de coincidir en el hospital —Su aspecto cambió instantáneamente—. Aquel día salí antes de trabajar, en lugar de avisarte, decidí darte una sorpresa, y cuando entré a la cafetería que han abierto nueva te vi.

—¿Me viste?

—Sí, te vi, y eso no fue todo, para asegurarme de que eras tú, te llamé por teléfono. ¿Y sabes que fue lo mejor? —No respondió y miró hacia otro lado—. Escuché tu contestación Alan, tus exactas palabras fueron: «No es nadie importante». ¡Yo! ¡Nadie importante! Y vivías conmigo. ¿A eso cómo lo llamas?

Se movió nervioso por el salón, ya no estaba seguro de sí mismo, al revés estaba inquieto y nervioso.

—¿Estuviste allí sentada espiándome? —susurró sin mirarme.

—No, entré por casualidad. No sabía que estabas allí y mucho menos con

ella. ¿Cuál era tu plan, volver un rato después a casa como si nada pasase?

—No es todo tan sencillo, Nadia, hay cosas que no sabes.

—¡Pues cuéntamelas! Estoy cansada de toda esta situación Alan, yo... Yo estoy enamorada de ti, ¿vale? Y todo esto que haces me mata por dentro, ¿no lo ves? ¿No ves que me duelen las mentiras y todos los líos que te traes?

Se había quedado quieto, inmóvil, mirándome fijamente con una emoción en sus ojos que hizo que varias lágrimas salieran de mis ojos. Sentía presión en el pecho y estaba a punto de echarme a llorar como una niña.

—No puedo pedirte que me perdones —Se le escapó una lágrima—. Todo esto ha sido demasiado, incluso para mí. Han sido días muy intensos —Suspiró y clavó sus ojos en mí—. Si no te dije que Sarah había vuelto era por ahorrarte problemas, tampoco quería que interfirieras del todo en mi vida. Mi hija no debía conocerte, no hasta el justo momento, y casi la cago cuando te invité aquella noche. Tengo la custodia de Daniela porque Sarah me la cedió después de mucha pelea, pero no soy tonto, sé que ha estado usando a Daniela como moneda de cambio. Quedaban papeles por firmar y ratificar cosas que habían quedado en el aire. Si Sarah hubiera sabido de ti, jamás me hubiera dado a mi hija, ella no es como nosotros, Nadia, ella no ama de la misma manera por algo que todavía no entiendo. Tanto yo como la niña somos de su propiedad, si ella hubiera sabido que estaba contigo solo habría puesto inconvenientes, se habría trasladado aquí y habría estado amargando mi existencia de por vida.

—¿Y cuándo pretendías contarme la verdad?

—Pensé que no haría falta, sabía que no mostrarte todo de mí traería consecuencias. Pero pensé que, con el tiempo, todo se arreglaría —Alcé una ceja escéptica—. Es verdad, Nadia, jamás te mentiría en una cosa así. He pasado por mucho, mi hija es lo más importante para mí, y si para tener a mi hija he tenido que poner en riesgo todo lo demás, es un precio que estoy dispuesto a pagar.

Sequé las lágrimas y cogí aire.

—Llegaste a mi vida sin esperarlo, prácticamente sin avisar, te abrí las puertas de mi casa y te lo di todo. Podrías haber tenido las dos cosas si de verdad hubieses querido. Si esto me lo hubieras explicado te habría entendido y jamás habría puesto impedimento. A día de hoy tendrías los papeles de tu hija en regla y a mí en tu vida; pero has preferido liarlo todo, mentirme y ocultarme cosas como si yo fuese idiota o algo sin importancia que se puede manejar a tu antojo. Te has confundido en muchas cosas, pero lo que más me

ofende es que has creído que yo era como Sarah, alguien egoísta e incapaz de entender o hacer nada que no sea en su propio beneficio. Te alejaste de mí por ella, rompiste nuestra amistad porque ella te lo exigió, y tan solo el pánico que sientes hacia ella ha sido suficiente como para que arriesgues todo lo nuestro, sin ni siquiera explicarme nada y comprobar si podría o no entenderte. ¿Qué pretendes que yo haga ahora? ¿Cómo sé que no volverás a morirme de miedo si ella reaparece? No me has dejado ver cómo realmente eres, y ahora, sinceramente, ya no me importa.

Le di la espalda y me mordí los labios. No podía soportar aquella expresión de pánico en sus ojos, o quizá fueran los míos reflejados en él, no lo sabía, solo sé que creí que acabarían por fallarme las piernas y me caería al suelo. Renunciar a él era como renunciar a todo el oro del mundo, pero no encontraba la manera de poder ignorar todo lo que había pasado. Muchas veces el amor no es suficiente.

No vi su cara, era imposible mirarle y seguir con mi idea de acabar definitivamente con él. Sé que si nuestros ojos conectaban caería una y otra vez sin poderlo evitar, y esa vez realmente estaba dolida, profunda e irremediabilmente dolida; y ya no solo como persona, sino como mujer. Escuché que se movía por mi casa, no me hizo falta mirar para saber que se dirigía hacia la puerta. Solo en ese momento me volví para encontrarme de bruces con su espalda. Me quedé de hielo sintiendo cómo mi corazón se rompía, cómo mi estómago se encogía en espasmos que no tardarían en estallar provocándome un sofocón importante. Cuando estaba a punto de abrir la puerta y marcharse definitivamente se detuvo, torció su cabeza, solo pude ver su perfil y con eso me bastó para que me temblaran las piernas. Parecía el doble de alto y de grande.

—No puedo rebatirte nada de lo que has dicho —Escuché como inspiraba—. Respeto tu decisión, aunque quiero que sepas que te quiero como jamás he querido a nadie y creo que ese ha sido el motivo por el que nunca he podido estar con nadie más. Sarah no es tan importante para mí como crees, pero si mi hija —Me miró directamente a los ojos y se me cortó la respiración.

—Sé lo importante que es tu hija, que lo dudes me ofende.

Agachó la cabeza y asintió.

—Nadia —Le miré a los ojos sin parpadear— Tú me conoces mejor que nadie. Aunque ahora creas que no, te darás cuenta con el tiempo de que nunca te guardé ningún secreto —Fruncí el ceño sin entender nada—.

Siempre nos quedará el mañana, Nadia.

Asentí mientras las lágrimas apenas me dejaban ver, tenían que retener a la parte de mí que deseaba gritarle que se quedara, pero para cuando pude pronunciar algo, él ya no estaba; se había ido.

Capítulo 27

Una semana para conocer al Sr. Moore.

Correo enviado a las 22:30:

Señor Moore, está usted como una auténtica pandereta, ¿acaso me espía? ¿Debería preocuparme? ¿A qué narices se dedica para saber que estaba buscando casa frente al mar? ¿Es dueño de una inmobiliaria?

Al final resultará que es un jeque árabe al que le gusta la escritura, ¡vaya usted a saber! Podría haberme dado su teléfono para discutir el precio de la casa, usted prácticamente me la ha regalado y no quiero que me regalen nada. ¿Dónde está? Llevo horas conectada, esperando a que me dé una explicación; espero que el día le esté cundiendo, el mío es una verdadera mierda.

Pd: Indignada y agradecida a la vez. Cuídese.

Correo recibido a las 6:30.

Deje de parecer una novia psicótica, o, al menos, Invíteme a cenar antes de transformarse. No dejemos que se pierda la magia.

Estaré encantado de responder a ese increíble cuestionario cuando acuda a la editorial, espero que ya esté de vuelta después de sus días de asuntos propios. Y no, no soy un jeque árabe, para mi madre soy un príncipe, pero creo que eso no cuenta.

La Noto alterada, espero que no todo vaya tan mal. ¡Nos vemos pronto!

Pd: estoy con unos asuntos que apenas me dejan tiempo para conectarme. Fíjese en la hora, a este paso me haré viejo en dos días.

Cuatro días para conocer al Sr. Moore.

Era la última caja que dejaba en mi nueva casa, aquella misma tarde había abandonado totalmente la que había sido mi casa los últimos años. Desde que Alan había salido de mi vida, intentaba mantenerme lo más ocupada posible. Había estado varios días entretenida limpiando mi nueva casa y decorándola a mi gusto; solo cuando no paraba de hacer cosas podía despejar mi mente de mi historia de amor melodramática. Sin darme cuenta, muchas veces me comparaba con María, la hermana de Alejo.

Izan, que había estado ayudándome con el continuo traslado, dejó sobre el sofá varias cajas de libros y resopló agotado.

—Cuando me dijiste que me necesitabas unos días, no pensé que sería para esto. Nadia, me decepcionas.

Me eché a reír y le lancé el abrigo que acababa de quitarme.

—¿Y para que creías que era? —Sonreí y me devolvió la sonrisa—. Te hubiera invitado a un festival de sexo lujurioso durante horas para estrenar mi nueva casa, pero eres el novio de mi mejor amiga.

—Mujer, si es por eso no padezcas, Carlota es muy liberal. Además, nosotros somos amigos desde mucho antes, eso debería contar como punto a mi favor.

—Qué rollos te montas tú solo. Además, tú y yo ya nos hemos acostado.

—Con diecinueve años, eso ya ha prescrito.

—¿Te habían dicho alguna vez que eres un golfo? —Sonreí irónica.

—Tú, casi siempre —Se encogió de hombros—. Pero qué te voy a decir, siempre aciertas.

Nos echamos a reír. Poco después me tumbé junto a él en el sofá. Aunque tenía mucha ilusión por mi nueva enorme casa con vistas al mar, una parte de mí estaba rematadamente triste. Izan había estado dándome apoyo moral en esos días, ya no solo como psicólogo, sino como amigo. La verdad es que desde que se había enamorado de Carlota, estaba irreconocible, me gustaba verle así, estaba incluso más guapo, si ello era posible.

Nos quedamos en silencio durante un rato, pese a que me había escuchado y me había dado buenos consejos, había algo que se callaba. Intenté preguntarle varias veces, pero siempre conseguía desviar mi atención. A esas alturas, y tan cansada como estaba, pensé que lo más seguro era que tuviera alguna de sus mil paranoias que a veces le azotan la mente.

—¿Sabes? —Habló justo cuando estaba a punto de dormirme—. Carlota es la mujer más abierta sexualmente que he conocido en mi vida.

Lo miré sorprendida, y poco después me eché a reír.

—¿Acaso pretendes mantenerme despierta sacándome estos temas?

—La verdad es que simplemente quería hablar de eso —Me sonrío—. Me hace cosas que nunca me había hecho una...

—¡Para! —Le interrumpí a la vez que me incorporaba—. Creo que no quiero saber eso.

—Pero ¿por qué? Siempre te he contado mis experiencias sexuales —
Alcé una ceja

—Y siempre me ha encantado escucharte, pero ahora estás con mi mejor amiga, hay cosas que creo que no quiero saber.

—¿Por qué?

—Porque luego tengo que mirarla a la cara, ¿te parece poco? Hay cosas que no nos gusta que nadie sepa.

—Aburrida.

—Marrano —susurré mientras me levantaba del todo del sofá y miraba por los increíbles cristales a un oscuro y temperamental mar.

Miré mi reloj y conté los días que faltaban para ver al Señor Moore, pensar en él me había ayudado un poco, me imaginaba nuestro encuentro de mil maneras y en todas él era increíblemente atractivo. Estaba pirada.

—¿En qué piensas, amiga? —Cuando me di la vuelta, Izan estaba de pie poniéndose de nuevo el abrigo.

En que en unos días conoceré al Señor Moore, estoy algo impaciente, fíjate tú que me he vuelto a leer su manuscrito de cabo a rabo —Sonreí pensando que esa noche le echaría otro ojo cuando vi que Izan se movía incomodo por el salón—. ¿Qué te pasa? —pregunté mientras abría una caja y colocaba los libros en el lugar que había diseñado para ellos.

—¿A mí? —Me miró usando su mejor pose—. Nada, Carlota me está esperando, me voy a ir ya.

—No me refiero a Carlota, sino a ti. Cada vez que hablo del señor Moore te pones raro y evitas el tema. ¿Me vas a decir ya qué narices pasa?

Se quedó petrificado durante unos segundos, vi como tragaba saliva y cogía aire. Por un segundo creí que me diría algo, pero poco después se pasó la mano por el pelo y se abrochó el último botón de su abrigo.

—No me pasa nada, eso son paranoias tuyas —Se acercó a mí, me dio un abrazo y besó mi frente—. ¿Estarás bien sola? Sabes que Carlota y yo podemos quedarnos contigo esta noche.

—Tranquilo, estaré bien. Ve y disfruta de una apasionada noche de sexo a

mi salud.

Se echó a reír y poco después vi cómo se iba de mi casa. La idea de tener compañía la primera noche empezaba a cobrar sentido ahora que le había visto marcharse. De repente, la casa parecía demasiado grande para mí, puse la televisión en voz alta para simular que tenía compañía y para mi sorpresa, funcionó. Pasé el resto de las horas acabando de ordenar los pequeños detalles que faltaban; incluso salí a la enorme terraza y estuve mirando y escuchando el mar, aquello era maravilloso.

Ya era tarde cuando decidí irme a la cama, pensaba que me dormiría en apenas unos segundos, pero una hora y media después ya estaba a punto del delirio de tantas vueltas que le estaba dando a la cama. Era obvio, no podía dormir. Había corrido las cortinas un millón de veces y las había vuelto a descorrer otro millón. Estaba desesperada, así que terminé por encender mi portátil y ver en qué podía entretenerme. Para mi sorpresa, una luz naranja se iluminó sobre el icono del Skype. Mi corazón se revolvió.

—¿No puede dormir?

—Vaya, veo que no ha perdido perspicacia, me alegro.

—Oh... los cambios le agrian el carácter.

Me eché a reír y negué con la cabeza. Me lo imaginaba sentado en su cama como yo, con una camiseta de manga corta blanca y una camisa de pijama de cuadros abotonados. Era raro, pero me lo imaginaba algo obstinado.

—Discúlpeme Moore, casi me vuelvo loca dando vueltas en la cama, pero me alegro de que me haya hablado. ¡Es usted mi salvador!

—Qué rematadamente exagerada que es.

—Adora que sea exagerada.

—Adoro todo de usted, Nadia —Abrí los ojos de golpe ante aquellas últimas palabras, no sabía qué responder. ¿Qué se puede decir ante eso?

—Respire Nadia, que no le he pedido matrimonio, solo le he dicho que usted me gusta, no es nada raro, es una mujer inteligente.

—No me venda la píldora. No hace falta que me haga la pelota.

—De acuerdo, pienso que es una inepta, había intentado animarla, pero realmente me lo pone muy difícil.

Sonreí de verdad por primera vez en aquellos días; había una extraña conexión entre aquel desconocido y yo y, aunque estábamos, seguramente, a varios kilómetros de distancia, no me sentía sola. Esa es, sin duda, la magia de internet.

—Yo también pienso que soy una inepta la mayor parte de mi tiempo. ¿Por qué no puede dormir?

—Problemas amorosos y si, sé que ahora mismo se estará riendo. Pero a nosotros, los bohemios, también nos rompen en el corazón.

—¡Vaya! Pensaba que eso solo nos ocurría a los tristes mortales.

—Pues yo le afirmo que no es así.

—¿Qué le ha ocurrido? Si se puede saber, claro.

—Mmm, me gusta que sea una cotilla.

—No soy cotilla, simplemente que yo me encuentro en su misma situación y puede que escucharle me ayude a no pensar en lo mío.

Escribió varias cosas que después borraba, hasta que al final escribió y envió.

—Amé a una mujer mil noches en un delirio continuo, respiré su aroma y sentí su ser latente dentro de mí. Libré batallas en su nombre y conquisté océanos en su honor, pero olvidé que ella no quería todas aquellas ofrendas. Solo quería de mí, de mi tiempo, de mi ser. Cuando me di cuenta de que, pese a las batallas ganadas, había perdido a mi amada musa, ya era tarde. Ella miraba a un nuevo horizonte en el que yo ya era un recuerdo y a su vez una lección; pues ella juró que jamás amaría a nadie como me amó a mí. Y aunque eso debiera alagarme, solo hizo que me entristeciera más, pues yo había matado a su alma. Y no hay peor condena que haber cometido aquel crimen.

Tragué saliva mientras intentaba respirar con normalidad.

—Qué profundo señor Moore. ¿Ha probado a escribirle uno de estos relatos tan maravillosos que escribe? Quizá así la recupere.

—Nadia, le escribí todo un libro, y si eso no funcionó no sé qué más puedo hacer.

—No sea pesimista.

—Ahora no me venda usted la píldora, ¿quiere?

—Vaya, ¿ahora quién es el que está de mal humor? Solo le digo que si de verdad la ama, luche por ella. Usted tiene don de palabra y seguramente no la habrá cagado tanto como cree. Las mujeres somos impredecibles, seguramente esté esperando que la busque.

—¿Usted está esperando?

—¿Yo? ¿A quién?

—A Leonardo Dicaprio, ¿usted qué cree? Al pobre infeliz que le partió el corazón, ¿a quién sino?

Sonreí y miré la pantalla. ¿Tenía que serle sincera?

—El pobre infeliz al que hace referencia, me partió el alma en pedazos, ya no espero nada.

—Vaya, es usted muy dura.

—No, no soy dura, soy como la dama de su historia.

—¿Tan claro lo tiene?

—Tristemente, así es.

—Déjeme darle un consejo antes de despedirme.

—Adelante, soy todo ojos.

—Ja, ja, ja. Pocas cosas son como aparentan, Nadia. Solo tiene que rascar un poco el fondo y verá cosas jamás vistas.

Inspiré a la vez que sonreía con dulzura

—Le tomo el consejo y le doy las gracias por las increíbles metáforas que usa. Pero la próxima vez, dígamelo en un idioma que pueda entender. Todos no somos bohemios petulantes con don de palabra.

—Mi última carcajada de mi nefasto día es gracias a usted.

—Nada me hace más feliz.

—Descanse, Nadia, le deseo una noche llena de paz.

—Igualmente señor Moore.

Me quedé un rato más mirando la pantalla con el chat del señor Moore abierto; cuando se desconectó pude respirar con normalidad. Todavía no podía entender por qué aquel hombre, al que no le podía poner rostro, podía calar en mi «yo» interior. No podía evitar compararlo con Alan, y aunque Alan me tenía enamorada, debía reconocer que ni de broma había sido tan profundo conmigo como lo era Moore. Siempre tuve la sensación de que Alan se callaba algo, de que había mucho más detrás de esa intensa mirada. Y era cierto, había una red de mentiras que ya no se sostenían. Volví a llorar, apagué el ordenador, encendí una lamparita y me tapé hasta los ojos. ¿Qué estaría haciendo Alan justo en ese momento?

Capítulo 28

Tres días para conocer al Sr. Moore.

Holgazanear era algo que se me daba de maravilla. Cada vez estaba más segura de que con cada año que pasaba iba perfeccionándolo más y más.

Aquel día me desperté bien entrada la mañana, había olvidado echar las cortinas y había dejado el mando demasiado lejos como para no tener que levantarme; intenté de mil maneras cubrirme la cara para que el sol no me molestara, pero al final fue inútil. Aunque despertar frente al mar era algo indescriptible, me quedé una hora más en la cama solo mirando el movimiento de las olas, aquellas vistas hacían que todo lo demás diera igual.

Puede que al final acabara como una Loca y llenara la casa de cien gatos — cada vez lo veía más probable—, pero hasta que llegara el momento, aprendería a disfrutar de mi soledad.

Me habría quedado mucho más en la cama sino hubiera sido porque Izan decidió hacerme una visita. No me molesté en vestirme, ni siquiera me peiné, simplemente me lavé la cara y los dientes y me puse a preparar café. Mi amigo estaba feliz y, aunque yo estaba hecha una autentica mierda, escucharle me hacía reír.

—Necesito un consejo para un regalo —Levanté la cara de la taza y le miré atenta—. Es para Carlota.

—Vaya —Sonreí—. Te has colado, ¿eh?

—Como un quinceañero de esos a los que te tiras.

Me empecé a reír con ganas.

—Tenía dieciocho y ya no me lo tiro. Y no abramos el cajón de mierda, ¿quieres? Porque tú no te quedas atrás.

—Un caballero no tiene memoria.

—¡Por Dios! —Le tiré un trapo a la cabeza—. No eres Julio Iglesias, ¿de qué vas? —Se echó a reír y me guiñó un ojo—. Bueno, cuenta, ¿en que habías pensado? Para su cumpleaños aún queda.

—No es para su cumpleaños. Quiero hacerle un regalo porque sí, sin que

haya un motivo, esos detalles suelen ser los más bonitos.

Le sonreí con cariño

—Jolín... Qué bonito, en el fondo eres todo un don Juan. ¿Por qué narices no estamos juntos?

—Porque me conoces demasiado —Me eché a reír—. Y Carlota ya me habría mandado a freír espárragos, si no es porque mi pene la tiene atontada.

Casi le escupo el café en la cara, me dolía el estómago de reírme, y tenía que hacer fuerza por no desmayarme de la risa y del cansancio. Aquel simple momento entre dos amigos de verdad, era lo que necesitaba más que otra cosa.

—¿Tu pene? —Alcé una ceja sonriendo.

—Sí, cada uno tiene sus talentos, amiga, uno de los míos es mi portentoso pene.

—¿Portentoso pene? Yo no recuerdo nada de portentoso.

—¡Oh! Embustera. Tendríamos diecinueve años, pero no has olvidado mi pene, no me mientas.

—He visto muchos otros penes después del tuyo, estoy confusa.

—Muy graciosa. Pues que sepas, por si no lo recuerdas, que tengo un grosor maravilloso.

—¡Ay Dios! —Sonreí—. No quiero seguir hablando de tu pene.

—¿No podemos hablar de mi pene tampoco? Cada día estás más sosa, pero bueno, da igual, supongo que Carlota te freirá a detalles de mis grandes dotes amorosas —Negué con la cabeza sonriendo, cuando me di cuenta Izan me estaba mirando con ternura—. Me alegra ver que estas de buen humor. Pensaba que nada de lo que pudiera decir conseguiría que te rieras con ganas.

—Pues lo has conseguido.

—He tenido que hablar de mi pene. Pero oye, por una amiga lo que sea, recuérdame que tratemos esto la próxima vez que requieras mis servicios como psicólogo.

Izan se quedó unas horas más en casa y después de un largo paseo por la playa se fue. Recibí varios mensajes de Carlota y una foto de ella y mis compañeras haciendo el tonto en uno de los descansos que se tomaban al cabo del día.

Me pasé el resto de la tarde cambiando las cosas de sitio una y otra vez, hasta pensé en pintar de nuevo algunas paredes, pero todas aquellas ideas se esfumaron de mi cabeza cuando Daniel apareció por sorpresa. Ni siquiera recordaba haberle dado la nueva dirección, aun así, agradecí la visita.

Estaba bastante recuperado y ya apenas le quedaban marcas en la cara: estaba guapo. Bueno, él siempre estaba guapo.

—¿Tú sabes que has pasado de ser una madurita interesante, a ser una madurita muy interesante?

—¡Oyee! —Le lancé un cojín—. Tengo veintisiete años, no soy una madurita, más bien tú eres un yogur. Me haces sentir una abuela cuando hablas así —Se echó a reír y me revolvió el pelo—. Muy interesante ¿por qué?

—Mírate. Guapa, lista, y ahora tienes una casa con vistas al mar.

Le miré sorprendida y fruncí el ceño.

—Bueno, bueno... ¿Qué es lo que quieres?

—No quiero nada, solo te estoy siendo sincero —Me sonrió y le correspondí—. Tenía ganas de verte, mi hermana me dijo dónde vivías, no me habías dicho nada.

—Acabo de trasladarme, ni siquiera he hecho una fiesta de inauguración. De todas formas, iba a decírtelo cuando volviera a hablar contigo.

Asintió y sonrió mientras miraba la habitación con mucho interés; estaba abrumado por las vistas, algo completamente normal, a mí misma me costaba concentrarme en algo cuando estaba cerca de aquellos ventanales.

—Siento todo lo que ha pasado con Alan —Levanté la mirada—. Lo cierto es que una mañana desayuné en casa de sus padres. Estuvo sentado frente a mí y, aunque su cara me sonaba de algo, no sabía de qué. Pensaba que probablemente lo habría visto otras veces en casa de Cristina; cualquier idea era válida menos que era aquel chico al que llevaste al pub aquella noche.

Le sonreí con ternura.

—No pasa nada. De hecho, creo que de haberlo sabido tampoco hubieras podido hacer nada.

—Quizá sí, podría haber metido más la nariz en las cosas de Cristina. Seguramente me hubiera acabado contando qué pasaba con su hermano.

Acaricé su mejilla y me miró de una manera que me encogió el corazón.

—Dani, eres un chico estupendo y te mereces lo mejor que pueda pasarte, pero...

—Ya estamos —Se puso de pie y metió las manos en los bolsillos—. ¡No me des la brasa! —Sonreí—. Sé perfectamente lo que ocurre, no tengo diez años. Solo quería ver cómo estabas, te portaste genial conmigo mientras estuve en el hospital, qué menos que...

—Abusé sexualmente de ti durante un tiempo, no puedo evitar sentirme culpable.

—Los abusos fueron muy continuados y plenamente satisfactorios. Puedes abusar de mí siempre que quieras.

—Ya no eres menor, has perdido el morbo.

—Viciosa.

Nos miramos durante unos segundos hasta que nos echamos a reír. Hablamos un ratito y después le acompañé hacia su moto, se puso el casco y le sonreí.

—Antes de que te vayas —Me miró y se quitó el casco—. Te aprecio muchísimo y sé que eres tremendamente listo. Pero tienes un fallo: eres hombre. Así que creo que no te darías cuenta de lo que te voy a decir ni aunque tu vida dependiera de ello —Me miró expectante—. Creo que hay una persona muy cercana a ti a la que le gustas. Si no eres tonto, seguramente podréis... ser muy felices.

—¿Muy cercana a mí? ¿Pero qué...? —Me miró sorprendido y sonreí—. No puede ser... ¡Cristina es mi mejor amiga!

—Yo no te he dicho que fuera ella, lo has pensado tú. Pregúntate él porqué. Te he dicho lo que pienso, haz lo que quieras.

Diciendo esto sonreí y me adentré de nuevo en mi casa. Poco después escuché el rugido de su moto y respiré, esperaba no haber metido la pata. La manera que Cristina tenía de mirar a Daniel no dejaba lugar a dudas.

Hay ocasiones en las que adoptamos una postura en la que nos protegemos y creemos que así no vamos a sufrir; nos convertimos en sus amigas y confidentes, y nos encanta cuando nos llaman y somos nosotras las que, con todo nuestro amor, les consolamos con palabras bonitas y sentimientos verdaderos. En esos momentos somos capaces de creer que él, un día, se dará cuenta de cuánto le importamos y nos confesará su amor incondicional. ¡¡¡Chorradas!!! Esas cosas pasan muy pocas veces: la realidad es mucho más cruel.

Me puse el pijama y me metí en la cama, no tardé más de media hora en darme cuenta de que no iba a ser capaz de dormir, así que cogí mi portátil y lo encendí; la luz parpadeante del Skype me hizo sonreír.

El señor Moore y yo teníamos el mismo tipo de insomnio. Después de dos horas y media de conversación fluida y sin sentido, entendí que aquel hombre me atraía más de lo que yo misma imaginaba.

—Se ha quedado callada, eso es raro en usted. ¿Sigue viva?

—Sí, disculpa. Me había quedado mirando por el increíble ventanal de mi habitación, cuesta concentrarse aquí.

—Discrepo, escribí *Ídem* allí.

Abrí los ojos de golpe y aquella habitación recobró un nuevo sentido, sabía que aquella casa era suya, pero nunca pensé en lo que aquello significaba. No me había parado a pensar que el mismo Moore había caminado por las mismas habitaciones que yo, que seguramente habría acariciado las paredes al igual que yo, y lo más increíble de todo: que había escrito aquella increíble historia con las mismas vistas en las que yo me perdía. Sin darme cuenta me había metido en su mundo.

—¿Viviste aquí?

—Una temporada. Necesitaba distancia de mi vida habitual y adquirí la casa para poder desconectar de todo. Fue un consejo del que era mi psicólogo, un gran chico.

—¿Fue usted al psicólogo?

—Claro, ¿en serio cree que una persona que ha escrito un libro como *Ídem*, no necesita algún tipo de terapia?

Empecé a carcajearme de la risa, estaba sola en aquella habitación apenas iluminada por una lamparita de noche; mi risa resonó por toda la casa. Por un momento parecía que no estaba sola y que Moore estaba en algún rincón, riendo como yo.

—Ahora que lo pienso...

—No piense demasiado, llegará a la conclusión de que estoy loco y no querrá conocerme.

—¡Oh! Para nada. Tengo una cierta afición por locos y, o, tarados, así que seguramente conocerle me resulte muy tentador.

—Quizá usted también debería ir a terapia.

—¿Y quién dice que no acuda ya?

—Es usted mi mujer ideal. Cácese conmigo.

—¿Me está pidiendo la mano? ¿Y sin anillo? ¿Qué clase de escritor bohemio y romántico es usted?

—Le he medio regalado una casa, ¿aún quiere un anillo?

—Soy tradicional.

—De acuerdo, le regalaré un anillo. Será reluciente, de princesa, y tendrá una bonita perla rosa en el centro.

Me eche a reír de nuevo, cada vez tenía más conexión con él. Era raro, pero sentía que ya le conocía.

Poco después nos despedimos. Yo seguía sin poder dormir, así que mi mente voló hacia las gafas que me había regalado Klaus , en ellas residía todo lo que Moore representaba para mí. Aquellas grandes gafas, con tanta personalidad, hacían que le sintiera más cercano, pero por más que las busqué no las encontré; puede que con el traslado las hubiera perdido, o guardado en algún sitio que no recordaba. Frustrada y de mal humor me metí en la cama; para mi sorpresa en dos minutos conseguí quedarme dormida.

Capítulo 29

Dos días para conocer al Sr. Moore.

Aquella mañana me despertó Alejo. No pensaba levantarme en todo el día, cada vez quedaban menos horas para el encuentro entre el señor Moore y yo, y me comían los nervios. Necesitaba estar lo más descansada posible para no llevar unas ojeras de miedo, pero, aunque consiguiera dormir, siempre era bien entrada la madrugada cuando lo lograba; no conseguía dormir todo lo profundamente que me hubiera gustado. Cada día me levantaba más cansada que el anterior.

Alejo respetaba mis días de asuntos propios, pero sin mí su ansiedad aumentaba. No es que no fuera imprescindible, que lo era, y mucho, pero solía delegar en mí muchas cosas, y como yo estaba ausente, se encontraba al borde del suicidio. Carlota ya lo había mandado a la mierda en varias ocasiones, así que su último recurso fue suplicarme ayuda. No tenía que ir a la editorial, simplemente acudir a una cafetería donde trabajaba una chica por la que se había interesado Alejo.

El solía vagar por páginas de internet y por foros de gente anónima que escribe *fanfics*, novelas, y toda clase de historias inimaginables. Desde hacía cosa de un año seguía a una chica de mi edad que escribía historias en una página de lectura gratuita; después de sopesar varias de sus historias, una en concreto había llamado su atención. Iba a ser yo quien le iba a dar la gran noticia a aquella chica. Yo era el genio de la lámpara, me encanta Aladín.

En teoría iba ser él quien acudiera a aquella cafetería donde la joven trabajaba y así explicarle cómo había ocurrido todo, ella solo había recibido un mail de un seguidor y había accedido a tomar algo con él para hablar. Ella no tenía ni idea de que se trataba de un editor de prestigio. Alejo era un encanto y nada le gustaba más que transformar su día a día en un show de Opra. No era la primera vez que había hecho una cosa así, parte de nuestra plantilla de escritores eran diamantes descubiertos por él.

Me envió por mail los datos de la chica y dónde encontrarla; por motivos

obvios no había tenido tiempo de leerme nada de aquella joven, pero él se encargó de adjuntarme sus partes preferidas de las distintas historias. Así que, mientras el taxi —pagado por la empresa— me llevaba rumbo a aquella cafetería, decidí conocer al talento que había encandilado a Alejo. Por la manera de escribir que tenía, no necesité profundizar más para saber que esa chica tenía talento.

Sonreí al ver una anotación sobre el archivo adjunto que me había enviado:

Nena, esto es solo el prólogo. ¿No es desternillante?»

Prólogo

¿En serio podía pasarme eso a mí? ¿A qué narices me he estado dedicando en mis vidas anteriores? Tuve que haber sido algo horrible para que ahora el karma me diera tanto por el saco.

Mensaje a todos los hombres nada recomendables: seguramente acabe enamorándome de todos vosotros, id preparando vuestras estrategias, aún me queda algo de dignidad que tengo intención de lanzar por la borda.

Mi hermana me llamaba exagerada, pero yo creo que no era que yo fuese exagerada, ella era una ilusa. ¿Sería culpa de mis padres? Ella era estable, sensata y feliz, y yo era un auténtico desastre, por no mencionar que estaba completa e irrevocablemente tarada.

Quizá mi padre solo había usado su esperma más fructífero y sano con mi hermana, y para mí solo habían quedado los restos; un esperma cansado y vago que seguramente había estado dando tumbos por la trompa de Falopio de mi madre hasta que se topó por casualidad con el óvulo. ¡Vaya usted a saber! Sé que es asqueroso pensar en el esperma de mi padre, y no menos desagradable imaginar la trompa de Falopio de mi madre, pero estoy buscando culpables de mi situación y... ¡Joder! Toda la culpa no puede ser mía, ¿no? Tengo ganas de llorar.

¿Y si me hacía Lesbiana? No, acabo de babear con la foto de Klaus Grass, ser lesbiana va a ser bastante difícil. Pues nada, no me queda otra que seguir conociendo sapos.

Estaba riéndome a carcajadas cuando vi que el taxista me miraba por el retrovisor, no pude contenerme. Era una escritura fresca, divertida, y ¿por qué no decirlo? Acertada. Yo me había sentido así tantas veces que lo podía haber escrito yo misma.

Me enamoró enseguida el toque de humor con el que se expresaba. La

idea de salir de mi casa para dar una buena noticia a aquella chica valió la pena considerablemente.

Llegué a aquella cafetería puntual. Pese a que la mañana amaneció lluviosa, estaba de buen humor: casi no había pensado en Alan. Cuando entré al cálido interior, vi que la cafetería estaba bastante repleta. Alejo me la había descrito como una chica de estatura media, castaña, con el pelo rizado. Me dijo que seguramente lo llevaría recogido en un moño desecho; acertó al milímetro. Me acerqué sonriendo, ella no había reparado en mí hasta que me detuve justo delante. Levantó la cabeza. Aquella humilde sonrisa me hizo saber que había un nuevo diamante en bruto.

—¿Eres Belén? —La chica se levantó y asintió con la cabeza—. Me llamo Nadia, vengo de parte de Alejo, a él se le ha complicado la mañana y le ha sido imposible acudir.

Me miró durante unos segundos sin entender qué pasaba, Alejo no le había contado a qué se dedicaba, ella simplemente creía que se trataba de un admirador gay que era fan de sus escritos.

—Tranquila —Me miró extrañada—. No pasa nada, supongo que debes ser amiga suya.

—Sí —Sonreí mientras nos sentábamos de nuevo—. Su amiga y su subordinada —Sonrió ante mi ironía.

—¿Es tú jefe?

—Me temo que sí.

—¿Y es un buen jefe o un capullo con pretensiones?

Solté una carcajada: hablaba igual que escribía. Ella me observó divertida; me moría por contarle qué narices estaba haciendo yo allí.

—Generalmente es un capullo con pretensiones, pero es buen jefe —Se echó a reír con ganas.

—Ya tienes más suerte que yo —Bajó la voz y me indicó con la cabeza que mirara hacia un lado de la estancia—. Esa tirana es mi jefa.

—¿Tan mala es? —pregunté divertida.

—Es odiosa. A veces creo que si la miro muy fijamente acabaré por encontrarle el 666 en alguna parte de la cabeza, como a Demian. ¿Has visto la profecía?

Asentí mientras me reía, la mujer no nos perdía de vista. Hablamos un rato más de tonterías que nos hicieron reír, hasta que hizo la gran pregunta.

—¿Y a qué se dedica Alejo para que haya tenido que mandar a su empleada?

Respiré y la miré sonriendo

—Alejo es editor jefe de una importante editorial. Uno de bastante prestigio y no es porque sea mi jefe —Para cuando la miré su cara era un auténtico poema—. Yo también soy editora.

—¿Cómo?!

—A Alejo le gusta descubrir nuevos talentos como es tu caso, te lleva siguiendo bastante tiempo, por eso quería tener una cita contigo. Pero como le ha sido imposible venir, me ha mandado a mí.

—A su fiel lacaya... —susurró envuelta por la sorpresa, a lo que me eche a reír.

—Vaya, no había caído yo en esa definición, seguro que le parece divertida. —Me miró sonriendo—. Estamos interesados en publicarte.

—¿Qué?

—Lo que oyes —Se llevó las manos a la boca—. Sé que podríamos haberte llamado y haber concertado una cita en la editorial, pero a Alejo le encanta el melodrama, ya lo iras conociendo —Hice una pequeña pausa, ella me miraba expectante—. Tengo que serte sincera, aún no he leído nada tuyo excepto un prólogo que me ha enviado Alejo, pero he de decirte que me he leído contigo en unos escasos minutos más que en todo un mes.

Me miró con una especie de cariño y miedo a la vez. Se había quedado de piedra y estaba callada, yo solo esperaba algún tipo de reacción por su parte; cuando casi estaba al borde de la histeria inspiró.

—Dios mío, no puede ser, estas cosas no me pasan a mí.

La miré con dulzura.

—Claro que te pasan. Tienes talento. ¿Por qué no iba a pasarte? Contra los sapos que conoces no podemos hacer nada, pero con tu profesión desde luego que sí.

Después de que diera un grito, saltara en la silla y se echara a llorar, pude seguir hablando.

—¿Y qué tengo que hacer ahora?

—En primer lugar relajarte —Sonreí—. No podremos hacer nada si te da un infarto. En segundo lugar, acudir el lunes que viene a la editorial —Le di una tarjeta con la dirección—. Ven a la hora que puedas, Alejo o yo te atenderemos y te explicaremos mejor cómo lo vamos hacer. Tienes que leer el contrato y todo eso, así que si quieres llevar un representante legal no habrá problema.

—¿Representante legal?

—Claro, tendrás que firmar un contrato, necesitas alguien que te asesore, ¿no crees?

—De acuerdo —Tragó saliva—. Hablaré con mi padre, seguro que él conoce a alguien. Nadia, muchísimas gracias por esta oportunidad, de verdad que no os decepcionaré.

Sonreí y le acaricié la mano.

—Eso no lo dudo.

—¡Voy a publicar un libro! No me lo puedo creer. ¿A quiénes habéis publicado? Ahora mismo la curiosidad me mata.

—Es normal —dije echándome a reír—. No sé si habrás leído algo de ellos. Tenemos con nosotros a Aníbal Luna, a Jacqueline Amorós, a...

—¡Espera! —me interrumpió—. ¿Jacqueline Amorós? ¿La misma Jacqueline Amorós que escribió *Si tan solo fuera sexo*?

—La misma.

—¡Me muero! ¿Voy a trabajar con la misma editorial que ella? Dios mío, me he muerto y estoy en el cielo.

Volví a echarme a sonreír.

—¿Has leído algo de ella?

—¿Algo? ¡Lo he leído todo! La admiro muchísimo, y cuando la conocí casi me desmayo, es una mujer increíble —La miré sorprendida.

—¿Conoces a Jacqui?

—Sí, un amigo mío que también escribe se reunió con ella aquí hace un mes o cosa así. Ella estaba entusiasmada por la historia de mi amigo y estuvieron una hora hablando. Ella me animó a que escribiera algo y se lo enviara, pero nunca me atreví.

—¿Y por qué? Ella te hubiera ayudado.

—Lo sé, pero no sabía si mis historias estarían a la altura de Jacqui

La miré sonriendo. Tras su carácter potente y divertido, se escondía una latente inseguridad, en eso me identificaba bastante.

—Eres buena, tienes chispa, recuerdo que cuando leí por primera vez el manuscrito de Jacqui supe que triunfaría, y te digo que, con solo leer tú prólogo, te digo a ti lo mismo que a ella. Confía más en ti misma. Y después de esta brasa modo madre, cuéntame, ¿qué tal tu amigo? ¿Sigue escribiendo? Quizá podamos ayudarle, ¿es bueno?

—Es realmente bueno —sonrió al recordarlo—. Él fue quien insistió en que sacara todas las ideas que tenía en la cabeza.

—Seguramente ni te atreverías a escribir, ¿verdad?

—Cierto. Si no es por él... Recuerdo que venía aquí, se sentaba justo en esta mesa, sacaba su portátil y se tiraba horas y horas escribiendo; suerte que a mi jefa la tenía encandilada, sino le hubiera sacado a patadas —sonreí—. Después de varios días, le pregunté si era escritor; me dijo que no profesionalmente, pero que su psicólogo le había aconsejado escribir —La miré sorprendida—. Sí, esa misma cara le puse yo. Pensé que quizá tuviera problemas serios; pero poco después supe que solo pasaba una mala racha, escribir le vino bien para apaliar aquel dolor que sentía. Joder, escribe como los ángeles.

—Vaya —Sentí curiosidad al instante—. ¿Y ha publicado algo?

—Tiene una propuesta o algo así me comentó. Hace días que no hablamos, puede que hasta se haya decidido a publicar en su nombre.

Estaba sonriendo cuando algo paso como un rayo por mi cabeza.

—¿Publicar en su nombre? —pregunté algo nerviosa.

—Sí, su libro es demasiado... cómo decirlo... personal. Le daba vergüenza que cualquiera pudiera reconocerle por el nombre. Mario, el hijo de mi jefa, le ayudó con el seudónimo unos meses antes de que yo entrara a trabajar, me lo contaron una noche en la que habían bebido un poco de más —Sonrió al recordar algo que parecía tener gracia—. Su nombre real, le dio la idea a Mario de cuál podía ser su seudónimo, y lo gracioso es que tiene presencia. Todo hay que decirlo.

Para aquel entonces yo me había quedado de hielo, había mucha gente que usaba seudónimos, de hecho nosotros publicábamos historias en las que los autores usaban un sobrenombre, sería una tremenda coincidencia que se tratara de él, pero algo en mi estómago me decía lo contrario. Había dejado de creer en las casualidades.

—¿Y cuál es ese seudónimo?

Ella me miró divertida

—Señor Moore. Original, ¿verdad?

—¿Qué? —El corazón me empezó a latir desesperadamente.

—¡Oh, Dios! —Tragó saliva—. ¿Le conoces?

—Sí, bueno, no. En persona no, he leído su manuscrito y tiene una reunión en dos días en la editorial.

—¿Qué? ¿También va a publicar en tu editorial? ¡Joder! ¿Es una broma?

—¡No! —exclamé sorprendida—. Dime que no eres un invento de Moore, porque a estas alturas le creo capaz de todo.

Se echó a reír.

—Veo que lo vas conociendo, pero te prometo que no. Yo escribo de verdad, tengo mi propia página web, me siguen bastantes personas, puedes mirarlo si quieres.

Le sonreí y me llevé las manos a la cabeza. Aquello era una locura, cada vez se cerraba más el círculo, yo tenía que conocer al señor Moore en persona, debía haberle visto alguna vez, cada vez lo tenía más claro: Moore estaba dentro de mi círculo. Todo eso no podía ser simple casualidad.

—Belén, ¿podrías decirme cómo se llama? —intenté ocultar mi incipiente nerviosismo.

—¿No te lo ha dicho? —Se echó a reír.

—No.

—Mmm... ¿Tampoco lo has visto en persona?

—No. ¿Lo dices por algo? —Sonrió y me puse a temblar.

—No, es solo que si lo hubieses visto en persona, ya me hubieras dicho algo sobre su físico.

—¿Físico? ¿Acaso es un humpa lumpa? —No sé de dónde me salió aquel humor. Estaba muy nerviosa, pero al ver cómo se desternillaba de la risa, supe que, al menos, esa vez, me había dado por ser graciosa. Otras veces los nervios me hacían ser arisca, o no dejar de hablar hasta resultar cansina.

—No es precisamente un humpa lumpa —Se secó las lágrimas—. Está muy bueno. Nadia, ya me lo dirás.

Intenté disimular mi incipiente ansiedad, siempre me había imaginado que el señor Moore sería un hombre muy atractivo, pero tampoco me había parado a definirlo como «está muy bueno». Se me iban a hacer eternos aquellos dos días que faltaban.

Justo cuando iba a preguntarle más, me di cuenta de la cantidad de gente que nos rodeaba. Su jefa y otra compañera no daban abasto y, tras una mirada llena de ira hacia Belén por parte de su jefa, esta nuestra entrevista por finalizada.

—Cómo voy a disfrutar mandándola a la mierda —susurró poniéndose en pie—. Muchas gracias por todo Nadia, ha sido un placer. El lunes nos vemos. Ya se había dado la vuelta cuando la cogí del brazo.

—Su nombre, dime su nombre, Belén.

—¡Ay! perdona, pensaba que lo habías deducido, se llama...

Un golpe tremendo en el suelo nos hizo dar un bote del susto. Toda la cafetería se quedó en silencio, su compañera se había caído al suelo y no solo eso, se había caído con ella una enorme bandeja con tazas y algunos vasos.

Belén la ayudó a levantarse y corrió a buscar una escoba para intentar adecentarlo todo lo más rápido posible; así que vi como mis ansias por saber su nombre real se disipaban. Estuve a punto de sentarme y esperar a que la faena amainara, pero no tenía pinta de que eso pasara. Además aquella tirana me miraba bastante mal. Estaba claro que no le caía bien. Justo cuando estaba saliendo por la puerta alguien me detuvo.

—Nadia —Belén me dio un botecito—. Se dejó esto la semana pasada, devuélveselo cuando lo veas.

Lo miré con detenimiento, era un líquido para limpiar los cristales de las gafas. Cuando le iba a preguntar más a Belén ya había desaparecido. Tragué saliva y miré el bote de nuevo. Confirmado, Moore llevaba gafas.

Aquella noche Moore no se conectó y estuve hasta las tantas frente a la pantalla del ordenador esperando como una idiota a ver su nombre a un lado de mi pantalla. Serían cerca de las cinco de la mañana cuando resignada apagué el ordenador. Miré hacia la mesilla de noche, vi aquel bote y pensé en él. Pensé dónde se lo habría comprado y qué problema tendría en la vista: quizá fuera miope.

Sobre las seis de la mañana y al borde del desquicio miré mi móvil, Alejo había contestado ansioso a los WhatsApp que le había enviado unas cinco horas antes; seguramente habría pasado una noche loca. También me indicaba algo sobre que teníamos que hablar de asuntos importantes de trabajo y seguidamente varios iconos de corazones. Sentí envidia sana.

Vi que tenía nuevas actualizaciones para las distintas aplicaciones que me había descargado, así que me entretuve con mi móvil hasta que fui a parar a Facebook. Ya lo había estado mirando durante varias horas, conocía todas las novedades de los trescientos amigos que me tenían agregada. Cuando estaba a punto de salir de aplicación e intentar dormir algo llamó mi atención. Ni siquiera sabía que lo tenía como amigo, de hecho, recordé haber estado dudando infinitas veces en mandarle la solicitud o no, pero misteriosamente allí estaba, una última actualización de estado de Alan Jane.

Tragué saliva e intenté recordar el momento exacto en el que le di a «añadir amigo», o quizá el momento en el que una notificación me avisó de que me había aceptado, pero no recordaba que aquello hubiera ocurrido. Quizá hubiera sido él, algún día que toqueteó mi móvil. Después de varios minutos en la parra, fijé mi vista de nuevo en la pantalla del móvil, y suspiré; era una canción. Resoplé dudando si en escucharla o no, pero la curiosidad pudo conmigo.

*La misma cama, pero se siente un poco más grande ahora.
Nuestra canción en la radio, pero no suena igual.
Cuando nuestros amigos hablan de ti, lo que hace es simplemente
destrozarme
porque mi corazón se rompe un poco cuando escucho tu nombre.
Todo suena como... uh, uh, uh.
Demasiado joven, demasiado tonto para darme cuenta
que debí comprarte flores y sostener tu mano
Debí darte todas mis horas cuando tuve la oportunidad...*

Mis lágrimas inundaban mis mejillas, tanto que no pude leer la letra de la canción. Alan se había tomado la molestia de subir un video traducido. Cuando conseguí que mi visión fuera clara me centré en la pantalla.

*...Mi orgullo, mi ego, mis necesidades y egoísmo
causaron que una mujer buena como tú se fuera de mi vida.
Ahora nunca podré arreglar el desastre que hice
y eso me atormenta cada vez que cierro mis ojos.*

Supe que ya había tenido bastante cuando me costó respirar. Dejé que terminara la canción mientras daba rienda suelta a mis lágrimas. Moore era solo una distracción de lo que verdaderamente dolía, y lo que dolía era estar sin Alan. En aquel momento solo quise hundirme y desaparecer.

Capítulo 30

Veinticuatro horas para conocer al Sr. Moore.

Era medio día cuando un golpe en la puerta principal me despertó, lo ignoré creyendo que sería el vecino hasta que recordé que ya no vivía en mi céntrico piso, sino en un dúplex en las afueras; por lo tanto no tenía vecinos lo suficientemente cerca como para escucharlos tan nítidamente. Me levanté de golpe, aún somnolienta y con la cara hinchada por las horas que me había tirado llorando.

Miré mi móvil y vi docenas de llamadas y mensajes, volví a dejarlo donde estaba y me arrastré hacia la puerta. Otro golpe me hizo acelerar el paso, miré por la mirilla y me quedé alucinada, abrí la puerta y me hice a un lado.

—¡Por fin! —exclamó Jacqueline adentrándose en el interior—. ¿Te parece bien hacer esperar a una embarazada en plena calle?

Sonreí con las pocas energías que tenía.

—No estabas en la calle, estabas bajo un porche enorme. ¿La verja estaba abierta?

—Sí, deberías asegurarte de cerrar por las noches.

Asentí mientras que recogía mi pelo en un moño y me lavaba la cara en el fregadero de la cocina. Jacqui se había sentado en uno de los taburetes de la cocina y me miraba con cariño.

—Siento haberte despertado.

—Tranquila, me dijo Alejo que te pasarías para comentarme el final definitivo del libro. La culpa es mía por no haber estado preparada.

—¿Vamos a estar discutiendo sobre quién tiene o no la culpa? No podría discutirte nada con esa cara que llevas.

—Muchas gracias.

Me sacó la lengua y sonreí. Me fijé en que había aumentado de peso, estaba guapa y parecía descansada. Yo pasé de mirarme al espejo, de hecho,

los evitaba a toda costa.

Jacqueline empezó a hablar del final que había decidido escribir para terminar su último libro. No era el final que yo habría elegido, odio que los libros no acaben bien, pero antes de permitirme que montara en cólera, me adelantó que habría segunda parte, así que me metí la lengua en el culo y la escuché atentamente. Sus fans querrían matarla por terminar así una historia tan bonita, pero respirarían aliviados al saber que la historia continuaría: menos da una piedra.

—Eres muy buena con Alejo —dijo cambiando completamente el tema de conversación—. ¿Quién trabaja en sus días libres?

Me eche a reír.

—Digamos que esto lo hago para aliviar mi conciencia; muchas veces en mi horario laboral colecciono pelusas que vuelan cerca de mi mesa, una cosa por otra —Me encogí de hombros y vi como sonreía—. ¿Tú que tal estas? ¿Cómo va el embarazo?

—Estoy bastante bien, ni punto de comparación con el anterior, y Klaus está tan ilusionado que parece un niño. Eso sí, te aseguro que mi tiempo de coneja ha finalizado.

—¿Estás segura de que no querrás más?

—¿Estás de broma? ¿Acaso quieres matarme?

Sonreí mientras me pasaba la mano por la mejilla, me fijé en cómo me miraba y me sentí algo incomoda. Solo pude agachar la mirada y mirarme las uñas.

—Siento si te incomodo, Nadia, pero mirarte a ti es como mirarme en un espejo —Levanté la cabeza y la miré—. Me recuerdas tanto a mí cuando lo dejé con Klaus. La misma mirada perdida, las mismas sonrisas fingidas, no puedes disimular la terrible desazón que sientes.

—Tampoco estoy tan mal... —Alzó una ceja y sonreí.

—Mujer, podrías estar un poco peor, pero entonces pasarías a ser un orco. Esa vez sí que me reí con ganas.

—Jacqui, eres un encanto dando ánimos, deberías montarte una consulta.

—Gracias, lo he estado sopesando —Se echó a reír y la imité—. Hay algo que quiero contarte, me han propuesto adaptar *Si tan solo fuera sexo* para un guion cinematográfico.

Los ojos casi se me salen de las orbitas, me llevé las manos a la boca para después dar un alarido que, seguramente, sí escucharon mis vecinos de las casas colindantes. Después empecé a dar saltitos como una tonta hasta que el

cansancio me frenó en seco y tuve que cogerme a la encimera para no caerme: Jacqui no paraba de reírse.

—¡Santo Dios! ¿En serio? Jacqui, ¡lo sabíaaa! Sabía que pasaría algo así —exclamé secándome las lágrimas de emoción que me caían en cascada por la cara—. Te lo mereces.

—Pero no llores, tonta —dijo visiblemente emocionada abriendo los brazos donde terminé refugiándome para acabar llorando con más fuerza—. Sé que no solo lloras por esta noticia, pero haré como que no me importa.

Sonreí y me aparté después de darle un beso en la mejilla.

—Lloro por todo a la vez, pero créeme que esto es emocionante —Suspiré—. Ese libro fue un punto de partida en mi trabajo. Tú también empezabas en la escritura, pasamos horas corrigiendo escenas para sacar todo el partido que requería. Jacqui, no solo fue tu proyecto, fue el de todas las personas que colaboramos en él, porque para la mayoría también fue su primera vez. Y ahora ver que eso cobra vida es algo... —Cuando la miré era ella la que lloraba a moco tendido—. Pretendía que sonara bonito, no que te hiciera llorar.

Ella se echó a reír a la misma vez que seguía llorando.

—Es que es tan bonito lo que has dicho... —Sonreí—. *Si tan solo fuera sexo*, es el libro más especial que he escrito nunca. Jamás olvidaré los días que pasamos juntas, tu ayuda. Muchas escenas se acrecentaron más después de tus consejos, hablamos tanto de Klaus y de David... ¿Lo recuerdas?

—Como si fuese ahora. —Suspiré.

—Klaus está entusiasmado, y David también...

—Pero... —añadí después de ver su mirada.

—Siempre hay un «pero», ¿verdad? —Asentí—. Tengo miedo Nadia, hay escenas que fueron reales, momentos que sí ocurrieron. No sé si estoy preparada para verlos en imágenes, no sé si me entiendes. No es un simple libro de ficción, es que casi todo es verídico y me da miedo. Sobre todo porque hay cosas que Klaus no sabe.

Abrí los ojos de par en par.

—Jacqui, Klaus se ha leído el libro millones de veces.

—Lo sé, pero hay escenas en las que le dije que era imaginación, que no ocurrieron en verdad. Momentos con David, me refiero —Me eche a reír—. Y la verdad es que sí que pasaron, pero como Klaus es tan posesivo...

—Ya, te da miedo que, al verlo en imágenes, se remueva el asunto, ¿no?

—Sí.

—Jacqueline Amorós, perdona si te saco de tu burbuja, pero tu marido es de todo menos tonto. Sabe perfectamente que estabas enamorada de David. Sabe que llegó un punto en que David también lo estaba de ti y sabe que estuvisteis al borde de una relación mientras él estaba casado. Que no saque el tema no quiere decir que no lo sepa. Pero él ha sabido aceptar todo eso, no le des vueltas. Aparte, hace mil años de todo aquello. Tú amas a tu marido con tu vida entera, y solo hace falta leer el libro para saberlo.

Jacqui se secó las lágrimas y me sonrió después de darme un abrazo enorme.

—Muchas gracias, Nadia —Resopló—. Ya me siento algo mejor. Bea me llamó loca, y no te quiero contar lo que me dijo Dana.

—¿Y David?

—¿David? —Sonrió de oreja a oreja—. Él está encantado con la idea, me ha dicho que quiere ser interpretado por Channing Tatum

—¿El de Magic Mike?

—El mismito —Sonrió negando con la cabeza—. Calla, mejor así. Por un momento pensé que me iría a decir que quería a Schwarzenegger.

—David alucina, Tatum es... —Me quedé pensativa.

—Yo te lo digo ¡Un Dios griego!

Nos echamos a reír con ganas.

—A ver, David es un caramelo, pero Tatum, ¡Dios! Me encanta ese actor, en la peli *Querido Jhon* casi me muero, y en *Magic Mike*, morí.

Jacqui me miró sonriendo y se puso de pie.

—Estaré al tanto de la elección de actores, de momento esto sigue siendo un secreto, ¿vale? —Asentí con la cabeza—. Ahora me voy, que tengo una familia a la que atender y un marido con una continua crisis de calvicie.

—¿Aún sigue con esa paranoia?

—Sí, hija sí... Al final se quedará calvo, ¡pero por pesado!

Me eche a reír. Poco después la despedí en la puerta exterior de la casa, y después me aseguré de cerrarla. Con mi suerte, probablemente entrara un violador y después de verme las pintas se marchará sin tocarme un ápice; eso sería un atentado masivo contra mi autoestima. Y no quería eso a pocas horas de conocer al señor Moore.

Como no tenía nada que hacer después de la marcha de Jacqui, me tumbé en el sofá sin mucho ánimo de conciliar el sueño y, para mi sorpresa, me quedé frita en apenas unos segundos.

Cuando me desperté estaba todo oscuro, tanto, que me dio un poco de

ansiedad no ver ni a dos centímetros de mi cara. Me puse en pie y palpé por la pared hasta que di con el interruptor, la luz me cegó durante unos segundos. Caminé como un zombi por la casa buscando algún aparato que me dijera qué hora era. Tuve que ir hasta mi habitación y mirar el móvil. Casi me caigo de culo cuando vi la pantalla, y no solo por todas las llamadas y WhatsApp, sino porque eran nada más y nada menos que las cuatro de la madrugada.

Me habría quedado dormida sobre las cuatro de la tarde y me había levantado a las cuatro y diez de la mañana: había dormido doce horas de un tirón. ¡Los milagros existen! Miré las llamadas. Eran de Jacqui, de Alejo, de mi hermana, dos de Carlota y cuatro de Izan. La última llamada había sido la de Izan a las dos de la mañana, fruncí el ceño. No era común en él llamar a esas horas. Leí los WhatsApp y ninguno parecía importante, salvo el último de Izan, enviado a las dos y media de la madrugada.

¿Se puede saber qué narices estás haciendo? Necesito hablar contigo. Llámame mañana nada más levantarte por favor ;sea la hora que sea!

Un escalofrío me recorrió la espalda. Izan solía ser muy exagerado, pero aquello me resultaba raro. ¿Sería por el arnés que se había comprado Carlota no hacía mucho tiempo? Me imaginé que aquel día, al llegar a casa, Carlota estaría desnuda y sobre el arnés, dispuesta para él, e Izan, con lo «maruja» que estaba hecho, no había podido esperar a contármelo. Sonreí negando con la cabeza y le respondí con un simple: «Sigo viva. Mañana te llamo».

Después de un vaso de leche de avena con unas tostadas, caí en la cuenta de que en apenas en unas horas me encontraría con el señor Moore, y una oleada de pánico me inundó. ¡Dios! ¿Qué me iba a poner? Corrí hacia mi habitación deseando que un hada madrina hubiera sabido de mi desgracia y me hubiera dejado sobre la cama un bonito vestido o un conjunto de traje chaqueta.

Lo único que había eran un par de braguitas viejas que había dejado ahí la noche anterior: ¡puajj¡.

Después de buscar hasta la saciedad, me decidí por unos vaqueros pitillo, una camiseta de tirantes blanca con un ligero escote, y una americana de corte más largo en color crema entallada. La combinaría con unos zapatos incomodísimos y un collar algo chick que me había regalado Carlota para lucir con aquella americana. Quizá fuera demasiado arreglada, pero no todos los días una va a conocer a un mago de las palabras.

El pelo iba a ser otro problema hasta que me decidí por una trenza a un

lado: simple y moderno. Con una crisis resuelta me envolvió otra duda. No había hablado con Moore, aunque sabía que la reunión seguía en pie, el mensaje de Alejo lo confirmaba. Así que, con un cierto toque de nervios encendí el ordenador. Tardó un poco más de lo habitual en encenderse y mis nervios casi acaban conmigo. Nada más conectarse el Skype, la luz naranja parpadeó provocándome un amago de infarto.

—Señorita Nadia, debe estar muy ausente o muy ocupada para hoy no estar conectada, o ¿acaso es una Vendetta por no haber estado conectado la noche de ayer? He llegado esta mañana de un viaje de negocios y ayer pasé una noche horrible y hoy tiene toda la pinta de que ocurra lo mismo. Solo me contenta el hecho de saber que en unas horas podré verla. Que tenga una buena noche.

Me enfurruñé conmigo misma al leer el mensaje. Ya no estaba conectado y me lo había enviado a las tres de la madrugada. ¿Qué le pasaba a todo el mundo aquella noche?

Aún a riesgo de que no lo leyera, le dejé un mensaje, quizá por la mañana, antes de acudir a la reunión, echara un ojo al Skype.

—Señor Moore, siento no haber estado conectada, lo cierto es que estaba dormida, mis días no han sido para lanzar cohetes tampoco. Espero que esté descansando, al menos unas horas. Hasta dentro de un rato señor Moore.

Capítulo 31

El día Moore.

Estaba nerviosa, llegaba diez minutos tarde y estaba al borde del colapso nervioso. ¿Por qué tenía tan mala suerte? Quizá la pregunta correcta sería: «¿Nadia, por qué narices apuras tanto el tiempo?». Pero es mejor echar la culpa al resto, a mí me hace sentir menos mal.

Siete WhatsApp de Alejo me comunicaban que el señor Moore ya había llegado, estarían en la sala de reuniones y me aconsejaba que no tardara mucho. Creí que me estamparía contra algún coche, de los nervios los pies me temblaban.

No entendía a qué venía todo aquello, solo iba a ver a un escritor al que admiro, no iba a entrevistarme con la reina de Inglaterra ni con alguien sumamente relevante: solo era el señor Moore. Probablemente, aunque me confesara su nombre real, creo que me sería imposible llamarlo de algún otro modo. No me imaginaba a aquel hombre con un nombre común, como Paco, Pedro o Antonio. Tendría que ser un nombre más currado, más original como Mateo, Valerio o... Vale, estoy flipando en colores yo sola. Juraría que lo que me había echado en el café había sido azúcar, aunque empezaba a dudar.

Solté mi tercer alarido cuando un semáforo se me volvió a poner rojo por tercera vez consecutiva. ¿No os ha pasado alguna vez que teniendo toda la prisa del mundo, el universo se confabula para que lleguéis tarde? Al final terminé resignada, tampoco me pasaba nada anómalo o poco común en mí, ya debería estar acostumbrada. Soy un auténtico desastre y el karma me odia, cuando antes lo acepte, antes podré vivir medianamente conforme.

Con todos los nervios se me había olvidado llamar a Izan. Aunque ahora mismo volvía a sonar mi móvil, no me extrañó que fuera él de nuevo, pero no estaba dispuesta a contestar; primero porque estaba conduciendo, y segundo, porque estaba muy nerviosa como para entablar una conversación.

Llegué veinte minutos tarde. Mientras subía a mi planta, cada vez sentía

más la necesidad de echar a correr, montarme de nuevo en el coche y esconderme en mi casa como una cobarde. Ni siquiera cuando acudí a mi primera cita con mi primer rollete, había estado tan nerviosa; ni siquiera en mi primera entrevista de trabajo. Solo recordaba una vez en la que los nervios habían sido similares, y fue un pensamiento que no debía haber tenido porque justo unos segundos antes de que se abrieran las puertas del ascensor sentí que mi ánimo descendía.

Cuando quise darme cuenta, caminaba hacia la sala de reuniones que estaba al lado opuesto de mi cubículo. Me hubiera gustado llegar con tiempo de sobra y mirar si el señor Moore me había contestado aquella mañana antes de acudir a la editorial, o al menos, para poder sentarme y relajarme un poco antes de afrontar esta locura.

Cuando estaba a varios pasos de la sala, una voz me hizo volverme de golpe: mi cara debía ser de pánico, dado el hecho de que me miró con aprensión.

—Nadia —susurró Miriam mirándome perpleja—. No quería asustarte, ¿estás bien?

—Sí, perdona Miriam, es que ya llego tarde y estoy algo nerviosa —Resoplé un poco más tranquila—. ¿Pasa algo?

—No, es solo que hace un rato el escritor con el que tienes la reunión ha estado sentado en tu mesa —Abrí mis ojos de par en par.

—¿Qué?

—Sí, es raro, ¿verdad? —Habría asentido si no llega a ser porque estaba catatónica—. Ha dejado esto en tu escritorio. Al ver que venias directa hacia la sala, he pensado en dártelo.

Me tendió una caja cerrada de terciopelo negro: tragué saliva. ¿Esto iba en serio? Miré a Miriam que miraba la cajita con expectación, también podía ver que yo estaba temblando, pero no dijo nada, así que bajo su atenta mirada y al borde de una crisis nerviosa, abrí la caja y sonreí de inmediato.

Dentro había un anillo de plata con una perla rosa en el centro, tal y como me había dicho en nuestra última conversación. Miriam me miró asombrada mientras yo miraba el anillo como si fuera la mayor preciosidad del mundo. Cuando saqué el anillo vi una inscripción en su interior.

¿Qué me contesta?

Sonreí como una pánfila mientras me ponía el anillo en el dedo anular, no creía que fuera de plata auténtica, probablemente sería bañado en plata y lo había comprado para echarse unas risas, pero a mí, aquel detalle, me dejó

boquiabierta. Miriam me miró sin entender nada.

—Es una larga historia —susurré—. Luego te cuento, que llego tarde.

Y diciendo esto, salí escopetada hacia la sala aún más nerviosa, si aquello podía ser posible.

Nunca había tenido una cita a ciegas, pero desde luego aquello se le asemejaba bastante. ¿Qué podía esperar? ¿Cómo debía saludarle? ¿Amigable?, ¿cortés?, ¿cordial? Al fin y al cabo, habíamos hablado mucho por Skype y acababa de comprarle su casa. Y... me había regalado un anillo de pedida ficticia. No era un desconocido, era Moore.

La sala solía estar con las persianas abiertas viéndose así el interior, pero, aquella vez estaban cerradas. Desde fuera podía notar distintas sombras que se transparentaban levemente, había varias personas en el interior, podía escuchar voces, y ¡¡jodeer!!, me temblaban las manos, me sudaba todo el cuerpo y estaba a punto de echarme a llorar. Pero ¿qué me pasaba? Negué con la cabeza, cogí aire, lo solté y con cuidado abrí la puerta. No quería llamar exageradamente la atención.

Lo primero que vi cuando abrí la puerta fue a un hombre corpulento sentado en la silla dando la espalda a la puerta. ¡Dios! ¡Pónmelo aún más difícil si puedes! Llevaba una camisa con el ribete del cuello en azul, no lo había visto de frente, pero aquella espalda era... ¡Bufff!

Había abierto la puerta tan sumamente despacio que no me habían escuchado, hasta que Luis, uno de los editores jefe, que estaba sentado frente a aquel desconocido, levantó la cabeza y me sonrió. Sonia y Leyre, que también estaban allí presentes, me saludaron sin quitar la mirada de aquel señor.

Todos se habían percatado de mi presencia, menos aquel portentoso hombre moreno que seguía sin girarse hacia mí. Algo que me extrañó fue que Alejo no estaba, pero luego pensé que habría ido a solucionar cualquier caos que, normalmente, solía producirse los días que menos disposición teníamos, como casi todo en esta vida.

—Nadia —habló Luis poniéndose en pie—. Te estábamos esperando.

—Disculpe, señor Martínez, había un atasco espantoso.

—Es lo que ocurre cuando uno se va a vivir a las afueras, la hora punta es insufrible —Me sonrió después de decir aquello y pensé que mi mentira había sonado creíble—. Acérquese, Nadia.

El corazón volvió a bombearme tan fuerte que sentí que no podría mover mis pies, es como si mi cerebro no pudiera procesar la idea de dar unos pasos.

Pero afortunadamente después de, lo que me parecieron los segundos más largos de mi vida, pude moverme. Aquel hombre seguía ignorándome y debo de decir que me ofendió un poco. ¿Dónde estaba toda aquella caballerosidad de la que hacía gala por chat? Cuando ya estaba crucificándolo, pude intuir que se movía hacia un lado y hacía el amago de ponerse de pie; en breves segundos le tendría frente a mí. Cuando estuve lo suficientemente cerca como para verle bien, sentí que mi mundo se hundía.

—Buenos días, señorita Nadia —Me tendió la mano—. Como imaginé ha llegado tarde.

Me quedé de hielo, el corazón me latía a mil, debía haber un error, no... No podía ser él.

—Nadia, ¿está usted bien? —preguntó con esa voz que me erizaba la piel, mientras me observaba detrás de sus gafas—. Se ha quedado pálida.

—Nadia —habló Sonia a mi espalda—. Ven, siéntate —Viendo que yo no me movía, puso sus manos en mi cintura y me llevó hasta la silla más cercana, justo a la derecha del Señor Moore. El señor Moore que no era nada más y nada menos que ¡¡¡Alan!!!

Capítulo 32

Me había quedado helada, era incapaz de moverme un ápice. Por momentos pensaba que era fruto de un sueño mientras dormía, o más bien de una pesadilla. Pero por mucho que me pellizcaba la palma de la mano, no conseguía despertar. No, aquello no podía ser ni más ni menos que una cruda y cruel realidad.

—Y bueno, señor Moore —continuó el señor Martínez ignorando mi palidez—. Siga contándonos.

—No hay más que contar —contestó Alan y tuve que coger aire—. Uso seudónimo porque así me siento más cómodo. Soy asesor fiscal y no pretendo dedicarme a la escritura en particular.

—¿Pero estaría dispuesto a publicar con nosotros? —intervino Sonia, la cual no me quitaba ojo.

Sentí la mirada de Alan sobre mí, así que hice acopio de todo mi valor y le miré a los ojos, no parecía él. La fuerza de sus ojos se suavizaba un poco tras aquellas gafas. Aquellas gafas que me habían desaparecido de casa, aquellas gafas que me regaló Klaus aquella mañana. Aquellas gafas que simbolizaban al señor Moore: las mismas que ahora llevaba puestas Alan. Era todo tan confuso que no podía pensar con claridad.

—Claro, pero solo si es la señorita Sánchez la que realiza las labores de editora, solo estaría dispuesto a publicar si es ella la que revisa mis manuscritos.

La cara de Sonia era de asombro, Leyre sonreía, y el señor Martínez lo miraba con el ceño fruncido. Yo, por el contrario seguía como un tempano de hielo; aunque mi corazón latía desbocadamente. Alan estaba tan perturbador bajo aquella imagen, que apenas podía mediar palabra.

—¿No podría hacer concesiones sobre esa cláusula? —Alan se puso rígido y desprendió cierta irritabilidad que mi jefe supremo pudo llegar a sentir—. Cuando la señorita Sánchez no pueda revisar su trabajo, tendrá que hacerlo otro, Alejo también es muy buen editor.

—Lo sé, pero no es al señor Soria al que he pedido, sino a la señorita

Sánchez. Así que si recibe un manuscrito mío deberá dejar todo lo demás y centrarse en mí, al fin y al cabo, es su trabajo como editora, ¿no cree?

—Y nos sentimos muy orgullosos de su trabajo. Nuestra joven Nadia es magnífica, pero dada la índole de sus historias, quizá un editor más experimentado... —añadió el señor Martínez sin quitar aquella sonrisa petulante de la cara.

—No —sentenció Alan—. Creo sinceramente que no se le reconoce mérito alguno al increíble trabajo que realiza la señorita Nadia —Me tapé la cara y me hundí en la silla. No tenía bastante con sentirme tremendamente perdida, que ahora me tenía que sentir humillada—. O Nadia, o nada.

El ambiente distendido que había ocupado la sala desaparecía a cada milésima de segundo, siendo sustituido por tensión y cierto nerviosismo.

—De acuerdo Moore, es usted un hombre de negocios, disculpe mi torpeza —añadió Martínez mirándome—. Nadia será la encargada de revisar sus manuscritos, ¿le parece bien Nadia?

Levanté la cabeza cuando escuché mi nombre. Había estado distraída mirándome las manos y los muslos. Cerré los ojos para no estallar cuando Alan hizo gala de su masculinidad, la misma que en ese momento odiaba con todas mis ganas. Hice acopio de todo mi valor cuando mi jefe, con un sutil movimiento de cabeza, me hastió a contestar.

—Valoro mucho que un escritor de la talla del señor Moore quiera contar con mis servicios de edición —Miré a mi jefe y después a Alan—. Pero coincido con mi jefe a la hora de creer que su trabajo está muy por encima de mi experiencia como editora. Tengo muchas obras entre manos y creo que no sería mala idea que tanto Alejo, como cualquier editor con más experiencia, se encargaran de sus escritos. Podrían sacar mejor partido que yo.

Vi la victoria en los ojos de mi jefe y la furia en los ojos de Alan.

—Perdone, Nadia, pero su pésima confianza en usted misma es insultante —espetó Alan de mala gana.

—Perdóneme usted, pero quizá lo insultante sea la extrema confianza que siente hacia mí, no me conoce de nada... —Abrió muchos los ojos—. ¿Verdad? Solo de cuatro conversaciones absurdas por internet. No sea tan prepotente y déjese aconsejar por las personas que saben sobre esto.

Y lo que no habría querido ni en un millón de años, pasó. Aquello había dejado de ser una reunión para transformarse en un ring: Alan y yo nos retábamos con la mirada y la tensión era palpable. El hecho de que el señor Moore y yo ya nos conocíamos había quedado al descubierto. Al menos ante

Sonia y Leyre.

—¿Eso es lo que han sido para usted? ¿Conversaciones absurdas?

—Sí, ¿qué deberían haber significado? Usted es otro escritor engreído que vive dentro de sus personajes, que mira al resto del mundo por encima del hombro. ¿Qué tiene un don? Sí, pero eso no le da derecho a exigir las cosas como si esto fuera su casa. Por no mencionar que es un cobarde embustero que usa seudónimo porque no quiere que nadie de su entorno crea que es humano. —Me puse en pie ante las miradas incrédulas de los allí presentes y me dirigí hacia la puerta—. Así que, si su condición es que yo sea su editora, búsquese otra editorial que esté dispuesta a lamerle el culo. Si no me necesitan para nada más, estaré haciendo mi trabajo.

Y diciendo esto salí por la puerta como una exhalación. El corazón me iba a mil por hora, estaba segura que me había ganado el despido después de haberle hablado así a un escritor al que pretendíamos que publicara con nosotros. Acababa de hablarle como a un trapo delante de los tres mandamases de la editorial, así que no albergaba esperanza alguna de continuar trabajando allí. Recibiría mi carta de despido. Y bien pensado... ¡completamente merecida!

Llegué a mi cubículo aguantándome las terribles ganas de llorar que me ahogaban la garganta, me tapé la cara y cuando iba a echarme a llorar escuché unos pasos que parecían venir hacia mí. Negué con la cabeza. Si tenía que aguantar otro asalto con Alan acabaría por darme una crisis nerviosa, pero gracias a Dios el olfato se adelantó y pude reconocer aquel perfume: no era el de Alan.

—¡Por Dios, Nadia! —Izan se dejó caer en la silla frente a mi mesa, visiblemente cansado—. ¿Por qué coño no me has llamado?

—No he tenido tiempo —Le miré visiblemente irritada—. Izan, hoy no es un buen momento para tonterías, te agradecería que...

—Ya lo sabes, ¿verdad? —Le miré fijamente—. Que Alan y Moore es el mismo, ¿verdad?

Abrí los ojos de par en par, hasta creo que di un leve grito. La cara de culpabilidad de Izan era bastante llamativa, lo que me hacía creer que no se acababa de enterar ahora.

—¿Tú lo sabías?!

—No levantes la voz —dijo mientras se arrimaba a la mesa—. Nadia, estoy violando completamente el secreto médico-paciente, así que haz el favor de no gritar.

Contuve la respiración por no armar un escándalo allí mismo, aunque la verdad era que solo tenía ganas de ello.

—¿Qué me estas queriendo decir con esto, Izan? —dije una vez más calmada.

—Hace unos meses vino a mi consulta un tal señor Moore, era un hombre normal con algunas pequeñas obsesiones. Estuvo durante meses acudiendo a consulta, después le di el alta y no volví a saber de él, hasta aquella noche en el hospital. Cuando supe quién era Alan, lo entendí todo.

Tuve que tragar saliva para poder volver a hablar. El corazón me latía a mil y en aquel momento estaba más pérdida que nunca.

—A ver, a ver... que yo me aclare —susurré mientras masajeara mi frente—. Llevas todo este tiempo sabiendo que son la misma persona, ¿y no me habías dicho nada?

—Lo he intentado mil veces, Nadia —Me sujetó de las manos y me miró a los ojos—. De hecho, si no llega a ser porque Carlota me detuvo, ya te lo hubiera contado.

—¿Qué? —Volví a alzar la voz—. ¿Qué Carlota también lo sabía?

—Se enteró hace poco —Volví mi cara para buscar a mi mejor amiga y lanzarle una mirada asesina, que podría derretir al mismísimo ártico, pero no estaba allí, así que miré de nuevo a Izan—. Reaccionó como tú, pero me prometió que guardaría el secreto hasta que yo supiera cómo hacerlo. Después ella habló con él y me dijo que debíamos mantenernos al margen.

Me solté de las manos de mi amigo como si quemaran. Estaba tan enfadada, que mi enfado se iba extendiendo hacia todas las personas que estaban cerca de mí.

—Izan, ha estado tomándome el puto pelo y tú lo sabías.

—Nadia, no empieces con tu drama —Me cortó en seco y me quedé helada—. He intentado decírtelo dos días y no me has hecho ni puto caso; así que no me vengas ahora de indignada. Pensé que ya lo sabrías hasta que ayer Carlota me dijo que hoy en la entrevista se sabría todo. ¿Acaso crees que iba a dejarte que te llevaras la hostia de esta manera? ¡Por Dios, Nadia! Si no he llegado antes ha sido por el puñetero atasco que hay.

—¿Y Carlota?

—Daniel tenía revisión en el hospital, parece que le ha quedado una secuela en el interior del ojo derecho, no lo sabrán con exactitud hasta después de la revisión. Carlota ha ido a acompañarlos.

Asentí mientras tragaba saliva; interiormente sabía que debía haber un

motivo de vital importancia para que Carlota no estuviera allí. Intenté tranquilizarme. Echa un basilisco no conseguiría nada, debía ser prudente.

—Y qué es lo que hacía Alan en tu consulta, ¿de qué hablabais?

—Nadia, yo no puedo decirte más, tengo un juramento hipocrático, ¿Recuerdas?

—Y el juramento de amistad, ¿dónde queda?

—¿Qué juramento es ese?

—Uno que no hace falta decirlo en voz alta —Le miré fijamente —Ya da igual .

—De ti —Abrí los ojos de golpe—. Ahora sé que era de ti. En aquel momento solo eras la mujer sin nombre, al que un día, yo mismo decidí llamar Nadia. Más que nada porque era raro hablar de alguien sin nombre, y le llamé como tú porque, justamente aquel día nos habíamos visto. Según él, vivía obsesionado por una ex pareja a la que quería recuperar. Contrató un servicio que estuvo espionando a aquella chica durante meses.

—No puede ser.

—Eso mismo le dije. No podía inmiscuirse en la vida de esa chica sin más y mucho menos espionándola. ¡Dios! Si llego a saber que eras tú, te hubiera avisado. No he sabido la envergadura de todo esto hasta hace poco, cuando revisé los documentos, lo que anoté sobre él. Ahora veo claro que eras tú, y vi claro por qué me eligió a mí —Le miré intrigada—. Yo le unía a ti, era un círculo que iba cerrando. Incluso yo a veces le hablaba de mis cosas, de mis amigos y de ti...

Me llevé de nuevo las manos a la cabeza, todo seguía siendo confuso y extraño. Iba a sugerirle que saliéramos de la editorial para hablar con más tranquilidad cuando de reojo vi que una presencia fuerte y potente caminaba hacia mí. Caracterizado de Moore era aún más impresionante. Izan se puso en pie e intercambiaron varias miradas. Pocos segundos después, Alan extendió la mano que Izan acepto; tras eso, le dijo algo que solo mi amigo pudo oír, y después de un asentimiento me miró y me indicó que me esperaba bajo. Yo me puse en pie e ignoré lo increíblemente temblorosa que estaba.

—No quería que esto ocurriera así —dijo mientras se quitaba las gafas y se tocaba el puente de la nariz—. En mi cabeza todo salía de un modo distinto.

—Tú ves muchas películas, Alan, y lo de hoy confirma mi teoría.

—¿Tenías una teoría? —Alzó una ceja incrédulo.

—Tenía muchas, pero la de que estas como una cabra, es la que más

fuerza tiene en este momento.

Aguantó las ganas de reírse, me sentí indignada. Sentía una mezcla de sentimientos raros; por extraño que parezca, le había cogido cariño a ese hombre con el que solo hablaba por internet. El hecho de conocer a alguien distinto, me había movido nuevas sensaciones. Me había desahogado con esa persona más que con Carlota y el propio Alan. Y tenía que enfrentarme a la idea de que nunca existió Moore. Nunca fue esa persona snob, con pijama de cuadros; no existió nunca nada de lo que yo creí. Saber aquello me producía una sensación extraña en el estómago. Tenía la extraña sensación de haber perdido a una persona que... ni siquiera existía; como si hubiera muerto o la hubieran matado.

Por mucho que mirara a Alan no podía ver en él a aquel hombre bueno, dulce, atento con el que había hablado aquellas últimas noches. Delante de mí estaba Alan, la persona que me había mentido y ocultado gran parte de su vida. Alan y Moore eran el mismo, pero yo solo podía sentir lástima por uno, y justamente era el que no existía.

—Nadia, me gustaría que me dejases explicarte —Intentó tocarme pero rehusé su tacto—. No dejes que esto se quede aquí.

—No hace falta —Le miré con desprecio—. No quiero que me expliques nada, solo quiero que desaparezcas de mi puta vida de una vez. Y esta vez, para siempre.

Capítulo 33

Volver a la rutina no era algo que me entusiasmara en exceso, y más estando conforme estaba: encefalograma plano de manual. Así era imposible concentrarse en nada. Desvié la mirada y vi que todos seguían metidos en sus historias. Así que, como había hecho las dos noches anteriores, abrí el Skype, pinché sobre la ventana del señor Moore y me quedé allí mirando aquellas palabras, ahora sin sentido, que me habían hecho sentir mejor un tiempo atrás.

Era horrible aquella sensación, pero realmente le echaba de menos, echaba de menos a Alan y al señor Moore, pero no como si fueran la misma persona, sino como si fueran dos hombres distintos. Y allí, consumida por los recuerdos y las sensaciones extrañas, pasé mi tercer día.

Serían sobre las diez de mañana de aquel viernes cuando mi jefe me llamó a su despacho. No era Alejo, ni siquiera Sonia o Leyre; ni qué hablar del señor Martínez. Esta vez el que me requería a su despacho, era Manuel Canuto, dueño absoluto de esta editorial.

Pocas veces le había visto con el pandero en su silla y detrás de su increíble escritorio. Lo cierto es que apenas aparecía más que una vez al mes o dos como máximo. Solía delegar sus funciones a los anteriormente nombrados. Así era su vida, un continuo ir y venir de viajes y presentaciones. Tenía una vida tormentosa, cada dos por tres estaba con una mujer distinta; las utilizaba y cuando se cansaba las cambiaba.

Personalmente le tenía bastante asco y repulsión, creía que por tener ese aspecto de rico inteligente lo tenía todo ganado. Pero no siempre era así, no al menos conmigo.

Supe que jamás podría caerme bien desde que me contrató y tiró los tejos poco después. Aunque en aquel momento me vi tentada, hoy me siento orgullosa de haber dicho que no: nada me revienta más que ser una «más» para un mujeriego petulante.

Entré en su enorme despacho que se encontraba en el último piso de la editorial. Las vistas eran una auténtica pasada, siempre quise tener unas vistas

así, si alguna vez llegaba a tener un despacho. Manuel estaba de espaldas a mí. Cuando sintió mi presencia se giró. No podía negar que tenía cierto atractivo, aunque dependía del lado en el que lo mirases; sonrió nada más verme y me indicó que me sentara en una de los dos sillones que estaban frente a él.

—Querida Nadia —Sonrió cuando me senté—. Hacía mucho que no nos veíamos. ¿Qué tal estas?

—Bien, gracias —contesté intentando que no me notara nerviosa.

—Quería discúlpame por enviar a Alejo urgentemente a Barcelona, tuvimos un problema horrible en la sede que tenemos allí, sé que debía estar con usted en la entrevista con el señor Moore.

Fruncí el ceño. ¿Desde cuándo a este tío le importaba alguien que no fuera él mismo?

—No se preocupe, esas cosas pasan.

Entonces me temí lo peor, me había hecho llamar a su despacho para despedirme. Seguramente Martínez le habría contado mi pésimo trato hacia un cliente y me había hecho subir para darme la patada personalmente; pocos empleados humillan a un cliente delante de sus jefes y siguen en el trabajo para contarlo.

—Nadia —Levanté la cara al sentir la dureza de su tono de voz—. Sé por Martínez el comportamiento desafortunado que tuvo hacia uno de nuestros más prometedores clientes. Debo decir que me sorprendió de usted, siempre tan simpática y risueña... —Cogí aire mientras escuchaba sus palabras—. Ahora está siempre triste o enfadada. ¿A qué se debe esa actitud?

Lo miré asombrada, recordé exactamente la última vez que nos habíamos visto y no estuve ni triste ni enfadada. ¿En serio se las estaba dando de jefe-amigo? ¡Ja!

—Con todos mis respetos señor Manuel, pero usted no me ve desde la última presentación a la que acudí, y de eso hace ocho meses. No puede saber si estoy triste o contenta, hasta el momento nada había interferido en mi trabajo.

En contra de todos los pronósticos se echó a reír con ganas. Yo me limité a mirarle deseando que se callera de la silla y se estampara contra el suelo.

—Cierto —dijo después de secarse las lágrimas por la risa—. Pero las paredes tienen oídos y boca.

—Sí, y una plantilla bastante cotilla.

—Eso ya lo sabía de mucho antes, querida, aunque créame, sé que no es

de buen agrado cuando los chismes son de uno mismo. ¿Es cierto lo que dicen por ahí? ¿En serio fue tan desconsiderada con Alan?

Iba a responder cuando caí en la cuenta de que había dicho Alan y no señor Moore. Le miré frunciendo el ceño hasta que una sonrisa bobalicona de su boca me hizo entender que no estaba equivocada con él, era un auténtico capullo.

—¿Alan? —susurré.

—Sí, Alan —Se acercó al escritorio y poso sus manos sobre él—. El único motivo por el que no la despidió, es porque puedo entender su situación. A diferencia de la reputación que tengo, no me gusta ver sufrir a una mujer —Intenté por todos los medios no soltar un ¡¡Ja!! —. Alan y yo tenemos negocios en común. Cuando Sonia me habló por videollamada sobre un manuscrito impresionante, indagué sobre quién podía ser, y para mi sorpresa no era nadie más y nadie menos que mi asesor fiscal: el mundo es un pañuelo, ¿verdad?

—Sin duda... —susurré mirando al suelo.

—Me puse en contacto con él enseguida y me habló de toda la situación que tenía en sus manos. Me habló de usted y me pidió discreción, me dijo que encontraría la manera de solucionarlo; pero jamás pensé que usted reaccionaría así: toda una sorpresa...

—¿Y qué pretendía que dijera?

—¿Le soy sincero? —Asentí—. Exactamente lo que dijo. No esperaba menos de usted, tiene carácter y, aunque si vuelve a tener un comportamiento así yo mismo la pondré de patitas en la calle, en esto le concedo una disculpa; somos humanos, ¿no?

—Eso parece —Más intrigada que nunca me puse en pie al ver que él daba por finalizada la conversación. Estaba a punto de salir por la puerta cuando carraspeó.

—¡Ah, Nadia! —Me giré hacia él—. Estás oficialmente ascendida a editora jefe. Serás la editora de Alan. Hazte con un equipo de edición, el que tú consideres oportuno, así no tendrás que encargarte de Alan tú sola. Te hablo como jefe cuando te digo que espero la máxima profesionalidad en esto, ¿de acuerdo?

—No.

—¿No? ¿Acaso está loca? —Me miró sorprendido.

—No quiero trabajar con una persona que ha tenido algo que ver de manera directa en mi vida sentimental, eso sería mezclar dos cosas

importantes de mi vida y no pienso hacerlo.

—Nadia, no le estoy consultando nada, le estoy dando una orden directa, si no la acepta, está despedida.

—Recogeré mis cosas —Antes de llegar a la puerta me di la vuelta y le miré—. Qué tenga usted suerte, la necesitará.

Salí de aquel despacho desecha de los nervios, no solo acababa de rechazar el puesto por el que tanto soñaba, sino que me había despedido yo misma al no aceptar aquellas condiciones. Si al menos me lo hubiera propuesto de otra manera, y no tan dictatorial. No iba a dejar que ningún hombre me tomara por gilipollas.

Rápidamente pensé en que tenía que terminar de pagar el préstamo que había pedido para liquidar el total de la casa del señor Moore; por suerte era poco dinero ya que me habían quedado unos cuantos miles por la venta de mi antiguo piso, pero tener a punto aquella casa era muy costoso, ni siquiera sabía si podría mantenerla. Respiré hondo, siendo positiva tenía dos años de paro...

Fui hacia mi cubículo y me senté en la silla. Por suerte no había nadie por allí cerca, no tenía ganas de hablar en aquel momento, ni siquiera estaba del todo segura en si había hecho o no lo correcto. Estaba tan ida que no me había dado cuenta de que había un DVD con una nota encima del escritorio.

Alan hizo referencia a esta película en una de las sesiones, sé que puede que no te interese, pero sería buena idea verla, ¿te apetece?

Izan.

Cogí aquel DVD y miré la portada, *Don Juan De Marco*. Me sonaba muchísimo aquel título. Tengo que decir que ver que el actor principal era Jhonny Depp me entusiasmó bastante. Junto con la nota había un posit, era de Miriam; había recogido el recado mientras estaba reunida con el jefazo. Bajé a toda prisa para ver si Izan aún se encontraba en las instalaciones, pero muy a mi pesar ya se había ido.

Subí de nuevo a mi cubículo y me quede allí mirando aquel DVD. Si Alan había hablado de esa película e Izan hacía mención, era porque debía de ser importante, no quise seguir mucho más allá, le envié un correo a mi jefazo pidiéndole que me arreglara los papeles lo más rápido posible y que me avisara con tiempo para firmar lo que tuviera que firmar. No recogí nada, ya

avisaría a Carlota para que recogiera mis cosas, seguramente me entrarían ganas de llorar, y no quería que me viera nadie.

Me subí en el coche y volví a casa en un largo silencio, aparqué y me quedé allí quieta con la mirada perdida hasta que recordé que tenía la película en el bolso. La saqué y, después de mirar la funda de la película buscando información, me decidí por lo más cómodo. Entré en Google a través de mi móvil y tecleé *Don Juan De Marco*.

Salté varias páginas, hasta que di con una que hacía una pequeña sinopsis: *Al psiquiatra Jack Mickler solo le faltan diez días para retirarse, pero una semana antes de la jubilación se encuentra con un joven que quiere suicidarse. El caso parece simple, salvo que el paciente dice ser Don Juan, el legendario seductor español. A pesar de la hostilidad inicial de sus compañeros de trabajo, Jack logra convencerlos para poner al joven bajo sus cuidados durante diez días, tras los cuales se decidirá si el paciente va a necesitar tratamiento psiquiátrico o confinamiento. Sin embargo, durante este corto período, Jack y sus colaboradores son arrastrados al exótico mundo de amor, pasión y placer del paciente, dando paso a Jack a reavivar su relación con su esposa y a poner en duda sus opiniones y su ética. Al final, tanto Jack como el público llegarán a preguntarse si este joven no es realmente Don Juan.*

Sonreí como una tonta al terminar de leer la sinopsis, me di cuenta que no estaba tan apenada por haber dejado el trabajo como sentí inicialmente, estaba segura de que había tomado la decisión correcta; o era eso o era que tenía un poder sublime de autoconvencimiento.

Decidí no decir nada, al menos aquel día, a nadie, y menos a Izan que vendría a casa dentro de poco rato, y no tenía el cuerpo para sermones.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Izan acomodándose en el sofá mientras yo podía el DVD.

—Un poco —susurré después de darle al Play y correr a sentarme a su lado—. Si Alan te habló de esta película, será por algo.

—Bueno, en verdad no fue Alan, sino Moore —Lo miré suspicaz—. No me mires así, él me habló de esta película como Moore. Alan cuando es Moore es otra persona. Por Dios, tú has leído como escribe. A eso me quiero referir.

—Tú aquí eres el profesional, pero yo veo un problema serio de desdoblamiento de personalidad, allá tú.

—Mirándolo así...

Negué con la cabeza, aquella dualidad nos estaba dejando tontos a todos.

Cuando la película empezó yo estaba fascinada, ya que también Marlon Brando aparecía en ella. ¿Qué más se puede pedir? Y justo al principio, cuando Don Juan estaba dando su primer alegato, sentí como el corazón se me oprimía. Aquella forma de hablar, de describir cosas, aquel sentimiento; todo era Moore.

Toda mujer es un misterio por resolver, pero ninguna mujer le oculta nada a un amor verdadero. El color de su piel nos indica cómo debemos proceder. Si posee el tono de una rosa en primavera, suave y pálida, hay que acariciarla para que abra sus pétalos con el ardor del sol. Y la piel pálida y pecosa de una pelirroja, evoca la lujuria de una ola que rompe en la playa. Removiendo lo que yace debajo y haciendo emerger el espumoso deleite del amor. Aunque ninguna metáfora describe con justicia el hecho de hacer el amor con una mujer, la analogía más próxima sería la de tocar un instrumento musical poco común. Me pregunto si un violín Stradivarius siente el arrebató del violinista cuando este extrae una sola nota perfecta de su corazón.

En aquel momento ya era un manto de lágrimas, pero pensaba que se avecinaban muchas más. Jhonny Depp hacía un papel maravilloso, y toda la película se mecía en una tesitura romántica, y a ratos... actual. Cerrar los ojos y escuchar era como leer un libro de Moore.

...Hay personas que no creen que una sola alma nacida en el cielo pueda dividirse en dos espíritus gemelos, y precipitarse como estrellas fugaces sobre la Tierra, por encima de océanos y continentes, donde sus fuerzas magnéticas acabarán uniéndose de nuevo en un solo ser... ¿De qué otra forma se puede explicar un flechazo...?

Recuerdo que abrí los ojos de golpe ante aquella frase, Moore había hecho referencia sobre ella en *Ídem*; entonces empecé a caer en la cuenta. Moore... quiero decir Alan, había escrito *Ídem* inspirado en aquella película, por el personaje de Jhonny Depp. Moore era Don Juan, y Alan, el chico normal atormentado por sus malas decisiones.

Pero... ¿Cómo podía ser? ¿Cómo podía no haber notado nada? Alan era brusco, tosco, y Moore mostraba una sensibilidad increíble; aquello no tenía

sentido. Miré a Izan que tenía la misma expresión que yo.

—Madre mía —susurró mirando a la nada—. Ahora todo encaja —Me miró y me encogí de hombros—. Ha hecho una similitud de esta película, por eso me habló de ella, me estaba dando pistas.

—Joder... —Me apoyé en su hombro—. ¿Y no es eso de estar un poco loco?

—También puede ser que sea un soñador empedernido —Sonreí y miré hacia el mar—. Así que yo para él he sido Marlon Brando, curioso.

—Y yo la joven Ana —dije resoplando.

—Que lo abandona al descubrir las amantes que ha tenido —dijo Izan mirándome de reojo a lo que yo me aparté.

—¿Qué me quieres decir?

—¡Nada! —exclamó poniéndose de pie—. Es solo que coincide con la realidad.

—Oh no... otro loco, no, ¡por favor!

Hablamos un rato más de las locuras de Alan. Cuando estaba a punto de marcharse llamaron a la puerta, yo no esperaba a nadie, así que fue Izan a ver quién era. Todo parecía ir bien hasta que vi entrar a Carlota hecha un basilisco hacía mí.

—¡PERO TÚ ESTÁS LOCA! —Me dijo a dos centímetros de mi cara—
¿Por qué te has despedido de la editorial?

—¿Qué has hecho qué? —intervino Izan sorprendido—. Llevo aquí tres horas, ¿no se te ha ocurrido decirme nada?

—¿Cómo te has enterado?

—Canuto ha llamado a Alejo hecho un loco... No sabes la que se ha liado allí.

—¿Ya lo sabe todo el mundo? —Pregunté angustiada.

—Sí.

—Dios —Me tapé la cara—. ¡Qué vergüenza!

—Si te sirve de algo, eres una autentica heroína allí, ya sabes cómo se las ha gastado el capullo ese con casi todo el mundo, eres una diosa —Miré a Carlota que me miraba algo más tranquila—. Nadia, ¿qué vas a hacer ahora? Tu casa, los gastos...

—Tranquila, ahora me actualizaré el perfil de LinkedIn, miraré ofertas de todo tipo, encontraré algo pronto, ya lo verás —Mi autoconvencimiento parecía más efectivo con ella que conmigo, pero funcionaba.

—¿Tan segura estás de no querer llevar a Alan? Podrías hacerlo con los

ojos cerrados.

—Carlota...

—Vale, vale... No diré nada más.

—Gracias, y en cuanto me recupere un poco económicamente, pondré a la venta esta casa.

—¿Por qué? —intervino Izan—. Te la acabas de comprar.

—Sí, y me encanta, pero es de Alan.

—No, perdona, era de Alan, ahora es tuya —dijo Carlota llevándose las manos a la cadera.

—Sabéis perfectamente que esta casa vale muchísimo más que cincuenta mil euros, ¡por Dios! Es ridículo... En cuanto haya pagado un poco más de hipoteca la pondré a la venta por el mismo precio que adquirí yo.

—¡NADIA! —exclamaron los dos al unísono.

—Chicos, quiero alejarme de Alan y de todo lo que ha pasado. Hasta que no me vaya de aquí, esto no habrá concluido.

Hablamos un rato más de las posibles opciones que tendría a partir de ese momento hasta que se marcharon. Recogí un poco lo que había por el medio y guardé la película en un sitio seguro, después recorrí la casa. Nunca había estado lejos de Alan, entonces lo entendía, no me había dejado sola ni un solo instante. Estaba en su casa y había compartido conmigo todas mis noches allí. ¿Cómo podía haber hecho eso sin hacerme ni siquiera sospechar?

Fui hacia mi habitación y me senté sobre un sillón, no me apetecía estar en la cama, así que me quedé allí sentada a oscuras, únicamente me iluminaba la luna y las pequeñas luces que se veían a lo lejos. Nada me relajaba más que ponerme de cara al cristal y pasar horas mirando la nada sin pensar.

—No te asustes, tenía otro par de llaves —Me sujeté a los brazos del sillón mientras recuperaba el aliento, no me di la vuelta pero intuía que Alan estaba en el marco de la puerta—. Sé que no está bien que haya entrado así, podría haberte dado un susto de muerte... —Hizo una pausa pero yo no hablé—. Nadia, no puedo más... —Escuché cómo se movía por la habitación hasta que sentó sobre algo que no podía ver—. Nunca me olvidé de ti, pero había aprendido a vivir con ello. Una vez tuve que venir a España y quise encontrarte, pensé que presentarme así como así, sería un poco extraño, así que recordé que tú hermana tenía una cafetería. Me habló de que tenías pareja, que vivías con él y yo... Bueno, en aquel momento lo acepté de buen grado y decidí hacer como si eso me diera igual. Después volví a Polonia y

todo se desmoronó. Lo mío con Sarah era un fiasco, como siempre, y aunque tenía a mi hija por la quien luchar, no era suficiente. Poco después le dio el infarto a mi madre y tuve que regresar. Entonces, esa vez quise verte con mis propios ojos. Estabas con él en aquel restaurante, riéndote... Quise morirme.

»Nadia, ni siquiera sé explicarte qué narices me pasó, pero ya no pude irme. Dejé mi trabajo en Polonia y me puse aquí por mi cuenta, no me resultó difícil, tenía muchas amistades, compré esta casa y poco después me traje a mi hija. Pero... ¿Cómo presentarme así como así en tú vida? Tú parecías feliz. Así que hice un trato conmigo mismo, averiguaría si aquel hombre era bueno para ti y si lo era, me apartaría y no te molestaría jamás.

»Por otro lado si era un miserable haría todo lo posible por alejarte de él —Tragué saliva y cerré los ojos—. Unos amigos míos trabajan para un detective privado y les pedí un pequeño favor. Siguieron a Carlos durante varios meses, y tuve las respuestas enseguida. Poco antes de decidir qué hacer con el material que teníamos, vi que quedabas muchas veces con un chico, teníais mucha complicidad y siempre te reías cuando estabas con él. Era una complicidad diferente, pero preocupante. Fu cuando averigüé que era Izan y que era psicólogo.

»¿Qué mejor que hacerme su paciente para tenerle cerca? Primero pensé en montarme una película, y al final resultó que me dejé de máscaras y le hablé de mí, de mis sentimientos y mis miedos y realmente me ayudó. Supe que no era rival, cuando él mismo me habló de su relación. Así que, una vez los temores fueron disipados, supe que había llegado el momento de que supieras la verdad. Nada de lo que pasó aquel día en el que pillaste a Carlos fue coincidencia, todo estaba preparado: que perdieras las llaves, que no encontraras tu móvil, y que tuvieras que acudir a su trabajo; y por si aquello no funcionaba, le hicimos llegar unas fotos a Carlota. Obviamente ella nunca supo quién se las había mandado. Ella cree que fue su hermano —Torcí mi cabeza hacia un lado nerviosa—. Ella sabe que él estaba enamorado de ti. Después solo tuve que esperar un tiempo a que todo se calmara y fue cuando te envié aquel correo, lo demás ya es historia.

Por primera vez desde que había empezado a hablar, me puse de pie y camine hacia él.

—¿Por qué no me dijiste la verdad desde un principio? ¿Por qué tuviste que inventarte a Moore y jugar a los espías? ¿Acaso querías volverme loca?

—Lo de Moore se me fue de las manos. Nunca pensé que te llamaría tanto la atención aquel personaje. De hecho, estaba dispuesto a contarte que

había escrito un libro bajo un seudónimo, pero cuando iba a hacerlo vi que lo tenías en tu bolso y que ya le habías mandado varios correos. ¿Qué iba a hacer?

—¿Decirme la verdad y no dejarme como una idiota?

—Jamás te dejé como una idiota —Se puso de pie y encendió una lamparita que estaba cerca, su aspecto me dejó embelesada, casi hubiera preferido que siguiéramos a oscuras—. Simplemente, cuando vi cómo admirabas aquella parte de mí, fui incapaz de decir nada. Siendo Moore me tratabas de manera distinta a cuando era Alan, me contabas tus cosas, te abrías a mí.

—Si me hubieras dicho desde un principio que eras Moore, las cosas que le dije a él te las hubiera dicho a ti.

Se movió nervioso por la habitación y le seguí con la mirada.

—¿En serio me hubieras contado que follabas con Dani? —Le miré alucinada—. ¿En serio me lo hubieras dicho? ¡Nadia, por Dios!

—Yo follaba con él mucho antes de aparecer tú, ¡no me lo echés en cara!

—No te lo echo en cara, Nadia —Agachó la cabeza y cogió aire—. Me dolía en el alma que sintieras aquella conexión con Moore y no conmigo, incluso tenía celos.

—¡Pero si sois la misma persona! —dije a punto de echarme a llorar.

—Sí, somos la misma persona, pero tú no querías ver esa parte de mí, para ti era el Alan brusco con mil secretos, no mirabas ninguna otra parte de mí. Así que la única manera de que vieras cómo yo soy en verdad, era siendo Alan y Moore. Porque yo soy un poco de los dos. Siendo Moore me escuchabas y pensabas en otras posibles reacciones ante las cosas; sin embargo, si era yo quien te lo decía me mandabas al carajo.

Agaché la cabeza y sentí una punzada de culpabilidad.

—¿Y Sarah?

—Al año de nacer Daniela, descubrí que Sarah tenía problemas con las drogas. Le retiraron la custodia y me dieron permiso para traerla a España. Todo ese tiempo ella estuvo en un centro de rehabilitación; en una de sus salidas le comuniqué que no volvía, que nos quedábamos en España y no te quiero ni contar la que se lio. Tiempo después consiguió que le dieran el alta, se recuperó y vino aquí. Yo me bloqueé, ¿qué podía hacer? Al fin y al cabo, ella es su madre, y parece recuperada, no podía permitir que se la llevara a Polonia de nuevo. Pero tampoco pretendía vender el resto de mi vida y quedarme a su lado.

—¿Qué has hecho entonces?

—Ella quiere establecerse en España, así que, de momento, yo estoy con la niña hasta que ella vuelva. Cuando esté aquí hablaremos sobre la custodia.

Asentí con la cabeza y me senté en la cama, sin darme cuenta me eché a llorar.

—Quería que fueras «él» en cada línea que me escribía. Quería no sentirme culpable por sentirme atraída por otra persona que no fueras tú. Quería que me pillaras hablando con él y te comportaras como un loco y me lo prohibieras. Quería tantas cosas que acabé perdiéndome. Alan, casi me vuelvo loca intentando entender qué pasaba. Y ahora apareces tú, y resulta que eres Moore. Aquellas palabras, aquellas conversaciones... Eras tú. No me estaba sintiendo atraída por otro hombre sino por ti. ¿Puedes entender lo confusa que me siento?

—Esa confusión es la que yo he sentido cada día, Nadia. Ahora que ya lo sabes todo me he liberado. Te pido perdón por las noches en vela, por tus dudas y miedos, por quererme pese a todo. Gracias por amarme como solo tú sabes y por, aun después de decirte que no soy nada, sigas aquí ante mí —Me eché a llorar como una idiota, pues había citado a uno de sus personajes—. Quiéreme siempre y escribiré nuestra historia en mil personajes.

Me abalancé hacia él y me fundí en el abrazo más intenso de toda mi vida — Cogió mi cara entre sus manos y me besó con una mezcla de amor y pasión que me hizo sentir que podría ser capaz de volar.

—Te quiero mucho, Alan, y agradezco esto que me has contado... pero necesito tiempo —Juntó su frente con la mía y resopló—. Si todo esto me lo hubieras contado antes, hoy todo sería distinto.

—Lo sé y lo siento tanto...—Me miró a los ojos—. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—No lo sé, Alan, hasta que esto deje de ser tan raro y confuso. Tengo sentimientos muy entremezclados, ya no sé qué siento ni por quién, y necesito calmar todo esto.

—De acuerdo, estaré esperándote.

Me besó la mejilla y se fue dándome la espalda. Me dejó llena de miedos y de dudas, pensando si algún día sanaría todo ese daño que había dentro de mí.

Capítulo 34

Tres meses después.

El sol de mayo relucía en lo alto de aquel hermoso cielo, y aunque aún hacia un poco de frío a horas muy tempranas, no me resistía a estar el mayor tiempo posible en el exterior de la casa.

Ya no estaba viviendo en la increíble casa dúplex de Alan. Para hacer las cosas bien tenía que mantener la distancia con todo lo relacionado con él. En lugar de vendérsela a un extraño, le propuse a Alan revendérsela por el mismo dinero por el que la había adquirido. Me respondió su secretaria aceptando el trato. Ese mismo día tuve el dinero en el banco, y dos días después le dejé las llaves donde su secretaria me indicó. No volvimos a hablar después de aquella noche, cualquier contacto que tuviera que ver con él era a través de ella.

Yo me había enamorado tanto de las vistas de aquel lugar, que me resistí a marcharme del todo, así que me alquilé un pequeño estudio de una habitación, con cocina y comedor unidos, que tenía una pequeña terracita con vistas al mar. Pagaba más de lo que realmente valía el piso, pero estaba tan feliz allí que me daba igual. Hasta que no llegaba el verano, aquella zona permanecería prácticamente vacía; era una delicia salir a pasear por la playa desierta, todo había que decirlo.

Me tumbé en una hamaca que tenía en la terraza y me quedé prendada del sol que lucía aquel día. Sería mi última mañana sin hacer nada ya que tenía un nuevo trabajo. No se trataba de una editorial, pero sí de algo relacionado con el tema. Al día siguiente empezaría en una revista bastante conocida a nivel nacional. Si no fuera porque realmente necesitaba trabajar y el dinero, no lo hubiera aceptado, pero tenía que empezar por algo y aquello no estaba tan mal.

Yo me iba a encargar de seleccionar los artículos que se publicarían cada semana. Era una revista semanal, por lo tanto era un trabajo que requería rapidez. Salvo por las noticias de amoríos y exclusivas, de todo el relleno

extra, nos encargábamos un grupo selecto de compañeras. A decir verdad, había entrado por la puerta grande... Todo había que decirlo.

No me lo habían dicho, pero sabía de sobra que el que yo fuera amiga de Jacqueline Amorós y Klaus Grass tuvo bastante que ver en que me hicieran la oferta tan relativamente pronto.

El día que fui a despedirme de mis compañeros de la editorial fue duro, no solo iba a firmar los papeles que me confirmarían como recién desempleada, sino que decía adiós a un trabajo que amaba, y a una pequeña familia. Fue duro saber que no volvería allí cada mañana, que mi cubículo lo ocuparía otra persona llena de ambiciones... Fue realmente difícil.

Mi vida había cambiado tanto en tan poco tiempo, que aún me sentía algo perdida y desorientada. Echaba tanto de menos a Alan... y sobre todo a Moore... Aunque sabía que eran la misma persona, en mi cabeza aún sentía que eran distintas.

Durante días estuve abriendo el chat de Moore y releendo una y otra vez las conversaciones, intentando reconocer a Alan detrás de alguna de ellas, pero ni sabiendo que era él conseguía encontrar un nexo de unión en ellos. Incluso estuve tentada a escribirle algo, pero nunca lo hice. Miré el reloj y pegué un bote, había quedado con Jacqueline para desayunar aquella mañana y ya llegaba tarde... muy tarde, y aún tenía que arreglarme e ir hacia allí...

Avisé a Jacqui de que llegaría tarde y, por suerte ella también se había retrasado, así que toda la responsabilidad no sería mía. Casi me mato dos veces por culpa de dos gilipollas que debieron sacarse el carnet de conducir en una tómbola. Si había algún inconveniente en vivir en la playa, era el trayecto hacia la ciudad: las *pseudocarreteras* no eran muy buenas y los caminitos hasta la carretera más decente eran un poco... mierdas. Llegué con el higadillo en la garganta, salí del coche a toda leche y me topé con una Jacqueline casi a punto de parir o de morir, no estaba muy segura.

—¡La madre que te pario! ¿De cuánto estás? ¿De doce meses?

—Muy graciosa... ¿Te han mandado a la mierda últimamente? —Le sonreí y nos fundimos en un largo abrazo—. Tenía muchas ganas de verte, Nadia, has estado desaparecida.

—Lo sé —Le di un beso en la mejilla y nos sentamos en una terracita a la sombra, a salvo del sol incipiente—. Necesitaba desconectar de todo lo relacionado con Alan, Moore, la editorial...

—Imagino —Me miró apenada—. Nadia, sé que te lo he dicho muchas veces, pero te prometo que no sabía que Moore era Alan, sino yo jamás

hubiera hecho esto —La miré levantando una ceja—, bueno, sí. Ya sabes que soy una romántica, pero de haberlo sabido lo habría hecho de otra manera.

—No te agobies, que ya lo sé —Pedimos un café y nos quedamos un rato más en silencio, aunque no había vuelto a ver a Jacqui en todo ese tiempo, sí habíamos mantenido contacto por WhatsApp y por correos electrónicos—. Tú dirás, Jacqui. ¿Qué era eso tan urgente que si no me lo decías te ponías de parto?

—Chantaje emocional.

—Ya decía yo —Me eché a reír.

—Tenía ganas de verte y de pedirte opinión sobre un asunto...

—Soy toda oídos.

—Sabes que tengo un contrato en exclusividad con la editorial, ¿verdad?

—Asentí—. Vence en doce meses. Dentro de seis tengo que informar si quiero renovarlo o no. Y no lo voy a renovar.

Casi le escupo en café en la cara, de todas las cosas que podía imaginar, esa era la última de todas ellas.

—¿Ha ocurrido algo? Hasta lo que sé, todo estaba bien.

—Y está todo bien... —La vi dudar—. Es solo que ya estoy un poco cansada. Tú eras un pilar muy importante para mí allí, me hacías el trabajo más fácil, en fin... ya conoces mis costumbres y mis cosillas, y aunque Alejo lleva gran parte de mi trabajo, también delega en una editora nueva que no me gusta una mierda.

—Vaya...—Sonreí con ganas—. No voy a decir que eso me alegra, pero si me alaga, soy imprescindible.

—Para mí, sí —Nos sonreímos y le acaricié la mano—. Y es por esto por lo que quería hablarte de un asunto. Sé que mañana empiezas a trabajar en la revista, estarás muy liada y tampoco quiero presionarte...

—Al grano, Jacqueline.

—Quiero abrir mi propia editorial —Abrí los ojos de golpe—, Esa misma cara es la que puso Klaus cuando se lo dije.

—Jacqui, ¿estás segura? Tener una editorial medianamente decente requiere mucho trabajo y un buen equipo...

—Y tanto que estoy segura, estoy hasta las narices de las editoriales basura que se aprovechan de las ilusiones de la gente. Tú no sabes la de historias que me llegan de gente que ha sido estafada a todos los niveles ¡Estoy harta!

—Y yo también, no imaginas como esa basura ensucia el trabajo del

resto... Pero de ahí a abrir una editorial hay un gran paso.

Nos miramos detenidamente, había convicción en su cara, así que no dudé un instante en que lo llevaría a cabo sin duda alguna.

—Voy a hacerlo todo despacio y bien —Me miró fijamente—, En un tiempo registraremos la empresa, ya estamos mirando lugares para ubicar las oficinas. Vamos a empezar poco a poco, tenemos pensando ponernos en funcionamiento en unos dos años como muy tarde. Hasta entonces iremos preparando el personal y demás —Sonrió de oreja a oreja—. Cuando pase todo el asunto de la promoción de las películas y demás, me pondré a mirar detenidamente las cosas. Quiero hacer un nuevo concepto de editorial, que el autor conozca sus datos más de cerca, que tengan más margen de beneficio. Quiero dar más oportunidades, más opciones...

—Me gusta verte tan contenta —Sonreí—. Ya sabes que me tienes para lo que quieras.

—Lo sé, de ahí que quisiera hablar contigo ¿Te gustaría formar parte del equipo cuando esto despegue?

Capítulo 35

—¿Y qué le has dicho cuando te lo ha propuesto? —preguntó Carlota mientras metía su patata en un bol de salsa de queso.

—¿Tú qué crees? También me ha hablado de ti, obviamente no pretende que dejemos nuestros trabajos actuales... Simplemente estar en el equipo.

—Tía, ¡qué pasada! Estoy súper segura que lo va a petar.

—Yo también.

Seguimos cenando en silencio, la vida de Carlota también había cambiado por completo, Izan se había mudado a su apartamento y para sorpresa de todos aún no se habían matado. A decir verdad se llevaban a las mil maravillas, ella estaba más tranquila y centrada y él estaba más atontado —en el buen sentido— Ver para creer... Incluso a Daniel le había cambiado la vida. Su madre se había dejado de gilipolleces y de momento estaba centrada en la lectura y en sus hijos; él había podido regresar a su casa donde ahora reinaba la paz, y hasta donde sabía estaba empezando a conocer a una chica; esa vez de su edad.

Todo parecía centrarse para todos, menos para mí, pero al menos había conseguido estar tranquila. Después de cenar, nos abrimos otras cervezas y miramos el cielo despejado desde mi terraza.

—Esto es una delicia —Resopló Carlota—. El cielo, las estrellas, el sonido del mar... Parece un bolero de Luis Miguel.

—Y yo aquí, sola, sin un maromo a quien ponerle mirando para la playa; si es que soy una desgraciada... —Me miró y empezó a reírse—. Eso, encima ríete.

—¡Ay, hija! Qué melodramática eres, de verdad te lo digo —Se secó las lágrimas y me miró sonriendo—. Estás sola porque quieres, siempre puedes abrirte una aplicación de estas de ligar online.

—¿Me estás diciendo que me abra Tinder?

—Específicamente Tinder no te he dicho —Me miró sonriendo para sí misma—, pero bueno, sí. Me valdría.

La miré como si delante de mí tuviera a un marciano con dos orejas de

metro y medio, y cara amorfa.

—¿Pero tú sabes lo que estás diciendo? ¿Acaso quieres más pruebas de que tengo una suerte de mierda? —Bufé indignada—. Seguro que solo voy a atraer a locos maleantes, y lo peor de todo es que seguro que me pillo. Quitá, quita.

Volvió a descojonarse en mi cara, si no fuera porque hasta yo misma me había resignado a mi suerte, habría estado hecha una basura. De ver lo a gusto que se estaba riendo de mí, me dio la risa tonta, y es que si no puedes con el enemigo: únete a él.

—Nadia —Dejó de reírse y me miró—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dios... seguro que es algo malo cuando tienes la necesidad de pedirme permiso —Me empezaron a dar unos calores horribles—. Como no me preguntes de una vez la puñetera pregunta a mí me da un mal.

—¿Cuál es el motivo real por el cual estás con esta actitud hacia Alan? —La miré perpleja—. Te conozco lo suficiente como para saber que el hecho de fuera Moore no es motivo suficiente para esto.

—¿Cómo que no? —Me indigné—. ¿Te parece poco?

—Deja de actuar como si no te conociera —Resopló—. Izan y yo te hemos dejado un tiempo prudencial, pero mira, ya estoy harta de estar fingiendo que te entiendo.

La miré como si estuviera hablando chino. ¿A qué venía todo aquello? No podía entender por qué mi amiga me ponía en aquella tesitura, aunque afrontar la realidad de esa conversación era lo que llevaba temiendo todo ese tiempo.

—¿Qué me quieres decir?

—Pues que creo que todo esto no es porque Alan sea Moore... Te conozco, y el cabreo de esto te hubiera durado un tiempo hasta que tu cabeza considerara que era algo loco y romántico. Conociéndote sé que se hubiera tratado de unos pocos días. ¿Me vas a decir el motivo real? Por favor.

La miré fijamente e intenté que la lágrima que me asomaba no callera por mi mejilla y así no ser descubierta. El corazón me latía fuerte en el pecho y sentía la sangre en mis mejillas. Aquella pregunta resonaba en mi cabeza una y otra vez cuando me relajaba, la había intentado ignorar hasta que la pregunta había tomado forma humana y había desarrollado la voz de mi amiga.

—Yo...

—Es por Sarah, ¿verdad? —Cerré los ojos y tomé aire—. Es por ella...

—Sí.

—Pero... ¡Nadia! —Elevó la voz a modo de reproche—. ¿Por qué? Ella ya ni siquiera está aquí. ¿Todo esto es por celos?

—¡Carlota, no todo es tan sencillo! —grité—. Durante días esa tipa estuvo aquí y él no me dijo nada. Tú no sabes cómo me sentí cuando los vi juntos, cuando le llamé y vi como no solo no me cogía el teléfono, sino que me colgaba y encima le decía que no era nadie importante.

—Yo entiendo que el dijera eso, si aquello le iba a facilitar las cosas...

—Y yo también lo entendería si al menos a mí no me hubiera tratado como a ella —Carlota me miró fijamente—. ¿Ahora lo entiendes? Según Alan a ella no podía serle sincero porque le perjudicaría con el tema de la niña. Bien, vale, hasta ahí lo entiendo... Pero ¿y yo? ¿Por qué las mentiras a mí? ¿Por qué me hizo exactamente lo mismo que a ella? ¿Acaso yo soy ella? ¿Le voy a perjudicar? Dice esas cosas horribles de ella y a mí me trata igual. Lo siento mucho, pero es que eso lo tengo clavado ahí dentro y no hay manera...

—Nadia...—susurró

—No quiero hablar más del tema, además, se ha hecho tarde, creo que debería acostarme, no me encuentro muy bien.

Capítulo 36

Una semana después.

La incorporación al nuevo trabajo había cumplido todas mis expectativas, no solo la gente que allí trabajaba era un encanto, sino que pese a no trabajar en mi especialidad, lo que allí desempeñaba me llenaba por completo. En resumidas cuentas: estaba feliz.

Había vuelto a quedar con Carlota pero no habíamos vuelto a hablar de Alan, me sentía culpable de cómo había actuado aquella noche, pero a veces me costaba controlar esa parte odiosa de mí. No la culpaba por querer ayudarme y por hacerme ver la verdad de mis actos, pero no siempre está una para ser sincera consigo misma.

Toda la conversación de aquella noche no había quedado en saco roto, había pensado más veces de lo ya habitual la idea de llamar a Alan para hablar, pero me ocurría algo más: me daba miedo. Sí, tal como suena, me aterraba la idea de que Alan me enviara a la mierda después de esos tres meses sin saber nada de mí. Mirara donde mirara solo veía obstáculos, al menos el viaje exprés que tenía que hacer por motivos laborales me haría desconectar un poco, que para ser sincera, falta me hacía.

Me preparé la maleta con ganas y entusiasmo, nunca había ido a París, y aunque era un viaje que siempre había pensado hacer con algún hombre, viendo el éxito de mi vida personal, me daba en la nariz que lo más cerca que iba a estar de la torre Eiffel sería viéndola a través de un poster en la pared.

La verdad que en ese caso había sido una suerte estar sola y sin hijos, el motivo por el que una recién llegada al trabajo era enviada a París, era únicamente porque era la única que no tenía a nadie a su cargo, por lo tanto no tenía que hacer malabares para pasar dos días fuera de España.

Mis compañeras y compañeros me habían dado las gracias infinitas por hacerles ese favor. Yo sonreía de manera condescendiente sin querer gritar a los cuatro vientos que estaba súper feliz de poder tomarme ese break.

Obviamente no iría sola, había otro chico en mi misma situación, así que

sin comerlo ni beberlo nos íbamos a París, a un hotel de lujo con todos los gastos pagados, con la única obligación de ir a una súper fiesta en la que debíamos recoger un premio que se había otorgado a la revista. Sí, todo un sufrimiento.

París.

Cuando nos dejaron frente al hotel Champs Élysées Plaza, casi me desmayo. La ubicación no podía ser más increíble ya que nos encontrábamos en el distrito de los campos elíseos. A mí me iba a petar la patata, como vulgarmente se dice. Caminamos por toda la estancia detrás de la chica que nos guiaba hasta nuestras habitaciones. Despedí a mi compañero frente a la que era su habitación, y dos puertas más adelante, aquella preciosa chica me indicó que era la mía. Cuando entré me llevé las manos a la cara.

Iba a pasar dos días en lo más parecido al paraíso. Aquella estancia era muchísimo más grande que mi piso: ¡el baño era más grande que toda mi casa! Paseé por toda la estancia como en trance, no podía creerme que yo estuviera allí, ante toda aquella inmensidad, ante aquella chimenea preciosa, gracias a Dios apagada.

Solo por ser un poco quisquillosa y ser una pedante de narices, diría que habría preferido visitar París en invierno. Siempre me había imaginado pasear por sus calles, cubierta por un abrigo enorme de lana sintética mientras sonreía al sentir el aire frío en mi cara... Aquel día hacía un calor horrible, pero no le restaba encanto, ni mucho menos.

Me duché todo lo rápido que aquel baño maravilloso me permitió y salí a pasear un poco por los alrededores. No pretendía visitar nada aquel día, mucho menos sola, pero sí conocer los alrededores. No entendía ni papa de francés, por lo que no quería alejarme en exceso de la zona.

Después de pasear un poco por las calles contiguas al hotel, me acerqué a una pequeña y presumible cara cafetería y me pedí, con cierta dificultad por el idioma, un café. Me senté en el interior de aquel maravilloso lugar y sonreí, aquello era para fotografiar y mostrar en Instagram, así que no pude resistirme a presumir delante de todos mis seguidores de la suerte que tenía de ser una desgraciada en el amor, pero con suerte en lo demás.

Obnubilada por la belleza de aquel lugar, y acabando de subir la foto con un texto sacado de frases motivadoras de una página de Google, me fijé en un hombre al que no había visto antes hasta aquel momento. Parecía Alan... y

ese simple hecho provocó que me faltara el aire, pero no estaba del todo segura, tenía el pelo diferente. Llevaba un estilo de ropa que jamás le había visto y llevaba gafas. ¡Las gafas!

Salí de la cafetería a trompicones, era imposible que fuera Alan, era más bien Moore... pero no hay Moore sin Alan. ¿Me estaba volviendo loca? Subí a mi habitación en apenas unos segundos y me senté en la cama intentando pensar con claridad, pero la idea de que Alan pudiera estar allí mandaba mi claridad a tomar viento. Apenas pensé en si lo que estaba haciendo era una locura o no, simplemente inicié sesión en Skype a través del móvil y busqué el correo de Moore... No me atrevía a hablar con Alan directamente, pero podía hacerlo de otra manera.

—¿Moore? ¿Puede ser que te haya visto en la cafetería cerca del hotel Champs Élysées Plaza?

Esperé los dos minutos más largos de toda mi vida y casi se me sale el corazón cuando vi: «escribiendo» en la pantalla.

—¿Nadia? ¿En serio eres tú?

—Obviamente, pero yo he preguntado primero.

—Sí, soy yo. ¿Qué haces en París?

—Yo podría decir lo mismo...

—Yo estoy por trabajo.

—Yo también.

—¿Por qué no te has acercado cuando me has visto?

—Me ha dado miedo... y no sabía si realmente eras tú o no.

—¿Tan distinto me has visto?

—Sí y no. Parecías Alan, pero con un toque de Moore.

—Siempre he sido Alan, con un toque de Moore.

—Ya...

—¿Piensas quedarte mucho más por aquí?

—Todo el fin de semana...

—¿Te importaría quedar para hablar?

Me tomé mi tiempo para pensar, obviamente quería hablar con él, y el hecho de que hubiera sido él quien me lo hubiera propuesto, me tranquilizaba bastante, pero tenía miedo... Seguramente quisiera hablar conmigo para zanjarlo absolutamente todo y me aterraba esa idea.

Después de unos segundos accedí, le dije donde me hospedaba y quedamos en que me avisaría en cuanto hubiera terminado lo que fuera que le había llevado hasta París.

Toda la tranquilidad que había tenido hasta ese momento me había abandonado, y de nuevo, como iba siendo una costumbre... ¡estaba histérica!

Capítulo 37

Me había conseguido quedar dormida unas horas, a veces, la tensión extrema aparte de dejarme las lumbares echas una mierda, me agotaba de tal manera que me entraba un sueño atroz. Aquel era uno de esos días en los que el dolor de espalda y el sueño me ganaban la batalla. Habría dormido muchísimo más si no llega a ser porqué escuché como tocaban a la puerta insistentemente.

Me levanté como pude y, a trompicones, conseguí llegar hasta la puerta. Si no fuera porque era prácticamente imposible, diría que me habían puesto algo en el café. Abrí la puerta intentando que no se me notara que aún estaba en Narnia... Supe que no lo había conseguido cuando vi cómo me miraba aquella chica: me tendió un sobre y le di las gracias como pude.

Déjame invitarte esta noche a cenar en un sitio muy especial. Esta tarde a las 20:00 te recogeré en el vestíbulo del hotel.

Alan Jane (Moore)

Sonreí al ver la nota escrita por él, pasé mis dedos por su nombre y sonreí de nuevo al ver Moore detrás. Tenía que reconocer que aquellas cosas me encantaban. Poco después me llené aquella enorme bañera de agua —cosa que jamás hacía, pero aquel día lo necesitaba—. La llené de sales de baño y me metí en el interior de aquel paraíso de olores y agua templada.

Cuando salí, mucho más renovada, empecé a acicalarme, no había llevado mucha ropa para arreglarme, pero realmente quería ir despampanante para sentirme poderosa delante de Alan. Normalmente no necesitaba sentirme así, pero estaba haciendo acopio de todo mi valor para poder enfrentarme a él. Así que, informándome previamente de si había servicio de lavandería y tontería, me decidí por ponerme el vestido que iba a llevar a la gala del día siguiente.

Era un poco arriesgado, pero completamente necesario, y cuando me vi delante del espejo con aquel sinuoso vestido negro, supe que había sido un

acierto cien por cien.

A la hora acordada esperaba ansiosa a Alan en el vestíbulo de aquel maravilloso hotel. Sentí las miradas de los hombres y alguna que otra mujer que pasaban a mi lado; eso me reafirmaba que había hecho bien siguiendo mis instintos.

A las 20:01 un hombre trajeado entró por la puerta y clavó sus ojos en mí. Yo, como no le conocía, miré detrás de mí por si acaso estaba haciendo el ridículo y no era a mí a quien dedicaba aquella mirada penetrante, pero detrás de mí no había nadie.

—¿Es usted Nadia Sánchez? —Me puso la piel de gallina aquella voz tan masculina y con ese peculiar español mezclado con acento francés.

—Sí, soy yo.

—Soy Pierre, y soy su chofer.

—¿Y Alan?

—El señor Jane la está esperando.

Asentí y le seguí hacia la salida. Era un hombre realmente atractivo y sí, sonaba a topicazo, pero el chofer estaba de rechupete. Me acomodé en la parte de atrás de aquel enorme y preciso coche negro y nos pusimos en marcha; no tenía ni idea de a dónde me llevaba, pero viendo que me ignoraba por completo, no tuve valor a preguntar. Casi me desmayo cuando me vi delante de la Torre Eiffel. Muchas personas me habían dicho que cuando la habían visto se habían decepcionado, ya que se la habían imaginado más grande... Yo, desde luego, estaba impresionada ante su magnitud.

—¿Alan está aquí? —pregunté temerosa.

—Sí, la está esperando en el restaurante Le Jules Verne —Me miró fijamente—. Sígame.

—¿Qué? ¿El restaurante está en la torre?

—Claro, señorita —Me miró con condescendencia—. No hay ningún otro aquí fuera.

Asentí avergonzada y le seguí hacia el interior de aquel lugar increíble. Subimos hasta la segunda planta y me dejó delante del *metre*, quien me llevó al lado de la mesa a la que Alan le daba la espalda. Tengo que reconocer que aquel primer plano de esa espalda valía todo el vértigo que sentí al observar aquellas vistas. Se dio la vuelta y casi me caigo de rodillas.

Increíblemente perfecto, sensual, poderoso... Todos los adjetivos que puedan existir, en él eran aplicables. Me dejó completamente alucinada, desde luego no le recordaba tan guapo.

—¿Y esas gafas? —pregunté temblorosa.

—Mías —respondió sin moverse de donde estaba—. Me he cansado de llevar lentillas. ¿Me quedan bien?

—Sí —susurré—, pero esas gafas no son tuyas, fueron un regalo de Klaus para mí, y las tenía guardadas porque me recor...

—Porque te recordaban a mí, a Moore —Me interrumpió y fui incapaz de decir nada más—. Por cierto, déjame decirte que estas impresionante.

Fue entonces cuando volví a tener el valor de mirarle a los ojos. Entonces vi en él algo que no había visto antes, su postura, su ropa, su pelo... Vi a Moore, al Moore que tanto había imaginado.

—Ídem —susurré sin apartar los ojos de los suyos. Fue entonces cuando acertó toda la distancia que nos separaba, me agarró fuertemente la cara y me besó como jamás me había besado—. Nunca me habías besado así —dije con el hilo de voz que me quedaba después de aquel beso.

—Nunca había besado a nadie con toda la verdad que tengo aquí —susurró mientras se tocaba el pecho con una mano.

—¿Me contarás toda la verdad de todo?

—Todo.

—¿Por qué, Moore? ¿Por qué ese nombre y no otro? —Besó mis labios con dulzura y sonrió.

—Sentémonos primero... la noche solo acaba de empezar.

Ya no me importaba lo que tuviera que contarme. Lo único que me importaba es que creía en mí y creía en él. En su mirada vi nuestro reflejo. No necesitaba nada más.

Epílogo

18 de junio. **Un año después.**

Hoy, 18 de junio, se estrena la esperada película basada en el *bestseller Si tan solo fuera sexo*, de la escritora Jacqueline Amorós. Como ya os expliqué antes, la historia estará compuesta por tres magníficas películas. La espera se me hará eterna.

Y para mí, como periodista y fan, tanto de la novela, como de la escritora, fue un honor que me cediera el reportaje de esta historia. ¡Yupi!

En la premier no quisieron faltar grandes personajes del mundo de la literatura y del corazón. Hoy en día nadie se pierde un sarao.

Entre los allí presentes, no faltaron presentadores y cantantes de moda, algún que otro «personajillo» del corazón, con pretensiones de estrella, y personas de bastante renombre literario. Fue un inmenso placer ver cómo Aníbal Luna estaba allí apoyando a la que, hace algunos años atrás, fue su prometida. Sí, sí lo que leen. Jacqueline Amorós estuvo prometida con este galán de la novela antes de casarse con el bombonazo de Klaus Grass. ¡¡Me quedo muerta!!

Jacqueline acudió radiante como siempre, ni rastro de su último embarazo en ese cuerpazo que tiene. Acudió sin sus cuatro hijos, aunque no paraba de repetir: «Mi hija Alba me mata cuando sepa que he estado aquí y no la he traído». No dejó de hablar de sus pequeños en toda la noche, recalcó que no es fácil viajar sabiendo que dejas en casa a tus hijos, y más a la más pequeñita de la casa: la última integrante de esta familia que bien podría sustituir a la famosa serie de familia *La tribu de los Brady*.

El que estuvo arrebatador, como siempre, fue su marido Klaus Grass que se llevó casi todas las miradas de las féminas que allí nos encontrábamos. Este hombre es como el buen vino, mejora con los años.

Pero otro truhan que también robo protagonismo, si aquello es posible al famoso Grass, es el nuevo y aclamado escritor Alan Jane —señor Moore en su primera novela—, homenaje al creador de *V de Vendeta*, Alan Moore, al que Jane admira. Apareció junto a su novia la editora y compañera de trabajo Nadia Sánchez. Sí, como leen. Esta moza trabaja en la misma revista que yo.

Dicen que no es bueno mezclar negocio y placer, pero esto no debe afectar a la pareja que ya cuenta con un año de relación a sus espaldas, y que parece que va viento en popa. ¡Atrás lagartas! Una no quiere ser cotilla, pero he visto un anillo sospechoso en el dedo anular de la señorita Sánchez. ¿Se habrán prometido?

Si el amor es lo que inspira al joven Jane a crear historias tan maravillosas como *Ídem* y *Allí donde estés*, esperamos que no le falte nunca, y que siga arrasando en las listas de libros más vendidos.

Para una que ama leer, encontrar su escritor favorito es como el mejor par de zapatos que puedas tener: podrás tener otros, pero cuando realmente quieras disfrutar, siempre recurrirás a los mismos.

Aquí se despide para la página web de cotilleos literarios, una humilde servidora que os da las eternas gracias por estar ahí.

Myriam Ojeda.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero dedicar este libro a mis familiares, a los que ya no están aquí. No es fácil echar de menos, pero he oído por ahí que seguiréis vivos mientras os recuerde. Yo no creo en la muerte, así que sé que no hace falta recordaros para saber que estáis.

Tía Juani, tío Antonio (negre de mi corazón), os quiero.

Nunca sé que decir en estos momentos, no quiero olvidarme de nadie...

Gracias a mi familia por estar ahí siempre, incluso cuando soy insoportable. A veces olvido la suerte que tengo de teneros.

Gracias a mis amigas, mis musas al 70% de todo lo que ocurre en mis libros; que no os leáis mis libros tiene sus ventajas (risa malvada).

Gracias a las personas que me fallaron porque no os imagináis la fuerza que me han dado para seguir.

Gracias a mi correctora del alma, Teresa Ruiz, siempre tan exquisita y maravillosa. Todo tenía que pasar porque teníamos que conocernos... Ya lo sabes. Te adoro a ti y a tu hermana, y bien sabes que veros juntas me hace recordar aquellos momentos en los que mi madre y mi tía Amparín estaban juntas. Te quiero.

Gracias a Pinxeles ediciones por ser como sois, por esta pedazo de portada y maquetación, y sobre todo por esa calidad humana que tenéis.

Y no me puedo olvidar de mi chico, mi amor, mi vida... El hombre que ha conseguido que me vaya de casa de mis padres donde estaba maravillosamente bien, para compartir una vida juntos. Gaspar, gracias por haber aparecido en mi vida, y no porque tengas el nombre de un rey mago y eso me haga creer que siempre me vas a hacer regalos, que también, sino también por tu apoyo y por todo lo bonito que me das. Te quiero con todo lo que soy.

Gracias a mis gatos: Luvo, Olivia, Joe y Arya.

Y gracias a ti, por darme tu tiempo, es el mayor regalo del mundo porque en eso no hay devolución.

Tía Amparín, allí donde estés... Te amo.

